367.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Ottawa

http://www.archive.org/details/lasucesionpresid00made

LA SUCESION PRESIDENCIAL

EN

1910

POR

FRANCISCO I. MADERO

SEGUNDA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA

MEXICO

1909

HMex
M1813s

LA SUCESION PRESIDENCIAL

EN

1910

POR

FRANCISCO I. MADERO

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA

414325
29. 7. 43

MEXICO

1909

ES PROPIEDAD.

A los héroes de nuestra patria;

A los periodistas independientes;

A los buenos mexicanos.

Dedico este libro á los héroes que con su sangre conquistaron la independencia de nuestra patria; que con su heroísmo y su magnanimidad, escribieron las hojas más brillantes de nuestra historia; que con su abnegación, constancia y luces nos legaron un código de leyes tan sabias, que constituyen uno de nuestros más legítimos timbres de gloria, y que nos han de servir para trabajar, todos unidos, siguiendo el grandioso principio de fraternidad, para obtener, por medio de la libertad, la realización del magnífico ideal democrático de la igualdad ante la ley.

He dedicado en primer lugar mi libro á esos héroes, porque se me ha enseñado á venerarlos desde mi más tierna infancia; porque para escribirlo me he inspirado en su acendrado patriotismo, y porque en su glorioso ejemplo he encontrado la fuerza suficiente para emprender la difícil tarea que entraña este trabajo.

Sólo en el estudio de su historia he podido fortificar mi alma, porque encuentro que ella nos hace respirar otro

ambiente que el que hoy se respira en la República de uno á otro confín: el ambiente de la libertad, saturado de los perfumes que exhalan las plantas que sólo se desarrollan en ese medio. Esa historia nos hace tener una idea más elevada de nosotros mismos, al enseñarnos que los grandes hombres cuyas hazañas admiramos, nacieron en el mismo suelo que nosotros, y que, en su inmenso amor á la patria, que es la misma nuestra, encontraron la fuerza necesaria para salvarla de los más grandes peligros, para lo cual no vacilaron en sacrificar por ella su bienestar, su hacienda y su vida.

*
* *

En segundo lugar, dedico este libro á la Prensa Independiente de la República, que con rara abnegación ha sostenido una lucha desigual por más de 30 años contra el poder omnímodo que ha centralizado en sus manos un solo hombre; á esa prensa que, tremolando la bandera constitucional, ha protestado contra todos los abusos del poder y defendido nuestros derechos ultrajados, nuestra Constitución escarnecida, nuestras leyes burladas.

Muchas veces, en tan larga lucha le ha llegado á faltar aliento y ha estado próxima á sucumbir; pero nuestra patria posee gran vitalidad, debido á las hazañas de nuestros antepasados, y esa vitalidad reanimó las fuerzas de sus abnegados servidores y les dió nuevo vigor para seguir luchando, al grado que ahora presenciamos una vigorosa reacción de la Prensa Independiente, que ha hecho á un lado las antiguas rencillas que la dividían en dos bandos, para no formar sino una masa compacta que lucha con energía y con fe por la realización del grandioso ideal democrático consistente en la reivindicación de nuestros derechos, á fin de dignificar al ciudadano mexicano, elevarlo de nivel, hacerle ascender de la categoría de súbdito á que prácticamente está reducido, á la de hombre

libre; á fin de transformar á los mercaderes y viles aduladores, en hombres útiles á la patria y en celosos defensores de su integridad y de sus instituciones.

Por este motivo quiero presentar un homenaje de respeto á esos modestos luchadores, á quienes no han arredrado las persecuciones, la prisión, los sarcasmos, los insultos y las privaciones de todas clases; á quienes no ha podido seducir el ofrecimiento de brillantes posiciones oficiales, pues han preferido vivir pobres, pero con la frente muy alta; perseguidos, pero con la noble satisfacción de que servían á su patria; oprimidos, pero alentando siempre en su corazón el ideal de libertad.

A estos valientes paladines, la patria sabrá premiar sus servicios; pero entre tanto, sepan que sus esfuerzos no han sido estériles, que la semilla que pusieron en el surco y con perseverante celo han protegido contra el vendabal, ha germinado ya, y que el árbol de la libertad crece lozano y vigoroso, para muy pronto protegernos con su sombra bienhechora.

*
* *

Por último, dedico este libro á todos los mexicanos en quienes no haya muerto la noción de Patria y que noblemente enlazan esta idea con la de libertad, y de abnegación; á esa pléyade de valientes defensores que nunca han faltado á la Nación en sus días de peligro y que ahora permanecen ocultos por su modestia, esperando el momento de la lucha en que asombrarán al mundo con su vigorosa y enérgica actitud; á esos valientes paladines de la libertad que ansiosos aguardan el momento de la lucha: á esos estoicos ciudadanos que muy pronto se revelarán al mundo por su entereza y energía; á todos aquellos que sientan vibrar alguna de las fibras de su alma al leer este libro, en el cual me esforzaré por hablar el lenguaje de la Patria.

EL AUTOR.

MOVILES QUE ME HAN GUIADO

PARA ESCRIBIR ESTE LIBRO

Antes de dar principio al trabajo que tengo la satisfacción de presentar al público, precisa que diga unas cuantas palabras sobre los móviles que me han guiado al publicarlo.

Empezaré por exponer la evolución que han sufrido mis ideas á medida que se han desarrollado los acontecimientos derivados del actual régimen político de la República, y en seguida trataré de estudiar con el mayor detenimiento posible, las consecuencias de este régimen, tan funesto para nuestras instituciones.

Como la inmensa mayoría de nuestros compatriotas que no han pasado de los 50 años (idos generaciones!), vivía tranquilamente dedicado á mis negocios particulares, ocupado en las mil futilezas que hacen el fondo de nuestra vida social, estéril en lo absoluto!

Los negocios públicos poco me interesaban, y menos aún me ocupaba de ellos, pues acostumbrado á ver á mi derredor que todos aceptaban la situación actual con estoica resigna-

ción, seguía la corriente general y me encerraba, como todos, en mi egoísmo.

Conocía por teoría los grandiosos principios que conquistaron nuestros antepasados, así como los derechos que nos aseguraban, legándonos en la Constitución del 57 las más preciadas garantías para poder trabajar unidos, por el progreso y el engrandecimiento de nuestra patria,

Sin embargo, esos derechos son tan abstractos y hablan tan poco á los sentidos, que aunque los veía claramente violados bajo el gobierno que conozco desde que tengo uso de razón, no me apercibía de la falta que me hacían, puesto que podía aturdirme dedicándome febrilmente á los negocios y á la satisfacción de todos los goces que nos proporciona nuestra refinada civilización.

Además, eran tan raras y tan débiles las voces de los escritores independientes que llegaban á mí, que no lograron hacer vibrar ninguna de mis fibras sensibles; permanecía en la impasibilidad en que aún permanecen casi todos los mexicanos.

Por otro lado, consciente de mi poca significación política y social, comprendía que no sería yo el que pudiera iniciar un movimiento salvador, y esperaba tranquilamente el curso natural de los acontecimientos, confiado en lo que todos afirmaban: que al desaparecer de la escena política el señor General Porfirio Díaz, vendría una reacción en favor de los principios democráticos; ó bien, que alguno de nuestros pro-hombres iniciara alguna campaña democrática, para afiliarme en sus banderas.

La primera esperanza la perdí cuando se instituyó la Vicepresidencia en la República, pues comprendí que aún desapareciendo el General Díaz, no se verificaría ningún cambio, pues su sucesor sería nombrado por él mismo, indudablemente entre sus mejores amigos, que tendrán que ser los que más simpaticen con su régimen de Gobierno. Sin embargo, la convocatoria para una Convención por el Partido que se llamó en aquellos días Nacionalista, hacía esperar

que, por lo menos, el candidato á la Vicepresidencia, sería nombrado por esa Convención. No fué así, y la convocatoria resultó una farsa, porque después de haber permitido á los delegados que hablaran de sus candidatos con relativa libertad, se les impuso la candidatura oficial del señor Ramón Corral, completamente impopular en aquella asamblea, la cual fué recibida con ceceos, silbidos y sarcasmos.

Entonces comprendí que no debíamos ya esperar ningún cambio al desaparecer el General Díaz, puesto que su sucesor, impuesto por él á la República, seguiría su misma política, lo cual acarrearía grandes males para la patria, pues si el pueblo doblaba la cerviz, habría sacrificado para siempre sus más caros derechos; ó bien, se erguiría enérgico y valeroso, en cuyo caso tendría que recurrir á la fuerza para reconquistar sus derechos y volvería á ensangrentar nuestro suelo patrio la guerra civil con todos sus horrores y funestas consecuencias.

En cuanto al prohombre que iniciara algún movimiento regenerador, no ha parecido y hay que perder las esperanzas de que parezca, pues en más de treinta años de régimen absoluto, no se han podido dar á conocer más prohombres que los que rodean al General Díaz, y esos no pueden ser grandes políticos, ni mucho menos políticos independientes; tienen que ser forzosamente hombres de administración, que se resignen á obrar siempre según la consigna, pues sólo así son tolerados por nuestro Presidente, que ha impuesto como máxima de conducta á sus Ministros, Gobernadores, y en general á todos los ciudadanos mexicanos, la de *poca política y mucha administración*, reservándose para él el privilegio exclusivo de ocuparse en política, á tal grado, que para los asuntos que conciernen á este ramo de gobierno, no tiene ningún consejero; sus mismos Ministros ignoran con frecuencia sus intenciones.

No hablaré del movimiento político por medio de clubs liberales, iniciado por el ardiente demócrata y estimado amigo mío, Ing. Camilo Arriaga, porque ese movimiento fué

sofocado en su cuna con el escandaloso atentado que se verificó en San Luis Potosí, y no tuvo tiempo de conmover profundamente á la República. Sin embargo, conviene recordar la rapidez con que se propagó y se ramificó, pues es uno de tantos argumentos en que me apoyaré para demostrar que es un error creer que no estamos aptos para la democracia y que el espíritu público ha muerto.

Por estos acontecimientos comprendí que los aspirantes á un cambio en el sentido de ver respetada nuestra Constitución, nada podíamos esperar de arriba y no debíamos confiar sino en nuestros propios esfuerzos.

Sin embargo, el problema para reconquistar nuestros derechos se presentaba de dificilísima solución, sobre todo para los que, satisfechos como yo, de la vida, encerrados en su egoísmo y contentos con que se les respetaran sus bienes materiales, no se preocupaban grandemente en estudiar tal problema.

Ese indiferentismo criminal, hijo de la época, vino á recibir un rudo choque con los acontecimientos de Monterrey el 2 de Abril de 1903.

Hasta aquella época permanecí casi indiferente á la marcha de los asuntos políticos, y casi casi á la campaña política que sostenían los neoleonenses, cuando me llegaron noticias del infame atentado de que fueron víctimas los oposicionistas al verificar una demostración pacífica, que resultó grandiosa por el inmenso concurso de gente y que tuvo un fin trágico debido á la emboscada en que cayó.

Ese acontecimiento, presenciado por algunos parientes y amigos míos que concurrieron á la manifestación, me impresionó honda y dolorosamente.

Con este motivo, el problema se presentaba aun más difícil, pues claro se veía que el gobierno del Centro estaba resuelto á reprimir con mano de hierro y aun ahogar en sangre cualquier movimiento democrático. Y digo el "gobierno del Centro," porque éste supo todo lo que pasó en Monterrey, quizás se hizo con su acuerdo prévio, y por último, absolvió

á aquel á quien acusaba la vindicta pública de tan horrendo crimen.

Sin embargo, si el problema se presentaba cada vez más difícil, empezaba á sentirse la falta de esas garantías que nos otorga la Constitución. Algunos amigos míos y yo, llenos de noble indignación, pudimos percibir distintamente los fulgores siniestros de aquel atentado, que con su luz, tinta en sangre, alumbraba nuestras llagas, y comprendimos que el sutil veneno invadía lentamente nuestro organismo y que si no nos esforzábamos en ponerle remedio enérgico y eficaz, pronto nuestro mal sería incurable, y debilitados por él, no tendríamos fuerzas para luchar contra alguna de las huracanadas tempestades que nos amenaza y estaríamos expuestos á sucumbir al primer soplo del vendabal, peligrando hasta nuestra nacionalidad.

Una vez que esta convicción echó raíces en nuestra conciencia, comprendimos que era deber de todo ciudadano preocuparse por la cosa pública, y que el temor ó el miedo que nos detenía, era quizás infundado; pero seguramente humillante y vergonzoso.

Por estas razones, nos formamos el propósito de aprovechar la primera oportunidad que se presentara, para unir nuestros esfuerzos á los de nuestros conciudadados, á fin de principiar la lucha por la reconquista de nuestras libertades.

Esa oportunidad se presentó con motivo de las elecciones para Gobernador del Estado, el año 1905.

*
* *

Para dar principio á la campaña electoral, organizamos un Club político denominado "Club Democrático Benito Juárez," que pronto fué secundado por numerosos Clubs, que se ramificaron por todo el Estado, y los cuales siempre nos prestaron una ayuda eficaz, luchando con serenidad y estoicismo admirables, contra toda clase de atentados y persecuciones de que fueron víctimas.

Siguiendo las costumbres americanas, no quisimos lanzar ningún candidato, sino que convocamos á una Convención electoral que se verificó en la capital de la República, porque algunos temían que aquí en el Estado no tuviésemos bastantes garantías. En esta Convención se aprobó lo que en los E. U. se llama «plataforma electoral,» ó sea el plan político á que debía sujetar sus actos el nuevo gobierno en caso de que nuestro partido triunfara. En ese plan se establecía el principio de no-reelección para el Gobernador y Presidentes Municipales y se apremiaba al nuevo mandatario para que dedicara todos sus esfuerzos al fomento de la Instrucción Pública, sobre todo á la rural, tan desatendida en nuestro Estado y en toda la República; igualmente se trataban otros puntos de buena administración.

Una vez aprobado el plan político, se procedió á la elección de candidato entre los varios que fueron presentados y calurosamente sostenidos por diferentes grupos.

Terminado el cómputo de votos, un atronador aplauso saludó el nombramiento del agraciado.

Ya no había más que un solo grupo, que con su esfuerzo unánime estaba resuelto á trabajar por el triunfo de su candidato. La Convención tuvo gran resonancia no solamente en la Capital, sino en toda la República, pues venía á hablar el lenguaje de la libertad, que casi se ha llegado á considerar exótico en la patria de Juárez, Ocampo, Lerdo, Arriaga, Zarco y tantos otros ilustres patricios cuyo recuerdo aún nos hace vibrar de entusiasmo y revive nuestro patriotriotismo.

Una vez terminados los trabajos de la Convención, se dispersaron los miembros, y todos en perfecta armonía siguieron trabajando por el nuevo candidato.

La opinión del Estado se había uniformado por completo, debido á los trabajos de la prensa independiente, al grandísimo número de clubs que se instalaron, y sobre todo al de la Convención, á la cual concurrieron más de 100 represen-

tantes de todo el Estado, y se mostraba unánime en favor de nuestro candidato.

A pesar de lo expuesto, llegado el día de las elecciones, nos encontramos con todas las casillas ya instaladas por el elemento oficial, y sostenidas con gente armada y con fuerza de policía.

Esto no constituyó un obstáculo para que nuestro triunfo fuera completo en algunos pueblos; pero este esfuerzo fué nulificado en las juntas de escrutinio por las chicanas oficiales.

Este atentado contra el voto público no tenía ejemplo en nuestra historia, y nosotros no encontramos otro camino que el de levantar enérgicas protestas para que supiera la Nación entera cómo se respetaba la ley electoral en nuestro Estado.

A nosotros nos hubieran sobrado elementos para hacer respetar nuestros derechos por la fuerza y sin que hubiera habido derramamiento de sangre; á tal grado estaba uniformada la opinión y desprestigiada la administración del Lic. Cárdenas; pero sabíamos que al día siguiente de obtenido el triunfo, tendríamos que sostener una lucha tremenda contra el gobierno del Centro, que de modo ostensible apoyaba la candidatura oficial, y retrocedimos ante esa idea, no por miedo, sino por principio; porque no queremos más revoluciones, porque no queremos ver otra vez el suelo patrio ensangrentado con sangre hermana, porque tenemos fe en la democracia. Los triunfos que se obtienen por el sistema democrático, son más tardíos; pero más seguros y más fructíferos, como procuraré demostrarlo en el curso de mi trabajo.

Casi al mismo tiempo que nosotros y en otro extremo de la República, en el Estado de Yucatán, se había entablado una lucha semejante. El resultado fué el mismo, pues triunfó la candidatura oficial. A la vez, hubo movimientos oposicionistas en otros Estados; pero no tan bien organizados como los de Coahuila y Yucatán.

Durante esa campaña política, claramente nos convencimos de la simpatía con que eran vistos en toda la República

los esfuerzos que hacían los demás Estados y el nuestro para libertarnos de la tutela del Centro y nombrar independientemente mandatarios, haciendo respetar la soberanía de los Estados según el Pacto Federal.

Sin embargo, esas simpatías no podían menos que ser platónicas, pues no tenían ningún medio legal de qué valerse para ayudarnos en la lucha que sosteníamos con el gobierno del Centro, quien estaba resuelto á emplear la fuerza para imponer su voluntad.

*
* *

Hondas reflexiones nos sugirieron esos acontecimientos, que fueron para nosotros una gran enseñanza y proyectaron luz vivísima sobre el problema cuya solución cada día nos apasionaba más; esa temporada de lucha había templado nuestro carácter, nos había puesto frente á frente con los grandes intereses de la patria, tan seriamente amenazados, había sacudido ese letargo en que desde tantos años yacíamos, y nos había hecho vibrar al unísono de nuestros grandes hombres, cuyos ejemplos habíamos tomado por modelo y nos esforzábamos en imitar.

Comprendimos que la lucha de cada Estado aislado, en contra de la influencia del Centro, tendría que fracasar, y nos propusimos esperar una oportunidad propicia para luchar en condiciones más ventajosas.

Yo propuse un proyecto para la formación desde entonces del «Partido Nacional Democrático,» principiando por declarar nuestros clubs «permanentes;» pero muchos amigos me hicieron comprender que no era oportuno, porque una lucha tan larga nos hubiera aniquilado antes de llegar á las siguientes elecciones, sin obtener ningún resultado práctico.

Además de esas razones, tomé en consideración una muy importante, y es el carácter de nuestra raza, que es de suyo impulsivo, capaz de un gran esfuerzo en un momento dado, pero incapaz de sostener una lucha prolongada. Me refiero

á las luchas en el terreno de las ideas, que con las armas en la mano, sí ha dado pruebas de inquebrantable constancia al tratarse de conquistar su independencia ó defender su soberanía.

Por esos motivos desistí de mi proyecto, que fué publicado en algunos de los periódicos independientes, y aún defendido por alguno de los que más se distinguieron en aquella época con la firmeza de sus principios y lo rudo de sus ataques contra el centralismo y absolutismo.

Una vez desechado ese proyecto, resolvimos esperar la siguiente campaña electoral, que tendría verificativo el año 1909, para hacer otro esfuerzo que quizá tendría mayores resultados, por estar tan cerca las elecciones para Presidente de la República, con cuyo motivo es posible que se organice el Gran Partido Nacional Democrático, ramificado en toda la Nación y con el cual nos fundiríamos para luchar por los mismos principios, enlazando de ese modo nuestra campaña local con la general de la República.

De este modo lucharemos más ventajosamente, pues si se organizan en varios Estados movimientos democráticos semejantes al nuestro, dependiendo todos de una Junta Central nombrada oportunamente por delegados de toda la Federación, se podrán obtener resultados muy importantes, y al resolverse la gran cuestión presidencial, quedarán resueltas las locales de los Estados.

***

Como un movimiento de esa naturaleza casi no tiene precedente en nuestra historia, ó por lo menos en estos últimos treinta años, me ha parecido de gran importancia publicar el presente trabajo para divulgar la idea, demostrando su viabilidad y los grandes beneficios que acarreará al país la formación de un Partido Nacional Independiente.

Principiaré por estudiar las causas que han traído sobre nuestro país el actual régimen de centralismo y absolutismo,

á fin de no recaer en aquellas faltas que tan funestas consecuencias nos han acarreado.

Esas causas no fueron sino las continuas revoluciones, que siempre dejan como triste herencia á los pueblos, las dictaduras militares, las cuales tienen efectos diversos según su naturaleza.

Cuando son francas y audaces, no tienen otro efecto que el de marcar un paréntesis en el desenvolvimiento democrático de los pueblos, después del cual viene una poderosa reacción que restablece la libertad en todo su esplendor, y al pueblo en el uso de sus derechos.

En cambio, cuando la dictadura se establece en el fondo y no en la forma, cuando hipócritamente aparenta respetar todas las leyes y apoyar todos sus actos en la Constitución, entonces va minando en su base la causa de la libertad, los ciudadanos se ven oprimidos suavemente por una mano que los acaricia, por una mano siempre pródiga en bienes materiales; entonces con facilidad se doblegan, y ese ejemplo, dado por las clases directoras, cunde rápidamente, al grado de que pronto llega á considerarse el servilismo como una de las formas de la cortesía, como el único medio de satisfacer todas las ambiciones.... las ambiciones que quedan cuando se ha destruído en los ciudadanos la noble ambición de trabajar por el progreso y el engrandecimiento de la patria, y sólo se les ha permitido y fomentado la de enriquecerse, la de disfrutar de todos los placeres materiales.

Estos placeres llegan á ser el único campo de actividad para los habitantes de un país oprimido, puesto que, no habiendo libertad, les están vedados los vastísimos campos que ofrecen las prácticas democráticas, que son las que necesita el pensamiento para elevarse sereno á las alturas donde se encuentra la clarividencia necesaria para discurrir sobre los negocios públicos. La consecuencia inmediata es el enervamiento de los pueblos, la muerte en su germen de las nobles aspiraciones, la pérdida de la idea de su responsabilidad para con la patria, resultando que cuando llegan

los momentos de supremo peligro, el pueblo permanece indiferente, la patria se encuentra sin defensores, porque sus hijos la han olvidado y la dejan caer inerme bajo los golpes del invasor extranjero.

Los que llevan una vida regalada, tranquila, indiferente, entregados á las mil diversiones que proporcionan las bagatelas que acompañan á nuestra civilización; los que sólo se preoupan por su bienestar material, encontrarán sin duda, que soy un espíritu pesimista, que veo todo con colores demasiado sombríos. Pero que esas personas se tomen la molestia de hojear la historia, y verán la suerte que han corrido los pueblos que se han dejado dominar, que han abdicado de todas sus libertades en manos de un solo hombre; que han sacrificado la idea de patriotismo, sinónimo de abnegación, á la del más ruin de los egoísmos; que han dejado de preocuparse de la cosa pública, para ocuparse exclusivamente de sus asuntos privados.

Pues bien, esta es la situación porque atraviesa actualmente la República y me esforzaré en hacer su pintura con colores tan vivos, que logre comunicar mi zozobra é inquietud á todos mis compatriotas, con el objeto de que hagamos todos unidos un vigoroso esfuerzo para detener á nuestra patria en la pendiente fatal por donde la impulsan los partidarios del actual régimen de cosas.

También procuraré estudiar fríamente el modo como podrían organizarse los elementos que tengan el deseo de colaborar á tan magna obra, y las probabilidades de éxito de un partido que se organizara con tal fin.

Las probabilidades son inmensas, pues un partido formado y cimentado sobre principios, tiene que ser inmortal como los principios que proclama; pueden sucumbir muchos de sus miembros; pero el principio nunca sucumbirá y siempre servirá de faro para guiar los pasos de los que quieran trabajar por el bien de la patria; siempre servirá de punto de concentración á todas las ambiciones nobles, á todos los patriotismos puros. No pasa así con los partidos personalis-

tas, que tienden á disgregarse si no á la muerte de su jefe, muy poco después.

Por todo lo cual afirmo que un partido constituido actualmente de acuerdo con las aspiraciones de la Nación é inspirado en los principios democráticos, tendría la seguridad de triunfar tarde ó temprano, pues si mientras viva el General Díaz este triunfo es difícil, no sucederá lo mimo al desaparecer él de la escena política; porque entonces será el único partido que se encontrará bien organizado, y organizado sobre bases firmísimas.

El principal objeto que perseguiré en este libro, será hacer un llamamiento á todos los mexicanos, á fin de que formen este partido; que será la tabla de salvación de nuestras instituciones, de nuestras libertades y quizás hasta de nuestra integridad nacional.

Mi llamamiento se dirigirá igualmente hacia el hombre que por más de treinta años ha sido el árbitro de los destinos de nuestra patria.

Le hablaré con el acento sincero y rudo de la verdad, y espero que un hombre que se encuentra á su altura sabrá apreciar en lo que vale la sinceridad de uno de sus conciudadanos que no persigue otro fin que el bien de la patria.

Así lo espero, pues supongo que el General Díaz, habiendo llegado á disfrutar de todos los honores posibles, habiendo visto satisfechas todas sus aspiraciones y habiendo sentido por tanto tiempo el aliento envenenado de la adulación, tendrá deseos de oír la severa voz de la verdad y no considerará como enemigos á los que tengan la virilidad necesaria para decírsela, para mostrarle el precipicio á donde va la patria y enseñarle también cuál es el remedio.

Parecerá que es presunción mía querer saber en estos asuntos más que el General Díaz, quien por tantos años ha estado al frente de los destinos del país; pero no tengo sino la convicción de que el General Díaz ha visto tan claro como yo en este asunto, y si no, allí están las declaraciones que hizo á Creelman, y más allá, remontándonos hasta el origen

de su gobierno, veremos que si tomó las armas contra los gobiernos de Juárez y Lerdo, fué precisamente porque juzgaba una amenaza para las instituciones democráticas la reelección indefinida de los gobernantes; y esto seguirá sucediendo, mientras no estén organizados los partidos políticos; pero fundados sobre principios que satisfagan las aspiraciones nacionales, y no personalistas, como los que actualmente existen en la República.

El hecho de que el General Díaz haya obrado en contra de sus principios, será uno de los que procuraré estudiar en el curso de mi trabajo; pero de cualquier modo que sea, queda en pie mi afirmación de que el General Díaz se da perfectamente cuenta de que sería un bien para el país su retiro de la Presidencia. Pero existen fuerzas poderosas que lo retienen: su costumbre inveterada de mando, su hábito en dirigir á la Nación según su voluntad, y por otro lado la presión que hacen en su ánimo un sinnúmero de los que se dicen sus amigos y que son los beneficiarios de todas las concesiones, de todos los contratos lucrativos, de todos los puestos públicos donde pueden satisfacer su vanidad ó su codicia y que temen que un cambio de gobierno los prive del favor de que disfrutan y que tan hábilmente saben explotar.

Esas son las causas porque quiere seguir al frente de los destinos del país el General Díaz, y lo dijo en una entrevista que se publicó en casi todos los periódicos y según la cual, contestando á las insinuaciones que le había hecho un pariente ó amigo suyo para que volviera á aceptar otra reelección había dicho: «por mi patria y por los míos, todo.»

Como esta versión no fué desmentida oficialmente, debemos creerla cierta y no sólo cierta, sino más sincera que la famosa entrevista con Creelman, pues está más de acuerdo con el lenguaje y sobre todo, con la política que ha observado el General Díaz. (1)

---

(1) Ya escrito lo anterior y para mandar los originales á la prensa, dió á luz el "Diario del Hogar" una importante carta del General Díaz, de la cual claramente se desprenden dos hechos principales: primero, que negó al señor Mata, que se dirigía á él en nombre de varios periodistas de la República, la entrevista que solicitaba pa-

También la Nación está ya acostumbrada á obedecer sin discutir las órdenes que recibe de su actual mandatario.

El General Díaz, acostumbrado á mandar, difícilmente se resolverá á dejar de hacerlo.

La Nación, acostumbrada á obedecer, tropezará aún con mayores dificultades para sacudir su servilismo.

Todo es, pues, cuestión de costumbres; pero costumbres que han echado tan hondas raíces en el suelo nacional, que no podrán desarraigarse sin causar en él profundas alteraciones; sin demandar esfuerzos gigantescos; sin necesitar la abnegada cooperación de todos los buenos mexicanos.

No por esto perdamos las esperanzas. Si la Nación llega á conmoverse en la próxima campaña electoral, si los partidarios de la democracia se unen fuertemente y forman un partido poderoso, es posible que se efectúe un cambio aun en el ánimo del General Díaz, pues el rudo acento de la patria agitada podrá conmover al caudillo de la Intervención y quizá logre que predominando en él el más puro patriotismo, siga la vía que éste le señala y haga á un lado las pequeñeces, las miserias que podrían desviarlo de prestar á su patria el servicio más grande que nunca le ha prestado: el de dejarla libre para que se dé un gobierno según sus aspiraciones y según sus necesidades.

Hay otras razones de gran peso y que el General Díaz ha de tomar en consideración.

El que ha gobernado á la República Mexicana por más de treinta años y enlazado toda su vida á sus más importantes acontecimientos, y que se acerca á los ochenta años, pertenece más á la historia que á sus contemporáneos, y debe preocuparse más del fallo de aquélla, que de satisfacer la insaciable avaricia de los que sólo persiguen el medro personal en la adulación que le prodigan, de los que sólo pien-

---

ra un escritor mexicano, con objeto de tratar sobre la cuestión presidencial, habiendo observado una conducta diametralmente opuesta con un periodista norteamericano; y en segundo lugar, insinuaba que sí aceptará otra reelección; así es que viene á corroborar lo que afirmo: que el General Díaz desea seguir ocupando la silla presidencial.

san en ELLOS MISMOS, sin preocuparse no solamente por la patria, pero ni siquiera por el prestigio de su administración.

*
* *

Por más que una literatura malsana, basada en la mentira y la hipocresía ha querido desviar el criterio nacional, no lo ha logrado. En nuestra patria sólo tiene eco la verdad; sólo ella conmueve los ánimos, despierta las conciencias dormidas, enciende el fuego del patriotismo, que por fortuna aún se encuentra latente en las masas profundas de la Nación, á donde no ha llegado la corruptora influencia de la riqueza y del servilismo.

Por este motivo espero que mi voz será oída, porque será la voz de la verdad; será la voz de la patria aflijida que reclama de sus hijos un esfuerzo para salvarla.

Me repugna hablar de mi humilde personalidad, y en el curso de este trabajo lo haré sólo cuando sea indispensable; creo, sin embargo, que en este lugar debo hacer una declaración, pues antes que todo debo ser leal.

Pertenezco, por nacimiento, á la clase privilegiada; mi familia es de las más numerosas é influyentes en este Estado, y ni yo, ni ninguno de los miembros de mi familia tenemos el menor motivo de queja contra el General Díaz, ni contra sus ministros, ni contra el actual Gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales.

Los múltiples negocios que todos los de mi familia han tenido en los distintos ministerios, en los tribunales de la República, siempre han sido despachados con equidad y justicia.

Esto no ha variado ni después de la campaña electoral de 1905 para Gobernador del Estado, en la cual yo tomé una parte muy activa afiliado en el partido independiente. Como nunca me ha gustado valerme de convencionalismos, en los artículos que con aquel motivo escribí, ataqué la política centralizadora y absolutista del General Díaz.

Hay más: cuando estaba más acre la campaña, las autoridades del Estado dictaron orden de aprehensión contra mí: pero antes de ejecutarla parece que llegó orden del Centro de que se me respetara, pues ni siquiera lo intentaron, á pesar de que por muchas personas supe que había llegado esa orden, lo cual pude comprobar después por fuente fidedigna.

Aunque á mí no me atemorizaba la prisión, porque no ésta, sino las causas que llevan allí son las que manchan, no por eso dejo de agradecer que se me hiciera justicia en aquel caso.

Por lo expuesto, ningún odio personal, ni de familia, ni de partido me guía á escribir este libro.

En lo particular, estimo al General Díaz y no puedo menos de considerar con respeto al hombre que fué de los que más se distinguieron en la defensa del suelo patrio, y que después de disfrutar por más de treinta años el más absoluto de los poderes, haya usado de él con tanta moderación: acontecimiento de los que muy pocos registra la historia. Pero esa alta estimación, ese respeto, no me impedirán hablar alto y claro, y precisamente porque tengo tan elevado concepto de él, creo que estimará más mi ruda sinceridad, que las galantes adulaciones que quizá ya lo tengan hastiado.

Los numerosos miembros de mi familia siguen la corriente general por donde van encauzadas las energías de la Nación: dedican sus esfuerzos y su fortuna al desarrollo de la agricultura, la industria, la minería, y gozan de las garantías necesarias para el fomento de sus empresas. Ademas, desde que mi abuelo, el señor Don Evaristo Madero, se retiró del gobierno de este Estado el año 1884, sólo se ha ocupado accidentalmente de la política local, por lo que puede decirse que mi familia no se ocupa de los negocios públicos, estando en este caso, como todos los que no disfrutan de puestos gubernativos ni militan en los escasísimos rangos de la oposición, casi exclusivamente compuestos de periodistas independientes, que con abnegación rara han lucha-

do defendiendo palmo á palmo la Constitución y los ideales democráticos.

Tampoco pertenezco á ninguno de los partidos militantes, que son el *Revista* y el *Científico*. No me guía, pues, ninguna pasión baja, y si juzgo con dureza los resultados del gobierno absoluto que ha implantado el General Díaz, es porque así me lo dicta mi conciencia.

Por lo demás, me someto de antemano al fallo del gran juez en estas cuestiones: á la opinión pública. Ella dirá si mi palabra tiene el acento de la verdad, inspirada en los verdaderos intereses de la patria, ó el de la torpe mentira, encaminada á desviar los esfuerzos de los mexicanos del noble fin á que deben dirigirlos.

El único sentimiento que me guíe, será el amor á la patria, y aunque éste es casi siempre vehemente y entusiasta, procuraré reprimir mis impulsos de vehemencia y entusiasmo para no parecer exagerado.

A pesar de este propósito, dudo mucho que al describir algunas de nuestras llagas pueda contener las amargas quejas de mi alma; que al hablar de las grandes infamias que se han cometido bajo este régimen, pueda comprimir la irritada vehemencia de mi indignación.

También será necesario tomar en consideración que no soy el historiador frío, sereno y desapasionado que trata los acontecimientos importantes después de transcurridos muchos años, con datos oficiales y otros de no menor importancia, y que juzga los hechos por sus resultados; sino el pensador que ha descubierto el precipicio hacia donde va la patria, y que con ansiedad se dirige á sus conciudadanos para enseñarles el peligro; que debe hablar alto, muy alto, para ser oído; que quiere pintar la situación con colores tan vivos, que logre representarla palpitante y amenazadora, como realmente es; que necesita hablar con vehemencia, para sacudir fuertemente á este pueblo, otras veces heroico y que ahora ve con criminal indiferencia los atentados más inícuos contra su libertad, contra sus sagradas prerrogativas de ciu-

dadanía y, lo que es peor, contra los inviolables derechos del hombre. Hoy, con mirada estúpida ó indiferente, ve pasar por sus centros populosos rebaños de carne humana, rebañcs que van á la esclavitud, sin que un grito de indignación brote de sus pechos congelados por el terror, sin que una mirada compasiva los acompañe en su cautiverio. . . . Pero no, esto no es cierto; no puede serlo. Sí, sí han causado indignación tan repugnantes espectáculos; pero el egoísmo y el miedo han reprimido los gritos próximos á estallar; sí, sí ha habido miradas compasivas para aquellos desdichados; pero han sido ocultadas cuidadosamente para no provocar con ellas las iras de sus verdugos.

*
* *

Para escribir este trabajo, voy á tropezar con grandes dificultades, porque es sumamente difícil apreciar los acontecimientos contemporáneos en su justo valor, pues además de que se necesita un criterio muy amplio y muy superior al mío, se necesita igualmente desprenderse por completo de las pasiones que agitan tanto á aquel que tiene sus ideales bien de finidos y se preocupa por el progreso de la patria, como al que sólo persigue el medio personal ó está impulsado por cualquier sentimiento bajo y despreciable.

Además, en muchos casos me faltarán datos oficiales papara poder hacer alguna afirmación, así como para narrar con fidelidad algunos hechos importantes. En ambos casos, tendré que atenerme á lo que dice la voz pública, y en vez de hacer afirmaciones rotundas, sentaré los hechos como muy probables.

Por último, la situación que atraviesa actualmente nuestra patria, es única en su historia, y para estudiarla no debemos buscar su analogía en nuestro turbulento pasado, desde que conquistamos nuestra independencia, ni tampoco en la sepulcral época de los Virreyes, sino en la historia de otros pueblos que, abdicando—como nosotros lo hemos he-

cho — de sus libertades en favor de alguno de sus gobernantes, han tenido que sufrir las tremendas consecuencias de su debilidad, porque no hay que olvidarlo: «En los atentados contra los pueblos, hay dos culpables: el que se atreve, y los que permiten; el que emprende y los que permiten que se emprenda contra las leyes, el que usurpa y los que abdican.» (*)

A pesar de todas estas grandes dificultades y de los peligros que aquí en México corre todo escritor independiente, no he vacilado en abordar esta ardua empresa. Para vencer las dificultades enumeradas, procuraré siempre obrar con imparcialidad y patriotismo, y con eso habré cumplido mi deber, que es siempre relativo á nuestro grado de adelanto, de ilustración, de moralidad, y nadie está obligado á dar más de lo que tiene. En cuanto á arrostrar los peligros referidos, mi contestación invariable á los amigos que me hablan de ellos con el ánimo de disuadirme de mi empresa, ha estado siempre encerrada en el siguiente dilema: «O bien no es cierto que el peligro sea tan grande, y en tal caso tenemos alguna libertad aprovechable para trabajar por el provecho de nuestra patria procurando la formación de un Partido Nacional Independiente; ó bien es real el peligro, lo cual demuestra que no hay ninguna libertad, que nuestra Constitución es burlada, que nuestras instituciones son holladas, que la opresión ejercida por el gobierno es insoportable; y en esos casos supremos, cuando la libertad peligra; cuando las instituciones están amenazadas; cuando se nos arrebata la herencia que nos legaron nuestros padres y cuya conquista les costó raudales de sangre, no es el momento de andar con temores ruines, con miedo envilecedor, hay que arrojarse á la lucha resueltamente, sin contar el número ni apreciar la fuerza del enemigo, de esta manera lograron nuestros padres conquistas tan gloriosas, y necesitamos observar la misma conducta, seguir su noble ejemplo para

(*) M. Beule. "El Proceso de los Césares"

salvar nuestras instituciones del naufragio con que las amenazan las embravecidas olas de la tiranía, que pretenden hacer de ellas su presa y sumergirlas en el abismo insondable del olvido.

San Pedro, Coahuila, Octubre de 1908.

FRANCISCO I. MADERO.

CAPITULO I

EL MILITARISMO EN MEXICO

Considerando que es el militarismo la causa directa de la situación en que nos encontramos, será muy conveniente principiar por estudiarlo con detenimiento, á fin de que una vez conocidos sus efectos, tan desastrosos para la tranquilidad ó para la libertad de la República, podamos, con mayor conocimiento de causa, aplicarles el remedio necesario, á fin de lograr el restablecimiento de la paz dentro de la ley; de la paz, algo turbulenta si se quiere, pero llena de vida, de los pueblos libres, y no la paz sepulcral de los pueblos oprimidos, en los cuales ningún acontecimiento tiene el privilegio de turbar su impasible tranquilidad.

Para que nuestro estudio sea completo, necesitamos remontarnos á la guerra de independencia, tocando de paso brevemente las causas que la originaron.

Dominación española

Tres siglos de opresión, durante los cuales estuvieron proscritos del suelo mexicano todos los derechos que podían servir de baluarte al hombre contra la tiranía, dieron por resultado que se con-

siderara como estigma nacer en este suelo y como un crimen ser mexicano, crimen castigado por los conquistadores con crueldad, no desprovista de avaricia, puesto que la pena principal que imponían á los naturales, era reducirlos á la esclavitud y hacerlos trabajar sin descanso en el cultivo de sus tierras y la explotación de sus minas, para llenar sus arcas de oro.

El régimen virreinal establecido por España, era verdaderamente odioso, puesto que todos los indígenas, y aun los mestizos y los criollos estaban completamente á merced del Virrey que venía de España y que ejercía un poder absoluto, en alto grado despótico.

Es cierto que algunos virreyes de nobles sentimientos obraron con rara magnanimidad en todos sus actos, y cuyos nombres aún se citan con veneración; pero su conducta, noble y generosa, sólo servía para poner más de relieve la avaricia, el despotismo y la crueldad de los más.

México, lo mismo que todas las colonias hispanoamericanas, era explotado sistemáticamente, y para que la Metrópoli obtuviera más pingües ganancias, tenía prohibido todo comercio con el extranjero, la explotación de algunas industrias y de ciertos ramos de la agricultura, con el objeto de no perder estos mercados.

A estas prohibiciones que tenían por objeto sacar el mayor producto posible de las colonias, se agregaban otras menos sensibles á las masas; pero de un alcance más profundo para asegurar su dominación: estaba prohibida la introducción y la publicación de todos los libros que pudieran ilustrar al pueblo y elevar su nivel intelectual y moral. La instrucción pública estaba reducida á uno que otro Seminario á donde aprendían los santa r dispensable para abrazar la carrera eclesiástica, per dores y e gún caso lo que necesitaban para conocer sus derec urabai poder apreciar su situación histórica y geográfica; porque estas ideas les podrían hacer concebir esperanzas de libertad y redención.

Tal sistema había reducido á los indios á la más triste

condición. Considerábanlos como esclavos y los trataban como á bestias de carga, pues no tenían más patrimonio que las migajas de pan que les arrojaba el amo, no por humanidad, sino por el interés de no perder al sirviente.

Los mestizos y los criollos, descendientes de español, eran tratados un poco mejor; pero tenían vedado el acceso á todos los puestos públicos de importancia; en el ejército, sólo llegaban al grado de capitán; en el sacerdocio, nunca pasaban de humildes párrocos; pero ese puesto, considerado como sagrado en la época colonial y que muchos santificaron con sus virtudes, no los ponía á cubierto de las vejaciones de sus superiores; los obispos venidos de España, inquisidores feroces con instintos depravados y que con su insaciable sed de riquezas y sangre humana, no respetaban ni los fueros eclesiásticos, cuando estaban santificados por la virtud ya que ella siendo forzosamente un estorbo para dar satisfacción á sus diabólicos instintos, tenía que erguirse serena y enérgica para protestar contra sus inicuos atentados; debía cobijar con su manto protector muchos desamparados, sabría arrancar de sus garras muchas víctimas.

El desenvolvimiento natural de los acontecimientos, aumentaba constantemente el número de los oprimidos cuyas filas eran engrosadas principalmente por los descendientes de español, más ilustrados que los indígenas, y para quienes era cada vez más humillante y pesado el yugo de la Metrópoli, mientras que el número de los opresores permanecía sensiblemente igual, aumentando esto la desproporción entre opresores y oprimidos.

El resultado de esta angustiosa situación era que los nativos del país vivían en una ignorancia extrema y su nivel intelectual estaba tan poco elevado, que no pudiendo comprender ni las más sencillas ceremonias del culto á pesar de ser lo único que se les enseñaba, se los cuban esas prácticas con las que heredaron de sus mayores, resultando un conjunto extraño, más parecido á la idolatría que á ningún otro culto.

Tal era su estado en cuanto á religión. En lo demás, tres siglos de esclavitud, durante los cuales se habían sucedido muchas generaciones pasando bajo el mismo yugo, hicieron perder á nuestra clase indígena toda noción de sus derechos, de la dignidad de que estaban investidos como hombres, y con tristísima resignación arrastraron la pesada cadena que los privaba de su libertad.

Los mestizos y los criollos, más en contacto con los peninsulares que venían de Europa, con más ilustración y facilidad para adquirir alguno que otro libro que les abriera amplios horizontes, estaban cada día más impacientes al ver la irritante desigualdad con que eran tratados, y la tempestad empezaba á prepararse sordamente en sus pechos.

Las humildes párrocos, en su mayoría mexicanos, veían los altos puestos de la iglesia ocupados por obispos é inquisidores corrompidos, crueles y ávidos de riquezas, cuyo mérito para ocupar tan alta jerarquía consistía en venir de la Metrópoli; compadecían á sus queridos feligreses, explotados sistemáticamente con el diezmo, las primicias y toda clase de gabelas del gobierno virreinal y se sentían poseídos de noble indignación al ver las atrocidades cometidas con su desventurado rebaño por el cruel conquistador, al ver falseada en sus principios más puros y bellos, la doctrina del Crucificado, que estaban ellos encargados de difundir entre esos desheredados de la fortuna, entre esos desdichados que tenían hambre y sed de justica, entre esos seres humanos á quienes el Creador concedió derechos iguales á los más encumbrados personajes y que sus dominadores habían declarado bestias de carga y los trataban como á tales.

Párrocos tan virtuosos, que cumplían verdaderamente con su santa misión, eran objeto de desconfianzas para los inquisidores y el alto clero que los vigilaban constantemente y procuraban por medio del confesionario ó el martirio. encontrar pruebas contra ellos, siendo las más terribles, las que podían demostrar que amaban verdaderamente á sus feligreses, y procuraban instruirlos, elevarlos, infundirles

ideas salvadoras capaces de sacarlos de la abyecta situación en que se encontraban.

Al venerable cura Hidalgo, padre de nuestra independencia, le seguían secretamente en la Inquisición un proceso desde el año 1800. Si más tarda en lanzarse á la lucha, quizás se lo impidan los esbirros del Santo Oficio, que ya afilaban sus garras para abalanzarse sobre él como fieras sedientas de sangre humana.

Todas las tierras, minas y propiedades urbanas, pertenecían al alto clero y á los dominadores, que gozaban de la mayor impunidad para cometer toda clase de atentados contra las clases oprimidas.

El continente hispanoamericano se encontraba todo él en semejante situación, cuando la gran ola de libertad que invadió al mundo á fines del siglo XVIII, llegó á nuestras playas, siendo saludada con alborozo por un pueblo que por primera vez, después de larguísima y dolorosa esclavitud, oía la mágica palabra de LIBERTAD.

Esa ola bienhechora, que tuvo su origen en Francia, no pudo arribar á los pueblos mal preparados para recibirla, y fué llevada por los batallones de la República y el Imperio á toda Europa, inclusive á España, cuyos nobles hijos se encontraban en una situación casi tan triste como los americanos, pues pesaba sobre ellos la doble tiranía de un clero fanático y ávido de riquezas y de una monarquía absoluta, corrompida y degenerada.

La América Española, sumida en la más negra obscuridad, veía como meteoros luminosos las raras noticias que recibía de los triunfos obtenidos por pueblos que conquistaban su independencia, como el de los E. U. de América, y á sus oídos llegaba, aunque vago, el eco de las entusiastas aclamaciones con que en Europa era saludado el advenimiento de la libertad.

Los derechos del hombre, proclamados solemnemente por el pueblo francés ante la Europa monárquica, hicieron á los reyes temblar de pavor, porque sintieron que sus coronas va-

cilaban, y á la vez, en el corazón de los oprimidos despertaron la conciencia de su dignidad, de su derecho, y les dieron fuerza para emprender una lucha que antes consideraban imposible.

Los mexicanos ilustrados, especialmente los criollos, vieron abrirse nuevos y vastísimos horizontes para sus nobles deseos y legítimas aspiraciones.

El clero bajo, compuesto de mexicanos, adivinó que los principios sublimes proclamados por la revolución francesa estaban de acuerdo con el espíritu de la doctrina cristiana, y todos comprendieron que, si los conquistadores y los que por tres siglos habían dominado este Continente, no se apoyaban en otro derecho que el de la fuerza para ejercer sus vejaciones, era imprescindible recurrir al mismo poderoso argumento para sacudir tan pesado yugo.

Por este motivo vemos al bajo clero mexicano tomar una parte tan activa en nuestra guerra de independencia, en cuya empresa fué ayudado eficazmente por el amor y la confianza de las masas que ciegamente lo seguían, porque comprendieron que si esos hombres virtuosos habían cambiado la sotana por la espada, era para mejor defender sus derechos, castigar á sus amos insolentes y libertarlos de tan oprobiosa servidumbre.

Guerra de Independencia.

Una vez iniciada la guerra por el venerable cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, y por sus valeroros compañeros Allende, Aldama y Abasolo, la idea cundió con maravillosa rapidez por todo el territorio de la Nueva España, á la vez que en otros pueblos hermanos era proclamado el mismo principio salvador por invictos americanos, que con denuedo admirable lucharon, como nosotros, hasta conquistar la independencia de su patria.

En toda la América Española, la guerra revistió un carácter especial, debido á la naturaleza del territorio en donde tuvo lugar.

La inmensa superficie que servía de teatro á la guerra,

ponía á los insurgentes al abrigo de derrotas de consecuencias funestas, porque les era fácil desbandarse cuando la suerte en los combates les era adversa, y como las guerrillas recorrían terreno amigo, en todas partes encontraban ayuda é informes que hacían imposible toda persecución eficaz.

Ese inmenso territorio se encontraba dividido por altas cordilleras de montañas, en parte inaccesibles, ostentando majestuosamente sus picos coronados de nieve, sus flancos cubiertos de espesos bosques, que brindaban fácil y seguro refugio á los hijos del país, quienes conocían todas las veredas para llegar á ellos, y las cuales constituían caminos estrechos, pero rectos, que ora bordeando el precipicio, ora pasando la cañada por el único punto transitable, ora vadeando el río por el lugar menos peligroso, pronto los ponía á cubierto de la persecución de sus enemigos y les permitía concentrarse y rehacerse en puntos sólo de ellos conocidos, sólo para ellos accesibles.

Por otro lado, ríos caudalosos, selvas impenetrables y desiertos que inspiraban pavor y servían de sepultura al imprudente que se atrevía á penetrar en ellos sin conocerlos, eran otros tantos refugios para los que tenazmente luchaban por la vida de su patria. Parece que ésta, como madre cariñosa, convertía para sus hijos en seguro abrigo los lugares en donde sus enemigos sólo encontraban desolación y muerte. Su manto, que bienhechor abrigaba á los patriotas, servía tan sólo de sudario á sus opresores.

Batalla del Puente de Calderón.

El primer ejército levantado por los independientes, compuesto de chusmas sin disciplina y mal armadas, difícilmente podía encontrar abrigo seguro en las montañas, selvas ó desiertos, y como al principio tuvo algunas victorias sobre las fuerzas realistas, que arrolló á su paso, audazmente retó al enemigo, que con fuerzas considerables venía á atacarlo, siendo completamente derrotado en la tristemente célebre batalla del puente de Calderón.

A partir de esa derrota fué cuando se organizaron multitud

de guerrillas, que con incansable constancia lucharon por la independencia de su patria, obteniendo frecuentes victorias que avivaban más su fe en el triunfo final de la causa y aumentaban sus elementos de guerra. También sufrían derrotas; pero estas nunca los aniquilaban, pues en el bosque cercano ó en determinada montaña se volvían á reunir los dispersos, se reorganizaban y á los pocos días se les veía atacando de nuevo algún punto ocupado por los realistas, ó recorriendo los pueblos donde no había enemigos, para engrosar sus filas con nuevos patriotas y hacerse de los elementos indispensables para seguir la guerra.

La unidad de mando era imposible en aquellas circunstancias, y cada quien obraba según su inspiración, no siguiendo otra consigna que la de vencer ó morir; no obedeciendo á otro plan que atacar al enemigo donde quiera que se encontrara.

Morelos.

A pesar de esas condiciones en que tan difícil era que alguien ejerciese el mando supremo, brotó en las filas insurgentes una estrella de gran magnitud que, deslumbrando con sus épicas glorias á todos los partidarios de la independencia, los subyugó con su genio, los dominó con su grandeza de alma, y por algún tiempo el partido independiente tuvo como jefe á un gran general, á un patriota magnánimo, á un ciudadano que sabía respetar la ley: al gran Morelos, figura que se destaca gloriosa entre sus contemporáneos y sobresale á pesar de haber vivido en una época en la cual tuvo la patria tantos héroes á su servicio.

Morelos, ansiando dar á la guerra el sello de grandeza que le caracterizaba y después de tener bajo su dominio gran parte del territorio nacional, convocó á los mexicanos para mandar representantes á un Congreso que se reunió en Chilpancingo.

Pero el éxito de la guerra estaba aún indeciso; los realistas, contando siempre con elementos inagotables, preparaban y equipaban ejércitos poderosos.

No era aún tiempo de poner las riendas del gobierno en manos de un Congreso; se necesitaba un jefe militar. No era oportuno tener un gobierno compuesto de tantos miembros, pues para asegurar su existencia, su estabilidad, se necesitaba, no de la escolta que requiere para su protección un general en Jefe en sus constantes evoluciones por el teatro de la guerra, sino de un ejército formidable que pudiese hacer frente á todas las fuerzas enemigas, que ya tendrían marcado el punto á donde reconcentrar el ataque y dirigir todos sus esfuerzos.

Esta falta cometida por nuestro héroe inmaculado, con la mayor buena fe, tuvo resultados transcendentales para la patria, pues retardó por muchos años el triunfo de los insurgentes y nos costó la pérdida irreparable de Morelos, inmolado en la defensa del Congreso que él mismo creó. Decimos irreparable, porque ninguno de los insurgentes que logró ver á nuestra patria libre, tenía una alma tan grande como él; quizás, si hubiera sobrevivido á la prolongada guerra de independencia, nuestra suerte habría sido otra, porque con su gloria, su prestigio, su inmenso ascendiente sobre sus compañeros de armas, hubiera dominado todas las ambiciones; con su patriotismo y altos sentimientos cívicos, de que dió prueba en el Congreso de Chilpancingo, hubiera encarrilado á la República, desde su nacimiento, por un camino en donde habría encontrado menos tropiezos, escollos y vicisitudes.

Pero dejemos de ocuparnos de lo que pudo ser.

El hecho es que Morelos sucumbió debido á una falta cometida por él de buena fe. Su muerte fué una pérdida de incalculable importancia para la patria.

Esa falta la vemos ahora clarísima, porque sabemos cuales fueron sus funestas consecuencias; si hubiéramos vivido en su época, indudablemente habríamos participado de sus hermosos ideales, de la noble ambición que lo guiaba: la de ver á su patria gobernada por representantes del pueblo.

Si insisto sobre este punto, es para demostrar como los hom-

bres más grandes y más bien intencionados pueden cometer faltas que á veces llegan á ser de funestas consecuencias

Por ese motivo no debemos nunca dejarnos deslumbrar por el brillo del que se encuentra en el poder, y para ilustrar nuestro criterio, debemos recorrer las páginas de nuestra historia ó la de otros pueblos, en las cuales encontraremos saludables enseñanzas.

En muchos casos, aun de buena fe, es difícil saber que conducta debe seguir un pueblo, cual es la política que más le conviene para salvarse de los enemigos visibles que la atacan con bandera desplegada, ó de los invisibles que se ocultan en la sombra y que sólo esperan la oportunidad propicia para atacarlo; me refiero á los enemigos exteriores y sobre todo á los interiores, que más seguramente minan nuestro organismo social, aniquilando sus fuerzas. En esos casos, allí está la historia. Consultémosla. Ella nos enseñará el derrotero que han seguido otros pueblos para salvarse; nos mostrará gloriosos ejemplos en que inspirar nuestra conducta; reglas sabias para no dejar torcer nuestro criterio con los sofismas de los que pretenden engañarnos, y encontraremos tambien en ella ejemplos reconfortantes que harán renacer en nuestra alma el entusiasmo por lo bueno: la fé en la fuerza de las grandes virtudes cívicas: la seguridad en vencer si como buenos, sabemos luchar.

En este caso especial, la historia nos enseña que es indispensable la unidad en el mando, como lo tenían establecido los romanos en su legislación, y según la cual, cuando la patria estaba en peligro, se nombraba un Dictador con poderes omnímodos.

Terminada esta corta, pero útil digresión, prosigamos nuestro estudio.

Guerra de guerrillas.—Su influencia en el carácter de nuestros libertadores.

Una vez muerto Morelos y desbandado el principal núcleo del ejército independiente, la guerra se sostuvo por varios jefes que al frente de sus guerrillas operaban independientemente,

siendo el terror de los realistas por su arrojo, su audacia, la rapidez de sus movimientos, lo cual les permitía, con un puñado de patriotas, traér en constante agitación y alarma á tropas muy superiores en número, á las cuales sólo atacaban cuando estaban fraccionadas, resultando de esto frecuentes victorias para los insurgentes, á cuyo arbitrio estaba determinar el lugar y día de la batalla, y casi casi el número de sus enemigos.

Estos héroes, á quienes debemos la independencia, viviendo constantemente sobre las armas, teniendo encuentros frecuentísimos con el enemigo, á quien derrotaban las más veces, pero que también les infligía descalabros de importancia, llegaron á organizar sus fuerzas perfectamente, puesto que de su organización dependía el triunfo de su causa, para ellos más cara que su propia existencia.

Esa vida austera del campamento, esas largas y penosas marchas, esos triunfos comprados tan caramente, después de haber sido derrotados y andado prófugos por la sierra, casi solos, perseguidos de cerca por el enemigo, deben haberles inspirado pensamientos muy bellos; ilusiones muy hermosas que se realizarían cuando la patria fuera libre. Quizá se soñaban ellos con el mando supremo de la República, guiando sus destinos hacia los ideales que soñaban, con la misma facilidad con que dirigían á sus aguerridas huestes. También debemos considerar, que sólo almas de una elevación verdaderamente rara en el mundo, pueden apreciar en su justo valor sus propios méritos. Sin embargo, la mayoría de los que no tenían esa grandeza de alma, tenían la fuerza de voluntad que proviene de una modestia incompleta, pero ya muy noble, para no hacer alarde de los servicios que prestaron á la patria y para no proclamarlos superiores á los de sus compañeros; pero en su fuero íntimo sí lo han de haber creído así, siendo raras las excepciones. Esos héroes, se imaginaban que, al conquistar la independencia, se habría asegurado para siempre la tranquilidad, la paz y el progreso de la patria, y grande fué su sorpresa

cuando vieron que esto último no se realizaba, y sin vacilar lo atribuyeron á la ineptitud de sus compañeros, á quienes la suerte había puesto al frente de los destinos de la Nación y los cuales no la guiaban por el camino que ellos habían soñado: con la mano certera y con la facilidad con que estaban acostumbrados á dirigir sus legiones. No tomaron en consideración las inmensas dificultades con que tropezaban los que tenían que reorganizar un país devastado por once años de guerra; supusieron que para ellos sería más facil la empresa; que ellos sí podrían labrar la felicidad de la República, é ignorando la eficacia de las prácticas democráticas, y convencidos del temple de la espada que había servido para conquistar la libertad, volvieron á desenvainarla para que les ayudara á asegurar la felicidad de la patria.

Para estos incansables guerreros, la vida del campamento había llegado á tener grandes atractivos; las luchas los seducían; los descalabros les servían de aliciente; tenían la nostalgia de la guerra y no se daban cuenta de los males que ésta causaba, puesto que los mejores años de su vida los habían pasado viendo al país envuelto en ella; y habían palpado los grandes beneficios acarreados por la larguísima guerra que sirvió para conquistar nuestra independencia.

Indudablemente que á esos móviles tan elevados debemos nuestras primeras revoluciones, pues no se les puede atribuir otros á hombres tan puros y tan grandes como Guerrero y Bravo.

Principales causas de las revoluciones.--El militarismo después de la guerra de independencia.

Al lado de estos héroes cuyo recuerdo la patria venera, y que desenvainaron la espada de buena fe creyendo que de ese modo cooperarían al progreso de su patria, se alzó una nube de ambiciosos, que habiendo prestado servicios menores, reclamaban mayor recompensa; ya porque lograron hacer resaltar sus servicios, como Iturbide y Bustamante, ó porque con un cinismo desconcertante desfiguraron los hechos, hacien-

do aparecer brillantes victorias donde sólo habían encontrado derrotas vergonzosas.

Esos ambiciosos de mala ley se pasaron á las filas de los insurgentes cuando comprendieron que éstos tendrían que triunfar: pero después de haberlos combatido tenaz y ferozmente, haciéndoles una guerra sin cuartel, persiguiéndolos como fieras, no permitiéndoles en muchos casos, antes de fusilarlos, ni los consuelos que hubieran podido encontrar en las prácticas de su religión. No solamente fueron estos malos mexicanos los verdugos más encarnizados de los libertadores durante la guerra de independencia, sino que, una vez conseguida ésta, á la que contribuyeron débilmente con su tardía defección del campo realista, se hicieron pagar muy caro sus servicios; y cuando llegaron á obtener el mando supremo, después de ensangrentar el país con nuevas revueltas, fueron el azote de la patria, dieron rienda suelta á sus instintos perversos y ejercieron venganzas ruines contra los héroes más queridos y más venerados, como Guererro, que fué fusilado cobardemente y de un modo tan alevoso, que hasta en el extranjero causó indignación.

Desde luego se notó que los verdaderos héroes como Bravo, Guerrero, Victoria y Alvarez, tan pronto como comprendieron el mal que hacían al país con las revoluciones, encaminadas sólo á cambiar de Presidente de la República, no volvieron á cometer faltas tan funestas, y sólo se les volvió á ver que empuñaban las armas cuando las instituciones democráticas corrían grave peligro de ser para siempre olvidadas, y cuando se hacían insufribles las dictaduras militares de los insurgentes de última hora, de los ambiciosos de mala ley, que de un modo tan espléndido hacían pagar á la patria sus insignificantes servicios. En cambio, estos últimos, llevados de su afán de dominar, nunca dejaron en descanso á la República con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones; siempre ofrecían al pueblo: orden, garantías, respeto á la religión; pero tan pronto como

llegaban al poder, olvidaban sus promesas y se convertían en desalmados tiranos.

Trabajos democráticos del elemento civil.

Paralelamente á los abusos de esos militares ambiciosos, que debían sus ascensos á la asonada y á la traición y que sólo buscaban en el poder la satisfacción de sus bajas pasiones, notábanse desde un principio los esfuerzos del elemento civil, del elemento sano, que aprovechaba todas las oportunidades que encontraba para hacer sentir su saludable influencia, mandando, siempre que se convocaba á elecciones de diputados, representantes que supieron cumplir fiel y patrióticamente con su cometido.

Al estudiar atentamente la época que sucedió á la declaración de nuestra independencia, causa satisfacción ver que siempre que de buena fe se convocó á la Nación para que mandara sus representantes al Congreso, éstos dieron pruebas de gran patriotismo; y si bien al principio cometieron algunas faltas, hijas necesarias de la inexperiencia, muy pronto enmendaron sus errores, y aquéllas no fueron de tan funestas consecuencias para la República, como las continuas asonadas y revoluciones del insubordinado elemento militarista, que ha sido la verdadera rémora para que el país marche rápidamente á sus grandes destinos impulsado por las prácticas democráticas.

Reflexiones sobre militarismo y democracia

De cualquier modo que sea, ese hecho nos demuestra que no es tan difícil que se implanten en un país nuevo las prácticas democráticas y para que en México y en las demás naciones hispanoamericanas se haya luchado tanto para lograrlo, no ha sido por la ignoracia del pueblo, sino porque después de las grandes guerras, siempre les queda á los países victoriosos la pesada carga de sus salvadores que muy caro se hacen pagar sus servicios. Además, la situación que se crea con esos desórdenes, es hábilmente explotada por los intrigantes y los ambiciosos.

Para probar lo anterior, citaremos el ejemplo del Brasil, que hizo una revolución pacífica para cambiar de régimen de gobierno, y como sus nuevos caudillos no tenían que reclamar grandes servicios, pronto hubo la Nación saldado cuentas con ellos y recobrado su tranquilidad y la paz dentro de la libertad.

En cambio, la antigua Roma, modelo de democracias, en donde el pueblo había conquistado palmo á palmo sus derechos y practicádolos varios siglos, se vió arrancar esos preciosos derechos por sus generales victoriosos, quienes después de conquistar el mundo, vinieron á Roma á exigirle que con sus libertades pagara sus servicios.

Ejemplos de esa naturaleza encontramos con frecuencia en la historia, y por no ser más extensos, sólo citaremos el caso de la Francia Republicana, que victoriosa rechazó y venció á casi todas las naciones de Europa, porque sólo le hacían la guerra las testas coronadas, mientras los pueblos recibían como á sus salvadores á las huestes republicanas cuando éstas á su vez invadieron los países vecinos, obteniendo triunfos que cada vez más aseguraban la grandeza de la Francia y consolidaban las preciosas conquistas que había hecho para el género humano.

Pues bien, esa Francia que había hecho mil pedazos el cetro de sus antiguos reyes; que había roto con todas las tradiciones del pasado, y que altiva y victoriosa ostentaba en una mano el gorro frigio de la libertad para todos los pueblos, y en la otra un azote para todos los tiranos de la tierra; esa Francia tan grande y tan noble y que había sido invencible en la guerra, la vemos inclinar sumisa la cabeza ante el afortunado militar que en Italia conquistó gloria inmarcesible para las armas francesas, y con la corona, es decir, con el sacrificio de su libertad, le pagó sus brillantes victorias.

¡Igual había hecho Roma con César!

¿Y cuál fué para Francia el fruto de aquella debilidad?

Bien amargo por cierto; después de una corta aunque bri-

llantísima epopeya durante la cual las águilas imperiales pasearon victoriosas por toda Europa, y que le costó la pérdida de millares de hijos, vió derrumbarse como un castillo de naipes el imperio que parecía coloso y vió también su territorio mutilado después del último desastre de Waterloo.

Así pasa con todos los edificios que no tienen base sólida, que no se asientan sobre instituciones liberales, que no descansan en el pueblo mismo, sino que dependen de la vida, de la fortuna ó del capricho de un solo hombre.

Los vastísimos imperios de Alejandro el Grande y de Carlo Magno, sólo subsistieron mientras vivieron sus fundadores; en cambio, las repúblicas y los países en donde funcionan con regularidad las instituciones democráticas, aunque con menos brillo en sus acciones guerreras, tienen una grandeza más efectiva y sobre todo más duradera; y si no, allí tenemos ejemplos para el más exigente: En la antigüedad, Roma, cuya grandeza y cuya fortuna fué constante mientras fué república; en los tiempos modernos, los ejemplos más sobresalientes son Inglaterra y Estados Unidos; Inglaterra, en donde por primera vez anidó la libertad después de haber sido proscrita de Roma, y cuyas sólidas instituciones reposan sobre la voluntad popular, ha ensanchado constantemente sus dominios, y nunca ha estado sujeta á las veleidades de la fortuna que acompañan á las naciones cuando depositan todo el poder en un solo hombre y abdican de su libertad.

La grandeza creciente de los Estados Unidos nos es demasiado conocida y debemos imitarlos en sus prácticas, sobre todo, en ese apego á la ley de que dan ejemplo sus mandatarios.

Por último, la Europa contemporánea nos presenta un cuadro vivo de la fuerza de la democracia.

Francia, después de sus últimas convulsiones, á resulta de las cuales sepultó para siempre la idea monárquica bajo todas sus formas, ha entrado en calma, logrado progresos

portentosos en todos los ramos, y después de obtener brillantes triunfos diplomáticos debido á su prudencia, á su calma, al patriotismo y serenidad de sus directores, ocupa un lugar preponderante en Europa, á pesar de la catástrofe del 70, que tanto la debilitó; mientras que Alemania, á pesar de ser el temperamento sajón más calmoso y sereno, se ve constantemente agitada por las veleidades de su Emperador, que en un arranque de vanidad, orgullo, ira ó ceguedad, parecida á la que impulsó al pequeño Napoleón á la guerra del 70, puede traer sobre ella y sobre toda Europa una guerra desastrosa por causas bien mezquinas, bien indignas del brillo que los Emperadores pretenden dar á su púrpura, y además, de consecuencias espantosas para su propio país, aun en el caso de salir victorioso de la contienda, pues si bien es cierto que las inagotables riquezas de su rival podrían indemnizarle los gastos que hiciera en la guerra, nunca podría devolverle los innumerables hijos que perdiera en los campos de batalla. Es cierto que esto no pesa nada en la balanza de los pueblos cuando dependen de un soberano, pues tiene tantos súbditos, que bien puede sacrificar algunos cientos de miles para ensanchar sus dominios, para conquistar una poca de gloria, para satisfacer su vanidad. Pero no piensan de igual manera las madres, que desoladas esperan y nunca ven llegar á los hijos de sus entrañas; las viudas y los huérfanos, que en la miseria llorarán sin consuelo la muerte del esposo, del padre. Estos llantos, que en un pueblo democrático repercuten por todo el territorio nacional inspirando cordura y prudencia á los hombres que llevan las riendas del gobierno, ó bien haciendo que sean reemplazados por otros si se ve que quieren embarcar á la nación en una aventura peligrosa, en las autocracias no tienen ningún eco, pues al autócrata no llegan esos gemidos inoportunos: sólo llega el bélico acento del clarin, y la voz de la prudencia permanece en la puerta del palacio, pues los hombres dignos que podrían aconsejarla, no son del agrado del soberano y sólo están cerca de él los que mejor saben

adular sus pasiones, aunque con sus pérfidos consejos los encaminen á las aventuras más desastrosas.

Al leer lo anterior quizás haya quien suponga que todo lo dicho es efecto de nuestra imaginación; pero que se estudie detenidamente las relaciones franco-alemanas con motivo de la cuestión de Marruecos, y se verá que permanecemos aún fríos al relatar acontecimientos de interés tan palpitante; recuérdese el funesto acontecimiento de la guerra ruso-japonesa tan imprudentemente iniciada por el orgullo y la debilidad del Zar, la cual costó tantos hijos á Rusia y al Japón, y tuvo por epílogo la más vergonzosa de las derrotas para los antes invencibles ejércitos moscovitas.

A grandes reflexiones se prestan aún estos acontecimientos, pero quizás más allá, en el curso de este trabajo, encontremos oportunidad de hacerlas: por lo pronto, el hecho que queríamos hacer resaltar, es el relativo á los grandes males que sufren los pueblos cuando se dejan dominar por un solo hombre; el peligro tan grande de que esto suceda despues de guerras en que las armas nacionales resultan victoriosas; la frecuencia con que ha pasado tal cosa en todos los pueblos del mundo y por último, que el militarismo ha sido siempre el enemigo de la libertad y el principal obstáculo para el funcionamiento de la democracia, y no la ignorancia de los pueblos, pues por más atrasados que nos encontremos desde 1821, no lo estamos tanto como Grecia en sus tiempos de apogeo y Roma en el de su grandeza.

Por consiguiente, debemos hacer á un lado ese grosero pretexto que han invocado siempre los tiranos para oprimir á los pueblos: que no están aptos para la libertad, y convencernos de que aquí en México, hemos sufrido las consecuencias que invariablemente nos presenta la historia después de las grandes guerras. Una vez vencido el enemigo extranjero, ha sido necesario pagar caramente sus servicios á los generales afortunados. Por ese motivo pusimos la corona en las sienes de Iturbide, cuya hoja de servicios con-

sistió únicamente en la oportuna defección á la que antes había considerado como patria.

Por una gratitud más merecida, pero igualmente ciega, se quiso premiar á los demás caudillos de la independencia con la silla presidencial, ó bien éllos lo exigieron con la espada en la mano, como Guerrero y Bravo.

Aprovechando el estado caótico que resultó de las asonadas promovidas por aquellos eminentes patriotas, una turba de antiguos caudillos, muchos de ellos patriotas de última hora, alteraron constantemente el orden de la República con sus frecuentes asonadas, dando por resultado que el más afortunado ó el más hábil militar era quien ocupaba la silla presidencial, convocando algunas veces á elecciones para el nombramiento de representantes, pero disolviendo las asambleas que éstas constituyeron, tan pronto como no respondían servilmente á sus miras.

Santa-Ana.

Entre estos audaces militares, figura en primera línea el General Santa-Ana, el más veleidoso de todos los mandatarios, el más intrigante de todos los ambiciosos, el más cínico en sus ofrecimientos al pueblo, el que defeccionó de todos los partidos y traicionó á todas las causas.

Entre él y otros cuantos ambiciosos, tenían al país en constante alarma, resultando que los Estados que estaban lejos de la ación del Centro, vivían casi independientes y no sabían á que autoridad obedecer; pero también con Santa-Ana contrajo una deuda la Nación, pues había sido de los revolucionarios más afortunados y tenido la suerte de derrotar á Barradas, acción militar que él supo explotar hábilmente para aparecer ante la patria como uno de sus hijos beneméritos.

En pago de esa deuda se le permitió que escalara la Presidencia de la República repetidas veces, siendo él quien se encontraba al frente del gobierno cuando se separó Texas declarándose independiente.

Santa-Ana marchó con fuerzas considerables á combatir

á los texanos, pero debido á su impericia militar y á su cobardía, sacrificó inútilmente los elementos y las fuerzas nacionales, pues una vez prisionero, dió orden á las fuerzas mexicanas para que se retiraran y abandonaran el terrreno en disputa.

¡Consideraba de más valor su tranquilidad y su vida, que la integridad de su Patria! y fué á soldado tal á quien la Nación encomendó su defensa cuando se vió invadida por los norteamericanos. Apenas es concebible que haya hombres que con sus descarados embustes y sus intrigas puedan llegar á imponerse de tal modo á naciones como la mexicana, que siempre ha contado con hijos dignísimos y valerosos, prontos á sacrificarse por ella.

Sin embargo, esa es la amarga realidad.

Santa-Ana había encontrado el modo de reivindicarse ante la Nación, haciendo un alarde de resistencia en Veracruz contra las fuerzas francesas y publicando proclamas en las cuales describía como un triunfo para las armas nacionales, lo que en realidad había sido una derrota si no para la mayor parte del ejército que con valor se defendió dentro de sus cuarteles, sí para él y para las fuerzas directamente á su mando, pues á la primer noticia del desembarco de los franceses, corrió despavorido y sólo recobró la calma y vino á atacar al enemigo, cuando ya éste se retiraba, creyendo haber logrado su objeto al llevarse prisionero al General Arista, á quien confundió con Santa-Ana.

En esa acción, á pesar del brío de que hablaba en sus proclamas, está demostrado fuera de duda por el sagaz historiador y apreciable amigo mío, Sr. Fernando Iglesias Calderón, que debió la pérdida de su pierna al hecho de no haberse ocultado bastante bien tras un muro, como lo intentó, mientras ordenaba una carga enteramente inútil, y que costó la vida á muchos buenos soldados.

La sangre que derramó Santa-Anna en esta ocasión, por su pierna mutilada, costó muy caro á la República.

Las torpezas é intrigas de Santa-Ana y de otros jefes,

quienes aprovechaban los elementos que para su defensa ponía la Nación en sus manos rebelándose contra el gobierno constituido, derrocando y poniendo otro en su lugar, dieron por resultado que no pudiéramos hacer frente á las tropas americanas cuando invadieron nuestro territorio, por no ser posible la organización de ninguna defensa seria en medio de tantas disenciones, pues para eterno baldón de sus autores, éstas no cesaron ni cuando el suelo patrio era profanado por el invasor extranjero.

Tan dolorosa experiencia viene á demostrarnos que no debemos esperar nada de esos militares ambiciosos, puesto que ya hemos visto como siempre han antepuesto sus ambiciones personales á los más sagrados intereses de la patria.

Desde que un hombre, militar ó no, toma el funesto camino de las revoluciones para escalar el poder, deben sernos sospechosos todos sus actos y debemos desconfiar de sus promesas, por más halagadoras que nos parezcan.

Lo que debemos entender por militarismo.

Ya que tan duramente hemos increpado en este lugar á militares ambiciosos que han sido la causa del desmembramiento de la República, conviene hacer una aclaración importante.

Siempre hemos tenido en nuestro ejército militares pundonorosos, valientes hasta la temeridad, caballerosos hasta lo novelesco y nobles y abnegados hasta el sacrificio.

Ellos están siempre listos para defender á su patria cuando corre algún peligro, luchan valientemente en su defensa, y cuando el riesgo ha pasado, se retiran á la vida privada ó siguen en su puesto, habiendo satisfecho su ambición, con inscribir en las páginas de la historia patria un día más de gloria al salvarla del peligro que corría.

Tan valientes y modestos héroes, no hacen alarde de sus servicios ni exigen á la patria el pago de la sangre por ella derramada; saben que al defenderla han cumplido con su deber, y con eso están satisfechos.

Esos son los verdaderos militares, los sostenes de la patria en los días de peligro, los que le han legado sus glorias más puras y nunca han sido una carga para la nación, como los ambiciosos á que nos referimos más arriba. Por eso al hablar de militarismo y de los males que ha causado, nos referimos exclusivamente á los militares insubordinados, sin conciencia, que han abrazado la noble carrera de las armas, no con el fin levantado de defender á su patria, sino con el de llegar á dominarla para satisfacer pasiones ruines y su insaciable ambición.

En la guerra con los Estados Unidos, exceptuanto á Santa-Ana y á uno que otro ambicioso, el ejército se portó con bravura, y si su general en jefe no hubiera traicionado ó por lo menos cometido una falta inexplicable, las armas nacionales se habrían cubierto de gloria en la batalla de la Angostura, lo cual hubiera asegurado nuestra integridad nacional, pues este ejército, una vez victorioso, habría regresado al centro del país en excelentes condiciones para batir al enemigo que amenazaba por otro lado, y por lo menos, no hubiera sido tan humillante el tratado celebrado para obtener la paz y la evacuación del territorio nacional, por las fuerzas norte americanas.

No hablaremos de las demás faltas que Santa-Ana cometió durante esa guerra de tan tristes recuerdos para los mexicanos; por ser demasiado conocidas.

Dictadura de Santa--Ana.

Lo que sí diremos, es que á pesar de haber observado una conducta tan sospechosa que merecía la excecración nacional, por medio de una de tantas intrigas volvió Santa-Ana al poder, poco tiempo después de haberlo abandonado el íntegro pero débil Arista.

Santa Ana, despechado por sus derrotas con los Estados Unidos de América, y más aún con quienes habían criticado su conducta censurando sus actos, inició una era de persecuciones y de venganzas como raras veces se habían visto desde que México era independiente. Se revistió del poder

dictatorial, se hizo proclamar "Alteza Serenísima," decretar los honores y tratamientos más extravagantes y para sostenerse en el poder, equipó muy bien y aumentó considerablemente el ejército, poniéndolo en condiciones muy superiores á cuando se trató de defender la patria. A los escritores independientes los persiguió y gobernó despóticamente, procurando centralizar todo el poder en sus manos, como lo intentó cada vez que había ascendido al poder y como lo intentaron tambièn cuantos pretendieron gobernar al país por medio de dictaduras militares.

Revolución de Ayutla.

La desesperación de los pueblos había llegado á su máximum y la Nación, aunque aparentemente tranquila, como siempre que pesa sobre ella alguna dictadura, estaba en una gran efervescencia y sólo faltaba una chispa para encender otra vez la guerra civil.

La chispa fué encendida por el General Don Juan Alvarez, uno de los héroes de nuestra independencia; de esos hombres tan raros en todas las épocas por su patriotismo y su desinterés. El nunca pidió nada á la patria en cambio de su sangre que mil veces derramó por ella; se contentó con verla libre y desde su modesto retiro, gobernando con acierto é integridad el Estado de Guerrero, contemplaba con honda tristeza los frecuentes tropiezos sufridos por la patria que él ayudó á crear. Más tarde, cuando fué nombrado Presidente de la República, con una magnanimidad y un desinterés que raramente encontramos en la historia, renunció ese elevado puesto, dejando en su lugar á quien él juzgaba apto para sustituirlo.

La revolución iniciada en Ayutla y encabezada por el venerable insurgente de quien acabamos de hablar, así como por hombres de gran valer, como Comonfort, fué secundada por toda la Nación, y á pesar de los espléndidos ejércitos con que contaba la dictadura, triunfó en poco tiempo, arrojando del suelo patrio al funesto dictador, é implantando un gobierno netamente popular, al frente del cual estuvo pro-

visionalmente el General Alvarez, designado para ocupar la Presidencia mientras se reunía el Congreso Constituyente y al elaborar la Constitución, determinaba el modo como debía ser electo su sucesor.

Como dijimos antes, el General Alvarez delegó el alto poder con que se le había investido, en su dignísimo colaborador, el General Comonfort. Parece que una de las principales causas que lo determinaron á tomar esa resolución, fué su avanzada edad, la cual no le permitía llevar el grandísimo peso de la administración, en aquella época tan difícil.

La elección que hizo de sustituto no podía ser más acertada, como acierta siempre quien no obedece á mezquinas pasiones, sino que procura inspirarse en los altos intereses de la patria.

Comonfort ciñó sus actos fielmente á lo ofrecido en el Plan de Ayutla, convocó al Congreso Constituyente, dejándolo en entera libertad para que cumpliera su cometido y llevara á cima su magna obra. Gobernó al país con acierto, reprimió los movimientos revolucionarios con actividad y energía, y procuró quitar á las guerras civiles el carácter de ferocidad que siempre habían tenido, usando de una rara magnanimidad con los vencidos.

Congreso Constituyente

El Congreso Constituyente, protegido por el fuerte brazo de Comonfort y aunque en medio de las tremendas agitaciones de partido que conmovían en aquella época á la República, pudo con relativa calma dedicarse á sus labores; el fruto de éstas fué la Constitución proclamada y jurada el año de 1857, en la cual se reconocían todos los derechos del hombre y se daba al país la forma de un gobierno representativo federal, satisfaciendo de esta manera las manifiestas aspiraciones de la Nación.

Los trabajos de ese Congreso son memorables por la magnitud de sus resultados, por el alto patriotismo de sus miembros, por su clarividencia, su elocuencia persuasiva, su serenidad en medio de las tempestades que los amenazaban,

y por último, por su desinterés, virtud cada vez más rara en nuestro tiempo.

Ese Congreso grabó en nuestra historia, con letra indeleble, una de sus páginas más gloriosas, pues justamente podemos vanagloriarnos los mexicanos de poseer una de las constituciones más sabias y liberales del mundo.

La reunión de aquel Congreso es la prueba más elocuente de que en México estamos perfectamente capacitados para la democracia. Como para su elección no se ejerció presión alguna, fueron representantes genuinos, legítimos del pueblo, los que á él concurrieron, y como parte integrante del mismo, conocedores de sus necesidades y sedientos de libertad.

Su labor fué admirable, y asambleas tan notables honran á cualquier país. Pero esos hombres necesitan para su desarrollo el ambiente de la libertad; la opresión, la tiranía, los asfixian.

Después de terminadas sus labores, el Congreso Constituyente clausuró sus sesiones, y los ilustres patricios que lo formaban regresaron á sus hogares.

Presidencia de Comonfort.

De acuerdo con la nueva Constitución, se procedió á elegir al Presidente de la República, recayendo el nombramiento en el General Comonfort, quien había revelado notables dotes administrativas, que unidas á su energía y proverbial magnanimidad, lo habían hecho verdaderamente popular.

El General Comonfort empezó á gobernar con dificultades de todas clases, debido principalmente á los continuos pronunciamientos del elemento netamente militarista, que asociado con el clero y el partido conservador, sólo quería el poder para saciar sus ambiciones, pues si bien es cierto que cuando esos afortunados y audaces generales llegaron al poder, dieron algunos decretos favorables al clero, en realidad fué más lo que le quitaron en forma de empréstitos. En cuanto á piedad, salvo su concurrencia oficial á las más

suntuosas ceremonias del culto, poco se preocupaban por los verdaderos intereses de la religión, cuando no se mofaban de ella; por más partidario del clero que fuera Márquez, nunca podremos convencernos que fué un verdadero creyente; así como los demás generales, quienes aunque no tan feroces como éste, no demostraban tener muchos escrúpulos religiosos en ninguno de sus actos, como lo demuestra principalmente la facilidad con que se afiliaban ya á uno, ya á otro partido. Su espada, salvo rarísimas y honrosas excepciones, estaba al servicio de quien pagara mejor y ofreciera más galones.

En vista de tales dificultades, el Congreso, obrando con gran cordura y con patriótica prudencia, invistió á Comonfort de poderes omnímodos, para que pudiera combatir eficazmente á los revolucionarios, y con la unidad de mando, tan necesaria cuando las naciones pasan por sus grandes crisis, pudiera remediar la situación y restablecer el orden.

Golpe de Estado.

A pesar de esta noble conducta del Congreso, Comonfort, obedeciendo á inexplicable sugestión, él que había sido tan leal para cumplir lo pactado en el Plan de Ayutla y que había dado tantas pruebas de patriotismo, de prudencia y de rectitud, se resolvió á dar el funesto golpe de Estado para investirse con el poder dictatorial y convocar á otro Congreso Constituyente, porque le parecía que la Constitución, que él mismo había jurado cumplir y hacer cumplir, no llenaba las aspiraciones nacionales.

En presencia de estos hechos, se encuentra el historiador abrumado, aterrado, no acierta á explicarse cómo un hombre tan recto y noble haya cometido una falta tan imperdonable; un hombre tan apegado á la ley, la haya roto en sus manos, y por último, quien respetó como un ofrecimiento sagrado el que hizo en las efusiones de la victoria, diciendo: "los heridos pertenecen á Dios, yo los perdono," no se acordara, antes de romper la Constitución, que hacía dos meses había jurado solemnemente cumplirla y hacerla cumplir.

Sin embargo, el hecho existe y hay que buscarle una explicación.

Esta es muy sencilla, si seguimos el hilo de la idea que hemos venido desarollando.

Comonfort, á pesar de sus brillantes y notables cualidades, era ante todo militar, y mal se aviene un militar acostumbrado ó mandar sus ejércitos, con que se le haga ninguna observación; á tener un Congreso á quien consultar en todos sus actos, El acostumbrado á mandar, no puede obedecer, y menos un militar que, como él, había conquistado tan frecuentemente las palmas de la victoria, no podía verse subordinado á una asamblea de particulares, de hombres que no sabían ni manejar el sable.

Además, Comonfort había sido el principal motor de la revolución contra la dictadura; á él debía la patria su libertad, y tenía que pagarle caramente sus servicios. Un año de Dictadura que había ejercido legalmente, lo había encariñado con el poder; ya no podía tolerar congresos que estuvieran sobre él. Quien había libertado á la patria de las garras de la Dictadura y que en cien combates había derrotado á los enemigos del orden, tenía más derecho á gobernar, que esa Asamblea de demagogos que nada habían hecho, sino apresurarse á disfrutar de las victorias obtenidas con su espada.

Comonfort, al dar su golpe de Estado, «cambió sus títulos legales por los de un miserable revolucionario,» según sus palabras textuales. La razón en que se apoyaba, fué que no podía gobernar con la Constitución; pero los hechos vinieron á demostrar cuan grande era su error, puesto que mientras gobernó constitucionalmente, su administración gozó de tal prestigio y estuvo apoyado de un modo tan unánime por la nación, que su gobierno parecía inconmovible, é indudablemente si no hubiera cometido falta tan trascendental, se habría ahorrado la patria muchos ríos de sangre y más pronto hubiéramos recobrado la paz, y con ella,

el progreso en todos los ramos. Por lo menos, tal es la opinión de la mayoría de nuestros historiadores.

Son raros los casos que nos presenta la historia, en que á las faltas sigan tan de cerca sus funestas consecuencias.

Comonfort, Presidente Constitucional, tenía el apoyo de la Nación entera.

Comonfort, revolucionario, ocho días después de su golpe de Estado no contaba ni con la ayuda de quienes lo indujeron á cometer falta tan grande: las fuerzas que se pronunciaron á su favor, fueron las primeras en volverse contra él, y tuvo que salir de su país á llorar en el destierro los males que en un momento de ceguedad produjo á su patria.

Otro ejemplo que no conviene olvidar: ¡un hombre como éste, tan merecedor á los más altos honores y á la gratitud nacional; de una prudencia y un tacto admirables, de una conducta irreprochable, de un desinterés y patriotismo á toda prueba, cometiendo en un momento de ceguedad, de locura ó de debilidad una falta irreparable! ¡Desgraciados pueblos cuyos destinos dependen de la vida, voluntad ó capricho de un solo hombre!

Guerra de tres años.

La única falta cometida por un hombre que siempre prestó servicios eminentes á la patria, volvió á acarrear sobre ella todos los horrores de la guerra civil durante tres años, pues el Jefe de las fuerzas que proclamaron el Plan de Tacubaya, una vez dado el golpe de Estado á favor de Comonfort, juzgó que podía dar otro golpe á su favor y así lo hizo, rebelándose contra el que acababa de investirse con los poderes dictatoriales y ocupando la codiciada silla presidencial, de donde arrojó á su antiguo ocupante. Quien esto hizo, el General Zuloaga, había ocupado un puesto de gran confianza entre las fuerzas liberales y comprendió que éstas no podían aprobar su conducta, ni menos aún apoyarlo, y se pasó al bando opuesto, al partido conservador, el cual con estos elementos y casi todas las fuerzas de línea que se pa-

saron á su lado, emprendió la obra de asegurarse en el poder, persiguiendo á los liberales, quienes en aquellos momentos se encontraban en condiciones angustiosísimas, pues casi todas las fuerzas de línea, los elementos de guerra y los mejores generales, sostenían al nuevo gobierno que se había instalado en la Capital de la República.

Sin embargo, las ideas liberales habían echado hondas raíces en la conciencia pública, porque se vió que de ningún modo atacaban los verdaderos intereses de la religión, y sí aseguraban á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, de esos sagrados derechos del hombre, que una vez reconocidos, lo elevan de la categoría de siervo á la de ciudadano: de la de esclavo á la de hombre libre.

Los defensores de esos principios se encontraban diseminados por el vasto territorio de la República, sirviéndoles de centro de unión, de jefe, la grandiosa figura de Juárez, quien siendo sustituto del Presidente de la República por derecho, había recogido el poder perdido por Comonfort, primero por su golpe de Estado y después por delegación que hizo, según declaraciones al efecto.

Juárez, investido de la legalidad de que se había despojado Comonfort, recogió el prestigio que aquél tenía, prestigio que supo acrecentar con la rectitud de sus actos, su admirable serenidad en los más grandes peligros, su indomable constancia, su honradez acrisolada, su patriotismo á toda prueba.

Juárez era la encarnación de la ley, el representante genuino de la legalidad y respondía á las aspiraciones de la parte sana de la Nación, tanto del elemento civil, como del militar que se preocupaba por la prosperidad y la tranquilidad de su patria. La prueba de esto fué que los jefes que permanecieron fieles á la causa de la Reforma, jamás se rebelaron contra él ni desconocieron sus órdenes, á pesar de que él, sin medios de acción para hacerse obedecer de sus generales, permanecía bloqueado en Veracruz.

En esa lucha tremenda se había adueñado del poder el ele-

mento malsano del ejército, en aquella época predominante, ó sea el militarismo de siempre; pero careciendo de jefe con quien la patria hubiera contraído esas deudas que á tan alto precio ha tenido que pagar. Por ese motivo no tenía ese elemento la fuerza de otras veces y aunque sus jefes eran mucho más hábiles y audaces y contaban con mayores elementos de guerra, no podía ostentar ninguno de ellos, laureles conquistados en alguna guerra extranjera.

Además, la Nación había comprendido cuales eran sus verdaderos intereses: tantos años de guerras intestinas, tan numerosos ensayos de régimen político, habían constituido una verdadera escuela, y el pueblo había manifestado de un modo claro y terminante cuando había podido nombrar con libertad á sus representantes, que estaba cansado del centralismo, porque sólo servía para sostener dictaduras militares, las cuales siempre habían oprimido al pueblo, privándolo de todas sus libertades y que optaba resueltamente por el sistema federal representativo.

La mejor prueba de ésto, fué que los Constituyentes de 57 no solamente no recibieron presión ninguna para formular las grandiosas bases de su magna obra, sino por el contrario, su labor era desaprobada por el Jefe Supremo del Gobierno, Gral. Comonfort; pero éste, á pesar de que no aprobaba los trabajos del Congreso, nunca se atrevió á ejercer presión alguna para que obrara según su parecer, y obrando con cordura y patriotismo, respetó los fueros de los Constituyentes, á quienes dejó que trabajaran en libertad.

Por tales razones, la Constitución de 57, debía ser en lo sucesivo la bandera que seguirían todos los buenos hijos de México, y esa bandera era llevada muy alto dignamente por el gran Juárez, que al fin logró vencer á los reaccionarios, á los militares ambiciosos que encubrían su ambición bajo la sombra de la religión, á la parte maleada del clero, la ignorante de «que su reino no es de este mundo» y de su deber en limitarse á ejercer saludable influencia sobre las conciencias, sin temor á la luz del liberalismo, porque éste no ha

venido sino á poner en práctica las enseñanzas de Jesús: á levantar al oprimido, á castigar al orgulloso.

Después de las victorias obtenidas por las fuerzas liberales en Silao y Calpulálpam, se consolidó el triunfo del partido de la legalidad y Juárez volvió á la Capital de la República para seguir gobernando la Nación, con ese patriotismo, esa energía y esa imperturbable serenidad de que siempre dió pruebas.

Tratado Mac-Lane Ocampo.

Sin embargo, un acto cometido por él en un momento de desaliento, nos obliga á abrir un paréntesis.

Juárez, por las necesidades de la guerra, estaba investido de poderes dictatoriales, de los que siempre usó con prudencia y magnanimidad; pero como hombre que era, tuvo un momento de desfallecimiento, y él, que siempre se distinguió por su impasibilidad ante el peligro, por su serena constancia cuando se trataba de defender los grandes intereses de la patria, por su inquebrantable fe en la justicia y en el triunfo final de la causa que sostenía; él, á quien con orgullo reconocemos como uno de nuestros hombres más grandes y que en países extranjeros, aunque hermanos, ha sido declarado Benemérito de la América, tuvo un momento de debilidad y pactó el tratado Mac-Lane-Ocampo, que de haber sido aprobado por el Senado Americano, habría constituido una gran amenaza para nuestra integridad nacional.

Hablamos de tan desgraciado incidente, sólo para hacer resaltar el hecho de que siempre es peligroso para los pueblos dejar todo el poder en manos de un solo hombre. Ya vimos como uno, con los méritos de Comonfort, en un momento de ofuscación cometió una falta que costó á la República tres años de guerra civil, y ahora vemos al inquebrantable patriota, en un momento de desfallecimiento, cometer una falta que pudo acarrear grandes males á la patria.

Falta que algunos escritores apasionados han querido hacer aparecer como una traición, no puede ser considerada como tal por ninguna persona imparcial. Nosotros creemos que

debe considerarse como una debilidad de nuestro grande hombre. Ese tratado no tenía ninguna cláusula por la cual se cediera alguna pulgada de territorio nacional, y sólo hacía concesiones que podrían constituir un peligro para la patria igual al que podrá resultar del permiso concedido últimamente por el Gobierno del General Díaz á la misma Nación, para que estacione buques carboneros en la Bahía de la Magdalena y para que su escuadra haga en aquel punto sus ejercicios de tiro al blanco.

Somos de los que consideran amenazadora la concesión hecha á la vecina República del Norte para que haga uso de la Bahía de la Magdalena; pero no por eso hemos dicho ni pensado que el General Díaz traicionara á la Patria. Consideramos este acto como una prueba de debilidad de un hombre cercano á los 80 años ó bien de extremada condescendencia hacia el ilustre huésped que tan hábilmente supo halagarlo.

El tratado Mac-Lane-Ocampo lo consideramos igualmente como un acto de debilidad de Juárez: debilidad que todos los hombres están sujetos á sufrir en determinados momentos de la vida. El mismo Jesús de Nazaret, el ejemplo de más pura abnegación que ha venido al mundo, teniendo la visión de lo que le esperaba, tuvo sus momentos de desfallecimiento en el Monte de los Olivos, cuando lloroso dijo á su Padre: «Si es posible, aparta de mí este cáliz.....»

A los hombres no podemos juzgarlos por un acto, ni por varios actos aislados de su vida. Todos tienen acciones buenas que presentar en su abono, acciones perversas que constituyen una deuda terrible.

El mismo hombre puede cometer acciones meritísimas y otras vituperables y no es raro encontrar en la vida de algún criminal empedernido acciones tan bellas, que conmueven, pero tamhién, no hay hombre por grande que sea, que no haya cometido sus faltas. Sin ir muy lejos, nuestra historia nos presenta muchos ejemplos, pues ni el más inmaculado de nuestros héroes dejó de cometer alguna falta, y

aunque la cometiera de buena fe, no por eso dejó de tener consecuencias funestas para la Patria. Apoyaremos en hechos nuestra afirmación, y sin el deseo de denigrar á seres cuya memoria veneramos y cuyas faltas encontramos muy disculpables, citaremos algunos ejemplos además de los de Comonfort, Juárez y Díaz, de que acabamos de hablar.

El venerable cura Hidalgo cometió una falta de consecuencias trascendentales no ocupando la ciudad de México después de la batalla del Monte de las Cruces. Esa falta fué cometida debido á los sentimientos humanitarios del venerable sacerdote; pero es indudable que si hubiera ocupado la Capital, el mal causado á sus habitantes no habría guardado relación con los beneficios para la causa de la Independencia.

El cura Morelos dió pruebas de ser un gran conocedor del arte de la guerra, un gran organizador, habilísimo administrador y un verdadero clarividente; y á pesar de esto, cometió el error de convocar á un Congreso y querer gobernar con él, en plena guerra, siendo lo único que podría dar resultado en aquel caso, un gobierno militar, como estaba establecido de hecho. En otra parte hablamos ya de este asunto y lo comentamos suficientemente.

Guerrero y Bravo, tan nobles, tan desinteresados, que han escrito con su espada y magnanimidad algunas de las páginas más bellas de nuestra historia, también cometieron la falta de ser de los primeros iniciadores del régimen de pronunciamientos y asonadas militares.

Pero cerremos este largo paréntesis para proseguir nuestra narración.

Presidencia del señor Lic. Benito Juárez.

Una vez establecido en el poder el gobierno de la legalidad, sostenido por el inmenso prestigio de ésta y conquistado por el grande hombre que estaba á su cabeza, rápidamente se estableció el orden en toda la República, pues el gobierno era sostenido por la Nación entera y tenía á su ser-

vicio las espadas que tan brillantes triunfos le dieron en Silao y Calpulalpam.

Además, Benito Juárez unía á su apego á la ley, una inquebrantable energía, y había logrado subyugar con su grandeza de alma á todos los jefes liberales, que lealmente sostenían á su gobierno como al representante de la legalidad y al portaestandarte de la Constitución de 57, lo cual, como hemos dicho más arriba, había servido de centro de unión y de bandera á todos los buenos hijos de México.

El militarismo había sufrido un golpe mortal, porque los nuevos jefes del ejército sólo ambicionaban la tranquilidad, el progreso y la felicidad de la patria, y satisfacían esa noble ambición sirviéndola con infatigable celo.

Los jefes de las antiguas asonadas habían tenido que huír sin esperanzas de volver.

Todo parecía tranquilo, pues los principios liberales y el sistema federal representativo, habían triunfado en las sangrientas revoluciones y después de la última, ya estaban tan desprestigiados los enemigos de la Libertad, que su grito de guerra: "Religión y fueros", ya no había casi ni quien lo pronunciara, ni menos aún quien siguiera á uno que otro insensato que intentaba perturbar el orden con ese pretexto.

Elección del Lic. Benito Juárez para la Presidencia de la República.

Terminada la guerra civil, el gobierno de don Benito Juárez convocó á la Nación para que eligiera Diputados, Magistrados y el nuevo Presidente de la República á quien debía entregar las riendas del poder.

Dos candidatos principales se disputaron ese puesto: Juárez, que con su estoicismo y constancia había salvado las instituciones liberales, y el magnánimo jefe González Ortega, que con su espada victoriosa había sido quien decidió el triunfo de la Reforma.

La balanza se inclinó por Juárez, y González Ortega,

aunque consciente del inmenso prestigio de que gozaba ante la Nación, y sobre todo en el ejército, se inclinó ante el fallo del voto público, y puso su espada al servicio de su contendiente, conquistándose con ese acto, mayor gloria que la que hubiera podido conquistar gobernando hábilmente á su patria después de haber desconocido su voluntad, y haber arrojado con las armas en la mano á su legítimo representante, del puesto que ocupaba.

¡Otro ejemplo que imitar!

La Nación, después de haber conquistado tan preciosos bienes, y contenta de tener al frente de sus destinos al inmortal Juárez, creía que era llegado el momento de reposar, á fin de curar sus heridas y restañar la sangre que aún manaba; pero estaba en un error: el triunfo de las ideas liberales no se había logrado sin lastimar grandes intereses; las leyes de Reforma habían privado al clero de sus riquezas, y éste difícilmente se resignaba á ello; además, las guerras civiles encienden y alimentan terribles pasiones, y con frecuencia se ha visto á un partido prefiriendo sacrificar la independencia de su patria, con tal que el partido contrario no ocupe el poder.

Guerra de la Intervención Francesa.

Tal cosa pasó en México: uniéronse al clero los conservadores más recalcitrantes y apasionados, así como algunos de los generales que habían perdido la esperanza de cometer sus fechorías acostumbradas, desde que el partido liberal obtuvo triunfos tan importantes, que lo habían consolidado definitivamente, é intrigando con habilidad en Europa, lograron acarrear una tormenta sobre su patria, haciendo que tres naciones poderosas mandaran sus barcos de guerra y sus ejércitos á nuestras playas.

De estos hechos tan tristes encontramos en la historia muchos casos; pero sólo citaremos algunos, siguiendo la costumbre que hemos observado en el presente trabajo, de apoyar todas nuestras afirmaciones en hechos históricos, á fin

es sacar de ellos la luz necesaria para iluminar los asuntos más obscuros.

Para no remontarnos muy lejos, recordemos la conducta de los emigrados franceses durante la Revolución: ellos fueron á engrosar las filas de los enemigos de la patria, de los que pretendían desmembrarla, tan sólo por no estar conformes con el gobierno que aquélla le había dado.

La República de Cuba nos dió recientemente un tristísimo ejemplo: el presidente Estrada Palma, viendo que no podría asegurar su reelección ni luchar contra el partido liberal, solicitó la intervención del Gobierno Americano, la cual ha costado tan caro á la Perla de las Antillas. Los hechos posteriores han venido á probar lo apasionado del juicio que Estrada Palma tenía acerca de los liberales, puesto que á éstos será á quienes los americanos dejen en el poder después de evacuar la isla, y de haber intervenido para que las elecciones se verifiquen libremente (á lo menos esto se deduce de las noticias que nos trae el cable, pues en la fecha en que escribimos estas líneas, Octubre de 1908, aun no se resolvía la cuestión). (1)

Por último, para que en nuestro país se llevara á cabo el tratado Mac-Lane Ocampo, indudablemente que entre otras razones obró el profundo despecho de Juárez y su Gabinete contra el partido contrario, que tantas amarguras había acarreado á la patria.

Tales son las funestas consecuencias de las guerras civiles, que encienden entre hermanos odios inextinguibles, odios que les hacen perder hasta la noción de patriotismo, pues ciegos por la ira, sólo desean ardientemente la ruina de sus enemigos, aunque arrastren á la patria en su caída.

Por eso debemos felicitarnos de que treinta años de paz y la política conciliadora del General Díaz hayan acabado con esos profundos rencores que nos tenían constantemente

---

(1) Después de publicada la primera edición, los acontecimientos han demostrado la exactitud de nuestro dicho, puesto que en las elecciones generales, el partido liberal resultó triunfante, y al abandonar los americanos la Isla, es á ellos á quienes dejaron en el poder.

divididos. Esa política de conciliación, tan frecuentemente vituperada, la juzgamos como uno de los timbres de gloria más legítimos del General Díaz, lo cual declaramos con satisfacción, para probar que no somos apasionados, y que siguiendo las indicaciones de nuestro escaso criterio y de nuestra amplia buena fe, procuramos dar "al César lo que es del César".

Ha de dispensar el lector tan frecuentes digresiones del principal tema desarrollado en este capítulo; pero no es propiamente un trabajo histórico el que presentamos al público: buscamos más bien en la historia el material necesario para el desarrollo de nuestra tesis, y juzgamos indispensable comentar tales hechos, á fin de aprovechar las deducciones que nos sugieran en la parte más importante de nuestro modesto trabajo.

Volvamos á la vituperable acción cometida por los elementos del partido conservador, aliados con los militares que no veían su ambición satisfecha con el régimen dominante.

Por medio de emisarios mandados á Europa, que trabajaron sordamente pero con constancia, lograron esos malos mexicanos seducir la aventurera imaginación de Napoleón III, y éste, enmascarando sus propósitos de establecer una monarquía en México, invitó á Inglaterra, España y Estados Unidos de América, para unirse, con el fin de hacer á México las reclamaciones por perjuicios que pretendían haber recibido sus nacionales. Los Estados Unidos no aceptaron la invitación, pero sí Inglaterra y España, celebrando un convenio con el Emperador de los franceses, para mandar sus escuadras á Veracruz, con algunas fuerzas de desembarque.

Llevaron adelante lo pactado, y ocuparon el puerto de Veracruz los ejércitos de las potencias unidas.

El gobierno de Juárez entabló desde luego negociaciones diplomáticas y observando un lenguaje correcto, pero enérgico, digno y prudente, logró disolver en parte la tempestad que amenazaba nuestra patria, obteniendo que las fuerzas

de Inglaterra y España evacuaran el territorio nacional.

Tan brillante triunfo diplomático se debió también en gran parte á la buena fe de los representantes de Inglaterra y España, quienes no quisieron precipitar á sus países en una guerra injusta, y á la hidalguía, caballerosidad y patriotismo del General Prim, cuyo noble comportamiento tanto ha influido para estrechar los lazos que nos unían á nuestra madre patria, después de haber estado largo tiempo á punto de romperse.

La hábil, digna y sincera diplomacia del gabinete de Juárez, no podía convencer al representante de Francia, porque traía instrucciones terminantes, aunque reservadas, en abierta pugna con los convenios de Londres, consistentes en no admitir ningún arreglo con el gobierno de Juárez, sino de penetrar hasta la Capital, procurar la pacificación del país y coronar Emperador de México al Archiduque Maximiliano, de la casa reinante de Austria.

Por tal motivo fué imposible todo arreglo con los representantes de Napoleón III, y principiaron las hostilidades, dando desde luego pruebas de su mala fe con el hecho de no haber respetado los tratados de la Soledad, según los cuales, al romperse las hostilidades, las fuerzas invasoras debían retirarse á ocupar los puestos que tenían antes de firmar dichos tratados.

En esta guerra, la suerte corrida por las armas nacionales fué diversa, y lo que indudablemente nos dió el triunfo, fué la inquebrantable firmeza de Juárez, que tremolaba en su mano la bandera de 57, unida á la de independencia patria, porque él, electo legalmente Presidente de la República, era su representante legítimo y con este carácter lo reconocían los jefes militares.

Al principio de la guerra, las armas nacionales lograron cubrirse de gloria en la memorable batalla del 5 de Mayo, en la cual el modesto y valiente General Zaragoza rechazó con fuerzas inferiores en número, á las aguerridas huestes napoleónicas.

En esa batalla se distinguieron todos los jefes mexicanos, contándose entre ellos el General Porfirio Díaz, actual Presidente de la República.

El resultado de ese triunfo fué inmenso desde el punto de vista moral, porque demostró al mundo que la fuerza de México era de tenerse en consideración y no se le podía humillar impunemente.

Por desgracia, á tan brillante triunfo sucedieron una serie de desastres, principiando en Orizaba, donde nuestras fuerzas se derrotaron casi solas debido á un golpe audacísimo de los franceses, quienes atacaron con fuerzas insignificantes el cerro del Borrego, siendo ayudados eficazmente por la oscuridad de la noche y por la confusión que el inesperado ataque llevó á las fuerzas mexicanas.

Más tarde, cuando el ejército francés fué considerablemente reforzado y volvió á tomar la ofensiva, las fuerzas mexicanas se encerraron en Puebla, é hicieron una defensa heroica, considerada como una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar; pero de consecuencias fatales para la República. Efectivamente, al tomar el enemigo la plaza, la nación perdió casi todos sus elementos de guerra, sus ejércitos más bien organizados y muchos de sus jefes más hábiles.

El Gobierno de Juárez hizo cuanto pudo por auxiliar la plaza, mandando un convoy sostenido por fuerte columna al mando del General Comonfort; pero fué derrotado completamente y no pudo prestar el auxilio tan necesario para la plaza sitiada.

Descalabros tan funestos para las armas nacionales, abrieron las puertas de la Capital de la República á las fuerzas invasoras, y Juárez, acompañado de su Gabinete, evacuó la Capital y fué á establecer su gobierno en los Estados que se encontraban libres, viéndose obligado á cambiar frecuentemente de residencia, y llevó á cabo esa famosa peregrinación hasta los límites de la República, en la que dió nuevas pruebas de su inquebrantable fe en el triunfo final

de las armas nacionales, porque con su rara clarividencia, sabía cuan grande es la fuerza del derecho, y estaba consciente del que le amparaba.

Juárez, en su peregrinación, tremolando constantemente la bandera de la independencia; representante siempre digno de la patria; imperturbable, sereno, incorruptible, servía de centro de unión á todos los buenos mexicanos que fieles militaron bajo las banderas republicanas hasta obtener el triunfo definitivo de la República.

En esa guerra volvió á darse el mismo caso que en la de Reforma: los que defendían á la patria en aquellos momentos, no tenían más ambición que salvarla, y comprendiendo cuan funesta hubiera sido cualquiera división, y subyugados por el prestigio de Juárez, pelearon en unión perfecta, ayudándose mutuamente los jefes militares en sus respectivas operaciones, sin que estos movimientos fueran en ningún caso entorpecidos por celos ó por envidia.

¡No cabe duda que los grandes peligros despiertan las grandes virtudes, así como los placeres y la molicie, enervan las más nobles facultades del alma!

Una vez disuelto en Puebla el principal cuerpo de ejército, y ocupado el centro de la República por las fuerzas invasoras, la defensa tomó un carácter parecido al de nuestra guerra de Independencia, pues ocupado el país en su mayor parte por los ejércitos franceses, tan aguerridos, bien equipados y rápidos en sus movimientos, era muy difícil para los republicanos organizar grandes ejércitos con los pocos elementos de que podían disponer, y se limitaron á la organización de guerrillas, las cuales, pudiendo siempre esquivar el combate cuando comprendían que la suerte les sería adversa, podían emprenderlo tan pronto como juzgaban la victoria segura, debido á la gran movilidad que les proporcionaba la falta de pesada artillería y de voluminosos bagajes.

En esta clase de guerra sobresalen nuestros compatriotas,

eficazmente ayudados por la configuración del territorio nacional.

A pesar de las numerosas defecciones en las filas republicanas ocasionadas por los continuos triunfos de los invasores, y á pesar de que éstos tenían como aliadas á numerosas fuerzas de mexicanos traidores y conocedores del terreno, la causa de la independencia fué defendida sin descanso por muchos jefes republicanos, á quienes nunca abatieron las derrotas ni los mayores desastres.

Jefes tan dignos de la veneración nacional por su constancia, nunca desmayaron en sus esfuerzos para atacar los puestos del enemigo, que no era dueño sino del terreno que pisaba, y estaba obligado á marchar siempre en gruesas columnas, porque las pequeñas eran atacadas y frecuentemente destrozadas por los incansables jefes republicanos.

Evacuación del Territorio Nacional por las fuerzas francesas.

Resistencia tan heroica, hizo gastar á Francia enormes sumas de dinero, perder en combates estériles sus mejores soldados, y disipar las esperanzas abrigadas por Napoleón III, de llegar á consolidar el Imperio Mexicano y obligado á retirar sus huestes para llevarlas á su país, á pagar muy caro el atentado cometido en nuestra patria.

¡Pobre pueblo francés, tan duramente castigado por haber inclinado la cabeza ante el descendiente del gran Napoleón!

Ese hombre nefasto para su patria y también para la nuestra, es el unico responsable de tanta sangre derramada.

¡Otro ejemplo del tremendo castigo que reciben los pueblos que abdican de su libertad; del peligro de dejar el poder en manos de un solo hombre!

Una vez retiradas las fuerzas francesas del territorio nacional, se desplomó el llamado imperio de Maximiliano, porque las fuerzas traidoras que lo sostenían, ni eran suficientemente numerosas, ni tenían ese entusiasmo, esa fe, que hacían invencibles á los republicanos.

El golpe de gracia lo recibió el Imperio con la toma de Querétaro, en donde el llamado Emperador y sus principales generales fueron hechos prisioneros, juzgados y condenados según las leyes del país.

Acontecimiento de tal importancia, permitió al General en jefe de las fuerzas sitiadoras de Querétaro, don Mariano Escobedo, desprender parte de sus fuerzas para estrechar el sitio de México, iniciado por el General Díaz con buen éxito.

La plaza tenía qne rendirse tarde ó temprano; las fuerzas sitiadas estaban desmoralizadas y nunca podrían hacer una salida con éxito. Por estas razones procedió el General Díaz con gran cordura al no atacar la ciudad, para evitar derramamientos inútiles de sangre.

Reflexiones sobre la guerra de Intervención

En esa larga guerra muchos fueron los jefes republicanos que se distinguieron por su inquebrantable constancia, su incansable actividad y su lealtad á la causa republicana.

De esos héroes descuellan tres: Escobedo, Corona y Díaz. Todos ellos combatieron con constancia y obtuvieron frecuentes victorias sobre las fuerzas francesas.

A los tres debía la patria grandes servicios, y aunque la adulación ha querido atribuir al actual Presidente de la República la mayor parte del mérito en aquella gloriosa guerra, allí está la historia, imparcial para pesar las acciones de cada quien, y si bien es cierto que las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, las tomas de Puebla y México, son timbres de gloria muy legítimos para el General Díaz, también lo es que Escobedo obtuvo victorias mucho más importantes por el número de combatientes y por los resultados obtenidos, como la de Santa Gertrudis, y que la toma de Querétaro fué de resultados más trascendentales que las de Puebla y México. Además, las fuerzas de caballería que destacó Escobedo en observación de Márquez, le estorbaron

el paso á Puebla y permitieron al General Díaz tomar por asalto aquella ciudad el 2 de Abril.

A esta toma de Puebla se le ha querido dar una importancia exagerada, al grado de celebrar como fiesta nacional el aniversario de ese hecho de armas.

Sólo la adulación, que pocos escrúpulos tiene, puede haber concebido tal idea, pues en nuestras guerras civiles y extranjeras contamos hechos más gloriosos y de mayor trascendencia.

Las fuerzas que defendían á Puebla estaban completamente abatidas y eran muy inferiores en uúmero á las de los asaltantes, como lo demuestra el hecho de que en muy pocas horas se apoderaron éstas últimas de la plaza.

No es nuestro ánimo menoscabar la gloria del General Díaz y de su ejército por el éxito obtenido en aquella jornada; pero sí nos parece injusto querer darle una importancia exagerada para opacar la gloria de otros caudillos que tuvieron aún mayor mérito que él, pues no solamente el General Escobedo obtuvo victorias de más trascendencia que el General Díaz, sino también la campaña de Sinaloa por el General Corona fué mucho más activa, más brillante y de resultados muy superiores á la verificada por el General Díaz en Oaxaca durante la intervención; las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, no pueden pesar más que la campaña de Sinaloa, puesto que fueron dadas cuando los franceses estaban evacuando el territorio nacional, mientras que el General Corona tuvo constantemente en jaque á los franceses y no les permitió salir de Mazatlán y Guaymas, sino para hacerles sufrir derrotas tras derrotas, habiendo logrado que las capitales de aquellos dos Estados y todo su territorio, á excepción de los dos puertos mencionados, estuvieran siempre ocupados por las fuerzas republicanas.

En cuanto á la toma de Puebla, la acción fué dada contra fuerzas mexicanas, puesto que eran muy pocos los austriacos que se encontraban en la ciudad, y por las razones ya expresadas, no puede considerarse esa jornada la más glo-

riosa de la guerra de Intervención, ni mucho menos al grado de celebrar su aniversario como día de fiesta nacional.

En nigún país del mundo se celebra como fiesta nacional el aniversario de alguna victoria, y menos aún cuando ha sido obtenida en alguna guerra civil. Sólo á la camarilla de aduladores de nuestro actual gobernante le ha ocurrido tal cosa.

El General Díaz, en cuanto á gloria militar, puede estar satisfecho con la suya, indisputable y meritísima, y no necesita que sus aduladores revistan con falso brillo sus acciones de armas, porque éste, dada su mala ley, siempre resultará pálido al lado de la verdad.

Ningún país como Francia cuenta en su historia páginas más brillantes escritas por sus ejércitos victoriosos; ninguna nación ha obtenido triunfos más portentosos, victorias más gloriosas y trascendentales, y sin embargo, el único día que se celebra en Francia como fiesta nacional, es el 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, primer paso dado por el pueblo francés para conquistar su libertad.

Hemos insistido sobre lo anterior, porque escribimos en una época en que la adulación intenta hacer del General Díaz un semidiós, pretendiendo que no hay otro hombre capaz de igualarle en sus dotes extraordinarias. Todos sabemos que lo comparan con Napoleón y Washington, que le declaran más grande que Bolívar, y deducen que la Nación tiene para él una deuda de gratitud que nunca le podrá pagar, y precisamente por ese motivo, queremos aquilatar sus méritos, para saber igualmente cuanto le debe aún la patria.

Revolución y Plan de la Noria.

Una vez evacuado el territorio nacional por los ejércitos invasores y destruidas las fuerzas de traidores que intentaron sostener el llamado imperio, volvió el gobierno de Juárez á la Capital de la República.

Había pasado ya la tremenda tempestad que por cinco años asoló el suelo patrio.

La Nación Mexicana había salido victoriosa de una con-

tienda en que midió sus fuerzas con una de las naciones más poderosas del mundo.

Esa victoria había afirmado nuestra vida como nación independiente y asegurado para siempre el triunfo de las instituciones liberales, pues los conservadores y los militares enemigos del orden se habían desprestigiado en grado sumo con el hecho de haber traicionado á su patria.

El gobierno del Sr. Juárez tenía que tropezar con obstáculos de todas clases y resolver arduos problemas; pero parecía que unidos todos los que habían salvado á la Patria de tan tremenda crisis, la sacarían también airosa de peligros menores.

Sin embargo, no pasó así: la dolorosa experiencia de las guerras civiles que habían sucedido á la de nuestra primera independencia, no fué suficiente para poner un freno á las ambiciones de los caudillos.

Como hemos dicho, logramos rechazar las huestes extranjeras, debido no solamente á la admirable firmeza de Juárez, sino á la constancia y al indómito valor de muchos jefes republicanos que nunca abandonaron las armas, ni después de los más funestos reveses.

Pues bien, la mayor parte de esos héroes, una vez terminada la guerra siguieron prestando su ayuda al gobierno de Juárez, poniendo lealmente su espada á su servicio; pero no todos estaban conformes con desempeñar papel tan secundario; algunos de ellos juzgaban que la Patria no había recompensado suficientemente sus servicios, y como de costumbre, los estimaban muy alto; además, no comprendían que un particular, un LICENCIADO que nunca empuñó las armas, pudiera tener más méritos que ellos, y cuando vieron á la Nación no opinar del mismo modo y tributar una prueba de agradecimiento y de confianza al LICENCIADO, reeligiéndolo para Presidente de la República, resolvieron desenvainar de nuevo la espada para ascender ellos al poder.

Los héroes de nuestra independencia, cuando se pronun-

ciaron en contra del gobierno constituído, tenían como disculpa las inevitables faltas que cometía aquél debido á su inexperiencia; faltas que ellos creían poder corregir fácilmente al subir al poder; pero una vez convencidos por sí mismos de las inmensas dificultades que presentaba tal empresa, se abstuvieron de volver á perturbar el orden y sólo empuñaron de nuevo la espada para defender los fueros de la libertad cuando fué hollada sin piedad por algunos de los dictadores militares, ó para repeler alguna invasión extranjera.

Los que promovieron la revolución de la Noria no tenían esa disculpa, puesto que todos admiraban la seguridad y firmeza con que Juárez llevaba las riendas del Gobierno y además debían haber tomado experiencia en nuestro doloroso pasado, para no volver á cometer faltas que tan funestas habían sido para la República.

*
* *

Uno de los problemas de más difícil solución para el Gobierno de Juárez, era que una vez terminada la guerra, tenía un ejército demasiado numeroso para las necesidades de la Nación en tiempo de paz, y su gobierno no podía sostenerlo debido á la escasez de recursos de toda clase, porque las fuentes de riqueza se hallaban cegadas y después de una guerra de cinco años, sólo se encontraban escombros por todas partes.

Para resolver tan arduo problema, Juárez convocó á una junta á todos los generales victoriosos, y en ella se acordó licenciar una parte del ejército con su oficialidad respectiva.

Este elemento militar inesperadamente se encontró en la calle sin recursos para su subsistencia y acostumbrado como estaba á la vida del campamento, fué una amenaza constante para la tranquilidad pública, y estuvo siempre listo para secundar cualquier asonada, cualquier levantamiento

que le proporcionara los medios de subsistencia acostumbrados y le permitiera atacar al Gobierno de Juárez de quien estaban profundamente resentidos gran parte de sus miembros, porque pretendían haber sido víctimas de una injusticia, puesto que por premio de sus servicios á la patria, los había dado de baja.

A este elemento se unía el de los ejércitos sostenedores del llamado imperio, que habían sido desbandados y dada de baja su oficialidad. Estos se encontraban aún en peores condiciones y más resueltos para empuñar de nuevo el sable ó el fusil á la primera oportunidad.

Sin embargo, estos elementos dispersos en todo el país, apenas podrían turbar la tranquilidad de alguna pequeña región, sin constituir una amenaza seria para el gobierno.

Para que esto pudiera suceder era necesario que tuvieran á su frente algún jefe de prestigio que los uniera á todos y organizara sus esfuerzos; pero esto no se tuvo en consideración en la referida junta, pues allí se encontraban todos los jefes que pudieran tener prestigio suficiente para promover algún movimiento serio, y todos ofrecían su incondicional ayuda al Gobierno, pareciendo dispuestos á defenderlo enérgicamente contra cualquier levantamiento.

Los mismos generales fueron á desbandar á sus tropas y licenciar á sus oficiales; pero ¿todos serían tan sinceros para explicar á sus oficiales que la penuria del erario obligaba al gobierno á tomar aquella determinación?

Si todos los jefes hubieran hablado á sus subalternos el lenguaje que en aquel momento aconsejaba el patriotismo; si les hubieran hecho comprender que debían estar orgullosos y satisfechos con haber salvado á su patria y esa satisfacción estimarla como su mejor recompensa, puesto que por lo pronto la Nación estaba imposibitada para pagar sus servicios en otra forma; si además les hubiesen dicho que la patria necesitaba aún sus servicios, pero no ya en el ejército, sino en el taller, en el campo, y que el mejor modo de servirla en la nueva era porque atravesaba, era dedicarse á

formar un patrimonio, aprendiendo á manejar el martillo y el arado y á servir de núcleo para la formación de una familia honrada: por último, si hubiesen unido el ejemplo á las exhortaciones y no solamente hubieran permanecido sumisos al Gobierno, sino colaborado eficazmente para conservar la paz, indudablemente que desde entonces habría echado ésta hondas raíces en nuestro suelo.

Desgraciadamente no fué así, pues uno de los jefes más prestigiados, el General Porfirio Díaz, á pesar del empeño de Juárez en que permaneciera al servicio del Gobierno, logró separarse debido á sus reiteradas instancias y empezó á conspirar contra el Gobierno. Reunió á su derredor parte de esos oficiales descontentos porque los habían licenciado, se puso de acuerdo con algunos otros jefes de los que se distinguieron en la pasada guerra, y seguido igualmente por sus antiguos adictos, oficiales y soldados, no tardó en levantarse en armas contra el gobierno constituido, proclamando el principio de no-reelección, según proclama que desde su hacienda de la Noria, lanzó á la Nación, en Noviembre de 1871, y que á la letra dice:

"Al Pueblo Mexicano:

"La reelección indefinida, forzosa y violenta, del Ejecutivo Federal, ha puesto en peligro las instituciones nacionales.

"En el Congreso, una mayoría regimentada por medios reprobados y vergonzosos, ha hecho ineficaces los nobles esfuerzos de los diputados independientes y convertido á la Representación Nacional en una cámara cortesana, obsequiosa y resuelta á seguir siempre los impulsos del Ejecutivo.

"En la Suprema Corte de Justicia, la minoría independiente que había salvado algunas veces los principios constitucionales de este cataclismo de perversión é inmoralidad, es hoy impotente por la falta de dos de sus más dignos representantes, y el ingreso de otro llevado allí por la protección del Ejecutivo. Ninguna garantía ha tenido desde en-

tonces el amparo; los Jueces y Magistrados pundonorosos de los Tribunales Federales son sustituidos por agentes sumisos del Gobierno, los intereses más caros del pueblo y los principios de mayor trascendencia quedan á merced de los perros guardianes.

"Varios Estados se hallan privados de sus autoridades legítimas y sometidos á gobiernos impopulares y tiránicos, impuestos por la acción directa del Ejecutivo y sostenidos por las fuerzas federales. Su soberanía, sus leyes y la voluntad de los pueblos han sido sacrificadas al ciego encaprichamiento del poder personal.

"El Ejecutivo, gloriosa personificación de los principios conquistados desde la Revolución de Ayutla hasta la rendición de México en 1867, que debiera ser atendido y respetado por el gobierno para conservarle la gratitud de los pueblos, ha sido abajado y envilecido, obligándolo á servir de instrumento de odiosas violencias contra la libertad del sufragio popular, y haciéndole olvidar las leyes y los usos de la civilización cristiana en México, Atexcatl, Tampico, Barranca del Diablo, la Ciudadela y tantas otras matanzas que nos hacen retroceder á la barbarie.

"Las rentas federales, pingües, saneadas como no lo habían sido en ninguna otra época, toda vez que el pueblo sufre los gravámenes decretados durante la guerra, y que no se pagan la deuda nacional ni la extranjera, son más que suficientes para todos los servicios públicos, y deberían haber bastado para el pago de las obligaciones contraídas en la última guerra, así como para fundar el crédito de la Nación, cubriendo el rédito de la deuda interior y exterior legítimamente reconocida. A esta hora, reducidas las erogaciones y sistemada la administración rentística, fácil sería dar cumplimiento al precepto constitucional, librando al comercio de las trabas y dificultades que sufre con los vejatorios impuestos de alcabalas, y al erario de un personal oneroso.

"Pero lejos de esto, la ineptitud de unos, el favoritismo

de otros y la corrupción de todos, ha cegado esas ricas fuentes de la pública prosperidad: los impuestos se reagravan, las rentas se dispendian, la Nación pierde todo crédito y los favoritos del poder monopolizan sus espléndidos gajes. Hace cuatro años que su procacidad pone á prueba nuestro amor á la paz, nuestra sincera adhesión á las instituciones. Los males públicos exacerbados produjeron los movimientos revolucionarios de Tamaulipas, San Luis, Zacatecas y otros Estados; pero la mayoría del gran partido liberal no concedió sus simpatías á los impacientes, y sin tenerla por la política de presión y arbitrariedad del gobierno, quiso esperar con el término del período constitucional del encargado del Ejecutivo, la rotación legal democrática de los poderes que se prometía obtener en las pasadas elecciones.

"Ante esta fundada esperanza que, por desgracia, ha sido ilusoria, todas las impaciencias se moderaron, todas las aspiraciones fueron aplazadas y nadie pensó más que en olvidar agravios y resentimientos, en restañar las heridas de las anteriores disidencias y en reanudar los lazos de unión entre todos los mexicanos. Sólo el gobierno y sus agentes, desde las regiones del Ejecutivo, en el recinto del Congreso, en la prensa mercenaria, y por todos los medios, se opusieron tenaz y caprichosamente á la amnistía que, á su pesar, llegó á decretarse por el concurso que supo aprovechar la inteligencia y patriótica oposición parlamentaria del 5º Congreso Constitucional. Esa ley que convocaba á todos los mexicanos á tomar parte en la lucha electoral bajo el amparo de la Constitución, debió ser el principio de una época de positiva fraternidad, y cualquiera situación creada realmenmente en el terreno del sufragio libre de los pueblos, contaría hoy con el apoyo de vencedores y vencidos.

"Los partidos, que nunca entienden las cosas en el mismo sentido, entran en la liza electoral llenos de fe en el triunfo de sus ideas é intereses, y vencidos en buena lid, conservan la legítima esperanza de contrastar más tarde la obra de su derrota, reclamando las mismas garantías de que

gozaban sus adversarios; pero cuando la violencia se arroga los fueros de la libertad, cuando el soborno sustituye á la honradez republicana, y cuando la falsificación usurpa el lugar que corresponde á la verdad, la desigualdad de la lucha, lejos de crear ningún derecho, encona los ánimos y obliga á los vencidos por tan malas arterías, á rechazar el resultado como ilegal y atentatorio.

"La revolución de Ayutla, los principios de la Reforma y la conquista de la independencia y de las instituciones nacionales, se perderían para siempre si los destinos de la República hubieran de quedar á merced de una oligarquía tan inhábil como absorbente y antipatriótica; la reelección indefinida es un mal de menos trascendencia por perpetuidad de un ciudadano en el ejercicio del poder, que por la conservación de las prácticas abusivas, de las confabulaciones ruinosas y por la exclusión de otras inteligencias é intereses, que son las consecuencias necesarias de la inmutabilidad de los empleados de la administración pública.

"Pero los sectarios de la reelección indefinida prefieren sus aprovechamientos personales á la Constitución, á los principios y á la República misma. Ellos convirtieron esa suprema apelación al pueblo en una farsa inmoral, corruptora, con mengua de la majestad nacional que se atreven á invocar.

"Han relajado todos los resortes de la administración, buscando cómplices en lugar de funcionarios pundonorosos.

"Han derrochado los caudales del pueblo para pagar á los falsificadores del sufragio.

"Han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana asesinatos horrorosos, hasta el grado de ser proverbial la funesta frase de "Ley fuga."

"Han empleado las manos de sus valientes defensores en la sangre de los vencidos, obligándolos á cambiar las armas del soldado por el hacha del verdugo.

"Han escarnecido los más altos principios de la democra-

cia; han lastimado los más íntimos sentimientos de la humanidad, y se han befado de los más caros y trascendentales preceptos de la moral.

"Reducido el número de diputados independientes por haberse negado ilegalmente toda representación á muchos distritos, y aumentando arbitrariamente el de los reeleccionistas, con ciudadanos sin misión legal, todavía se abstuvieron de votar cincuenta y siete representantes en la elección de Presidente, y los pueblos la rechazan como ilegal y antidemocrática.

"Requerido en estas circunstancias, instado y exigido por numerosos y acreditados patriotas de todos los Estados, lo mismo de ambas fronteras, que del interior y de ambos litorales, ¿qué debo hacer?

"Durante la revolución de Ayutla salí del colegio á tomar las armas por odio al despotismo: en la guerra de Reforma combatí por los principios, y en lucha contra la invasión extranjera, sostuve la independencia nacional hasta restablecer al gobierno en la capital de la República.

"En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo, ni empleo de ninguna clase; pero he contraído también graves compromisos para con el país por su libertad é independencia, para con mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo, de no ser indiferente á los males públicos.

"Al llamado del deber, mi vida es un tributo que jamás he negado á la patria en peligro; mi pobre patrimonio, debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal, cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo. Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador á las ostentaciones del poder. Si por el contrario, nuestros adversarios

son más felices, habré cumplido mi último deber con la República.

"Combatiremos, pues, por la causa del pueblo, y el pueblo será el único dueño de su victoria. "Constitución de 57 y libertad electoral" será nuestra bandera; "menos gobierno y más libertades," nuestro programa.

"Una convención de tres representantes por cada Estado, elegidos popularmente, dará el programa de la reconstrucción constitucional y nombrará un Presidente Constitucional de la República, que por ningún motivo podrá ser el actual depositario de la guerra. Los delegados, que serán patriotas de acrisolada honradez, llevarán al seno de la convención, las ideas y aspiraciones de sus respectivos Estados, y sabrán formular con libertad y sostener con entereza las exigencias verdaderamente nacionales. Sólo me permitiré hacer eco á las que se me han señalado como más ingentes; pero sin pretensión de acierto ni ánimo de imponerlas como una resolución preconcebida, y protestando desde ahora que aceptaré sin resistencia ni reserva alguna, los acuerdos de la convención.

"Que la elección de Presidente sea directa, personal, y que no pueda ser elegido ningún ciudadano que en el año anterior haya ejercido por un sólo día autoridad ó encargo cuyas funciones se extiendan á todo el territorio nacional.

"Que el Congreso de la Unión sólo pueda ejercer funciones electorales en los asuntos puramente económicos, y en ningún caso para la designación de altos funcionarios públicos.

"Que el nombramiento de los Secretarios del despacho y de cualquier empleado ó funcionario que disfrute por sueldos ó emolumentos más de tres mil pesos anuales, se someta á la aprobación de la Cámara.

"Que la Unión garantice á los Ayuntamientos derechos y recursos propios, como elementos indispensables para su libertad é independencia.

"Que se garantice á todos los habitantes de la República

el juicio por jurados populares que declaren y califiquen la culpabilidad de los acusados; de manera que á los funcionarios judiciales sólo se les conceda la facultad de aplicar la pena que designen las leyes preexistentes.

"Que se prohiban los odiosos impuestos de alcabala y se reforme la ordenanza de aduanas marítimas y fronterizas, conforme á los preceptos constitucionales y á las diversas necesidades de nuestras costas y fronteras.

"La convención tomará en cuenta estos asuntos y promoverá todo todo lo que conduzca al restablecimiento de los principios, al arraigo de las instituciones y al común bienestar de los habitantes de la República.

"No convoco ambiciones bastardas ni quiero avivar los profundos rencores sembrados por las demasías de la administración. La insurrección nacional que ha de devolver su IMPERIO á las leyes y á la moral ultrajadas, tiene que inspirarse de nobles y patrióticos sentimientos de dignidad y justicia.

"Los amantes de la Constitución y de la libertad electoral son bastante fuertes y numerosos en el país de Herrera, Gómez Farías y Ocampo, para aceptar la lucha contra los usurpadores del sufragio popular.

"Que los patriotas, los sinceros constitucionalistas, los hombres del deber, presten su concurso á la causa de la libertad electoral, y el país salvará sus más caros intereses. Que los mandatarios públicos, reconociendo que sus poderes son limitados, devuelvan honradamente al pueblo elector el depósito de su confianza en los períodos legales, y la observancia estricta de la Constitución será verdadera garantía de paz. Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última revolución.

PORFIRIO DÍAZ.

"La Noria," Noviembre de 1871."

*
* *

Indudablemente los principios proclamados y los cargos hechos al gobierno, sólo eran pretexto para quitar del poder á Juárez, puesto que para lograr la reforma de la Constitución en ese sentido, no se necesitaba apelar á las armas; ella misma indicaba cuales eran los trámites legales para reformarla, y el General Díaz y los demás descontentos que lo siguieron, tenían bastante prestigio para haber logrado el triunfo de ese principio, iniciando una campaña democrática, enérgica y sincera, por medio de la prensa, clubs y trabajos electorales.

Pero no es á militares ambiciosos á quienes se ha de hablar de prácticas democráticas ni de la fuerza del derecho; para ellos no hay más derecho que el de la fuerza, ni práctica más eficaz que la de desenvainar el sable.

La verdadera causa de ese levantamiento, fué la ambición de algunos militares, quienes estimaban que su patria no les había recompensado ampliamente sus servicios, y con la espada en la mano le exigían ese pago, como antes lo exigieron Iturbide, Guerrero, Bravo, Bustamante, Santa Ana y otros muchos.

¡El militarismo en acción!

¡La guerra fratricida volvió á encenderse!

Por un lado luchaban militares insubordinados, ensangrentando el suelo patrio para satisfacer sus ambiciones, para hacerle pagar muy caro la sangre por él derramada!

¡Por el otro, muchos militares también; pero pundonorosos, esclavos de su palabra, contentos con seguir sirviendo á su patria y que se consideraban ampliamente pagados con la satisfacción de haberla salvado!

Sostenían estos últimos al gobierno de Juárez, que con su grandeza de alma, su tacto, su patriotismo, se había impuesto sobre todos ellos y sereno guiaba la nave del Estado ayudado por tan buenos mexicanos.

Juárez es el único Presidente civil que haya logrado tener

en jaque al militarismo, pues con su patriotismo sedujo á los militares pundonorosos que le sirvieron de firme apoyo, y con su inquebrantable energía dominó á los que se levantaron contra él encabezados por el General Díaz.

Las fuerzas del gobierno, victoriosas, habían casi sofocado la revolución, cuando falleció el gran Juárez.

La noticia de su fallecimiento llenó de consternación á toda la República y puso fin á la contienda civil, pues ya no subsistía el pretexto para seguir luchando, y como las fuerzas del gobierno eran las victoriosas, los pronunciados se vieron obligados á capitular y la tranquilidad volvió á reinar en todo el territorio nacional.

Revolución de Tuxtepec.

A la muerte de nuestro grande hombre, subió al poder con aplauso de toda la Nación el eminente jurisconsulto don Sebastián Lerdo de Tejada, que había prestado importantísimos servicios á la República, siendo uno de los Ministros de Juárez, á quien acompañó en su larga y penosa peregrinación por los Estados del Norte, como uno de sus más firmes é inteligentes colaboradores. Era gran orador, de brillantísima inteligencia y de una honradez acrisolada; pero le faltaba aquella energía, aquel prestigio, aquel tacto superior que constituían la fuerza de Juárez.

El señor Lerdo, acostumbrado á ver que las mayores tempestades no acertaban á desviar el rumbo con que marchaba la nave del Estado y que imperturbablemente seguía ésta su derrotero, llegó á creer que el gobierno legítimo era invulnerable, nunca comprendió el peligro que corría su administración, y hasta en los últimos momentos estuvo adormecido por esperanzas tan halagüeñas como infundadas.

Con este motivo, no tuvo el tacto necesario para tratar á sus subordinados, sin tener en cuenta que con su conducta disgustaba á muchos altos militares, á multitud de hombres prestigiados que iban á engrosar las filas de los descontentos, los cuales reconocían como Jefe al General Porfirio Díaz, quien una vez lanzado en la funesta pendiente de las

revueltas, tenía que vencer definitivamente ó morir, pues no era hombre que se contentara con los términos medios.

El señor Lerdo pudo tener á su disposición el remedio para calmar á los descontentos, satisfacer la ambición ó la necesidad de quienes lo abandonaban, premiar á los militares que habían derramado su sangre en defensa de la patria y sacar al tesoro nacional de la penuria en que se encontraba.

El remedio era aceptar algunas ofertas que le hacían financieros extranjeros para la emisión de un empréstito; pero rehusó esas ofertas por juzgar las operaciones que le proponían, onerosas para la Nación, y no podía ser de otro modo, pues era bien sabido que el General Díaz conspiraba constantemente, lo cual constituía una amenaza perenne para la paz pública, y eso atemorizaba á los capitalistas extranjeros.

Lerdo de Tejada, con altísimas miras, se preocupaba más por el porvenir de la Patria que por asegurar su administración. No cabe duda que fué esta una gran falta, pues si hubiera asegurado la tranquilidad del país, aun á costa de un empréstito oneroso, hubiera hecho más bien á la Patria que dejando tanto descontento en la pobreza, pues estos constituían una amenaza constante para el orden público.

Sin embargo, ahora juzgamos después de pasados los acontecimientos; pero indudablemente esa medida aislada no hubiera salvado la situación, la cual provenía de que el señor Lerdo no tenía un carácter á propósito para gobernar en aquellas circunstancias. Si hubiera lanzado el empréstito y enriquecido á algunos de los patriotas, habrían tenido pretextos de más peso y algunos visos de razón en levantarse los que tal hicieron, puesto que de todos modos permanecerían descontentos por ser su ambición difícil de satisfacer. Lo que se necesitaba para poner orden en aquel caos, era la mano de hierro de Juárez, ¡que demasiado pronto abandonó este mundo!

No pudiendo recurrir el señor Lerdo, por temperamento,

á medios que él juzgaba peligrosos, la revolución era inevitable, pues de contínuo aumentaban las filas de los descontentos, que abiertamente conspiraban en la Capital de la República y aun en el mismo Palacio Nacional.

El General Díaz anduvo mucho tiempo oculto, sufriendo mil aventuras, y si esto demuestra que es un hombre intrépido y afortunado, demuestra igualmente su invencible tenacidad; había soñado con la Presidencia de la República y tenía que valerse de cuantos medios estuvieran á su alcance para lograr su objeto y saciar su ambición de gobernar.

En las elecciones presidenciales resultó reelecto el señor Lerdo de Tejada; y éste, para satisfacer las necesidades siempre crecientes del erario, había promulgado la ley del timbre; ley equitativa que reparte automáticamente el impuesto en proporción á las operaciones mercantiles de cada contribuyente.

Es cierto que en algunos Estados hubo presión en las elecciones, pero nos han referido personas, en aquella campaña porfiristas, que á pesar de la presencia en sus pueblos de fuerzas federales, ganaron ellos las elecciones, lo cual demuestra que la presión no fué tan grande ni constituyó un obstáculo invencible para que la Nación hubiera votado en contra del señor Lerdo, en caso de no estar satisfecha con sus servicios.

De todos modos, esa arbitrariedad no era motivo para ensangrentar el país con otra revolución, ni lo era el pretender la reforma de la Constitución en el sentido de no-reelección; ni tampoco el deseo de abolir el impuesto del timbre.

Como hemos dicho al referirnos á la revolución de la Noria, acaudillada por el mismo General Díaz, la Constitución tiene previsto el caso en que se quiera reformarla, é indica los trámites.

Una campaña vigorosa y honrada en la prensa y en los clubs, hubiera logrado esa reforma sin efusión de sangre.

Para emprenderla sólo se necesitaba patriotismo, pues durante la administración del señor Lerdo la imprenta gozó de

gran libertad y éste nunca hubiera recurrido al régimen de persecuciones contra los que trabajaran legalmente porque se reformara la Constitución en un sentido más liberal.

Pero para seguir esa conducta, se necesitaba no tener otro móvil que el bien de la Patria y querer trabajar por su engrandecimiento sin miras egoístas, puesto que los luchadores en el terreno de la idea, generalmente no tienen otra recompensa que la muy abstracta de haber satisfecho una de las más nobles aspiraciones del alma, como es la de servir desinteresadamente á su Patria. Pero esa recompensa no satisface á todos; no todos saben comprenderla. El caudillo de la intervención estaba convencido de que la Patria había contraído una gran deuda con él; el antiguo jefe que se había visto cubierto de gloria al verificar su entrada triunfal en México, en donde fué tratado con gran cariño y respeto por sus conciudadanos, admiradores de sus laureles y más que todo de su modestia verdaderamente republicana, no podía resignarse á vivir oculto entre las montañas más escabrosas, en las selvas más impenetrables, y vivir siempre proscrito de la sociedad ó lejos de la Patria.

Por estos motivos, y cuando hubo reunido los elementos necesarios, volvió á levantarse en armas el General Díaz, haciendo á la Nación las promesas más halagüeñas en el plan de Tuxtepec, que fué después reformado en Palo Blanco, quedando como sigue:

«Considerando: Que la República Mexicana está regida por un Gobierno que ha hecho del abuso un sistema político, despreciando y violando la moral y las leyes, viciando á la sociedad, despreciando á las instituciones, y haciendo imposible el remedio de tantos males por la vía pacífica; que el sufragio público se ha convertido en una farsa, pues el presidente y sus amigos por todos los medios reprobados hacen llegar á los puestos públicos á los que llaman sus "Candidatos Oficiales," rechazando á todo ciudadano independiente; que de este modo y gobernando hasta sin ministros se hace la burla más cruel á la democracia que se fun-

da en la independencia de los poderes: que la soberanía de los Estados es vulnerada repetidas veces; que el Presidente y sus favoritos destituyen á su arbitrio á los Gobernadores, entregando los Estados á sus amigos, como sucedió en Coahuila, Oaxaca, Yucatán y Nuevo León, habiéndose intentado hacer lo mismo con Jalisco; que á este Estado se le segregó para debilitarlo, el importante cantón de Tepic, el cual se ha gobernado militarmente hasta la fecha, con agravio del pacto federal y del derecho de Gentes; que sin consideración á los fueros de la humanidad se retiró á los Estados fronterizos la mezquina subvención que les servía para defensa de los indios bárbaros; que el tesoro público se dilapida en gastos de placer, sin que el Gobierno haya llegado á presentar al Congreso de la Unión la cuenta de los fondos que maneja.»

«Que la administración de justicia se encuentra en la mayor prostitución, pues se constituye á los Jueces de Distrito en agentes del centro para oprimir á los Estados; que el poder municipal ha desaparecido completamente pues los Ayuntamientos son simples dependientes del Gobierno para hacer las elecciones: que los protegidos del Presidente perciben tres y hasta cuatro sueldos por los empleos que sirven con agravio de la moral pública; que el despotismo del poder Ejecutivo se ha rodeado de presidiaros y asesinos que provocan, hieren y matan á los ciudadanos ameritados; que la instrucción pública se encuentra abandonada; que los fondos de ésto paran en manos de los favoritos del Presidente: que la erección del Senado, obra de Lerdo de Tejada y sus favoritos, para centralizar la acción legislativa, importa el veto á todas las leyes; que la fatal ley del timbre, obra también de la misma funesta administración, no ha servido sino para extorsionar á los pueblos; que el país ha sido entregado á la Compañía Inglesa con la concesión del Ferrocarril de Veracruz y el escandaloso convenio de las tarifas, que los excesivos fletes que se cobran han estancado al comercio y á la agricultura; que con el monopolio de esta línea se ha impe-

dido que se establezcan otras produciéndose el desequilibrio del comercio en el interior, el aniquilamiento de todos los demás puertos de la República y la más espantosa miseria en todas partes: que el Gobierno á otorgado á la misma compañía con pretexto del Ferrocarril de León, el privilegio para celebrar loterías, infringiendo la Constitución: que el Presidente y sus favorecidos han pactado el reconocimiento de la enorme deuda Inglesa, mediante dos millones de pesos que se reparten por sus agencias: que ese reconocimiento además de inmoral es injusto, porque á México nada se indemniza por perjuicios causados en la intervención.»

«Que aparte de esa infamia, se tiene acordada la de vender tal deuda á los Estados Unidos, lo cual equivale á vender el país á la nación vecina: que no mereceremos el nombre de ciudadanos mexicanos, ni siquiera el de hombres los que sigamos consintiendo el que estén al frente de la administración los que así roban nuestro porvenir y nos venden en el extranjero; que el mismo Lerdo de Tejada destruyó toda esperanza de buscar el remedio á tantos males en la paz, creando facultades extraordinarias y suspención de garantías para hacer de las elecciones una farsa criminal.»

*
* *

«En nombre de la sociedad ultrajada y del pueblo mexicano vilipendiado, levantamos el estandarte de la guerra contra nuestros comunes opresores, proclamando el siguiente plan:»

«Art. 1º Son leyes supremas de la República, la Constitución de 1857, la acta de reformas promulgada el 25 de Septiembre de 1873, y la ley de 1874.»

«Art, 2º Tendrán el mismo carácter de ley suprema la *No-Reelección* del Presidente de la República y Gobernadores de los Estados, mientras se consigue elevar este principio al rango de reforma constitucional, por los medios legales establecidos por la Constitución.»

«Art. 3º Se desconoce á D. Sebastián Lerdo de Tejada como Presidente de la República y á todos los funcionarios y empleados por él, así como los nombrados en las elecciones de Julio del año de 1875.»

«Art. 4º Serán reconocidos todos los gobernadores de los Estados que se adhieran al presente plan. En donde esto no suceda se reconocerá interinamente como gobernador al que nombre el jefe de armas.»

«Art. 5º Se harán elecciones para Supremos Poderes de la Unión á los dos meses de ocupada la capital de la República, en los términos que disponga la convocatoria que expedirá el Jefe del Ejecutivo, un mes después del día en que tenga lugar la ocupación, con arreglo á las leyes electorales de 12 de Febrero de 1857 y 23 de Diciembre de 1872.»

«Al mes de verificadas las elecciones secundarias se reunirá el Congreso, y se ocupará inmediatamente de llenar las prescripciones del art. 51 de la primera de dichas leyes, á fin de que desde luego entre al ejercicio de su encargo el Presidente constitucional de la República y se instale la Corte Suprema de Justicia.»

«Art. 6º El Poder Ejecutivo, sin más atribuciones que las meramente administrativas, se depositará mientras se hacen las elecciones, en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia actual, ó en el magistrado que desempeñe sus funciones, siempre que uno ú otro en su caso, acepte en todas sus partes el presente plan, y haga conocer su aceptación por medio de la prensa, dentro de un mes, contado desde el día en que el mismo plan se publique en los periódicos de la capital. El silencio ó negativa del funcionario que rija la Suprema Corte, investirá al Jefe de las armas con el carácter de Jefe del Ejecutivo.»

«Art. 7º Reunido el octavo Congreso constitucional, sus primeros trabajos serán la reforma constitucional de que habla el art. 2º, la que garantiza la independencia de los municipios y la ley que dé organización política al Distrito Federal y Territorio de la Baja California.»

«Art. 8º Los generales, jefes y oficiales que con oportunidad secunden el presente plan, serán reconocidos en sus empleos, grados y condecoraciones.

«Campo en Palo Blanco, Marzo 21 de 1876.—PORFIRIO DIAZ."

Este plan, propuesto por el caudillo de la intervención: por el que había consumado algunos de los hechos de armas más gloriosos peleando bajo la bandera republicana; que había dado grandes pruebas de integridad y desinterés al entregar á Juárez cuando entró á la capital de la República, $300,000.00 que tenía en caja; que había revelado una gran modestia al entrar á México, y además, siendo apoyado su movimiento por gran parte de los jefes que se habían distinguido en la guerra de Intervención, presentaba á la República espejismos engañadores y le hacía concebir las más risueñas ilusiones para cuando triunfara el movimiento revolucionario, pues en aquellos momentos de febril entusiasmo, á ninguna persona se le ocurría poner en duda la sinceridad de los austeros jefes republicanos que habían dado á la patria independencia y gloria, y todos abrigaban las más halagüeñas esperanzas para cuando llevaran las riendas del poder los gloriosos caudillos de la Intervención, los honrados jefes que sabrían cumplir fielmente sus promesas.

Tales eran las esperanzas de la Nación mientras duraba el conflicto, y por eso permaneció en su mayoría en una situación espectante mientras duró la lucha, y se alegró cuando hubo triunfado el partido revolucionario.

Como hemos dicho, al General Díaz lo secundaban en su movimiento todos los militares insubordinados y ambiciosos que siempre quedan después de las grandes guerras; los antiguos jefes y oficiales que habían combatido á sus órdenes, y por último, indudablemente se unieron á él muchos patriotas de buena fe, que juzgaban salvadores los principios proclamados en Tuxtepec por un jefe como el General Díaz, que garantizaba cumplir esas promesas, debido á su gran prestigio, realzado por su integridad en el manejo de los

fondos públicos. Otras circunstancias favorables á su movimiento, fueron que el señor Lerdo, soltero á su edad, tenía las costumbres de la mayoría de éstos, lo cual se prestaba á acerbos ataques de sus enemigos, que criticaban todos los actos de su vida privada, la cual, en honor á la verdad, no podía citarse como modelo.

Ataques de esa naturaleza llenaban de ridículo al señor Lerdo, é influían grandemente en la opinión pública, teniendo por efecto que no fuera un hombre verdaderamente popular, pues no todos tenían el desarrollo intelectual suficiente para poder apreciar las grandes dotes de aquel hombre eminente, mientras que sí estaba al alcance de todos juzgar sus defectos.

Es incalculable lo que influye la vida privada de un gobernante en el aprecio de sus conciudadanos. En ese respecto, el General Díaz gozaba de la fama de ser un austero republicano, y en verdad, hasta ahora no ha desmentido esa fama, sino que la ha consolidado más y más con la vida privada que lleva, unánimemente calificada de intachable.

Por último, la desunión surgió en el bando gobiernista, porque el señor Iglesias, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, declaró que consideraba fraudulenta y atentatoria la reelección del señor Lerdo para Presidente de la República, y por tal motivo desconoció su autoridad.

Su actitud fué apoyada por algunos Estados y por parte de las fuerzas federales, que lo reconocieron como al legítimo representante de la Nación.

De esta división, así como de las demás circunstancias, se aprovechó hábilmente el General Díaz, y ayudado por el irresistible brillo de los galones, hizo que se inclinara la balanza por el Plan de Tuxtepec.

Por otra parte, cuando la primera revolución promovida por el General Díaz, además de que luchó contra Juárez en vez de ser contra Lerdo, estaba aún muy reciente la epopeya de las armas republicanas; en los corazones ardía aún el

fuego del patriotismo que los hizo vencer á su formidable enemigo; pero ese fuego se había ido apagando poco á poco, y el trabajo de zapa de los descontentos seguía infiltrando en las conciencias que se habían mantenido más limpias, el veneno de la envidia, de la ambición, y como no estaban contenidas ni por el irresistible prestigio ni por la inquebrantable energía de Juárez, iban á engrosar las filas de los revoltosos, aumentando así cada vez más las fuerzas del nuevo caudillo, que con su maravilloso conocimiento del corazón humano, á cada quien ofrecía lo que más halagaba sus pasiones ó su patriotismo.

Con estos antecedentes, se ve fácilmente que el éxito de la revolución no podía ser dudoso, pues aunque la Nación deseaba ante todo la paz, una vez iniciada la lucha, prefirió el triunfo del partido que más garantías le ofrecía de labrar su felicidad.

La Nación no tenía aún bastante experiencia para saber cuan poca confianza deben inspirarle los ofrecimientos que le hacen sus hijos cuando tienen las armas en la mano, pues desde que esto hacen, desconocen sus más sagrados intereses, hollando los grandes principios de fraternidad y de justicia, ensangrentando sus campos, destruyendo sus ciudades y por todas partes sembrando llanto, luto y desolación.

*
* *

La batalla de Tecoac, dada entre las fuerzas lerdistas y las del General Díaz, mandadas en persona por él mismo, fué la última carta del gobierno del señor Lerdo. La suerte le fué adversa. Las fuerzas del General Díaz resultaron victoriosas, gracias en gran parte á la intrepidez y á la audacia del General Manuel González,

El señor Lerdo abandonó el país.

El General Díaz, queriendo aparentar que sus ofrecimientos á la Nación eran sinceros y que no pisoteaba abiertamente la Constitución, celebró en Acatlán con el representante del señor Iglesias un convenio, reconociéndolo como Presidente de la República mediante determinadas condiciones, que en el fondo, y en lo que no lastimaban su dignidad, aceptó el señor Iglesias.

Mientras se tramitaban esos arreglos, el General Díaz llegó á la capital de la República, incorporó á su ejército las fuerzas que Lerdo había dejado sin instrucciones de ninguna naturaleza, y disponiendo de los cuantiosos elementos y del prestigio que le daba la ocupación de plaza tan importante, rompió las negociaciones pendientes y al frente de sus ejércitos victoriosos, fué á atacar las fuerzas que apoyaban al señor Iglesias, las cuales, inferiores en número, no intentaron resistencia seria, y muy pronto, por medio de la defección, fueron á engrosar las filas tuxtepecanas.

El señor Iglesias se vió obligado á trasladarse á otra parte del territorio nacional, y se embarcó en Manzanillo con rumbo á Mazatlán, en donde pensaba encontrar fuerzas que le serían fieles y lo apoyarían para seguir sosteniendo los incuestionables derechos que él defendía. Desgraciadamente, cuando llegó á aquel puerto encontró que la guarnición ya había defeccionado, siguiendo el ejemplo de sus demás compañeros de armas, y que el jefe de la plaza pretendía aprehenderlo.

Por estas circunstancias, el señor Iglesias, que tan dignamente había representado el principio de legalidad, emigró al extranjero, con la intención de regresar al país al presentarse alguna circunstancia propicia para defender la causa en él encarnada.

Pronto desistió de sus propósitos al ver que la Nación entera había aceptado de hecho la nueva situación.

El Gobierno Constitucional que existía desde 1857, fué sustituido por una dictadura militar, al frente de la cual se encuentra desde entonces, salvo una pequeña interrupción, el General Díaz.

En los capítulos siguientes, veremos como cumplió este jefe las promesas que hizo á la Nación, y cual ha sido la influencia de su gobierno sobre sus destinos.

CAPITULO II

EL GENERAL DIAZ, SUS AMBICIONES, SU POLITICA Y MEDIOS DE QUE SE HA VALIDO PARA PERMANECER EN EL PODER

Hasta ahora hemos conocido al señor General Porfirio Díaz como valeroso caudillo en la guerra de la segunda Independencia, y más tarde como incansable revolucionario, y constante perturbador de la paz; veamos ahora que conducta ha observado como gobernante. Pero antes de proseguir nuestra narración, abramos un paréntesis para estudiar la interesante personalidad del hombre que ha sido por más de 30 años árbitro de los destinos de nuestra Patria. Poco tendremos que decir de él, puesto que habiendo gobernado al país por tanto tiempo, ha llegado á ser la encarnación de un principio: el del poder absoluto: mientras

que sí seremos muy extensos al tratar de las consecuencias de su sistema de gobierno.

*
* *

Su carácter. El General Porfirio Díaz es de estatura alta, complexión robusta, porte marcial, mirada penetrante; su semblante revela la energía y la tenacidad de su alma. Al verlo, aun en fotografía, revela un aspecto de esfinge; parece que encierra un gran misterio; que oculta cuidadosamente en el fondo de su alma un pensamiento intenso, una idea fija, que sólo se manifestará incidentalmente por hechos trascendentales, pero que normará los actos de su vida toda.

Procuraremos descifrar ese misterio, y al hacerlo, encontraremos la clave de muchos de sus actos que no podrían explicarse de otra manera.

La energía de su carácter la ha aplicado al dominio de sí mismo: sólo el hombre que sabe dominarse, puede dominar á los demás.

Como resultado de ese dominio, es muy metódico en todos sus actos, sumamente madrugador, incansable para el trabajo y sobrio en el comer y en el beber, lo cual le permite ser siempre dueño de sí mismo.

Este régimen le ha permitido, á los 78 años, conservar relativamente gran vigor material é intelectual, pues para un hombre de tan avanzada edad, es asombrosa la labor que desempeña.

Su vida privada es intachable. Como padre de familia, ha sabido dirigir con acierto la educación de sus hijos, como lo demuestran las grandes virtudes de sus hijas y la corrección, modestia y actividad de su hijo; como esposo, es un modelo, pues á su distinguida compañera la trata con todas las consideraciones y cariño que se merece.

Estas virtudes domésticas nos revelan que la alta per-

sonalidad que venimos estudiando no es un hombre vulgar, como lo hacen aparecer sus enemigos.

El General Díaz, se conmueve fácilmente: «lágrimas de cocodrilo,» dicen sus detractores; pero para formular ese juicio, sólo los guía la pasión, la cual impide comprender que las lágrimas nunca son fingidas, pues nadie tiene el poder de hacerlas brotar á voluntad.

Por este motivo y por el modo de ser del Gral. Díaz, nosotros sí las juzgamos sinceras, pues bajo su semblante de bronce, late una alma humana, y como humana sensible.

La sensibilidad no es prueba de debilidad y menos aún en el General Díaz, que nos ha demostrado cómo sabe dominar hasta ese sentimienfo, para subordinarlo, como todos los actos de su vida, á la idea fija, dominante, que hemos descubierto en el fondo de su alma.

Como administrador, siempre ha sido íntegro, de lo cual dió una prueba brillante cuando entregó al Sr. Juárez..... $300,000.00 que tenía como sobrante en la caja del cuerpo de ejército que estaba á su mando.

Muchos de sus enemigos aseguran que se ha enriquecido considerablemente en la Presidencia, y que posee..... $60.000,000.00 en el extranjero; pero no aducen ningunas pruebas, pretendiendo que sería muy difícil y peligroso buscarlas bajo el régimen actual de gobierno. Por este motivo, generalmente se da crédito á los rumores más absurdos: pero nosotros, fieles á nuestro propósito de hacer un estudio concienzudo, decimos resueltamente que no damos crédito á tales rumores, fundándonos en sus costumbres tan sencillas, en la educación que ha dado á su hijo, haciéndolo trabajar para que labrase de un modo lícito su fortuna: en que su administración, se ha distinguido por el orden en el manejo de los caudales de la Nación, sin el cual hubiera sido imposible nivelar los presupuestos y presentar sobrantes en la Tesorería. Además, un hombre que tuviera tal sed de dinero, sería un ente vil, completamente despreciable, y nunca hubiera poseído ni la energía ni el prestigio suficien-

tes para dominar por más de 30 años á la República, ya que felizmente no está á tal punto perdida la dignidad nacional.

El General Díaz en sus actos ha dado siempre pruebas de gran modestia; pero no cabe duda que le agrada la lisonja y que esa modestia no es sino aparente, no es sino el resultado del gran dominio ejercido sobre sí mismo, el cual le hace dar á todos sus actos la apariencia que él desea, para coadyuvar al fin tenazmente perseguido en la realización de su idea fija.

Lo anterior es demasiado conocido; todo el mundo sabe los elogios exagerados que hacen al General Díaz los órganos subvencionados con fondos del gobierno, y todos los que, por cualquier motivo, reciben sueldo de la Nación.

Además, el hecho de haber permitido que se celebrara como día de fiesta nacional el 2 de Abril, denota muy poca modestia.

El debe comprender que no es á sus contemporáneos á quienes toca juzgar sus actos, sino á la historia, y hubiera sido más prudente esperar el fallo de ésta, no dando su consentiminnto para que se celebrara ese aniversario, puesto que corre gran peligro de que no se vuelva á conmemorar después de su muerte.

Como una prueba de tantas que podría citarse sobre la exagerada adulación de sus amigos, vamos á referir el siguiente caso:

Por casualidad llegó á nuestras manos un librito impreso el presente año, titulado «El ejemplo de una vida» «Porfirio Díaz y su obra» «Para los niños; para los obreros, para el pueblo,» el cual fué distribuído profusamente en Monterrey por el elemento oficial. En ese librito, cuyo autor ocultó prudentemente su nombre, quizás porque se avergüenze él mismo de su obra, en la página 24, al pie de una fotografía del General reaccionario Leonardo Márquez, dice lo siguiente: «.....el General Díaz lo derrotó siempre, desde el primer encuentro en Jalatlaco, en que

venció con 272 hombres á cerca de 4,000 con 11 Generales entre ellos los Cobos y Negrete.....»

Esa es la inexactitud más estupenda; pero vienen muchas otras por el estilo.

Probablemente se imprimió esa obra con fondos del gobierno, pues no es de esperarse que un particular anónimo, hiciera ese gasto tan fuerte; pero de cualquier modo que sea, es indudable que ha circulado con el consentimiento, por lo menos tácito, del Gral. Diaz.

Otro hecho bastante significativo, demuestra que al General Díaz no solamente le agrada la lisonja, sino que ve con desagrado tributar elogios á otro que no sea él, es el no haber permitido, en la Capital de la República, la erección de un monumento á Juárez; cosa rara, si se tiene en cuenta que el General Díaz, por la posición oficial que ocupa, debía ser el más celoso guardían de las glorias nacionales y tener predilección especial por el Indio de Guelatao, hijo de su mismo Estado Natal; su maestro, en las aulas, su correligionario y jefe durante la guerra de Reforma; su bandera durante la guerra de Intervención y á quien se han erijido monumentos en todo el territorio Nacional, con motivo del centenario de su nacimiento.

Idea fija del General Díaz.

Hemos visto cuales son las virtudes del estadista que nos ocupa; también hemos descubierto algo de vanidad tras su aparente modestia; procuremos ahora descifrar el misterio que oculta bajo su aspecto de esfinge: la idea fija que nos revelan su semblante y su mirada.

Aparentemente encontramos grandes contradicciones en sus actos:

Cuando por primera vez se levantó en armas contra el gobierno constituído, decía en su proclama de la Noria: «... ..... En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo ni empleo de ninguna clase:» y vemos que al triunfar en Tecoac, se fué directamente á la Capital de la República y tomó

posesión de la silla presidencial, que con sólo un intervalo de cuatro años ha ocupado desde entonces.

Por dos veces ha ensangrentado el país con la guerra civil, para conquistar el principio de no-reelección, y á pesar de ello, se ha reelecto cinco veces y apoyado á los Gobernadores de los Estados para que hagan otro tanto.

Mientras estuvieron en el gobierno Juárez y Lerdo, fué el constante perturbador del orden, y después que él ha empuñado las riendas del poder, se ha convertido en el héroe de la paz.

Cuando el General Díaz hizo sus revoluciones, no tuvo en cuenta que la Nación necesitaba más que nunca de la paz para consolidar su crédito en el extranjero y poder restañar sus heridas; mientras que ahora ha llegado á dar gran importancia al hecho de que los bonos del gobierno bajaran algunos puntos cuando él estuvo enfermo en Cuernavaca.

Por último, lo vemos conferir puestos públicos de importancia á los que han sido sus enemigos y aun á quienes han conspirado contra su vida, mientras persigue á algunos de sus amigos que lucharon con las armas en la mano porque él subiera al poder y que profesan sus mismos principios democráticos.

Estas aparentes contradicciones nos servirán admirablemente para descubrir cuál es la idea fija del General Díaz: cuál es el móvil de todos sus actos.

En su proclama de la Noria afirmaba no tener ninguna ambición para ocupar puestos públicos, y después de Tecoac ocupa la Presidencia á pesar de los convenios de la Capilla.

Esto nos demuestra que no eran sinceros sus ofrecimientos de la Noria y que lo que ansiaba era el apoyo de la Nación para llegar á la Presidencia.

Si proclamaba en sus planes revolucionarios el principio de no-relección, era porque comprendía que el pueblo consideraba peligrosa para los principios democráticos la reelección indefinida de los gobernantes, y que proclamando este principio, lo ayudaría en su lucha contra el gobierno, y eso

era lo que él buscaba por lo pronto, pues una vez en la silla presidencial, ya sabría bien conservarla, aun contra la voluntad nacional.

Si el verdadero móvil que lo guía para conservar la paz, fuera la conveniencia de la Nación, ¿por qué no puso su espada al servicio de Juárez y de Lerdo para haberla consolidado desde entonces? ¿por qué, en vez de observar conducta tan noble, fué el constante perturbador del orden, acarreando males sin cuento á la Patria?

La contestación á estas preguntas es sencilla:

La paz la conserva ahora con tan decidido empeño, no tanto por amor á la patria, sino porque es el medio más eficaz para conservar indefinidamente el poder.

¿Por qué no se preocupó por el crédito de la Nación cuando no era Presidente, y ahora es tan celoso de él?

Por la misma razón, porque el crédito en manos de sus antecesores, habría robustecido sus gobiernos y dificultado más quitarles el poder; y ahora que él lo tiene, necesita del crédito para afianzarse más y más en la silla Presidencial.

¿Por qué confiere puestos públicos á sus enemigos, y persigue á los que han sido sus amigos y profesan sus mismos principios democráticos?

Pues sencillamente porque el General Díaz no tiene pasiones políticas, y sólo considera como enemigos á los que pueden entorpecer sus proyectos, y amigos á todos los que le ayudan. Así, tan pronto como sus enemigos capitulan ó los ha nulificado, deja de considerarlos como tales y más bien procura atraerlos á su lado dándoles puestos públicos de importancia. En cambio, si sus amigos, por la rectitud en sus principios ó por su ambición personal, llegan á ser un estorbo ó una amenaza para su poder, deja de considerarlos como amigos y los persigue tenazmente hasta que los nulifica de cualquier modo

De lo anteriormente expuesto, resulta que la idea fija del General Díaz, era, mientras no tenía el poder, conquistarlo

á toda costa, y una vez en su posesión, no desprenderse de él por ningún motivo.

Para la realización de esta idea, no vacilará en promover sangrientas revoluciones; en perdonar á sus enemigos desde que capitulen; en perseguir á sus amigos cuando constituyan un estorbo para sus fines; en engañar á la Nación y aun á los amigos que lo ayudaron en sus levantamientos.

Pero para conservar el poder en una Nación belicosa, se necesita no exacerbarla, y veremos como el General Díaz hará al país el mayor bien que pueda, siempre que sea compatible con su reelección indefinida.

Medios de que se ha valido para conservar el poder.

Hemos encontrado cual es la idea fija del General Díaz, y cual es el móvil de todos sus actos; veamos de que medios se ha valido para conservar el poder por tantos años.

Desde luego puede afirmarse que cuando un pueblo se levanta en armas para conquistar un principio, el jefe de ese movimiento se haya investido de poderes dictatoriales, omnímodos, y como á ese jefe y al uso que hace de sus facultades debe la Nación el triunfo anhelado, resulta que deja al frente de sus destinos al mismo jefe con los mismos amplísimos poderes.

El hombre llegado al gobierno en estas circunstancias, se encuentra, por consiguiente, investido con los poderes más amplios que pudiera desear, afianzados por la simpatía del pueblo y su inmenso prestigio.

En tales circunstancias, esos hombres, si cumplen las promesas que hicieron á su patria, llegan á prestarle servicios de incalculable importancia; pero en la mayoría de los casos sucede que esos afortunados militares, una vez obtenido el triunfo, se sienten embriagados por la victoria y mareados por la adulación, y olvidan las promesas que hicieron á la patria, y olvidan que sus éxitos los debieron á la fuerza de los principios qué proclamaban, á la fuerza de la opinión pública y á la ayuda del pueblo.

La historia nos presenta muchos casos de indeficiencias de esa naturaleza, habiendo tenido para los infidentes resultados diversos, según la conducta que observaron en el poder.

Cuando de un modo franco y audaz han intentado burlar las promesas hechas al pueblo, generalmente han caído bajo el peso de su desprestigio, como le pasó al General Comonfort, cuyo gobierno no pudo subsistir ni ocho días á su golpe de Estado; siendo que, cuando estuvo amparado por la legalidad y cumplió fielmente sus promesas contenidas en el Plan de Ayutla, su gobierno parecía inconmovible. En cambio, cuando el afortunado militar que llega al gobierno de ese modo, tiene gran tacto, y respetando la forma va estableciendo su poder absoluto por medio de una red de funcionarios adictos, que se extiende invadiéndolo todo; cuando va usurpando una á una todas las funciones del poder; cuando va minando lentamente las instituciones sin que nadie se dé cuenta de ello y á la vez impulsa el desarrollo material para aturdir los espíritus, entonces puede establecer una dictadura estable y oprimirá á su patria cada vez más, sin que ella pueda darse cuenta, pues habrán desaparecido los que podrían guiarla; tanto sus escritores, sus pensadores, como sus caudillos, habrán sucumbido ante las seducciones del nuevo César, ó caído bajo el peso de su espada omnipotente.

No es grandeza de alma lo que se necesita para seguir esa conducta; sino astucia, paciencia, hipocresía.

Frecuentes ejemplos de esa naturaleza nos presenta la historia, pero el que tiene más semejanza con el método seguido por el General Díaz para absorber en sus manos todo el poder, lo encontramos en la vida de Augusto, que acabó con las libertades romanas á la vez que con las causas de su grandeza, y dió principio con su despotismo á la era de la decadencia de aquel gran imperio.

Tácito describe del siguiente modo los medios de que se valió Augusto para absorber todo el poder en sus manos:

"Desde que sedujo al soldado con dádivas; al pueblo con distribuciones de trigo; á todos por el encanto del reposo, principió á elevarse poco á poco y atrajo hacía á él todo el poder del Senado, de los Magistrados, de las leyes. Nadie se oponía: los republicanos más dignos habían sucumbido en las batallas y en las proscripciones, los nobles que subsistían se elevaban en riquezas y en honores á medida que aumentaba su servilismo: aquellos que habían sido elevados por los nuevos acontecimientos, amaban más el presente y su seguridad que el pasado y sus peligros."

Tratando del mismo asunto dice Montesquieu lo siguiente:

"Augusto (este es el nombre que la adulación dió á Octavio), astuto tirano, condujo á los romanos á la servidumbre.

"No es imposible que aquello que más le deshonraba, haya sido lo que le favoreció mejor. Estableció el orden, es decir, una servidumbre duradera, pues en un Estado libre, en donde se acaba de usurpar la soberanía, se llama regla todo lo que puede establecer la autoridad sin límites de uno solo; y se llama disturbio, disensión, mal gobierno, todo lo que puede mantener la honrada libertad de los súbditos."

Beule, en el "Proceso de los Césares," comenta la política de Augusto de un modo magistral en las siguientes frases:

"Que Augusto haya desarrollado singularmente con su habilidad lo que yo llamo la *almohada política*, ese sentimiento suave, fácil, amable, que dispensa á los ciudadanos del peso de sus negocios; que en los días de crisis y de peligro, en que es necesario mostrar que se tiene corazón, los dispensa también de la energía necesaria para resistir; que les haya dicho: "vivid tranquilos, ahí tenéis granos, tenéis juegos, la paz está asegurada, el templo de Jano está cerrado;" todo está muy bueno: pero es el sueño á la sombra de un árbol venenoso: pero también sabéis que Roma y las provincias han visto levantarse fortunas escandalosas, sobre

todo, entre los amigos del príncipe." . . . . . .

. . . . . .

"En las épocas de conmoción y de sacudimiento, cuando la hez de la sociedad sube á la superficie, se ve surgir cierto número de hombres que han pasado su juventud, sin tener para nada en cuenta las leyes civiles ni las prescripciones más delicadas de la conciencia ó del honor, y que no ven más que un fin, la satisfacción de sus pasiones. Esas gentes están listas para intentarlo todo el día que pueden pisotear las leyes y la justicia. Desde muy temprano han aprendido á despreciar la opinión, á los hombres honrados, los juramentos, la libertad, la patria, y á no reconocer más divinidad que la fuerza. Estos son ambiciosos de alta jerarquía, pues la depravación es una escuela terrible de ambición, de audacia y de servilismo.

"Los otros, mucho más numerosos, que son gentes bastante honradas; afeminados, más bien que delicados; más bien acomodaticios que convencidos; sin energía, si no es para el placer; egoístas y únicamente preocupados en su bienestar; amantes de la buena mesa; de los buenos teatros; de los paseos bien trazados; de las calles cómodas y tranquilas; que los molesta un pétalo de rosa en su cama; en una palabra, esos son los sibaritas: multitud creciente en las épocas de decadencia, que quiere la calma á todo precio y que no se vuelve implacable sino cuando sus goces se ven amenazados.

"Poco les importa que la libertad ó la dignidad del país estén en peligro: no piden más que la tranquila posesión de sí mismos y de sus más amables vicios. Estas gentes aman con pasión el despotismo, porque no quieren que se nuble su estado de satisfacción y de contento."

Como se ve, el establecimiento del imperio que no pudo lograr César con toda su audacia, grandeza y gloria, lo obtuvo Augusto con su habilidad, astucia é hipocresía.

Por eso decíamos que las cualidades de Augusto son las más propias para establecer un gobierno absoluto en una

República, pues para llegar á ese fin se necesita no tener principios, saber ocultar constantemente su ambición, y poner por encima de los intereses de la patria la satisfacción de sus propias pasiones.

Ningún escritor reconoce grandes virtudes á Napoleón III, y sin embargo, logró establecer el poder absoluto en Francia, país republicano por excelencia y el más adelantado en el mundo en instituciones y prácticas democráticas. ¡Los franceses nunca se cansarán de lamentar las funestas consecuencias que trajo á su patria ese gobierno!

Esto viene á demostrar, que para un hombre en el poder, y sobre todo cuando ha ascendido á él por medio de una revolución, es relativamente fácil conservarlo si se empeña en ello y observa una política moderada, porque los pueblos cuanto más se civilizan, más huyen de las revoluciones, y prefieren soportar un gobierno relativamente malo á sufrir las desastrosas consecuencias de una revolución. Esto es cierto para los pueblos en su estado normal; en cambio, cuando son víctimas de convulsiones políticas ó acaban de sostener grandes guerras, raro es el gobierno estable, porque después de esas sacudidas quedan muchos gérmenes revolucionarios, muchos caudillos que premiar; en una palabra, la funesta plaga del militarismo; mientras que, por otra parte, existen pocos intereses cimentados á la sombra del gobierno constituido.

Para que un país en estado normal pueda renovar pacíficamente sus autoridades supremas, se necesita que quien lleva las riendas del gobierno tenga gran patriotismo, esté acostumbrado á respetar la ley, y que á ésta deba el poder, á fin de que pueda someterse en todos casos al fallo de la suprema ley de la opinión pública; ó bien, necesita tener una rara magnanimidad para no aceptar por más tiempo el gobierno, aunque tal sea el deseo de la Nación. De estos ejemplos encontramos uno grandioso en nuestras hermanas repúblicas de Sud América: en Bolívar, que por ningún motivo consintió en seguir al frente del gobierno y que contes-

tando á quienes sostenían que era necesaria para la patria su nueva reelección, dijo: "La nación cuya existencia depende de un solo hombre, no puede tener vida duradera". . . . . y en nuestra vecina del Norte dos ejemplares no menos sugestivos: Washington, el héroe de la independencia americana, rechazando su segunda reelección, porque pretendía sentirse menos demócrata con ocho años de habitar la Casa Blanca, y Roosevelt, que prefirió la gloria de imitar el ejemplo del padre de la patria, en vez de seguir el consejo de sus amigos y los impulsos de su ambición personal.

Ejemplos de esta naturaleza son cada vez más frecuentes en las naciones civilizadas, en donde todos respetan la ley y en donde impera la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza, como en los pueblos atrasados.

Aun en la mayoría de las repúblicas Centro y Sudamericanas, presenciamos esos cambios pacíficos, y en Europa se ha desmembrado un reino (el de Suecia y Noruega) sin efusión de sangre.

Por lo visto, es más fácil de lo que parece conservar el poder, sobre todo, cuando se ha llegado á él de un modo violento.

Las razones de esto son las siguientes: en todo pueblo, por más avanzado que se encuentre, no son muchos los pensadores, escritores, estadistas, militares, que dirigen la opinión pública, y de éstos, la mayoría no son de principios tan rectos ni tan acendrado patriotismo, que rechazen perseverantemente las prodigalidades del Jefe del Gobierno y prefieran ser víctimas de toda clase de persecuciones, dando por resultado, que es fácil seducir á la mayoría; en cuanto á la minoría, todo se reduce á saberse deshacer de ella aprovechando la época de entusiasmo y proceder con gran habilidad y paciencia, resultando que, cuando la Nación quiera darse cuenta de ese hecho, será porque todos los ciudadanos rectos, dignos é incorruptibles que podrían servirle de guías, han desaparecido, y ella misma se encontrará

maniatada á los pies del ídolo elevado por sus propias manos.

Política centralizadora. Una vez expuesto lo anterior, veamos como llevó á la práctica el General Díaz estos principios generales para llegar á centralizar en sus manos la mayor suma de poderes que envidiaría el monarca más autocrático.

Desde luego observamos en su gobierno el sello de la idea fija que le conocemos; desde que ocupó la silla presidencial, todos sus actos han tendido á asegurar su permanencia en ella; pero no ha ido á su objeto brutalmente y con audacia, sino que ha procedido con cautela suma, valorizando con calma la importancia de los obstáculos que se atravesaban en su camino, los cuales procuraban más que vencer, hacer á un lado. En cuanto á las personas que se oponían á su política, siempre ha principiado intentando seducirlas, ofreciéndoles puestos públicos de importancia, ó proporcionándoles el modo de enriquecerse fácilmente; sólo con los irreducibles, con los que no han querido doblegarse y han rechazado toda capitulación, ha empleado el rigor: á unos los hizo abandonar el suelo patrio: otros lo abandonaron por sí sólos: algunos fueron nulificados, valiéndose para ello de una paciencia, de un arte en el que nadie le supera; por último, algunos, los menos por cierto, han desaparecido de la escena política por medio de procedimientos cuya legalidad es muy discutible.

Por este motivo se ha descrito gráficamente la política del General Díaz en dos palabras: «pan ó palo,» y el notable tribuno y escritor, Ing. Francisco Bulnes, la ha condensado en su célebre frase: «El mínimum de terror y el máximum de benevolencia.»

Esta habil política, seguida con constancia, ha dado por resultado que todos los hombres de prestigio que podrían hacerle alguna sombra y servir de guías al pueblo, han desaparecido del campo de la oposición para ir á engrosar las

filas de los presupuestívoros; ó bien, decepcionados, se han retirado á la vida privada.

Como al General Díaz siempre ha importado que no se opongan á su política personal, ha sido sumamente tolerante en cuestiones de principios, y con los brazos abiertos recibe en sus filas á liberales y conservadores, empleando la política de conciliación con el clero, que ha dado muy buenos resultados en el sentido de borrar odios antiguos; pero en cambio, ha sido irreconciliable con quienes han seguido siendo partidarios del hermoso ideal por él mismo proclamado en el plan de Tuxtepec: la no-reelección.

El General Díaz ha debido emplear mucha habilidad para llegar á los resultados que ahora palpamos.

Sus primeros pasos en el poder fueron para cumplir los ofrecimientos que hizo á la Nación, y desde luego se ocupó en expedir las proclamas y decretos necesarios á fin de reformar la Constitución en el sentido indicado; pero esa reforma no fué franca; el General Díaz no se atrevió, —quizás porque no se sentía bastante fuerte—á burlar al pueblo desde luego, y le pareció prudente esperar: por lo pronto, al hacer la reforma dejó una puerta abierta para volver al poder.

El artículo 78 quedó reformado en los siguientes términos: «El Presidente entrará á ejercer sus funciones el 1º de Diciembre y durará en su encargo cuatro años, no pudiendo ser reelecto, SINO CUATRO AÑOS DESPUÉS DE HABER CESADO EN SUS FUNCIONES.»

Una vez llevada á cabo esta reforma á la Constitución, en un sentido que le permitiría volver á la Presidencia, se ocupó en preparar lo mejor posible el terreno, influyendo para que los puestos de Gobernadores en los Estados fueran ocupados por amigos suyos de los más adictos, y empezando á promover la construcción de ferrocarriles, que derramarían cierto bienestar y le facilitarían el modo de mandar prontamente sus ejércitos á las más lejanas regiones del territorio nacional, para sofocar cualquiera intentona revolucionaria.

Con sus grandes dotes administrativas, procuró reorganizar la Hacienda, pero no pudo desde luego nivelar los presupuestos.

Durante ese período, con la aureola de popularidad que se había creado, no necesitó perseguir á la prensa, pues fácilmente atrajo á los escritores que sostenían la administración anterior, puesto que siempre son venales los escritores gobiernistas; además, contaba con el apoyo decidido de toda la prensa independiente, que en el terreno de las ideas le fué un poderoso auxiliar para su lucha contra la administración del señor Lerdo.

En los Estados tampoco encontró grandes dificultades para obtener cambios favorables á sus proyectos, porque el prestigio de la victoria le allanaba todos los caminos, sobre todo, para hacer á un lado el elemento lerdista.

Durante su primer período, uno de los sucesos más notables fué la contra-revolución iniciada por el General Escobedo con tan mal éxito, que antes de disparar un tiro había caído en manos del General Díaz, que se contentó con procesarlo y nulificarlo. El General Escobedo fracasó, porque no tenía ni la audacia ni la astucia necesarias para ser revolucionario. El sólo sabía atacar de frente á los enemigos de su patria, y su grande alma no estaba educada para promover guerras fratricidas.

Otro acontecimiento más trágico y de resultados trascendentales, fué el fusilamiento de varios jóvenes en Veracruz, únicamente por sospechar el Gobierno que intentaban levantarse en armas.

Como hemos querido dar á este trabajo un tono moderado, nos abstenemos de narrar ese sangriento episodio con todos sus detalles y de comentarlo, pues difícilmente podríamos reprimir los impulsos de nuestra indignación.

Sólo diremos que ese acontecimiento ha influído grandemente para infundir el terror más vergonzoso en las multitudes, y ha paralizado los esfuerzos de los buenos hijos de

México, celosos de sus derechos y amantes de sus libertades.

*
* *

El General Díaz, acababa de reformar la Constitución en el sentido de la no-reelección y le era imposible reelegirse de nuevo, pero como había dejado una puerta abierta para volver á la Presidencia, quiso aprovecharse de ella.

Para lograr ese objeto, le era preciso dejar por sucesor á uno que le debiera todo y no tuviera grandes méritos, á fin de estar seguro de su adhesión y de que en ningún caso le sería un competidor peligroso.

En el General Manuel González, que no tenía más mérito que el de haber cooperado muy eficazmente al triunfo de las armas tuxtepecanas en la batalla de Tecoac, encontró la persona deseada.

El General Manuel González era el tipo del militar audaz y caballeroso; leal con sus amigos y franco en su trato con todos, así como en los actos de su administración. Esto le convenía al General Díaz, porque en la palabra de un hombre tal podía confiar y estar seguro de que fielmente cumpliría el pacto celebrado entre ambos para alternarse en la Presidencia.

En cambio, á la Nación no le convenía el nombramiento del General González para Presidente, pues no era sino un soldado audaz sin ningún prestigio ni méritos como estadista, segun lo demostró con el desbarajuste de su administración, que permitió la improvisación de enormes fortunas.

Administración del General González.

Los acontecimientos más notables durante su administración, fueron los motines populares provocados con motivo de la emisión del niquel, y las tempestades levantadas en las Cámaras porque el Gobierno pretendía reconocer la deuda inglesa.

Poco antes de terminar su período presidencial, reformó la Constitución con el objeto de que los periodistas, en vez de ser juzgados por jurados, lo fueran por jueces, es decir, administrativamente, puesto que éstos son nombrados por el Gobierno del Centro, á pesar de disponer otra cosa la Constitución. Prácticamente quedó la prensa á merced del Gobierno.

La administración del General González se hundió en el desprestigio más absoluto.

Vuelve á la presidencia el General Díaz.

Sin embargo, su círculo de amigos le instaba á reelegirse, pero él no quizo faltar á la fe de su palabra y volvió á entregar las riendas del poder al General Díaz, que fué electo Presidente de la República, porque, además de estar apoyado por el elemento oficial, contaba con las simpatías de la Nación, pues comparado el desbarajuste de la administración del General González con la anterior del General Díaz, resaltaba más el relativo orden de ésta, y todos esperaban como un salvador al General Díaz, que con beneplácito de la Nación volvió al poder.

Sin embargo, á pesar de que la Nación aceptaba gustosa su nuevo Presidente, no se verificaron elecciones en regla; de igual manera se había hecho para nombrar al General González.

¿A qué atribuir esta pasividad de la Nación?

La razón es muy sencilla.

Cuando estaba en el poder el señor Lerdo, existían dos grandes partidos políticos: los Lerdistas representando al Gobierno constitucional, y los Porfiristas que hacían la oposición por cuantos medios tenían á su alcance, inclusive el de las armas.

El partido Porfirista llegó á ser el más popular, porque hacía los ofrecimientos más halagadores á la Nación, y al fin triunfó; pero este triunfo se obtuvo con las armas en la mano, y la organización del partido Porfirista se resintió de

ello, llegando á estar constituído como un gran cuerpo de ejército obediente á la consigna.

El gran defecto de los partidos personalistas consiste en que, una vez obtenido el triunfo, nadie vuelve á ocuparse de la cosa pública, dejándolo todo en manos de su jefe y limitándose á obedecer sus órdenes sin discutirlas, principalmente cuando el triunfo se ha obtenido por la fuerza de las armas.

El triunfo del Porfirismo acabó muy pronto con el partido Lerdista, pues el General Díaz con su hábil política, logró seducir á la inmensa mayoría de los Lerdistas, y los pocos que permanecieron fieles, no pudieron organizar ningún movimiento democrático, porque era temeridad intentar ese sistema contra una dictadura militar naciente, que no vacilaba en recurrir á medidas de terror para consolidarse, como lo demostraron los fusilamientos de Veracruz.

Por este motivo el General Díaz no encontró ninguna oposición para volver al gobierno, ni hubo elecciones en regla. Cuando volvió al poder ya estaba más acostumbrada la Nación al régimen tuxtepecano.

Ocho años de paz y la construcción de algunas vías férreas. habían traído cierto bienestar á la Nación, por el dinero desparramado y por la nueva vida que sentían las industrias y el comercio.

Se iniciaba con los ferrocarriles la nueva era de progreso material que ha invadido á todo el mundo civilizado.

La Nación, cansada de tantas revueltas y habiendo empezado á sentir el bienestar que trae la paz, se adormeció con el ruido atronador de los ferrocarriles, las industrias y la actividad comercial; sintió que nueva savia recorría por sus venas y la dejó ejercer saludable influencia en su debilitado organismo.

No volvió á ocuparse en la cosa pública, dejando todo el poder en manos de su Caudillo, en cuyas promesas confiaba.

Circunstancias tan especiales, permitieron al General Díaz

preparar á la sordina su reelección, principiando por ejercer presión en los Estados, para que resultaran electos Gobernadores adictos á él.

Tuvo más dificultad para sustituir á los Gobernadores francamente Gonzalistas, que reconocían al General González como jefe y abrigaban esperanzas de verlo de nuevo en el poder, que para remover á los Lerdistas, sin jefe y sin ningún apoyo; así es que por sí solos cayeron al triunfar la revolución de Tuxtepec.

En los Estados donde encontraba esas dificultades, buscó cualquier pretexto ó hizo que sus amigos promovieran algún disturbio, para declarar aquéllos en estado de sitio y después verificar las elecciones bajo la presión de sus bayonetas y según sus deseos.

De este modo fueron nombrados los gobernadores de Coahuila, Tamaulipas y otros muchos, notablemente el de Nuevo León, pues desde esa época es gobernador de aquel Estado el General Bernardo Reyes, que tomó por asalto á Monterrey.

Con tal política, logró que todos los miembros del Congreso y del Senado, así como la mayoría de los Gobernadores, fueran de sus INCONDICIONALES, y entonces reformó de nuevo la Constitución; pero á fin de no alarmar á la República ni á muchos de sus amigos que también codiciaban la silla presidencial, se reformó en el sentido de que sólo una vez podía ser reelecto el Presidente de la República. A la vez quedaron facultados los Gobernadores de los Estados para reformar las Constituciones locales en el mismo sentido.

El pacto estaba celebrado.

El General Díaz apoyaría á los Gobernadores para que se reeligieran indefinidamente, y éstos lo sostendrían contra todo viento y marea en la silla presidencial.

Desde esa época se han perpetuado en el poder tanto el General Díaz, como la inmensa mayoría de los Gobernadores.

Raros han sido los cambios entre estos últimos. Casi el único factor que los ha determinado, es la muerte, único elemento anti-reeleccionista que subsiste en la República.

Los cambios debidos á la opinión pública son rarísimos; más allá nos ocuparemos de ellos.

Los Gobernadores siguiendo la misma política del General Díaz, han nombrado á la vez Jefes Políticos ó Presidentes Municipales que se han perpetuado en el poder, constituyendo verdaderos cacicazgos.

De esa manera, prácticamente se ha centralizado el poder y concentrado en manos del General Díaz, pues desde el momento en que los Gobernadores deben á él su puesto, así como las autoridades inferiores, verifican las elecciones á su gusto y para la elección de Diputados, Senadores, Magistrados, etc., sólo se consulta la opinión presidencial.

Por tal motivo, entre los políticos se designa familiarmente al General Díaz con el nombre de "El Gran Elector."

La imprenta, el cuarto poder en los pueblos libres, fué amordazada con la ley expedida durante la administración del General González.

De esta ley no podemos hacer responsable sino al General Díaz que fué quien se aprovechó de ella, pues fué expedida por el General González poco antes de dejar el poder. Además, si el General Díaz no la hubiera aprobado, fácil le habría sido derogarla.

Uno de los actos del General Díaz fué limpiar los caminos de salteadores, y para abreviar los procedimientos, se puso en vigor «la ley fuga,» según la cual, los conductores de algún delincuente tenían instrucciones de hacer fuego contra él al notar que intentara fugarse.

Procedimientos tan someros, limpiaron muy pronto al país de bandidos; pero dió tan bueuos resultados, que se siguió aplicando el mismo procedimiento á todos los descontentos y amantes de la libertad, que en su limitada esfera, protestaban contra las arbitrariedades de los caciques.

¡Cuántas infamias quedaron sepultadas en las encrucijadas de los caminos!

¡Cuántos obscuros mártires inmolados por su amor á la libertad!

*
* *

Con esta serie de medidas y debido principalmente á las razones antes expuestas, la Nación estaba tranquila y dejaba toda libertad de acción al General Díaz, quien, para obligar á sus turbulentos compañeros de armas á guardar la misma tranqqilidad, tuvo que recurrir á otros medios.

A los más les dió empleos de importancia en su administración ó los hizo elegir Gobernadores de Estados, puestos considerados como filones inagotables, que con gran habilidad han sabido explotar en su provecho personal.

A otros les daba concesiones que, si eran ruinosas para la Nación en la mayoría de los casos, en cambio para los concesionarios constituían fuentes inagotables de riquezas.

Casi todos los terrenos nacionales han sido repartidos de esa manera, logrando hacer riquísimos á sus dueños, sin dejar casi ningún producto á la Nación, que tan bien podía haberlos utilizado fundando colonias de agricultores para fomentar la inmigración.

Con esta táctica logró enriquecer á sus compañeros de armas y tenerlos tranquilos, pues el elemento antirevolucionario por excelencia, es la riqueza,

Sin embargo, no todos sus amigos se contentaban con tener riquezas; algunos de ellos aspiraban á la Presidencia de la República, ó por lo menos no estaban conformes con la reelección indefinida del General Díaz. Estos fueron vigilados cuidadosamente y como resultado de tan estricta vigilancia, parece que fué descubierta una conspiración encabezada por el General García de la Cadena.

No se supo más, sino que este General fué fusilado en el Estado de Zacatecas sin formación de causa.

Este General había sido de los que combatieron al lado del General Díaz contra la administración Lerdista.

¿Cómo comentar ese acto?

¿Sería necesario para consolidar la paz, como dicen los partidarios de la actual administración?

Pero ¿no había leyes para juzgarlo?

¿Qué, habiéndolo encerrado en alguna fortaleza por unos seis ú ocho años, no se hubiera obtenido el mismo resultado?

De cualquier modo que sea, la causa del General García de la Cadena gozó de pocas simpatías en la República, pues todo el mundo se estremecía al anuncio de una revolución.

El país había gustado los beneficios de la paz y quería conservarla indefinidamente.

Ciertamente, empezaba á sentirse la necesidad de un cambio en las esferas del poder: pero la Nación entera deseaba desde entonces un cambio pacífico por los medios legales. Estaba desengañada: nunca le habrían de cumplir sus promesas los caudillos cuando con las armas ascendieran al poder, y una revolución siempre llevaría á tan alto puesto, al afortunado militar que la consumara. Estos nunca darán libertades á la República, y lo único que se podrá esperar de ellos, es una buena administración y que no hagan sentir demasiado el filo de su sable.

En este sentido, no es fácil encontrar un militar que supere al General Díaz, pues su gran moderación en el poder, es admirable y difícil de igualar.

Quizás para el cumplimiento de los inescrutables designios de la Providencia haya sido necesario que fuésemos gobernados por un militar con mano de hierro para sofocar las ambiciones de los de su género y acabar con el germen del militarismo, siempre tan funesto para la República.

El General Díaz ha prestado dos grandes servicios á la Patria: acabar con el militarismo que perdió ya su falso brillo y su engañoso prestigio en treinta años de paz, y borrar

los odios que dividían á la gran familia mexicana, por medio de su hábil y patriótica política de conciliación, y aunque él se haya apoyado en esta política para conservar el poder, no por eso pierde su mérito, sino al contrario, da testimonio de él el éxito obtenido.

Parece que todo, hasta la misma fatalidad, ha concurrido allanando al General Díaz los obstáculos para desarrollar su plan.

Prácticamente había logrado seducir ó amordazar á la prensa; los antiguos partidarios del señor Lerdo ocupaban puestos de importancia en su gobierno, ó se habían retirado á la vida privada; los militares capaces de levantarse en armas eran estrechamente vigilados ó estaban á su lado ocupando puestos de confianza; los demás, como Escobedo, habían sido nulificados; otros se encontraban proscritos, como el General Ignacio Martínez, que desde Laredo, Texas, atacaba por la prensa al Gobierno, y cuyos ataques fueron suspendidos por la muerte que encontró en manos de misteriosos agresores; la Nación adormecida con el progreso material, estaba tranquila. Sólo quedaba un jefe de prestigio entre los que no habían manchado su hoja de servicios en la revolución; ese jefe, gobernando con acierto el Estado de Jalisco y rodeado de una aureola de gloria que no había logrado disipar el tiempo, se erguía potente ante el General Díaz; las miradas de los amantes de la libertad se dirigían ansiosas hacia su épica figura, y toda la Nación esperaba que el General Corona, sería el único que podría contrabalancear el poder creciente del General Díaz.

Parece que esas miradas ansiosas empezaban á cristalizarse en hechos y se principiaba la organización de trabajos democráticos para lanzar la candidatura del General Corona para Presidente de la República; pero cuando los pueblos abdican sus libertades, la fatalidad los persigue, quizás con el objeto de castigarlos duramente por su criminal indiferencia; el hecho es que ese hado terrible quitó á la Patria el

único hijo en quien cifraban todas sus esperanzas los amantes de la libertad.

El hecho brutal se consumó por un maniático, que hundió su acerado puñal de doble filo en el pecho de nuestro héroe, privándolo de la existencia.

El asesino muy pronto pagó la inmensa deuda acabada de contraer: á pocos pasos del lugar en donde yacía su víctima, encontró la muerte, cayendo al golpe de la misma cortante y misteriosa daga que con tan siniestra destreza acababa de manejar para quitar á la Nación Mexicana uno de sus hijos más preclaros, de sus héroes más caballerosos, nobles y leales, en quien un valor legendario, una magnanimidad sin igual y un talento despejado, se unían á un corazón límpido como el cristal.

El recuerdo de este héroe querido, á cuya memoria tributamos este débil homenaje, nos aleja de nuestra narración.

Volvamos á ella.

Hemos visto que la serie de medidas tomadas por el General Díaz, eficazmente secundado por la Nación y por las circunstancias especiales que lo rodeaban, dieron por resultado afirmar la paz.

Pero el General Díaz no se contentaba únicamente con ese objeto; no le bastaba reprimir con mano de hierro cualquier intentona revolucionaria, sino que tampoco permitía que se desarrollara ningún movimiento democrático, ni general en la República, ni local en los Estados, como lo demnestran la suerte del naciente Partido Liberal, muerto en su cuna con los atentados de San Luis Potosí, y la de los movimientos locales en algunos Estados para sacudir el pesado yugo de sus déspotas, cuyos movimientos fueron sofocados por medio de la fuerza.

*
* *

Hemos visto los principales medios de que se valió el General Díaz para consolidar su gobierno; veamos ahora como

obraron sobre el organismo de la Nación, para adormecerla y hacerle perder sus más caras libertades.

El principal resultado obtenido con las diferentes medidas ya expuestas, fué la consolidación de la paz; ésta, mecánica y artificial al principio, daría, al prolongarse, determinados frutos.

Habiéndose logrado este objeto, la agricultura, la minería, la industria y el comercio pudieron desarrollarse libremente; los capitales antes ocultos, fueron invertidos en el desarrollo de diferentes empresas, y se principió á sentir una oleada de bienestar en la República.

A la vez que aumentaba el comercio, aumentaban las entradas al tesoro nacional, lo que le permitía atender á sus gastos más urgentes.

Sin embargo, necesitaba hacer uso del crédito de la Nación para emitir empréstitos que le permitieran el desarrollo de las riquezas públicas y la consolidación de su gobierno.

Ninguno de los anteriores, ni el de Lerdo ni el de González, había podido conseguir tal objeto, porque la primer exigencia de los capitalistas extranjeros, era que el Gobierno Mexico reconociera la Deuda Inglesa, y no pudieron hacerlo, porque el pueblo en masa se oponía á ello por medio de manifestaciones públicas y de sus representantes en el Congreso.

El mismo General Díaz calificaba de inmoral é injusto el reconocimiento de tal deuda, en su proclama de Tuxtepec.

En realidad se trataba de una deuda injusta, y el intento que hicieron los Gobiernos de Lerdo y de González para reconocerla, les acarreó tormentas populares y en las Cámaras, que les hicieron desistir de sus propósitos.

A pesar de ello, cuando el General Díaz comprendió que la opinión pública ya no se atrevería á manifestarse, y que las Cámaras acatarían sin murmuración sus órdenes en asunto tan delicado, reconoció la famosa Deuda Inglesa.

Situación tan bonancible y el reconocimiento de esa deu-

da, aumentaron el crédito de la República en el extranjero, y el gobierno del General Díaz aprovechó esta circunstancia para emitir frecnentes empréstitos.

Aunque según se dice, parte de éstos fueron derrochados ó repartidos en forma de comisiones, indudablemente la mayor parte se invirtió en obras pùblicas, sobre todo, en la construcción de puertos, ferrocarriles y otras vías de comunicación.

Los ferrocarriles principalmente, derramaron mucho dinero en el país, aumentando el bienestar económico por lo pronto, é impulsando después todas las fuentes de riqueza nacional.

En el extranjero se traducía esta prosperidad creciente por aumento de crédito, del cual ha seguido haciendo amplio uso el gobierno del General Díaz, al grado de que ahora gravita sobre la Nación una deuda enorme.

Con el producto de esos empréstitos se siguieron desarrollando nuestras redes ferroviarias y aumentando las facilidades en nuestros puertos, siguiéndose así un encadenamiento de causas y efectos que han tenido por resultado un progreso real en cuestiones económicas, puesto que se ha multiplicado prodigiosamente la riqueza nacional.

Este movimiento portentoso, tendiendo á restañar la sangre que aún manaba por las heridas abiertas en las últimas guerras fratricidas y á dar nueva vida á la República, absorbió toda la atención de los mexicanos, que con ahinco se dedicaron al trabajo, habiéndose acostumbrado á él á tal grado, que ahora prefieren el arado á la bayoneta.

La Nación, adormecida con el ruido de los silbatos del vapor; deslumbrada con las múltiples y admirables aplicaciones de la electricidad; ocupada por completo en su desarrollo económico, fiada en la palabra de su Caudillo, no volvió á ocuparse en la cosa pública.

Las débiles voces de la prensa independiente no lograban hacerse oír en medio de aquel ruido atronador. Todos pen-

saron en enriquecerse; poquísimos se preocupaban de sus derechos políticos.

El General Díaz, en quien tanto fiaba la Nación, aprovechó esa confianza para afirmarse más y más en el poder; las riquezas que derramaba á manos llenas, aumentaban los intereses creados á su sombra; la indefinida reelección de los Gobernadores hacía que su administración echase hondas raíces, y todas ellas han sostenido y vigorizado su poder absoluto.

Entretanto, él no perdía de vista la idea fija que siempre había acariciado y que ya le conocemos.

Por este motivo vemos que, cuando toda la Nación piensa en su progreso económico y olvida por completo la funesta costumbre de las revoluciones, sólo él se prepara sordamente á la guerra, aumentando el efectivo del ejército, dotándolo de armamento más moderno, acumulando cerca de él los elementos de destrucción más eficaces y almacenando cañones de todos los tipos, sobre todo del de montaña, propio en las guerras civiles.

Podría creerse que estos armamentos tienen por objeto preparar la defensa nacional contra algún ataque eventual de nuestro poderoso vecino del Norte; pero no es así, pues la principal defensa contra esa nación tan poderosa, sería estrecharnos todos los mexicanos en abrazo fraternal, en respetar nuestros mutuos derechos, en trabajar todos unidos por levantar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, haciéndolo más fuerte por medio de la instrucción, más digno por medio de las prácticas democráticas, más patriota con la conciencia de sus propios derechos, más hábil en la guerra por medio de una educación militar adecuada, y nada de esto ha hecho el General Díaz; lo único que le ha preocupado es sostenerse en el poder. Por este motivo ningún punto estratégico de las fronteras del Norte se encuentra fortificado, porque quiere tener los cañones cerca de él, en la misma capital de la República, como el mejor auxiliar de sus bayonetas.

En una palabra, el General Díaz ha reconcentrado en sus manos un poder absoluto, para lograr sostenerse en el gobierno. Sólo de este modo ha podido gobernar á la República según su voluntad y sin respetar la libertad de imprenta, que podría despertar al pueblo y dirigir la opinión: el derecho de reunirse en clubs, porque podrían serle hostiles; la soberanía de los Estados, porque mandarían Diputados y Senadores independientes, y elegirían Gobernadores no tan complacientes para obsequiar sus deseos manifiestos y aun los que él mismo no se atreve á manifestar.

La República se dió cuenta de esa situación cuando pasó la influencia del primer entusiasmo causado por la nueva era de progreso material; pero ha comprendido que para conquistar sus derechos necesitaría emprender una sangrienta revolución para derrocar al General Díaz, que difícilmente se resolverá á permitir que por medios legales se le quite un poder conquistado por él en Tecoac con la punta de su espada.

La Nación ha preferido hacer el sacrificio de sus libertades por algunos años, en aras de la paz.

Confiaba que al desaparecer el General Díaz de la escena política recobraría sus derechos; pero esa esperanza se ha desvanecido desde la creación de la Vicepresidencia, que tiene por objeto visible proteger los intereses creados á la sombra de la actual administración y no permitir al pueblo que recobre sus libertades, á fin de perpetuar en el poder al grupo que rodea á nuestro actual mandatario.

La Nación se contentaría por ahora con nombrar al Vicepresidente, que indudablemente será el sucesor del General Díaz, porque su avanzada edad hace muy probable que no llegue con vida al año de 1916, fin del próximo período presidencial.

Para lograr aunque sea esa débil concesión, parece que el país está resolviéndose á sacudir su letargo: pero el despertar de los pueblos suele ser tormentoso, y á nosotros, que

pretendemos guiar con nuestros escritos la opinión pública, nos corresponde la tarea de encauzar las energías populares por el anchuroso camino de la democracia, á fin de evitar que se desvíen por los tortuosos senderos de las revueltas y guerras intestinas.

CAPITULO III

EL PODER ABSOLUTO

Ya hemos visto de que medios se ha valido el General Díaz para establecer en nuestra patria ese régimen tan contrario á las aspiraciones nacionales, expresadas de un modo terminante y grandioso en nuestra Constitución de 57.

Las grandes faltas cometidas por el General Díaz para lograr su objeto, deben imputarse á él personalmente.

Sin embargo, estas faltas son sin importancia comparadas con las funestas consecuencias que el régimen del poder absoluto ha acarreado sobre nuestra patria.

No estudiaremos tales consecuencias sino en el próximo capítulo, porque antes de entrar de lleno en la cuestión, nos ha parecido conveniente estudiar el poder absoluto en términos generales, para después aplicar á nuestra situación las deducciones que resulten de nuestro estudio

Origen del poder absoluto.

El régimen del poder absoluto, consiste en el dominio de un solo hombre, sin más ley que su voluntad, sin más límites que los impuestos por su conciencia, su interés, ó la resistencia que encuentre en sus gobernados. Tiene su origen en la vida patriarcal: las primeras sociedades no eran sino grandes familias que reconocían como jefe al anciano más venerable.

Más tarde, las necesidades de la vida obligaron á varias familias á unirse para formar un núcleo más poderoso, á fin de mejor defenderse contra los enemigos de todas clases que atacaban á los primeros pobladores de la tierra, y formaron tribus que vivían en constante guerra con las vecinas, pues no existiendo en aquella época ninguna noción de derecho, cada uno consideraba como su propiedad lo que estaba al alcance de su mano, y en las comarcas fértiles, donde se había aglomerado más la población, las mismas riquezas estaban al alcance de varias tribus, que se las disputaban haciendo uso del único derecho conocido: la fuerza.

Vida tan azarosa hizo adoptar á las tribus una organización guerrera, y nombraban como jefes de ellas, no ya al más anciano ó venerable, sino al más valeroso y guerrero, á fin de que, con su fuerte brazo, pudiera sacarlas victoriosas de las frecuentes luchas con sus vecinos.

A medida que se ha ido civilizando el mundo, esas tribus se han hecho cada vez más numerosas, ya por medio de alianzas, ó bien por conquistas.

En los primeros tiempos, cada vez que fallecía el jefe de la tribu, se nombraba otro por elección; pero cuando las tribus aisladas llegaron á agruparse en naciones, ya no era posible dicha eleccción y se estableció el poder absoluto hereditario, sujeto siempre á uno que otro cambio cuando se hacían insufribles los príncipes; entonces subía al gobierno otra dinastía.

En nuestros tiempos sólo subsiste legalmente el poder absoluto en China y en algunos países de Asia y Africa; pues-

to que en Europa ya ningún país está regido por ese sistema; aun los países clásicos del despotismo, Rusia y Turquía, se rigen ya por el sistema parlamentario.

Situación equívoca de algunos gobiernos latinoamericanos.

Este último sistema en su más amplia acepción, constituye el régimen republicano y es el único que por derecho rige en América, y aunque en los países más atrasados no existe aún de hecho, no puede ser muy duradera situación tan anormal, puesto que estando consignados en sus respectivas constituciones los principios democráticos, tendrán que imponerse en un plazo más ó menos próximo.

Como en estos países están tan arraigadas las formas republicanas los gobernantes que llegan á imponerse, para regirlos autocráticamente, se ven obligados á respetar la forma, so pena de ver á la nación entera levantarse contra ellos.

De esta circunstancia resulta un caso bastante curioso: aparentemente hay elecciones, las cámaras están integradas por representantes del pueblo, los Estados (en los pueblos en donde rige el sistema federal) conservan su soberanía y los ayuntamientos su independencia, siendo que en realidad, sólo existe el poder absoluto de un hombre, gobernando sin más ley que su voluntad y oprimiendo al pueblo sin otros límites que su conciencia, su interés ó la resistencia que encuentra en el mismo pueblo.

Aparentando que se respeta la Constitución, se adoptan oficialmente todas las fórmulas republicanas: los funcionarios protestan solemnemente cumplir la ley; todos sus actos sujetanse á los trámites legales; resultando de esto un lenguaje convencional, hipócrita, que falsea todo y en el cual nadie cree, aunque todos aparentan lo contrario por el terror que infunde el poder absoluto y porque toda la Nación se acostumbra al disimulo. Los periodistas que llaman á las cosas por su nombre y que intentan quitar la máscara

á esos hipócritas, se les persigue encarnizadamente; pero eso sí, se les castiga conforme á la ley, aunque para ello sea necesario dar tormento á los códigos.

Por estas razones es tan erróneo el juicio en el extranjero y aun en el mismo país donde pasa tal cosa, pues mientras unos afirman que hay libertad, otros lo niegan; y como éstos últimos son los menos, y para hacerlo deben ser muy prudentes, resulta que poco á poco se va falseando hasta la opinión pública, tan perspicaz en los pueblos libres en donde es iluminada por los genios de la tribuna y de la pluma.

Lo que debe entenderse por poder absoluto.

Para vencer esa dificultad y contestar á todos los sofismas de los defensores del poder absoluto, encontramos una regla segura en las enérgicas palabras de Montesquieu, escritor profundo y sagaz cuyos luminosos escritos contribuyeron á preparar los ánimos para la gran revolución de 93.

«Lo que se llama unión en un cuerpo político, es algo muy engañoso: la verdadera unión es una armonía, cuyas partes, por más discordes que parezcan, concurren al bien general de la sociedad, como las asonancias en la música, concurren al acorde total. Puede existir unión en un Estado donde en apariencia existen perturbaciones, es decir, una armonía de donde resulta la felicidad, que es la paz verdadera. Sucede lo que en las diferentes partes del universo, eternamente ligadas por la acción y la reacción de unas con otras.

«Pero en todo acuerdo del despotismo asiático, es decir, de todo gobierno que no es moderado, siempre existe una división real: el labrador, el guerrero, el negociante, el magistrado, el noble, están unidos sólo porque los unos oprimen á los otros sin resistencia; no es el acuerdo de ciudadanos que están unidos, sino el orden silencioso de los cadáveres enterrados unos cerca de otros.»

En otra parte estampa el mismo escritor esta frase lacónica y vigorosa: «en esta clase de gobierno, EL HOMBRE ES

Por consiguiente, las mejores pruebas de que un pueblo está gobernado por un poder absoluto, son á saber: que no hay nunca oposición ostensible, que no existen partidos políticos, que la prensa independiente apenas vive y es muy tímida, y por último, la más concluyente de todas, es que los funcionarios públicos resultan siempre electos por unanimidad de votos, y con la misma unanimidad las cámaras aprueban los actos del gobierno.

Verdad tan palmaria, no necesita demostrarse; cualquiera que haya estudiado algo de historia ó esté al tanto de la política europea contemporánea, podrá convencerse de que los países mejor gobernados, donde hay más libertad y el progreso es más patente, son aquellos donde existen poderosos partidos políticos que hacen oposición á los actos del gobierno cuando no están de acuerdo con sus ideales.

Francia, en la actualidad uno de los países mas democráticos del mundo, al frente de cuyos destinos se encuentra el eminente patriota y estadista Clemenceau, cuenta en las cámaras con un formidable partido de oposición que frecuentemente determina cambios ministeriales; el actual Gabinete sólo se ha sostenido porque ha sabido llevar con acierto las riendas del gobierno en circunstancias verdaderamente peligrosas, respondiendo de este modo á las más altas aspiraciones de la República.

En los Estados Unidos cada cuatro años se presencian las gigantescas luchas electorales entre los dos grandes partidos que dividen la opinión: el demócrata y el republicano.

En Inglaterra, primer país donde encontró refugio la libertad después de su destierro de Roma, existen dos poderosos partidos políticos: el Tory y el Whig; éstos se alternan en el poder cuando el que está al frente de los destinos de tan vasto Imperiò no satisface las aspiraciones nacionales reflejadas en el voto del Parlamento.

En España, nuestra madre patria, cuyas virtudes y defectos forman la base de nuestro carácter, también están en

constante lucha el partido liberal y el conservador, alternándose en el poder lo mismo que en Inglaterra, Francia, Italia y demás países donde rige el parlamentarismo, cada vez que el partido comete faltas que lo desprestigian ante la opinión pública, todopoderosa en aquellos países.

El poder absoluto en la antigüedad.

El régimen del poder absoluto ha existido desde los tiempos más remotos y ha sido causa de las mayores desgracias sufridas por la humanidad, porque los príncipes y reyes ambiciosos promovían constantes guerras para aumentar sus dominios; guerras de las que no siempre resultaban victoriosos; pero en las cuales sucumbían millares de súbditos.

Esas guerras casi nunca tenían otro fin que el de ensanchar los dominios de los príncipes para satisfacer su vanidad ó su codicia, y encender odios implacables entre los pueblos vecinos; odios hábilmente fomentados por sus príncipes para arrastrarlos á la guerra, de tal manera, que los pueblos llegaban á participar de sus pasiones.

Como la grandeza de esos pueblos dependía del talento militar de sus príncipes, resultaba que cuando éstos fallecían, si sus hijos no heredaban su talento militar ó algunas otras virtudes que lo reemplazaran, muy pronto se veían despojados de las conquistas del padre, y frecuentemente su país era desmembrado, cuando no sometido al yugo de sus enemigos victoriosos.

El poder absoluto en Egipto

La influencia del poder absoluto siempre ha sido funesta para los pueblos: así nos enseña la historia que Egipto debió su grandeza y llegó á un alto grado de civilización, mientras el gobierno de los Faraones estuvo contrabalanceado y dirigido por la casta sacerdotal, en aquella época seleccionada por medio de pruebas tremendas; mientras que, cuando esta casta perdió su influencia, los reyes dieron rienda suelta á sus pasiones, se dedicaron á construir los monumentos más grandes é inú-

tiles que conoce la humanidad, sacrificando miles de esclavos en la elevación de las pirámides que debían servirles de mausoleo.

Servidumbre tan prolongada apagó en el pueblo egipcio todo sentimiento de dignidad nacional, y desde entonces lo hemos visto aceptar el yugo de sus diferentes conquistadores con la misma impasibilidad; pero no es el estoicismo de las almas bien templadas, á quienes no arredran los más grandes obstáculos para la conquista de su libertad ó de los ideales que persiguen; sino la impasibilidad de las bestias de carga, para quienes es indiferente el arriero que las ha de dirigir; lo único que desean es la ligereza de la carga. Por tal motivo, ese pueblo es ahora feliz bajo la dominación inglesa; porque el gran tacto de Inglaterra ha consistido en hacer que los pueblos, bajo su dominio, sufran lo menos posible el peso de su carga y la afrenta de su yugo.

El poder absoluto en Asia.

Igual suerte han sufrido casi todos los pueblos de Asia, el Continente clásico de la tiranía, del poder absoluto, de los imperios brillantes y poderosos, pero carcomidos en su base; con sus monarcas cargados de pedrerías y disfrutando de todas las magnificencias de Oriente, mientras sus súbditos arrastran una vida miserable.

La historia, al hablarnos de la grandeza de aquellos imperios, se ocupa principalmente en descripciones del fausto, del lujo inmoderado, de la magnificencia que desplegaban los emperadores en su corte y de la tiranía tan hábil que ejercían sobre sus pueblos. Algunas veces, cuando los príncipes tenían grandes talentos militares, con sus inmensas riquezas y tantos millares de súbditos diligentes en obedecer las órdenes de su amo, organizaron ejércitos poderosos que fueron el azote de la tierra, como los de Tamerlán, Atila y tantos otros grandes conquistadores, cuya obra fué tan efímera como sangrienta.

Sin embargo, esos hechos de armas, brillantes, y aquel fausto de los reyes, se destacan lúgubremente en la noche

tenebrosa de la tiranía oriental, bajo la que gimen con resignación musulmana millares de súbditos, en la tétrica obscuridad de la ignorancia.

El único fruto conocido de ese régimen de gobierno en aquellos pueblos, allí lo tenemos: el Egipto y la India dominados por un puñado de europeos; el vasto imperio de la China ansiando, sin lograrlo aún, despertar y sacudir la tiranía que lo tiene inmovilizado, petrificado en la civilización que obtuvo allá, en la noche de los tiempos, en los cuales quizás fué gobernado más liberalmente; Turquía y Persia teniendo vida independiente gracias á las necesidades del equilibrio europeo, que ha puesto un freno á la ambición de las potencias. En estos países también se han notado últimamente las convulsiones de un pueblo que despierta; pero es debido á la fuerza irresistible del progreso, de la civilización moderna que todo lo invade.

El único imperio asiático que se ha sustraído aparentemente á tales consecuencias, es el japonés; pero la verdad es que ese pueblo, rodeado en todas partes por el mar, fué más accesible á la civilización europea y le tocó la fortuna de que el actual Mikado quiso dar libertades á su pueblo, como el mejor medio de promover su progreso, y el resultado obtenido por magnanimidad tan rara, ha sorprendido al mundo. En cuarenta años de administración democrática, regulada por el meritísimo prestigio de su fundador, del mismo Mikado, ha hecho de un pueblo semisalvaje uno de los más avanzados de la tierra, no tanto por la fuerza irresistible de sus ejércitos, sino por el desarrollo intelectual y moral de que hablan los viajeros.

El Japón presenta un ejemplo notable sobre la influencia eminentemente regeneradora de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en la Europa antigua.

Pasando ahora á Europa, vemos los efectos del poder absoluto en toda su vasta extensión, hasta que los primeros albores

de la libertad vinieron á iluminar el mundo en las costas helénicas.

La fuerza de ésta fué tal, que de un pueblo pequeño por su superficie, hizo uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Pero á Grecia le pasó lo que á todas las repúblicas antiguas cuando se extendían considerablemente, y es que no pudo subsistir como tal, pues sus leyes estaban hechas para formar un gran pueblo y no para gobernarlo (observación de Montesquieu), resultando de esto que cuando llegó á un alto grado de poder y riqueza y que su territorio había aumentado considerablemente por medio de la conquista, volvió á caer en manos del despotismo, y vino Alejandro el Grande, aprovechando todos los elementos acumulados por la fuerza de la democracia, y asombró al mundo con sus épicas glorias, fundando el más grande imperio de la tierra, pero cuya grandeza no le impidió desmembrarse á la muerte de su fundador.

Sin embargo, las ideas democráticas estaban tan arraigadas en Grecia, que después de esta corta epopeya militar, siguió dividida en muchas repúblicas, hasta caer bajo el yugo romano.

La semilla de libertad que tan opimos frutos había dado en Grecia, fué llevada por las olas del mar á las playas itálicas, en donde floreció pujante y vigorosa, dando nacimiento á la República Romana, la cual, debido á la fuerza de sus principios, á la pureza de sus costumbres republicanas y á la dignidad de que se sentía investido todo ciudadano, llegó á tal poderío, que conquistó todo el mundo civilizado, hasta doblegarse bajo el peso de su misma grandeza, y sufrió la misma suerte de Grecia; pero las consecuencias fueron más funèstas, porque Roma en todo supo ser grande, hasta en su caída.

Las fuerzas acumuladas lentamente por la democracia romana, fueron aprovechadas por César, quien se cubrió de gloria con los elementos que la república puso en sus ma-

nos para conquistar las Galias. Una vez terminada esta conquista y á la cabeza de sus victoriosas legiones, fué á conquistar á la misma Roma, á imponerle su voluntad, arrancarle sus libertades y establecer los cimientos del despotismo que tan hábilmente sabría consolidar Augusto.

El gran imperio romano no supo subsistir en manos del poder absoluto; principió por desmembrarse como vasto organismo carcomido por la gangrena. A eso se debió la ruina de Roma y no á las invasiones de los bárbaros.

Lo único que éstos hicieron, fué pasar casi sin resistencia las fronteras del imperio romano y establecerse en su corazón como en país conquistado, fundiéndose muy pronto con los pueblos que lo habitaban. La amalgama por acción mutua de esas dos razas, de costumbres, leyes y religiones tan diversas, dió origen á la sociedad de la Edad Media, durante la cual tuvo una gran recrudescencia el régimen del poder absoluto, que trajo sobre Europa una de las noches más sombrías y trágicas.

Pero el árbol de la libertad, que otras veces había florecido en Roma, dejó abundante semilla conservada cuidadosamente en el granero de la historia, á donde irían á buscarla para alimentar su inteligencia los espíritus selectos, los amantes de la libertad, quienes encontrarían en aquellos hechos heroicos alimento para su alma y fuerza necesaria para destrozar las cadenas de la tiranía.

Reflexiones sobre el poder absoluto.

Por esta breve reseña histórica comprenderemos que los efectos invariables del absolutismo han sido sumir á los pueblos en la obscura noche de la ignorancia y del fanatismo, haciéndoles perder la noción de su dignidad y olvidar el amor patrio. En efecto, ¿qué amor puede tener á su patria un hombre sin ninguna libertad, víctima de la más odiosa tiranía, no considerándose dueño de nada, pues que hasta los seres más queridos le son arrebatados para poblar los palacios de concubinas y los ejércitos de soldados; no teniendo ni un pedazo de tierra que amar,

porque la única regada con su sudor, en vez de ser para él la madre solícita que le alimenta, abriga y hace feliz, no es sino la madrastra ingrata que le hace trabajar sin descanso y apenas le da alimento necesario para no sucumbir de hambre? Sin más ejemplos que los corrompidos de sus príncipes; sin otro alimento para su espíritu que el amarguísimo de verse siempre víctima de la fuerza bruta, y siempre á su vista el premio al éxito y á la fuerza. Los pueblos en estas condiciones, consideran á la fuerza como una divinidad á la cual rinden culto, venga de donde viniere; por eso vemos á los pueblos sujetos al poder absoluto no importarles sufrir yugo extraño, mientras que los pueblos libres defienden su libertad como el dón más precioso, pues con ella está vinculada la propiedad del terreno, el amor á la familia, la satisfacción que encuentran las más nobles ambiciones dentro de una República, puesto que todos pueden aspirar á las más altas dignidades.

El ejemplo más notable de lo anterior, se encuentra en Roma, vencida en las más grandes batallas por Aníbal, abandonada por casi toda Italia, que volvió sus armas contra ella. y con los ejércitos victoriosos de su poderoso enemigo á las puertas de la ciudad, luchando con entereza y energía, hasta vencer definitivamente á su formidable adversario. Antes de esa guerra, cuya magnitud resonó en el mundo entero, se había visto Roma amenazada de grandes peligros; la población llegó á estar en manos de los galos, y los romanos no eran ya dueños sino del Capitolio. Sin embargo, sus hijos nunca la abandonaron; preferían morir á ser esclavos. Muchos murieron en efecto, dando admirables ejemplos de heroísmo, como los ancianos senadores, que no quisieron abandonar la ciudad, y revestidos de sus altas insignias, esperaron en las puertas de sus casas una muerte segura, pero gloriosa; mientras que los más, enardecidos por ejemplo tan sublime, vivieron para salvar á su patria amada y con ella su libertad.

En cambio, esa gran nación abdicó de su libertad en

manos de sus audaces guerreros; que establecieron el poder absoluto; el pueblo perdió sus propiedades territoriales, que ensancharon los dominios de los magnates, vió como le arrancaban á sus hijos, que iban á morir en lejanas tierras, sus hijas á perder la honra en las suntuosas mansiones de los agraciados de la fortuna. Su libertad la perdió poco á poco; ya no fué el mérito el factor necesario para ocupar puestos públicos, sino el servilismo, la adulación, la bajeza; el que no adulaba no medraba, el que no se arrastraba no subía; era preciso imitar al vil gusano para elevarse por las antesalas de palacio, en vez del vuelo majestuoso del águila, porque ella hubiera presentado un blanco infalible para las certeras flechas de la tiranía.

Resultado: el poder fué á dar á las manos más viles; el pueblo se degradó, se entregó al vicio, imitando á las clases directoras, y al invadir unas cuantas tribus de bárbaros el imperio romano, encontraron al pueblo sin deseos de defenderse, pues para él lo mismo era sufrir el yugo propio que el extraño. En cuanto á sus emperadores, degenerados por la corruptora influencia del poder, tampoco tuvieron energía para luchar; sólo intentaron detener la invasión corrompiendo á los jefes de las tribus invasoras, mandándoles presentes valiosos, pagándoles tributos que no hacían sino fortalecer al enemigo y no consiguieron con esos paliativos humillantes, sino retardar por unos cuantos años la ruina del imperio.

En compensación á tanto mal, los emperadores dejaron obras materiales de gran magnificencia, que sólo sirvieron para dar más esplendor á sus imperios y ocultar mejor el cáncer que lentamente invadía su organismo.

Esas mejoras materiales, esos palacios, esos monumentos de la tiranía, construídos con sudor y sangre, sólo sirvieron para avivar la codicia del invasor; de ninguna manera para contener su marcha.

Haciendo balance al régimen del poder absoluto, vemos que ha sido la causa de todos los males de la humanidad;

que en los pueblos donde se ha arraigado más hondamente, ha llegado á matar toda dignidad, todo patriotismo, y causado la ruina de los más grandes imperios.

En cambio, en cualquier parte donde llega á germinar la libertad, los pueblos alcanzan gran desarrollo y un nivel muy superior al de los pueblos esclavos.

También hemos observado que las Repúblicas no han podido subsistir cuando han sido demasiado grandes, pues como muy bien dice Montesquieu: «Indudablemente las leyes de Roma llegaron á ser impotentes para gobernar á la República; pero es una cosa bien observada: las leyes buenas, cuando han determinado que una República pequeña se haga grande, han constituido para ella una carga cuando se ha engrandecido, porque eran de tal naturaleza, que su efecto era hacer un gran pueblo; pero no gobernarlo.» Lo cual demuestra que las Repúblicas deben contentarse con su territorio y no alimentar otro ideal que la conservación de su libertad. El único modo como pueden existir las grandes Repúblicas, nos lo han demostrado nuestros vecinos del Norte, con su magnífico sistema federal, pues con ese sistema es más difícil que el poder llegue á ser absorbido por uno solo, cosa que ha sucedido con frecuencia en varias Repúblicas, como Francia, en donde Napoleón III implantó el poder absoluto y en algunas de las Latinoamericanas, en donde sólo existe el sistema federal en la forma, estando en realidad gobernadas por dictaduras militares.

Sin embargo, el poder absoluto ha existido de toda antigüedad, porque es el patrimonio de los pueblos atrasados é ignorantes, cuya imaginación no es impresionada sino por las hazañas de sus monarcas, que los deslumbran con su brillo. Además, ignorando la historia, ignoran también los altos hechos de sus antepasados, de los grandes hombres de la humanidad, y desconocen las fuerzas que un pueblo libre puede desarrollar.

Por este motivo, la instrucción y la escuela son los ma-

yores enemigos del despotismo; los más firmes apoyos de la democracia.

El poder absoluto y la democracia en los tiempos modernos.

En el curso de este trabajo hemos encontrado algunos casos en donde ha podido comprobarse la influencia nefasta del poder absoluto en las naciones modernas; pero en este punto será conveniente investigar más profundamente los hechos, para demostrar de un modo más concluyente la influencia del poder absoluto en las grandes calamidades que han azotado á la humanidad, y veremos á la vez cómo en muchos casos el régimen democrático ha evitado serias conflagraciones.

La guerra rusojaponesa se debió á la ambición, no tanto del Zar, sino de los grandes duques, cuya fatuidad les impidió ver el peligro que corrían, pues no apreciaron debidamente las fuerzas enemigas; y con su pereza, no prepararon las suyas, pues se ocupaban más en sus placeres que en los negocios públicos, y cuando lo hacían era tan sólo por medio de bravatas que no hicieron sino empujarlos al precipicio.

Rusia no estaba preparada para la guerra, porque la administración se veía en manos ineptas y libertinas, pues en una autocracia sólo ascienden á los puestos públicos los que saben adular al autócrata, porque los hombres dignos, que tienen ideas firmes y principios rectos, no pueden doblegarse ante un ser en muchos casos inferior á ellos, y éste, aun menos tolerará que haya á su derredor hombres que valgan más.

Esto nos explica las grandes faltas cometidas por la administración rusa y la inmoralidad en las altas esferas del gobierno, al grado de que alguno de los grandes duques fué acusado por haber sustraído los fondos destinados á la curación de los heridos.

Tales abusos casi no se conocían y no era posible remediarlos, pues si la prensa independiente los denunciaba,

era perseguida sin piedad, y el Zar no podía saber lo que pasaba en su vasto imperio, contentándose con lo que le decían sus consejeros que, según hemos visto, no podían ser hombres de carácter y principios. Así es como ocupan esos puestos los que tienen más *esprit* y saben mejor halagar las pasiones del soberano.

Esto en cuanto á los preparativos de la guerra. Una vez que hubo estallado, se vió lo inferior que era la oficialidad rusa comparada con la japonesa, pues aquélla, compuesta en general de nobles, valientes, es cierto, pero cuyo valor fué estéril por lo ostentoso y sobre todo, por la falta de conocimientos y de disciplina, pues así como el Soberano sólo admite á su lado quienes lo adulan, asimismo el general sólo confiere ascensos á los que mejor saben atraerse sus simpatías, resultando no el mérito, sino el favoritismo, el principal factor en los ascensos.

Llegando por último al soldado, ignorante, arrancado de su hogar contra su voluntad para defender una causa que no le simpatizaba, pues para esos desheredados de la fortuna poco importaba que el imperio moscovita llegara hasta los Montes Urales ó hasta el mar Amarillo, si á ellos no habían de aprovechar esas conquistas, que sólo servirían para enriquecer á sus amos, á quienes odiaban cordialmente, pues más los conocían por el peso de su fuete, y la herida de su látigo, que por la largueza de su mano ó por la magnificencia de su corazón.

Esos soldados, peleando contra su voluntad en defensa de un amo á quien odiaban, y para conquistar países que les eran desconocidos, llevados al combate por oficiales déspotas, presuntuosos é ignorantes, no sabrían resistir al empuje de los japoneses, que conscientemente defendían su vida como nación; sabían que los terrenos conquistados eran para ellos; amaban con fanatismo á su Mikado, á quien debían su libertad y eran llevados al combate por una oficialidad austera, valerosa hasta la temeridad, sin ostentación, instruida, disciplinada, que debía sus puestos al mérito, único

medio de seleccionar la oficialidad y los funcionarios públicos en los países democráticos.

Además, los japoneses estaban perfectamente preparados para la guerra; su servicio administrativo era admirable por el orden y la honradez; pero también en Japón existe la libertad de imprenta, que denuncia las faltas de los funcionarios, y una democracia bien organizada que descansa en poderosos partidos políticos.

Este ejemplo es por demás instructivo, y nos revela como un coloso de la talla de Rusia, debilitado por el absolutismo, no puede resistir el empuje de un pueblo pequeño, fortalecido por las prácticas democráticas.

Remontándonos más allá en la historia, encontramos que Francia después de su grandiosa revolución, contaba con el apoyo tan decidido de todos sus hijos, que siempre fué invencible, y las coaliciones de toda la Europa reunida no pudieron hacerle mella, mientras la libertad movió con su soberano impulso á todo el pueblo francés.

En cambio, una vez que ese heroico pueblo perdió su libertad bajo el yugo de Napoleón, vió con indiferencia profanar el suelo patrio por los invasores extranjeros, y ya no opuso ninguna resistencia á la desmembración de su territorio.

Napoleón quiso que la patria fuera él, y se equivocó; su decepción fué tremenda al ver que tan pronto como la fortuna dejó de favorecerle, todos lo abandonaron: lo abandonó el pueblo francés á quien él había oprimido, y lo abandonaron los mariscales y funcionarios á quienes él había elevado.

En este caso es donde mejor se comprueban las funestas consecuencias del poder absoluto, pues Napoleón no sólo era un genio en la guerra, sino también en la administración; poseía una actividad incansable, un golpe de vista asombroso, y llevaba con tal orden los asuntos públicos, que todo se movía con precisión matemática; contaba con ejércitos los más numerosos y aguerridos del mundo; con riquezas inagotables para prepararse á la guerra, y por úl-

timo, tenía subyugada á casi toda Europa. Sin embargo, su grandeza fué efímera, pues su ambición personal lo llevó á guerras desastrosas para Francia, y cuando más necesitaba de la ayuda de los franceses para defender la integridad del territorio nacional, éstos no respondieron á su llamado, pues á su general sólo lo obedecían cuando tenía fuerza suficiente para hacerse respetar, y tan pronto como la fortuna principió á serle adversa, le faltó tal fuerza; mientras que al llamamiento de la patria siempre respondían, porque con ella estaban vinculadas sus instituciones y su libertad.

Si Napoleón en vez de coronarse se contenta con el consulado vitalicio, habría cubierto á Europa de consulados semejantes al francés, la libertad habría echado más hondas raíces en Europa y la grandeza de Francia habría sido más duradera.

En cambio, Napoleón dejó obras materiales que aun se admiran en todo el territorio francés; abrió caminos magníficos, cavó canales importantísimos; pero las obras de esta naturaleza, son el recuerdo que dejan siempre los déspotas.

La obra más duradera de Napoleón fué su admirable código de leyes, que rige en casi todo el mundo civilizado. ¡Siempre los productos del pensamiento sereno del escritor. son más duraderos que los hechos de armas del impetuoso guerrero!

La catástrofe epílogo de la epopeya napoleónica, provino de la debilidad del sistema del absolutismo, porque no puede achacarse ni á corrupción administrativa, ni á ineptitud de los jefes, ni á falta de valor de los soldados, pues los que permanecieron fieles á las banderas imperiales pelearon con valor admirable hasta el último momento.

Si de esta catástrofe pasamos á la de 1870, encontramos con que á pesar de no tener Napoleón el pequeño los tamaños de su tío, logró imponer un gobierno absoluto, pero no supo impedir la gran corrupción administrativa, y á Francia le pasó con Alemania lo que á Rusia con el Japón: que

en el momento de declarar la guerra no estaba preparada, á pesar de la presuntuosa afirmación del ministro de guerra de Napoleón, que «no faltaba ni un botón en el uniforme de los soldados.» Los Jefes, seleccionados por el favoritismo, eran ineptos, como se demostró por las increíbles torpezas cometidas. Los soldados, sin confianza en sus jefes, viéndose engañados por el lenguaje oficial lleno de falsos convencionalismos, no hallaban á quien creer, se desmoralizaron, y apenas lograron salvar el honor de Francia, ya que no su integridad, muriendo con gran heroísmo cuando llegaron á encontrarse frente á un enemigo de quien sus jefes les hacían casi siempre huir y con quien ellos deseaban ardientemente medirse, pues muy pronto comprendieron que no debían ya esperar nada de su inepto emperador, y la conciencia de su responsabilidad para con la patria, desde el momento en que habían sacudido el yugo de la tiranía, les daba alientos para salvar lo único posible en aquellas circunstancias: el honor, y notemos que el honor no por ser un bien abstracto deja de tener menos influencia sobre los pueblos, pues siempre les presentará imágenes vivas del heroísmo de sus antepasados, y en las grandes crisis inspirará las abnegaciones sublimes, los grandes hechos que salvan frecuentemente á las naciones.

De un modo clarísimo hemos podido apreciar los efectos del poder absoluto bajo todas sus formas. El Zar, rodeado del inmenso prestigio de sus antepasados, sostenido por seculares intereses creados á su sombra, y apoyado en la ignorancia de sus subditos, deja indolentemente las riendas del gobierno en manos de los favoritos, que llevan su imperio á una aventura desastrosa en la cual escapó de naufragar hasta su misma corona, pues las grandes catástrofes despiertan á los pueblos, que reaccionan vigorosamente contra el causante de sus desgracias.

El gran Napoleón, arrastrando con irresistible atractivo á toda Francia á las empresas más gloriosas; deslumbrando á todos con sus hazañas, se siente embriagado por la vic-

toria é impele á su patria al desastre, para caer con ella en el abismo á donde lo empujó su ambición.

Napoleón el pequeño no tenía otro motivo para fascinar al pueblo francés, que el glorioso nombre de su tío, y quiso deslumbrarlo con el brillo de su corte, la construcción de magníficos palacios, la apertura de espléndidas avenidas y el ruido de guerras lejanas; pero no lo logró por completo, pues la libertad había echado hondas raíces en Francia y se alzaba vigoroso el acento de los republicanos, el del gran proscripto de la Isla Jersey, que al dirigirse al pueblo francés lo estremecía con el canto robusto que entonaba á la libertad, con los solemnes anatemas que lanzaba á la tiranía.

Por este motivo Napoleón, sintiendo su corona vacilar, se resolvió á promover la guerra contra Alemania, con la esperanza de vencerla y afianzar su trono. Ya hemos visto cuan infundadas eran esas esperanzas; pero á los déspotas les preocupa más consolidar su poder que salvar á la patria.

*
* *

Pasando ahora á la política contemporánea, podemos observar como treinta y seis años de sistema democrático han levantado á Francia á una altura envidiable entre las naciones europeas, pues con la sabia y prudente política republicana, ha rehuido toda aventura peligrosa y se ha dedicado á reconstruirse interiormente, logrando un desarrollo portentoso de su riqueza; y con su política tan prudente, hábil y patriótica, ha logrado atraerse las simpatías de toda Europa, al grado de haber concertado una *entente* formidable, que deja enteramente aislada á Alemania, su poderosa rival.

Pero estudiemos casos especiales en que podremos mejor apreciar las ventajas de la democracia.

Exploradores franceses abordaron á un villorrio del centro de Africa, Fashoda, y plantaron la bandera francesa.

Inglaterra pretendió que ese villorrio estaba dentro de los límites de su influencia, de donde se originó una controversia que llegó á exaltar á tal grado la opinión pública en ambas naciones, que la guerra estuvo á punto de estallar. Pero ambos países cuentan con instituciones democráticas, y los ministros que gobiernan no tenían la indolencia ni la debilidad del Zar de Rusia, ni el orgullo del gran Napoleón, ni necesitaban consolidar una corona como el pequeño; mientras que sí tenían un gran amor á la patria, y no la querían comprometer en aventuras peligrosas; además, para esos ministros eran perceptibles los temores de las madres, las esposas y las hijas que no querían perder á sus hijos, esposos y padres por una ridicula cuestión de honor mal entendido. Si la opinión popular estaba acalorada y con su ímpetu acostumbrado se preparaba á la guerra, la voz de los prudentes que la guían, se hizo oír y prevaleció en ambos Gabinetes, y la cuestión quedó arreglada de un modo tan satisfactorio, que desde entonces empezaron á estrecharse las relaciones de los dos países para preparar su *entente*.

Posteriormente surgió otra dificultad que estuvo á punto de precipitar á Europa en una conflagración espantosa.

Un soberano casi absoluto y bien conocido por lo impetuoso de su carácter, por cuestiones de amor propio promovió serias dificultades á Francia, poniendo como pretexto la influencia que esta última tenía sobre Marruecos.

La guerra hubiera estallado en toda Europa si no hubiera sido por la fuerza de las instituciones democráticas que rigen á Francia, pues cuando se vió que la imprudencia ó temeridad de un ministro podía precipitar la guerra, se le hizo renunciar su cartera á pesar de los brillantes servicios que había prestado; pero se prefirió sacrificar á un hombre, por más méritos que tuviera, antes que lanzarse en tan peligrosa aventura. Una vez que la República hizo tan gran sacrificio, y gracias á la política tan hábil y prudente de sus sucesores, apoyada por las simpatías de todos los pue-

blos de Europa, logró arreglar la cuestión de un modo pacífico y honroso.

La democracía salió triunfante y prestigiada de esa aventura, mientras que el absolutismo se puso en ridículo y evidenció su flaqueza; y eso que el pueblo alemán es muy sereno, reposado y cuerdo; pero no era el pueblo quien deseaba una guerra que tanta sangre le costaría aun en el caso de salir airoso, sino el soberano, que cegado por su orgullo é impulsado por su desmedida ambición, quería extender aun más sus dominios,

Al fin logró conmover tan profundamente la opinión pública en su vasto imperio, que se ha visto obligado á sacrificar parte de su poder absoluto en aras de la democracia. En lo sucesivo, Alemania representará en el mundo el gran papel á que está llamada, y dejará de ser la amenaza constante de la paz europea.

***

En resumen, podemos afirmar que los países en donde existe el poder absoluto, como Rusia y Turquía, (apenas en los últimos años han cambiado de régimen,) á pesar de estar en Europa, en contacto con las naciones más civilizadas del mundo y de haber sido la última cuna, de la antigua civilización, han permanecido indiferentes al progreso moderno, y petrificados en sus antiguas civilizaciones, progresando muy lentamente; mientras que en los países libres, el progreso ha sido portentoso y les alcanza por más lejos que se encuentren de los centros de cultura.

No citaré el ejemplo de nuestra vecina del Norte, porque ella debió su nacimiento á la emigración de hombres libres que se asfixiaban en la atmósfera de intolerancia y despotismo de su patria, y con tales ideas, tenían que constituir una democracia tan poderosa, que serviría de ejemplo al mundo; pero sí citaré la mayoría de las repúblicas hispanoamericanas, que á pesar de su agitadísima vida política, des-

de que son independientes han dado pasos agigantados en la vía del progreso, pues el nivel intelectual y moral de esos pueblos es muy superior al de Rusia, Turquía y demás países, en donde aún impera el absolutismo.

Otro ejemplo del maravilloso poder creador de la libertad, se encuentra en el surgimiento del Japón á la vida de las naciones civilizadas, entre las cuales ha llegado á ocupar lugar importante después de 40 años de prácticas democráticas.

Este asunto tan interesante, necesitaría varios volúmenes para desarrollarse debidamente; pero para el objeto que perseguimos en el presente libro, quizás hasta nos hayamos extendido demasiado.

Comentarios sobre el poder absoluto.

Sin embargo, antes de terminar, será conveniente exponer en concreto cuales son las causas determinantes para que el poder absoluto sea el mayor azote de la humanidad, no obstante que en muchos casos quienes lo ejercen son hombres verdaderamente notables y bien intencionados.

Las razones son las siguientes:

Para que el poder absoluto exista, es necesario suprimir la libertad y que los pensadores permanezcan silenciosos sobre el resultado de sus meditaciones.

La consecuencia de esto es que las faltas de los gobernantes pasan inadvertidas y si se notan, nadie puede hablar de ellas, porque todos comprenden que son irremediables; faltas que, al repetirse con frecuencia, llegan á constituir el régimen normal, á nadie extrañan, y por último, la multitud se acostumbra y amolda su criterio y su carácter al medio en donde se desarrolla. De esto se sigue que el lenguaje convencional y falso empleado en las esferas oficiales, llega á ser el corriente en toda una nación. Los que hablan la verdad, son considerados por el público como desequilibrados, y por el gobierno como conspiradores.

La inmensa mayoría de la humanidad no tiene un senti-

miento tan afinado para conmoverse con los grandes acontecimientos; para indignarse con los atentados más inicuos; para armarse con patriótico ardor á fin de volar á la defensa de la patria cuando está en peligro; para revestirse del estoicismo necesario y defender derechos, cuya importancia no puede apreciar. Pero habla un pensador de los que sienten hondo y claro, y trasmite á las multitudes por medio de sus vibrantes escritos el verbo de su indignación, de su entusiasmo, de su patriotismo, las electriza con su palabra, les infunde ese sentimiento que le ha hecho vibrar tan poderosamente, les arrastra á los grandes destinos, les hace acometer las empresas más temerarias, y arrostrar con la sonrisa en los labios aun el mismo fuego de la metralla.

Por eso cuando los escritores independientes que alientan nobles pasiones no pueden publicar sus pensamientos, los pueblos no se dan cuenta de la importancia de los acontecimientos, permanecen en una impasibilidad que llega á ser criminal, puesto que no logran conmoverlos las desdichas más grandes ni los más inicuos atentados contra sus hermanos.

En esos pueblos llegan á atrofiarse á tal grado los sentimientos nobles, que ni viendo á su patria en el peligro, salen de su impasibilidad.

Otro orden de circunstancias que influye poderosamente para hacer el nefasto absolutismo en los pueblos que lo toleran, es que los soberanos, autócratas ó dictadores, son grandes egoístas, que prefieren satisfacer su pasión de mando, al bien de la patria, pues la historia demuestra claramente que el mejor medio de consolidar el progreso de una nación, es la libertad, y ese bien nunca se lo conceden. Para hacer el sacrificio del poder en aras de la patria, se necesita una grandeza de alma poco común, que generalmente desconocen tan encumbrados personajes, en quienes la modestia es la más rara de las virtudes. Para no dejar en libertar á su país, fácilmente se persuaden de que ellos únicamente pueden gobernarlo con acierto, que el pueblo es muy ignorante

é incapaz de conocer sus verdaderos intereses. Por último, no pueden apreciar la magnitud de sus faltas, pues la lisonja que los rodea acaba por falsear aun su mismo criterio, ya que todo les es presentado con aspectos engañosos para no causarles desagrado.

Ya vemos porqué no ejercen el poder absoluto sino los ambiciosos ó los fatuos.

Además de estos defectos que invariablemente acompañan á los déspotas de la tierra, los sigue una turba de parásitos que viven de la adulación y llegan á formar un muro compacto que no deja llegar á los oídos de su soberano sino las lisonjas, porque en la puerta de los palacios son detenidas siempre las importunas quejas de los oprimidos, las protestas de los ultrajados, la indignación de los buenos.

Agreguemos que por más actividad y buena intención de quien ejerce el poder absoluto, no puede saber lo que pasa lejos de él, sino por el intermedio de sus mismos amigos, de los empleados que él nombra, y que lo engañan sobre el verdadero estado de las cosas. Le es muy difícil salir de ese engaño, porque es natural que confien más en lo que dicen sus empleados y amigos, que en la voz de los descontentos, á quienes la lisonja fácilmente hace pasar á sus ojos, como díscolos ó enemigos.

De ese modo la administración se va corrompiendo poco á poco, pues el autócrata no conoce el mal, y los únicos que se lo podrían señalar, los periodistas independientes, permanecen callados.

Vamos ahora á ocuparnos del poder absoluto en México, y con este motivo quizás se nos presente la oportunidad de tratar tan interesante cuestión desde otro punto de vlsta.

CAPITULO IV

El poder absoluto en México

En el bosquejo histórico que hicimos del militarismo, hablamos de las funestas consecuencias que para México ha tenido el poder absoluto ejercido por medio de dictaduras militares. y ese estudio nos facilitará grandemente nuestro trabajo actual.

En nuestra patria tiene su origen el poder absoluto en las guerras intestinas y en las grandes guerras extranjeras, pues como ya hemos visto, cuando un país sostiene victoriosamente alguna guerra extranjera, le queda la pesada carga de recompensar á sus héroes. En México está íntimamente ligada la idea de poder absoluto, á la de militarismo, porque éste ha sido la causa de aquél.

Lo cual nos servirá en el curso de nuestro estudio para encontrar el remedio á los males que nos aquejan.

Por tales razones abordaremos de lleno la cuestión.

Pruebas de que existe el poder absoluto en México.

La República Mexicana está actualmente gobernada por una dictadura militar que ejerce el poder absoluto, aunque moderadamente. Las mejores pruebas son: la unanimidad de votos en el nombramiento dc todos los funcionarios públicos; la servil conformidad de las cámaras al aprobar las iniciativas del Gobierno; la inamovilidad de los primeros, cuyo poder en todos casos dimana directamente de la administración, la escasísima libertad de que goza la imprenta, etc., etc.

La mayoría de estos hechos no los niegan ni los órganos semioficiales, por cuva circunstancia y por el hecho de estar tal idea en la conciencia nacional, no nos parece oportuno presentar mayor copia de datos para probar nuestro aserto.

Consecuencias del poder absoluto en México.

El General Díaz ha establecido, *de facto*, el poder central absoluto, pues á ningún Estado permite que nombre sus Gobernadores, ni siquiera á sus Presidentes Municipales, según hemos visto al hablar de los medios de que se ha valido para afianzarse en el poder.

Los males emanados de este régimen de poder absoluto, pertenecen á los dos órdenes de ideas que hemos expuesto en el capítulo anterior.

La falta de libertad de imprenta ha ejercido su influencia especial en la marcha de la administración, pues no habiendo quien se atreva á denunciar las faltas de los funcionarios, no son bien conocidas del público y mucho menos de sus superiores. Esas faltas, que han permanecido impunes, se repiten con frecuencia. Al principio, la opinión pública protestaba contra ellas; pero cansada de tanto esfuerzo estéril, dejó de protestar y se acostumbró á dominar su indignación, logrando al fin ver como cosas normales los abusos de las autoridades. Esta costumbre ha corrompido

á tal grado los ánimos, que ahora únicamente se pretende evitar que esos abusos recaigan sobre uno mismo, para lo cual se *procura estar bien con la autoridad.* Tal conducta es la observada por la mayoría, generalmente acomodaticia, que quiere vivir tranquila, preocupándose únicamente de sus bienes materiales, del progreso de sus negocios; que concede más importancia á la belleza de los paseos que á sus derechos de ciudadano, y protesta con más indignación cuando las basuras obstruyen su paso y le hacen desagradable el paseo, que cuando le arrancan sus más valiosos derechos ó se comete un atentado contra alguno de sus conciudadanos. En su egoísta miopía no alcanza á comprender que al ser vulnerado un derecho, lo serán poco á poco todos los demás; que las mismas persecusiones sufridas por su conciudadano, puede sufrirlas él mismo ó alguno de los miembros de su familia; pero el egoísmo es ruin, no tiende á la unión que fortifica; se inclina por el aislamiento, sin comprender lo que esto debilita.

En todos los pueblos, al lado de quienes se doblegan pacientemente y sólo tratan de *no estar mal con las autoridades*, existe en tiempos de despotismo un número creciente de ambiciosos que quieren aprovechar la oportunidad para elevarse y enriquecerse, no vacilando en adular á los mandatarios para atraerse su favor.

Estas dos categorías de sujetos, los resignados y los explotadores, son el apoyo de las autocracias; los últimos son los emisarios activos, diligentes, que escriben periódicos llenos de las más bajas adulaciones, adulteran los hechos, extravían la opinión pública, van entre los pertenecientes á la otra categoría á recoger firmas en escritos pomposos, en los cuales se afirma que el pueblo es feliz, que la patria prospera bajo la hábil dirección de nuestros mandatarios, etc. Esas firmas y aun contribuciones para festejar á los gobernantes, son arrancadas por medio de una disimulada amenaza ó de una sonrisa llena de falsos ofrecimientos.

Para contrarrestar la influencia nefasta de esos parásitos del poder, y para sacar de su apatía á los pacíficos ciudadanos no existe la prensa independiente, dando por resultado que los funcionarios públicos, aunque muchas veces llegan al poder eon buenas intenciones, se corrompen poco á poco, porque la lisonja les hace creerse superiores á los demás; la adulación les pone una venda que les impide apreciar debidamente la consecuencia de sus actos, llegando por fin á considerar el poder como su legítimo patrimonio.

De esta clase de funcionarios, cada vez menos hábiles para llevar á la Nación á sus grandes destinos, son los que gobiernan actualmente á la República Mexicana, debido á la influencia del poder absoluto que acabó con la libertad de imprenta.

El resultado de todo esto ha refluido hasta el mismo General Díaz; él ignora la mayor parte de los acontecimientos que pasan diariamente en la inmensa superficie del territorio nacional, y aunque quisiera poner remedio, no lo podría por dos razones:

La primera, porque si procediera con justicia en todos sus actos, debería quitar de sus puestos á la inmensa mayoría de las autoridades y no encontraría con quienes sustituirlas, pues difícilmente hallaría personas que reunieran á la dignidad necesaria para obrar en todo conforme á la ley, el suficiente servilismo para acatar sus órdenes cuando estuvieran contra la misma ley. En este caso reacciona constantemente la personalidad del General Díaz, dominado por la idea fija de conservar el poder, contra el hombre de Estado que desearía el bien de la patria.

La segunda razón, es que las personas de su mayor confianza son quienes cometen los mayores abusos, lo cual le impide conocerlos, porque naturalmente, tiene más confianza en la afirmación de sus adictos y viejos amigos, que en la de cualquier *díscolo*. La prueba de ello es que, cuando un particular escribe al General Díaz quejándose por los abusos de alguna autoridad, manda la carta original á la auto-

ridad acusada para que informe, y ya podremos imaginarnos que el tal informe sólo es una hábil defensa de sus actos, acompañada en muchos casos de pérfida acusación contra el quejoso.

De esto resulta que en la República se han cometido graves faltas, y aunque no lo han sido directamente por el General Díaz y en muchos casos se han llevado á cabo contra su voluntad, no por eso deja él de ser el verdadero responsable ante los ojos de la Nación y ante el severo juicio de la historia.

Ya lo hemos dicho, el General Díaz desea hacer el mayor bien posible á su patria, siempre que sea compatible con su permanencia indefinida en el poder, dando por resultado que los esfuerzos portentosos del habilísimo hombre de Estado son paralizados por la personalidad del General Díaz: sus nobles arranques de patriotismo moderados por su egoísta ambición.

Por esta circunstancia hemos querido tratar de las consecuencias del poder absoluto en capítulo por separado, porque iguales las sufriremos con cualquier gobernante que siga la misma política y haga uso del mismo poder absoluto del General Díaz, quien ha usado de él con una moderación de que pocos ejemplos encontramos en la historia. Además, su intachable vida privada es una constante fuente de energía que le permite desplegar una actividad admirable.

Y si con un hombre extraordinario al frente del poder, tenemos que lamentar consecuencias tan terribles, ¿qué será cuando el mismo poder vaya á otras manos y el nuevo mandatario, quizás enervado por los placeres, no pueda desplegar tan portentosa actividad ni conservar tan admirable lucidez? Porque hay que desengañarse, la lucidez y energía sólo se conservan observando una conducta intachable, pues el vicio atrofia las más nobles cualidades del alma: paraliza sus esfuerzos hacia todo lo grande, engendra laxitud y un entorpecimiento intelectual que aumenta con el número de años en progresión aterradora.

* * *

Como sería imposible ó por lo menos largo y fastidioso entrar en detalles sobre las consecuencias del actual régimen de gobierno, vamos á tratar por separado las más grandes faltas cometidas, sólo al terminar este capítulo haremos el balance de la actual administración.

Guerra de Tomóchic.

La Nación no supo nunca la verdadera causa de esa guerra; pero se dijo que fué ocasionada porque los habitantes de aquel pueblo, que se encuentra en el corazón de la sierra Madre, no querían pagar las contribuciones, ó algo tan baladí é insignificante como eso. Pues bien, los esfuerzos hechos por el Gobierno para arreglar pacíficamente la cuestión, fueron bien pocos y quizás neutralizados por la ineptitud, orgullo ó ambición de sus delegados. El resultado fué el envío de fuerzas federales en gran número, que destruyeron por completo al pueblo, acabando, ó poco menos, con todos los habitantes, quienes opusieron una resistencia heroica y causaron á las fuerzas federales numerosas bajas, al grado de desorganizar por completo los primeros cuerpos que marcharon al ataque.

He ahí un cuadro terrible.

Hermanos matando á hermanos y la Nación gastando enormes sumas de dinero, por la ineptitud ó falta de tacto de alguna autoridad subalterna.

El General Díaz, encerrado en su magnífico castillo de Chapultepec, supo las dificultades, pidió informes al Gobernador, éste á su vez se dirigió á la autoridad subalterna, verdadera causa del conflicto; ésta informó favorablemente á sus miras, y por los mismos trámites llegó su informe á manos del General Díaz, quien juzgó necesario mandar destruir á aquellos humildes labradores y pacíficos ciudadanos, representados ante su vista como terribles perturbadores de la paz pública, y para hacer *respetar el principio de autoridad*, ordenó el envío de fuerzas á Tomóchic.

En este caso, el criterio del General Díaz fué el de un Jefe Político.

¿De qué nos sirve, pues, que el General Díaz tenga un criterio tan recto, un tacto tan admirable para tratar á todo el mundo, si en muchos casos, por la razón natural de las cosas, su juicio se deja guiar por el ínfimo de sus subordinados?

Heriberto Frías, valiente y pundonoroso oficial, pensador y escritor notable, indignado por las torpezas de sus superiores y las infamias que le hicieron cometer llevándolo á exterminar á sus hermanos, escribió un bellísimo libro denunciando esos atentados: pero la voz varonil de los hombres de corazón nunca es grata á los déspotas de la tierra, y ese oficial pundonoroso fué dado de baja, procesado y estuvo á punto de ser pasado por las armas.

El epílogo de ese drama no podría ser más conmovedor: Un pueblo destruido por el incendio, regado con los cadáveres de sus valientes defensores, abandonado por las numesas madres, viudas y huérfanos que muy lejos fueron á llorar su muerte; y más allá, entre los bosques que rodean al pueblo, muchos cadáveres también, pero de resignados oficiales y soldados, que sin saber por qué, fueron los portadores del exterminio, encontrando la muerte en su tarea, y á quienes hacían melancólicamente los honores de reglamento los compañeros que les sobrevivieron.

¡La patria perdió muchos hijos!

¡El tesoro nacional fué sangrado abundantemente!

¡Y las contribuciones origen esa de hecatombe no fueron pagadas!

¡Mil veces mejor hubiera sido que ese pueblo no pagara contribuciones por algunos años, esperando que las luces de la instrucción penetraran en él y le hicieran comprender sus deberes!

Pero no: si no conocen sus deberes, á balazos han de enseñarles, en vez de hacerlo por medio de la instrucción.

Ese es el mal de los gobernantes militares, que todo lo quieren hacer valiéndose de la fuerza bruta.

Guerra del Yaqui.

Otro atentado del cual no podemos hablar sin sentirnos conmovidos; llenos de profunda piedad hacia tantas víctimas; poseídos de tremenda indignación contra sus verdugos, es la guerra del Yaqui.

¡Cuántas veces nos horrorizamos al leer en la prensa las lacónicas noticias del teatro de la guerra!

¡Cuántas veces nos hemos visto impulsados á tomar la pluma para lanzar á la República nuestras protestas indignadas, nuestras vehemente inprecaciones para conmoverla, pintándole con toda su horrible desnudez los crímenes sin cuento que se están cometiendo en las fértiles regiones bañadas por el Yaqui y el Mayo.

Pero ¿de qué hubiera servido nuestra protesta? ¿habríamos logrado conmover la opinión pública para evitar el atentado? Indudablemente que nuestros esfuerzos habrían sido estériles. A una Nación oprimida no se le despierta con un escrito aislado, se necesita un conjunto de hechos que la despierten y á la vez le hagan concebir esperanzas de redención.

Por esas razones comprimíamos nuestra indignación, ocultábamos nuestras lágrimas, esperábamos llenos de ardor el momento oportuno para lanzar á los cuatro vientos nuestra protesta inflamada de indignación.

Creemos llegado el momento; pero si no es así, que nuestro optimismo nos engañare, habremos satisfecho una de las más apremiantes exigencias de nuestra alma al lanzar este acto de protesta contra tan inícuos atentados.

Sepan los desventurados sobrevivientes de esa heroica raza, que no todos los blancos, los *yoris*, somos sus enemigos; sepan los que gimen bajo el látigo del esclavista, que muchos de sus hermanos compartimos su dolor, que lloramos con ellos su esclavitud, que no están sólos en el mundo, que hay quienes se preocupen por su felicidad y que existe una poderosa corriente de opinión indignada, clamando por la justicia.

Una vez satisfecha en este preámbulo la necesidad que tenían de manifestarse nuestros sentimientos más elevados: una vez salida de nuestro pecho esta doliente queja: una vez que hemos cumplido con el deber más noble que nos exigía nuestro amor á aquella desventurada raza hermana nuestra, descendamos al terreno de la razón, de la lógica inflexible, para proseguir nuestro estudio.

* * *

En una de las más feraces regiones de la República, surcada por dos caudalosos ríos que la fertilizan y fecundan, el Yaqui y el Mayo, vivían dedicados á la agricultura y á la ganadería los numerosos miembros de la tribu Yaqui. Esos indios se habían desparramado por todo el Estado de Sonora y constituían los mejores jornaleros, tanto para la agricultura como para la minería, pues tienen un gran desarrollo físico, una gran resistencia para el trabajo y su inteligencia es superior á la de muchas razas indígenas de las que habitan el vasto territorio de la República.

En la región, ocupada casi exclusivamente por ellos, se dedicaban con buen éxito á la agricultura, ganadería y pesca; surtían á Guaymas. Hermosillo y casi todo el Estado de Sonora con legumbres, cereales, volatería, mariscos, y en general, con los productos del mar, los agrícolas y pastoriles.

Esos indios, fuertemente organizados, independientes de la acción del Gobierno mexicano, dándose sus propias leyes y viviendo bajo el régimen patriarcal: estaban en paz y quizás había menos disturbios y más seguridad en los caminos de Sonora que en muchas otras regiones de la República, antes de que los ferrocarriles vinieran á ayudar poderosamente la acción del Gobierno en la persecución de bandoleros.

Pues bien, durante el Gobierno del General Díaz, que tan pródigo ha sido con los terrenos nacionales llamados bal-

díos, se dió una concesión para explotar los terrenos del Yaqui á algunos amigos de la administración ó de sus miembros más influyentes. Estos traspasaron sus derechos á una compañía extranjera que fracasó en sus trabajos.

Pero lo más funesto del asunto fué que los yaquis se vieron despojados de los terrenos que cultivaban desde tiempo inmemorial, y como eran valientes, numerosos y estaban bien armados, empezaron á defender sus propiedades con rara energía.

El Gobierno federal, informado por las autoridades locales, probablemente por los mismos beneficiarios de la productiva concesión, juzgó necesario mandar tropas para sofocar á los indios rebeldes.

Los indios, conocedores del terreno, que les proporciona seguro albergue, han sostenido una defensa interminable por el sistema de guerrillas.

Los jefes de las fuerzas federales han obrado con manifiesta mala intención ó con torpeza suma, pues se ha prolongado la guerra más de lo que debía esperarse contando con tan poderosos elementos.

La Nación ha perdido en esa guerra infructuosa é interminable muchos de sus hijos, y á otros de los más laboriosos les ha arrancado los terrenos que cultivaban para pasarlos á favoritos del Gobierno, que no los cultivan, ha empobrecido á todo el Estado de Sonora quitándole sus mejores labradores y más hábiles mineros, y ha gastado..... $50.000,000.00 en esa guerra.

Viendo el Gobierno que no podía terminar con los valerosos indios, quienes se defendían en las inaccesibles montañas que les sirven de fortalezas naturales, ha recurrido al inicuo expediente de deportar á toda la raza, empezando por los más inofensivos, los que estaban más á la mano.

Los deportados, son prácticamente reducidos á la esclavitud en los Estados en donde el clima es más inclemente; quizás se haya escogido de intento lugares malsanos, para

que tan valerosos guerreros hallen más pronto la tumba que no pudieron encontrar defendiendo sus patrios lares.

Los relatos que se hacen de esas deportaciones, aunque lacónicos, son desgarradores.

Mujeres hubo que viéndose arrancar de su suelo natal, separadas de sus maridos y quizás de sus mismos hijos, se arrojaron al mar, prefiriendo la pronta muerte entre las ondas amargas, á los espantosos sufrimientos de la esclavitud.

En México, la Capital de la República, que blasona de civilizada, que ha querido imitar todas las magnificencias de Europa y tan sólo ha sabido imitar sus vicios; por esa flamante y bellísima ciudad, han desfilado los lúgubres convoyes de carne humana.

Los esclavistas interesados en llevarlos á sus haciendas, disputábanse la presa, y como si esos desgraciados se remataran en pública subasta, pujaban cada vez más, ofreciendo más y más dinero, hasta lograr *comprarlos* y trasportarlos á sus haciendas para reducirlos á la esclavitud, en la cual encontraron prontamente su tumba esos leones del combate por la defensa de su libertad.

Hemos dicho la terrible palabra *comprarlos*; quizás no sea exacta, pues no sabemos quien fuera el vendedor; pero lo cierto es, que los interesados en llevar los indios á sus terrenos, pusieron en juego toda clase de influencias y quizás usaron del cohecho para llegar á ser los preferidos.

Hemos sabido de un ciudadano francés que explotaba una rica mina en Sonora. Por intrigas de las cuales él no se dió cuenta, declararon conspiradores ó complicados de algún modo, á todos sus sirvientes, y en masa fueron deportados.

Ese frances, de entrañas más sensibles que nosotros, ó que no estaba bajo la influencia del vergonzoso pánico infiltrado en todas las capas sociales de la República Mexicana, vino á esta Región tratando de arreglar que se quedaran á trabajar aquí, en donde se les trataría bien, en donde podrían vivir tranquilos. Al hablar de sus fieles sirvientes se

le inundaban los ojos de lágrimas, la garganta se le cerraba de congoja.....

No logró su objeto, aquellos seres humanos que tanto amaba, corrieron la misma suerte de todos sus desventurados compañeros.

Medidas tan despiadadas, en vez de calmar á los yaquis les han hecho perder toda esperanza, y aun los mansos han tomado las armas para defender su libertad y sus hogares,

La deportación ha llegado á ser enorme, al grado de alarmar seriamente á los agricultores de Sonora, quienes se han dirigido al Presidente de la República para que revoque esa orden, pues calculan que si sigue deportación tan rápida, no tendrán peones para levantar su cosecha de trigo.

El Gobierno federel se alarmó de tales consecuencias, porque ERA IMPORTANTISIMO LEVANTAR EL TRIGO, y gracias á esas reflexiones meramente económicas, revocó la orden hasta cierto punto, declarando que se suspendiera la deportación sistemática de indios, advirtiendo que por cada fechoría cometida por un yaqui, se deportarían 500!

Un hacendado de aquellos rumbos, tanto por humanidad como por conveniencia propia, llevó á sus fieles sirvientes al vecino Estado de Sinaloa, y de allí lo hicieron regresarlos á Sonora para ser deportados con los demás.

Las mujeres yaquis ven morir á sus niños con impasibilidad. Preguntada una de ellas de donde provenía esa indiferencia, contestó que como de grandes los habían de matar los *yoris*, era mejor que murieran de una vez.....

***

Basta ya de narración que tan profundamente nos afecta. Notemos la conducta de la prensa en casi toda la República, absteniéndose de comentar tales noticias, y es natural, puesto que no tenía permiso de hacerlo.

Un anciano General extranjero es asesinado en las calles de la metrópoli. Noble indignación estalla en todos los órganos de la prensa: tenían permiso para indignarse. En cambio, á nuestros desventurados hermanos se les despoja de su patrimonio, se les separa de sus familias, se les reduce á la esclavitud: silencio sepulcral. ¡Ay de quien diga una palabra!

*
* *

Pero los tiempos han cambiado. El centenario de nuestra independencia se anuncia majestuso, recordando los albores de la Libertad,

Los escritores independientes, los que amamos á la patria, ya no estamos solos; el pueblo–león empieza á sacudir su melena y perezosamente se prepara al combate. El será nuestro firme sostén, y necesitamos todos prepararnos igualmente para la lucha, erguirnos, sacudir el miedo letal que ha sellado nuestros labios, diciendo alto y claro la verdad.

En cumplimiento de ese sagrado deber, pasamos ahora á comentar tan desastrosa contienda entre hermanos.

Ya hemos hecho un especie de resumen de los incalculables perjuicios sufridos por la Nación con tan inicua guerra. Sin embargo, veamos ahora el mismo asunto desde otro punto de vista.

A la Nación le hubiera convenidó más conservar esa colonia, que con su trabajo fecundaba una fértil región de la República, y que, en caso de guerra extranjera, hubiera prestado importantísimo contingente, pues los yaquis han demostrado que si son excelentes labradores, también son incomparables guerreros.

En vez de esto, casi toda esa región ha estado á punto de pasar á manos de una compañía extranjera, y ahora está dividida entre unos cuantos propietarios que no la explotan por falta de brazos.

Veamos ahora si lo que nosotros creemos conveniente pa-

ra el país, habría sido posible siguiendo una política más patriótica.

Indudablemente que sí, pues bastaba reconocer á los yaquis como dueños de la gran extensión de terreno que ocupaban, lo cual era perfectamente legal, puesto que se considera como título perfecto de una propiedad, el haber estado en posesión no interrumpida por más de 20 años, y los yaquis, desde tiempo inmemorial, por derecho de origen, estaban en quieta y pacífica posesión de sus terrenos, puesto que nadie les había disputado la propiedad.

Para seguir esta conducta, encontramos un antecedente en la observada por el Gobierno Americano, que ha dedicado á los indios y les ha reconocido como propiedad para que lo habiten, un vastísimo territorio. Nuestros vecinos del Norte han preferido civilizar aun á gran costo, á los indios, antes que exterminarlos, y vamos que en aquel caso se trataba de indios bárbaros, indomables y de raza distinta de los americanos del Norte, mientras que aquí se trataba de indios pacíficos, dedicados á la agricultura. El mismo gobierno mexicano ha seguido ese saludable ejemplo, dedicando con buen éxito una fértil región en el Estado de Coahuila en un punto llamado Nacimiento, sobre las márgenes del río Sabinas, para que lo habiten exclusivamente los indios lipanes y comanches, que eran el terror de la comarca y ahora viven en paz, civilizándose lentamente.

En cuanto al hecho de que no reconocían de un modo absoluto la autoridad federal, no era motivo para exterminarlos, pues con paciencia se hubiera logrado introducir entre ellos la luz de la enseñanza, las ventajas de nuestra civilización, y muy pronto, en mucho menos tiempo que el necesitado para exterminarlos, se habría logrado convertirlos en ciudadanos útiles.

Examinando el pretexto de que no pagaban contribuciones, lo encontramos bien mezquino para declararles una guerra sin cuartel, más costosa que su tributo de 100 años, unido al valor de los terrenos de que se les despojó. Ade-

más, de todos modos pagaban contribuciones indirectas, puesto que todos los efectos manufacturados que consumían, los compraban después que éstos habían pagado sus contribuciones al Fisco.

¿Por qué no se habrá seguido esa política tan fácil y patriótica, que habría contribuido poderosamente para aumentar la población y la riqueza del Estado de Sonora, tan alejado de la acción del centro y que tanto necesita poderosos elementos de defensa para resistir el primer choque de alguna invasión que nos amenazare por aquellos rumbos?

Indudablemente que el General Díaz, como hombre de Estado, como patriota, lamenta las consecuencias de esa guerra; pero tales consecuencias son el fruto inevitable de su política absolutista, indispensable para satisfacer su ambición personal. Así siempre veremos las flaquezas del hombre entorpeciendo la acción del estadista.

Las causas de esta guerra son obscuras, como todos los actos de un gobierno absoluto; pero se han llegado á vislumbrar; la opinión pública señala quiénes han sido los beneficiados con esa guerra y los declara culpables aplicando el sencillo procedimiento judicial para investigar quién es el responsable de algún crímen cometido.

Esos beneficiados ocupan altos puestos en la administración, la política, el ejército, y todo el mundo los designa por sus nombres; pero no entra en la índole de este trabajo acusar á todos los culpables de la administración actual, pues en el fondo de todos esos atentados no reconocemos otro responsable que el régimen de poder absoluto implantado por el General Díaz.

La actual administración al pasar á la historia, conservará como mancha indeleble la sangre hermana, la sangre inocente derramada en esa inícua contienda, y los mexicanos que con nuestra debilidad hemos sido cómplices de tal atentado, también tendremos que pagar cara nuestra indiferencia. Esa cadena que ahora doblega al yaqui, muy pronto tendremos que arrastrarla. La que llevamos ahora es do-

rada y ligera; pero con el tiempo se hará cada vez más dura y odiosa.

¡Hagamos, pues, un soberano impulso para romperla ahora que aún es tiempo!

Guerra con los indios mayas.

Lejos esta comarca de los centros de comunicación, poco sabemos de ella, si no son los épicos relatos consignados en los partes oficiales.

Hemos sabido por algunos yucatecos, que los indios estaban en paz cuando fueron sorprendidos por las fuerzas federales, y según parece, no estaba justificada esa guerra, porque ya lo hemos dicho, la civilización no se lleva en la punta de las bayonetas, sino en los libros de enseñanza; no es el militar quien ha de ser su heraldo, sino el maestro de escuela.

De cualquier modo, allí tuvimos otra guerra costosa para el Erario nacional, y como resultado, el territorio de Quintana Roo, repartido entre un reducido número de potentados, lo cual será una rémora para que habiten colonos que podrían poblarlo y hacer efectivas las ventajas obtenidas por las armas federales.

En la antigua Roma, como el mejor medio de asegurar las posesiones lejanas, mandaban ciudadanos romanos y les repartían equitativamente los terrenos para su cultivo. De ese modo formaban colonias que servían de parapeto formidable á la República.

¡Muy opuesta ha sido la conducta del Gobierno del General Díaz!

Huelgas de Puebla y Orizaba.

Por las huelgas de Puebla y Orizaba supimos cómo opina el General Díaz sobre las necesidades de los obreros, y hasta donde llega su amor hacia ellos, lo cual nos servirá cuando tratemos de investigar las tendencias de su administración y lo que de ella debe esperar el obrero mexicano.

En el Estado de Puebla, y sobre todo en sus alrededores, existen grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón.

En esos establecimientos industriales se hace trabajar á los obreros hasta doce y catorce horas diarias, pagándoles un salario insuficiente para sus necesidades, ó por lo menos, no en relación con la labor que desempeñan.

Con tal motivo, y haciendo uso de un derecho legítimo, se organizaron fuertemente todos los obreros, constituyendo una poderosa liga; principiaron á organizar sus fuerzas para emprender la lucha, y siguiendo el ejemplo dado por los obreros de todo el mundo, se unieron para no sucumbir en la incesante lucha entre el capital y el trabajo.

La primera precaución tomada por los miembros de esta asociación, consistió en reunir un fondo bastante fuerte para hacer frente á las necesidades de sus miembros cuando, para conseguir los fines que persigue la sociedad, debieran abandonar el trabajo declarándose en huelga.

Al sentirse la asociación bastante fuerte, principió por hacer respetuosas solicitudes á sus patrones, á fin de obtener que su suerte mejorara con un salario algo superior, y rebajando las horas de trabajo, pues el tiempo que descansaban no era suficiente para recuperar por completo sus fuerzas ni dedicarse á algunas distracciones útiles, porque el trabajo de la fábrica absorbía todas sus fuerzas. Además, los obreros reclamaban un tratamiento equitativo.

En esa época pasaba la industria algodonera por una crisis bastante seria, y todos los fabricantes tenían existencias enormes sin realizar, por cuyo motivo no quisieron hacer concesión alguna á los obreros, porque no les preocupaba que se declarasen en huelga sus operarios.

Viendo los obreros que no se daba satisfacción á sus reclamaciones, juzgaron que declarando una huelga general en las fábricas de Puebla y Tlaxcala, lograrían su objeto, y así lo hicieron después de celebrar asambleas numerosas, en las que se discutieron los intereses de la asociación con calma y prudencia significativas.

Los obreros, poco experimentados, no supieron elegir el momento más propicio para declararse en huelga, porque en aquella época pasaba la industria algodonera por una crisis muy seria y era la menos á propósito para tomar tal determinación, puesto que los fabricantes no se perjudicarían nada con cerrar sus fábricas por una temporada más ó menos larga. Las consecuencias de esta falta de experiencia fueron fatales para los obreros, que después de varios días de huelga se encontraron con sus recursos agotados y sin medio de llegar á un arreglo cualquiera.

Toda la República estuvo al tanto de las peripecias de la primera lucha entre el capital y el trabajo; y ostensiblemente las simpatías de la Nación estaban por el elemento obrero. Por este motivo recibieron los huelguistas socorros de todas partes, siendo los más cuantiosos los enviados por sus hermanos (es el tratamiento tan simpático que se dan entre ellos) de Orizaba y de algunas otras fábricas del país.

En estas circunstancias, bastante angustiosas para ellos, puesto que á pesar de la ayuda recibida empezaban á sentir varias necesidades difíciles de satisfacer, tuvieron varias reuniones en uno de los principales teatros de Puebla, acordando dirigirse al señor Presidente de la República á fin de que interviniera en la cuestión, ejerciendo su valiosa influencia para que los industriales llegaran á un avenimiento. Digamos de paso que en sus reuniones reinó el más perfecto orden, lo cual habla muy alto en favor del obrero mexicano.

Igualmente acordaron dirigirse á los Gobernadores de Puebla y Tlaxcala, y aun al Obispo de su diócesis, para que intervinieran en su favor.

Pues bien, principiaron los obreros á cambiarse telegramas con el General Díaz y éste á tener conferencias con los industriales, mientras iba á México una delegación obrera á tratar la cuestión directamente con él.

En tal estado las cosas, se supo que los fabricantes de Orizaba habían cerrado las fábricas para evitar que sus

operarios siguieran mandando auxilios á los huelguistas de Puebla.

Unico en su género es este caso, pues no se tiene noticia de que haya pasado otro semejante en ninguna parte del mundo.

Por otra parte, es atentatorio, pues si estuviera al arbritrio de los industriales cerrar bruscamente sus establecimientos, expondrían constantemente á millares de operarios á perecer de hambre con sus familias.

No sabemos hasta que punto ampararía la ley á los industriales de Orizaba para tomar tal determinación; pero indudablemente que el Gobierno, y especialmente el General Díaz, podían haberla evitado.

Se nos contestará que el General Díaz no puede tener ninguna intervención en los Estados, cuya soberanía respeta; pero nadie dará crédito á tal afirmación, pues está en la conciencia pública que la tal soberanía sólo le sirve de pretexto cuando se quiere quitar de encima alguna comisión cuyos miembros traen para él peticiones enojosas.

Además, el General Díaz fungía en aquel momento como árbritro en la cuestión, é indiscutiblemente los industriales de Orizaba no se habrían atrevido á cerrar las puertas de sus fábricas, sin el consentimiento, por lo menos tácito, del General Díaz; sobre todo si tenemos en cuenta la influencia personal de que goza con los directores de aquella negociación.

Existen tantas circunstancias que hacen tan verosímil el que la clausura de las fábricas se hiciera de acuerdo con el General Díaz, que entonces corrió el rumor de que así había pasado.

Pues bien, á pesar del desagradable incidente que puso á los obreros en angustiosas circunstancias, siguieron adelante las negociaciones entre industriales y obreros, con la intervención del General Díaz y de su Secretario de Gobernación, el señor Vicepresidente de la República, don Ramón Corral.

Los obreros expusieron sus quejas y presentaron un proyecto de reglamento; los industriales presentaron el suyo.

En estos casos, se comprende que se encontraría bastante perplejo cualquier árbitro para saber á quién daba la razón, puesto que el principal punto de la controversia era esencialmente económico.

Las razones que cada grupo alegaba no carecian de peso: el obrero decía que era poco el jornal y el trabajo aniquilador; el fabricante contestaba que tendría que parar su fábrica si se le obligaba á pagar jornal más elevado.

El fallo que en este caso dió el General Díaz no podemos considerarlo como tal, pues no tuvo en cuenta los vitales intereses de la Nación; no consideró que el humilde obrero es la base de la fuerza de la República, y que dignificándolo y elevándolo, hará que se consoliden las prácticas democráticas y se robustezca la nación.

El General Díaz podía haber hablado á los industriales en los siguientes términos:

«A pesar de que ustedes han obtenido pingües ganancias con sus establecimientos fabriles, pasan actualmente por una crisis muy seria y no quiero obligarlos á que aumenten los jornales de los operarios; pero sí exijo de ustedes que los traten con equidad, les proporcionen habitaciones higiénicas, no permitan que sean explotados en las tiendas de raya, con multas indebidas, ni con cualquier otro pretexto; por último, les exijo que sostengan el número de escuelas suficientes para educar á los hijos de los obreros. Para esto último, si es necesario, ayudará la Nación; pero lo esencial es que no falten escuelas.»

Los fabricantes habrían aceptado esas proposiciones, y los obreros quedado muy complacidos con ellas, pues hubieran dado un gran paso en el terreno de las reivindicaciones que ellos persiguen.

En vez de esto, ¿cuál fué el fallo del General Díaz?

Poco ó nada modificó las tarifas de pago. Le concedemos en este punto razón, pues los obreros escojieron un

momento económicamente inoportuno para declararse en huelga, y forzosamente tendrían que sufrir las consecuencias de su imprevisión.

En cambio, estableció un sistema de libretas en las cuales se anotaría cada vez que concurriera el obrero al taller, así como sus faltas; libretas que constituirían un arma poderosa en manos de los fabricantes, quienes por ese medio, cuando algún operario fuera expulsado de cualquier fábrica, no podría encontrar trabajo en ninguna de las otras.

Otra disposición del General Díaz, que nos demuestra su incansable tesón en perseguir la libertad hasta sus más modestas manifestaciones, fué la que establecía prácticamente la censura previa en la prensa obrera, pues exigía, ó por lo menos aconsejaba, que no se publicara ningún artículo sin la previa aprobación del Jefe Político del lugar.

Estas dos disposiciones, pintándonos de relieve la actitud del General Díaz, nos enseñan lo que debe esperar de él el obrero mexicano.

Fallo tan inesperado causó indescriptible impresión en el elemento obrero, sobre todo en Orizaba, en donde estaban doblemente indignados, porque de un modo atentatorio se había cerrado la fábrica en donde ellos trabajaban.

Lo que más indignación causó entre los obreros, fueron las famosas libretas, que ellos consideraban degradantes, y que de un modo resuelto y unánime rechazaron.

Los obreros mexicanos dieron pruebas de gran cordura y gran patriotismo, pues á pesar de su indignación, volvieron á sus puestos de trabajo con esa resignación estoica que caracteriza á nuestro pueblo.

Sin embargo, bajo esa aparente indiferencia, se agitaba un volcán de pasiones; el más ligero incidente lo haría estallar.

En Orizaba, donde era mayor la indignación por las razones indicadas, en los momentos de entrar á la fábrica, los gritos de una mujer exaltada desviaron los pasos de la multitud, que en vez de entrar á ocupar sus puestos en el

trabajo, se arrojó frenética como todas las multitudes enfurecidas, al ataque y destrucción del único establecimiento mercantil que tenía monopolizado todo el comercio, y contra cuyo dueño existían indudablemente rencores sordos, puesto que allí dirigieron su ira, en vez de dirigirla contra las propiedades de sus patrones.

¡Cuántos desventurados obreros habrian pasado por las Horcas Caudinas de aquel abarrotero que en tan poco tiempo amasó una fortuna considerable!

Con ese motivo, el Gobierno federal tomó medidas enérgicas, y sobre el terreno de los sucesos MANDO FUERZAS FEDERALES QUE FUSILARAN SIN PIEDAD Y SIN FORMACION DE CAUSA A MUCHOS DESVENTURADOS, CUYA FALTA CONSISTIO EN UN MOMENTO DE EXTRAVIO.

El número exacto de los que fueron ejecutados, permanece aún en el misterio; pero lo público y notorio, es que esa medida de rigor tan inusitada en casos semejantes, causó honda impresión en todo el país. Según la opinión general, fueron tratados con demasiado rigor los huelguistas de Orizaba, y hubiera sido más patriótico y humano prevenir la exacerbación de las iras populares, no permitiendo que los industriales cerraran su fábrica, ni obligando á los obreros á suscribir las humillantes libretas.

Cananea.

Mucho más de lo que pensábamos nos hemos extendido en este capítulo y esa circunstancia nos obliga á tratar brevemente los demás puntos que entran en el cuadro que nos hemos trazado.

En Cananea se han registrado dos acontecimientos importantes:

Con motivo de las huelgas de los mineros, el Gobernador del Estado de Sonora parece que pidió auxilio á las autoridades de la vecina República del Norte, y que en su viaje á Cananea para calmar los descontentos, se hizo acompañar por un destacamento de fuerzas americanas.

Este hecho, aunque lo han negado los órganos oficiales, está admitido generalmente por la opinión pública, pues además de que á las declaraciones oficiales de nuestras autoridades nadie les da crédito, bien sabido es que en la vecina República procesaron ó amonestaron seriamente á los funcionarios que tomaron parte en tan culpable condescendencia.

Esto pasó en los Estados Unidos, mientras que nuestras autoridades, mucho más culpables, puesto que su acción significaba un atentado contra la soberanía nacional, no fueron procesadas como era debido.

Hubo otro acontecimiento de importancia en ese rico mineral: á causa de haber bajado el cobre en los Estados Unidos, el trust de ese metal determinó suspender algunas minas y entre otras la de Cananea.

Con este motivo quedaron sin trabajo multitud de mineros y trabajadores de todas clases.

Pues bien, la única medida que tomó el Gobierno, fué la de mandar tropas para impedir á los hambrientos obreros cometer algún desorden. ¡Está bien que mueran de hambre; pero que se mueran en orden, en silencio, sin protestar, sin intentar organizarse para la defensa de sus derechos!

Con tal motivo nos preguntamos: ¿el Gobierno mexicano, que tantos privilegios concede á la compañía explotadora de aquel riquísimo mineral, no hubiera podido interponer su influencia á fin de que no tomara tal medida? ¿el Gobierno está completamente desarmado, para proteger en casos como el que nos ocupa, los intereses del obrero mexicano?

O bien, ¿por qué no aprovechó esa oportunidad, así como las huelgas de Puebla y Orizaba, para formar con los que carecían de trabajo colonias agrícolas?

Con esa conducta, el Gobierno hubiera prestado un importante servicio á los desgraciados que no tenían trabajo, é influido indirectamente para que los patrones hubieran cedido, aumentando los salarios, lo cual, además de mejorar la situación del obrero mexicano, fomentaría indudablemen-

te la inmigración. A estos beneficios se agregaría que colonias agrícolas fundadas bajo tan buenos auspicios, fecundaran inmensas superficies de tierra, con gran provecho para la patria mexicana.

¿Por qué no se observaría esa conducta, que toda la Nación habría aprobado?

Porque el General Díaz no puede pensar en todo, ni le conviene apoyar al obrero en sus luchas contra el capitalista; porque mientras el obrero al elevarse constituye un factor importante en la democracia, el capitalista siempre es partidario del gobierno constituído, sobre todo cuando es un gobierno autocrático y moderado. El General Díaz encuentra uno de sus más firmes apoyos en los capitalistas, y por ese motivo sistemáticamente estará contra los intereses de los obreros.

¡El General Díaz permanece impasible ante las catástrofes obreras; lo único que le conmueve es que peligre su poder, pues su principal papel consiste en ser el celoso guardián del absolutismo!

Instrucción Pública.

Indudablemente la instrucción pública es la base de todo progreso y adelanto; la única que ha de elevar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, á fin de darle la fuerza necesaria para salir airoso en las tormentas que lo amenazan.

Dedicarse á impulsarla era la más grande necesidad de la patria. Así lo comprendió el mismo General Díaz; á pesar de sus esfuerzos, ha fracasado en su obra, porque con su sistema de gobierno tiene que valerse de personas ineptas, y su mirada, por más penetrante que sea, no puede abarcar un gran radio.

Según el censo de 1900, resulta que de los mexicanos saben leer y escribir apenas el dieciseis por ciento.

Para que se tenga una idea del pavoroso significado de esa cifra, diremos que según las últimas estadísticas del Japón, concurren á los planteles de enseñanza de aquel flo-

ciente imperio el noventa y ocho por ciento de los varones en edad de hacerlo, y el noventa y tres por ciento de las mujeres.

Esta es la prueba más elocuente del fracaso de la administración del General Díaz en ramo de tan vital importancia.

En el mismo Distrito Federal donde más se siente la acción del Ejecutivo, sólo el treinta y ocho por ciento de sus habitantes saben leer y escribir.

No entraremos á comentar el género de enseñanza impartida en las escuelas oficiales, tan rudamente atacado por el Doctor Vázquez Gómez, y sólo nos limitaremos á afirmar un hecho: la juventud educada en los planteles oficiales sale de los colegios perfectamente apta para la lucha por la vida, todos poseen grandes conocimientos que los ponen en condiciones de labrarse muy pronto una fortuna, puesto que poseen el principal factor: la maleabilidad para amoldarse á todas las circunstancias y representar todos los papeles; con la misma imperturbable serenidad los vemos protestar solemnemente el cumplimiento de la ley, que son los primeros en vulnerar, como los encontramos declamando contra el Gobierno, que son los primeros en apoyar.

En cambio, esa juventud dorada está poseída del más desconsolador escepticismo, y las grandiosas palabras de Patria y Libertad, que conmueven tan profundamente á los hombres de corazón, los dejan á ellos indiferentes, fríos, imperturbables. El que tiene fe, que ama á la patria y está resuelto á sacrificarse por ella, pasa á sus ojos por un loco, ó cuando menos, lo tratan amablemente de desequilibrado.

Sin embargo, la savia de la Patria es tan vigorosa, que en la juventud se manifiesta en todo su esplendor el entusiasmo por lo grande y lo bello; pero las escuelas oficiales, y más aún el medio ambiente, van minando esos nobles y optimistas sentimientos y sembrando en sus corazones el desconsolador escepticismo, la fría incredulidad, el amor á lo positivo, á lo que palpan, á lo que ven; y cuando llegan á

la edad madura es esto lo único que consideran real, y clasifican las palabras de Patria, Libertad, Abnegación, entre la metafísica que acostumbran á considerar con cierto desdén.

Relaciones Exteriores.

Nuestra política con las naciones extranjeras, ha consistido siempre en una condescendencia exagerada hacia la vecina República del Norte, sin considerar que entre naciones, lo mismo que entre individuos, cada concesión constituye un precedente y muchos precedentes llegan á constituir un derecho.

No abogamos por una política hostil á nuestra vecina del Norte, de cuya grandeza somos admiradores, no solamente por su riqueza y poderío, sino por sus admirables instituciones y los grandiosos ejemplos que ha dado al mundo.

Sin embargo, sí abogamos por una política más digna, que nos elevaría aun á los mismos ojos de los americanos é influiría para que nos trataran con más consideraciones; con las consideraciones á que se hace acreedora una nación celosa de su dignidad y honor. Esas consideraciones constituyen una fuerza mucho más poderosa que la de las bayonetas, pues el derecho de la fuerza ha perdido considerablemente su prestigio con los progresos de la civilización y muchos conflictos se han evitado por el respeto que impone el derecho cuando es sostenido con dignidad y energía.

Por no tratar sino dos de los puntos últimamente debatidos entre ambas Repúblicas, recordaremos que al permitir el Gobierno mexicano al de los Estados Unidos la construcción de una gran presa para almacenar las aguas del Río Grande, con el pretexto de que nuestros vecinos suministrarían los fondos necesarios para construir esa obra colosal, se les concedió la mayor parte del agua, dejándonos una cantidad verdaderamente ridícula, si se considera que tenemos derecho á la mitad.

El Gobierno mexicano debía haber insistido en disponer

de la mitad del agua, aun en el caso de desembolsar lo necesario para cubrir la mitad del costo de la presa.

Posteriormente, con motivo de la visita del señor Root á México, se suscitó la cuestión de la bahía de la Magdalena.

Mucho habría que decir sobre este punto; pero nos limitaremos á hacer las brevísimas consideraciones siguientes:

¿Qué gana la República Mexicana con permitir al Gobierno de los Estados Unidos que sus escuadras hagan sus ejercicios de tiro al blanco en la bahía de la Magdalena y tengan allí constantemente buques carboneros?

Indudablemente que si los Estados Unidos necesitan ahora esa bahía, también la necesitarán cuando termine el plazo concedido, y entonces será más difícil negarles el permiso, el cual, repetido varias veces, llegará á constitnir una servidumbre, y será una constante amenaza para la integridad nacional.

Al dar un paso tan importante, ¿por qué no consultó el General Díaz de un modo franco la voluntad nacional? ¿por qué hizo que se tramitara ese asunto en sesión secreta del Senado?

Si Root amenazó ¿por qué no dió un manifiesto á la Nación exponiendo el ultraje que entrañaba esa amenaza y preguntándole qué actitud debía de asumir?

Si Root halagó su amor propio, el General Díaz hizo aún peor en premiar sus agasajos, sus brillantes discursos en que tan alta vió su vanidad, con una concesión juzgada por él mismo peligrosa para la Patria, como lo demuestran las palabras de un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores al ser entrevistado sobre ese asunto por un repórter de «El Tiempo:» *que á la solicitud del Gobierno americano para la estancia de los buques carboneros en la Bahía de la Magdalena por el término de cinco años, el señor Presidente había contestado que pediría autorización al Senado para otorgarla únicamente por el termino que falta para que termine su período presidencial,* PUES NO QUERÍA DEJAR PARA SUS SUCESORES COMPROMISOS POR ÉL CONTRAÍDOS.

De todos modos, la opinión pública no aprobó esa conducta y si no manifestó de un modo hostil su parecer, fué porque toda manifestación en ese sentido, habría sido considerada como desafección al Gobierno, y sus autores hubieran sido el blanco de todas las persecuciones. Además, cuando se supo la noticia en México, por telegrama de Washington, era ya un hecho consumado la concesión á los Estados Unidos y toda protesta, además de inútil, habría sido sumamente peligrosa.

Supimos de una protesta calzada con numerosas firmas, que estuvo á punto de publicarse; pero sus autores comprendieron el peligro tan infructuoso para ellos de tal publicación, y prefirieron conservar toda su fuerza de acción para la próxima campaña electoral de Presidente de la República y demás funcionarios federales, pues esas épocas de agitación son las de verdadero combate en los países democráticos, y aunque hasta ahora esas prácticas no se han aclimatado en nuestro suelo, todo hace prever que los mexicanos haremos pronto un vigoroso ensayo.

No terminaremos este asunto sin recordar la mala impresión causada en el público, por haber alojado al señor Root en el castillo de Chapultepec y celebrado en su honor fiestas excesivamente suntuosas.

El castillo de Chapultepec es el símbolo de una de nuestras glorias más puras, y los mexicanos consideraron profanado el lugar que sirvió de gloriosa tumba á nuestros héroes infantiles, albergando al representante del pueblo que ocasionó en otros tiempos aquella guerra funesta.

No decimos esto porque queramos perpetuar odios; no, muy lejos de nosotros tal idea; pero ¿á qué venía hacer tan suntuosa recepción al representante de un país democrático?

Dos veces ha visitado la República vecina el Vicepresidente de nuestro país (decimos esto, porque cuando fué el señor Mariscal lo hizo con tal carácter) y nunca le han hecho recibimiento tan suntuoso; más bien le han corrido ciertos

desaires y hecho pasar bochornos, para lo cual nunca les ha faltado algún pretexto.

Por todas esas razones, la recepción del señor Root fué algo humillante para México, sobre todo si se considera la misión diplomática que tan reservadamente y con tanto éxito supo cumplir.

Además, en aquella época había gran miseria en el pueblo, contrastando tristemente con el esplendor de las fiestas, más que reales, verificadas en honor de nuestro ilustre visitante.

En Europa, cuando un Soberano visita á otro, raras veces se desplega tanta magnificencia; y nosotros, un país pobre, lo hicimos con un huésped cuya misión fué más interesada que amistosa.

En México se dijo con mucha insistencia que el mismo señor Root, se había sorprendido de tan suntuosa recepción.

¿Qué razones tendría el General Díaz para obrar de tal manera?

Parece que su política tiende á evitar á toda costa un conflicto con nuestra poderosa vecina del Norte; pero en verdad, sólo ha logrado aplazarlo haciéndolo cada vez más probable, pues siendo tan condescendiente con ellos, cuando otro ciudadano de más energías ocupe su lugar y no quiera ser tan complaciente, se resentirán sin duda nuestras relaciones diplomáticas con la República del Norte: pero no debemos temer un rompimiento, pues esa gran Nación no nos declararía por causas baladíes una guerra que en México sería considerada como guerra nacional, y la resistencial con que tropezaran muy distinta á la encontrada por los franceses durante la guerra de Intervención y apenas comparable á la que Napoleón I encontró en España, á quien nunca pudo pacificar. Además, la República Norteamericana es eminentemente democrática y los pueblos de esta índole; aunque son unos leones para defender su independencia, son poco afectos á la guerras de conquista, que benefician á unos cuantos capitalistas, con perjuicio de la

inmensa mayoría del pueblo, único que carga con las contribuciones de dinero y de sangre.

La noble actitud de los Estados Unidos hacia la Perla de las Antillas, que sólo han ocupado temporalmente para asegurar el normal funcionamiento democrático, nos demuestra elocuentemente la magnanimidad del pueblo americano y que nada debemos temer de él si son leales nuestras relaciones con ellos; pero la lealtad no excluye la dignidad; por lo contrario, ésta no hará sino dar más realce á nuestras relaciones amistosas.

Es posible que el General Díaz tenga otro criterio, lo cual fácilmente se explica, pues un hombre que debe su fortuna á la fuerza bruta, debe tener un singular concepto de ella y ha de conservarle un respeto supersticioso.

***

Pasando ahora á estudiar nuestras relaciones con las repúblicas hermanas de Centro y Sudamérica, lamentamos que no se haya hecho mayor esfuerzo para estrechar más nuestras relaciones con ellas.

Queriendo aplicar el criterio de la política interior á la exterior de la República, se ha creído que con esas frases de convencionalismo, y con suntuosas recepciones á los delegados del Congreso Panamericano, sería suficiente para mantener el prestigio de México entre sus hermanos del Sur.

Nada más equívoco que tal creencia, pues á esas frases convencionales nadie les da crédito; aquí en el interior, todo el mundo calla por temor de aparecer descontento del Gobierno; pero en el extranjero es diferente y nuestra política internacional, como se merece, ha sido acremente criticada por la prensa de aquellos países.

A más de parecernos poco eficaz el esfuerzo hecho por el Gobierno Mexicano para estrechar nuestras relaciones con aquellos pueblos, creemos que ha cometido dos grandes fal-

tas. La primera, unirse á todas las potencias europeas cuando en una vasta coalición exigían de Venezuela el pago de cuentas adeudadas por esta. A México no le convenía por ningún motivo asumir esa actitud, tanto por antecedentes, como por propia conveniencia. Por antecedentes, porque amarga experiencia nos demuestra lo injusto que suelen ser tales deudas, y por conveniencia, porque el único modo de llegar á un posible equilibrio de fuerzas en el Continente Americano, es la unión de todas las Repúblicas latinas para contrabalancear el poderío de la Anglosajona.

Aunque somos de los que no temen una guerra con esa Nación por las razones ya indicadas, la prudencia aconseja aumentar nuestra fuerza, pues á medida que ésta sea más grande, disminuirán las probalidades de un conflicto.

Si México en vez de haberse unido á las potencias reclamantes, hubiera interpuesto su influencia y ayudado con su crédito á Venezuela, su situación en la America Latina sería muy distinta de la actual y las demás Repúblicas con cierto orgullo considerarían á la Mexicana como á su hermana mayor, mientras que ahora la consideran más bien con cierta lástima al ver su política tan poco digna y levantada.

La otra falta trascendental ha sido no trabajar para que las cinco Repúblicas centroamericanas formen una sola República federativa. De ese modo, terminando las eternas guerras que las agitan y los odios que las dividen, formarían una Nación poderosa, nuestra aliada natural, y que, con la unión y la paz, progresaría may rápidamente aumentando su fuerza, lo cual redundaría igualmente en nuestro beneficio por la comunidad de intereses é ideales.

En vez de eso, mientras estén divididas, corremos el peligro de que alguna de ellas vaya á dar á manos de cualquier potencia ambiciosa, como pasó con Panamá, constituyendo tan peligrosa vecindad para nosotros una seria amenaza.

Para llegar á esa federación, se hubieran preparado todos los hilos de la trama á fin de aprovechar la primera

oportunidad que se presentara, como fué el asesinato del General Barillas, pues ese acontecimiento causó tal efervescencia en la América Central, que una intervención de México en aquellos momentos, hubiera sido considerada como una ayuda de la Providencia, porque habría influido para quitar del poder al tirano Estrada Cabrera, que ocupa el puesto de Presidente de la República de Guatemala y que es tan odiado en su país.

En vez de esa conducta tan conveniente, como nuestra política no tenía orientación fija, anduvimos vacilantes, dejándonos llevar por las impresiones de momento y nos pusimos en ridículo, acabando de perder todo el prestigio que teníamos con nuestras vecinas del Sur, con *desenvainar la espada sin razón y envainarla sin honor*, frase con que tan gráfica y hábilmente resume nuestra política en aquellas circunstancias, nuestro ya citado y apreciable amigo el señor Fernando Iglesias Calderón.

No terminaremos de tratar este punto sin decir que nos pareció altamente impolítica una declaración del General Díaz á un repórter de «The Herald,» en la cual decía, hablando de nuestro ejército, que sólo lo necesitábamos para repeler algún ataque eventual de nuestras vecinas del Sur, puesto que por el Norte estábamos perfectamente á cubierto con la amistad de los Estados Unidos.

Alabamos la segunda parte de su declaración, pero no le tenemos á bien la primera, por demostrar cierta hostilidad para nuestros hermanos del Sur, y cierta arrogancia con el débil, mientras que con el fuerte es tan condescendiente.

Ya que el General Díaz es tan hábil en el arte de callar y de permanecer impenetrable, bien pudo haber puesto en juego en esa vez su habilidad.

Antes de pasar adelante queremos hacer una declaración de importancia:

No es nuestro ánimo atacar al señor Mariscal, nuestro dignísimo Secretario de Relaciones. Tenemos el más eleva-

do concepto de su patriotismo é integridad, y hemos sabido que en la mayoría de los casos citados él ha apoyado la política que esbozamos, como más conveniente para la Nación, pero ha tenido que transigir ante la omnipotente opinión del General Díaz.

Ya que en este libro nos hemos propuesto hablar el lenguaje de la verdad, debemos decir lo siguiente: como nunca se sabe lo que pasa en los consejos de ministros, fácilmente ha logrado el General Díaz que recaigan sobre cada uno de ellos todas las faltas cometidas en el ramo á su cargo, y atribuirse todo el mérito de lo bueno que se hace. Para ello es ayudado admirablemente por la prensa asalariada y por las mezquinas divisiones que tan hábilmente sabe fomentar entre sus ministros, á fin de tener siempre en equilibrio sus fuerzas para que ninguno de ellos llegue á imponérsele.

Lo ocurrido con el famoso proyecto de ley minera, nos demuestra que el General Díaz es quien resuelve todos los asuntos importantes, aun contra la convicción de sus ministros.

En este caso el asunto llegó á tener gran publicidad, por circunstancias especiales pero indudablemente tal hecho; es anormal en la política del General Díaz.

Progreso material.

Lo único que ostenta la administración del General Díaz en su apoyo, es nuestro progreso material. Los diarios oficiales publican estadísticas y más estadísticas demostrando que el aumento en nuestro comercio es fabuloso, que las fuentes de riqueza pública y privada han aumentado considerablemente, que nuestra red ferrocarrilera se extiende más y más, que en los puertos se construyen magníficas obras para hacerlos más accesibles á los buques de gran calado, que en todas las grandes ciudades se ha hecho el drenaje, la pavimentación de las calles, se han construido magníficos edificios, etc,. etc.

Todo es muy cierto; nuestro progreso económico, industrial, mercantil, agrícola y minero, es innegable.

Ya lo hemos dicho: el General Díaz hará al país todo el bien que pueda, compatible con su reelección indefinida.

Pues bien, si es cierto que en el orden de libertades todas constituían un estorbo para lograr su fin, por cuyo motivo ha procurado acabar con ellas, no pasa lo mismo con las cuestiones económicas, pues mientras más desarrollada esté la riqueza pública y mayores sean los intereses creados á su sombra, será mayor la estabilidad de su gobierno.

Para llevar á cima esta obra, los dos factores más importantes han sido: la paz y la oleada de progreso material traída al mundo por el vapor con sus múltiples aplicaciones al transporte y á la industria.

Ya hemos visto de que medios tan hábiles se ha valido para conservar la paz, siendo uno de los principales la construcción de grandes ferrocarriles. Pero éstos no solamente han servido para trasportar rápidamente las tropas, sino que han traído un desarrollo maravilloso de las riquezas de la Nación.

El General Díaz, consumado estadista y con sus grandes dotes administrativas, ha sabido fomentar nuestro progreso material, poniendo orden en todo aquello á donde alcanza su actividad. Sin embargo, un país tan extenso como el nuestro, no puede ser gobernado por un solo hombre y si es cierto que se ha rodeado de personas capaces y lo que está á su vista anda relativamente bien, no pasa lo mismo en los Estados, en los cuales la inmensa mayoría de los Gobernadores no se ocupan sino en acrecentar su fortuna por medios más ó menos lícitos, pero siempre en detrimento, por lo menos, de la buena administración de su Estado, puesto que no le dedican todas sus energías.

La mejor prueba de nuestro progreso material y del orden en las finanzas nacionales, está en que se cubren con desahogo los presupuestos de egresos á pesar de los intereses de

nuestra deuda extranjera que ha aumentado considerablemente durante la actual administración.

No publicaremos cifras para demostrar nuestro progreso, porque son bien conocidas de toda la nación las estadísticas respectivas.

Sólo diremos que es un error atribuir todo nuestro progreso al General Díaz, puesto que en igual período de tiempo han alcanzado un desarrollo que no guarda relación con el nuestro, muchas naciones del mundo, entre las cuales citaremos: el Japón, Francia, Estados Unidos, Italia, Alemania, y entre nuestras hermanas del Sur, Costa Rica, Argentina, Chile y el Brasil.

En todos esos países se ha notado como entre nosotros, la influencia bienhechora del vapor que ha revolucionado todas las industrias y los medios de trasporte.

En todos los países mencionados existen las prácticas democráticas; en los que están bajo el régimen republicano, se han alternado en el poder varios ciudadanos, así es que no es principalmente al General Díaz á quien debemos nuestro bienestar económico, sino á la grande ola de progreso material que ha invadido todo el mundo civilizado.

Si en vez de un gobierno absoluto lo hubiéramos tenido democrático, indudablemente nuestro progreso material hubiera sido superior, porque el despilfarro en los Estados no hubiera sido tan escandaloso, y si bien es cierto que los Gobernadores no estarían tan ricos, en cambio las obras materiales habrían recibido mayor impulso, y sobre todo, la instrucción pública estaría más atendida.

Agricultura.

En este ramo tan importante de la riqueza pública, poco ha hecho el Gobierno por su desarrollo, pues con el régimen absolutista, resulta que los únicos aprovechados de todas las concesiones son los que lo rodean, y más particularmente en el caso actual, toda vez que uno de los medios empleados por el General Díaz para premiar á los jefes tuxtepecanos, ha sido darles grandes concesiones de terrenos, lo que cons-

tituye una rémora para la agricultura puesto que los grandes propietarios raras veces se ocupan en cultivar sus terrenos, concretándose generalmente al ramo de ganadería, cuando no los dejan abandonados para venderlos después á alguna compañía extranjera, como sucede con más frecuencia.

Las concesiones para aprovechamiento de aguas en los ríos, han sido inconsideradas, y siempre van á dar á manos del reducido grupo de favoritos del Gobierno, resultando que el agua no se aprovecha con tan buen éxito como hubiera sucedido subdividiéndose entre muchos acricultores en pequeña escala.

El resultado de esta política ha sido que el país, á pesar de su vasta extensión de tierras laborables, no produce el algodón ni el trigo necesario para su consumo en años normales, y en años estériles tenemos que importar hasta el maíz y el frijol, bases de la alimentación del pueblo mexicano.

Parece que las plantaciones de maguey sí alcanzan gran desarrollo, y aunque la venta del pulque proporciona pingües ganancias, no por eso debemos considerar su producto como una riqueza nacional, sino por el contrario, una de las causas de nuestra decadencia.

Minería é Industria.

Estos dos ramos, han recibido un impulso portentoso con los ferrocarriles, sobre todo la minería se desarrolla asombrosamente, debido tanto á los ferrocarriles como á la ley minera tan liberal.

En cuanto á la industria, ha recibido un positivo impulso de parte del Gobierno con la exención de contribuciones á las industrias nuevas y establecimiento de derechos proteccionistas.

Sin embargo, en ciertos casos ha ido el Gobierno demasiado lejos en su afán por desarrollar la industria, permitiendo que se beneficien con esas franquicias, explotaciones perniciosas. Nos referimos especialmente á las fábricas de

alcoholes de todas clases y sobre todo á los de maíz, que transforman ese grano, base de la alimentación del pueblo, en alcohol, uno de los venenos más perjudiciales para el progreso de la República. Esta industria ha encarecido el precio de ese cereal y aumentado la miseria del pueblo en años estériles.

En cuestión de tarifas proteccionistas, no siempre anda muy acertado el Gobierno; para decretarlas, sólo tiene en cuenta los intereses especiales de personas ó sociedades amigas á quienes desea proteger, sin consultar los grandes intereses de la Nación, que no tiene ningún representante legítimo en esas discusiones.

El resultado de esta política ha sido crear los monopolios del papel y la dinamita y encarecer considerablemente los artículos de hierro y acero, con perjuicio de toda la Nación y provecho de unos cuantos.

Hacienda Pública.

Este es uno de los ramos más difíciles de tratar para una persona que no pertenece á las esferas del Gobierno, pues para emitir juicios fundados sobre la mayor parte de los asuntos que le conciernen, sería preciso hacer estudios comparativos y minuciosos sobre estadísticas y datos de otras clases.

Por tal razón nos veremos precisados á tocar este punto superficialmente.

Numerosas estadísticas se publican con frecuencia, de las cuales resalta nuestro progreso material y el estado bonancible de la Hacienda Pública.

Por otra parte, los progresos materiales saltan á la vista y nadie los pone en duda.

Lo que á nosotros corresponde averiguar, siguiendo las tendencias de este libro, es la influencia ejercida por la administración del General Díaz sobre nuestro desarrollo económico.

Desde luego podemos decir que su influencia ha sido enorme; pero lo repetimos: la causa principal de nuestro progre-

so, no es una causa local, sino mundial, pues el siglo XIX y los principios del XX se han caracterizado por el prodigioso desarrollo de las ciencias de aplicación á la industria y al progreso material.

Sin embargo, la administración del General Díaz tiene el grandísimo mérito de haber impulsado al país en la vía del progreso material, fomentando la construcción de ferrocarriles, protegiendo la industria, etc., etc.

Además, hemos dicho que el General Díaz hace al país todo el bien que puede, mientras sea compatible con su reelección indefinida.

Teniendo en cuenta la cortapisa expresada, veamos que bien le ha permitido hacer á la Nación, y cuanto ha influído en que ese bien no fuera mayor.

Desde luego, debemos hacer justicia á su administración, que ha logrado nivelar los presupuestos y aun presentar sobrantes en la Tesorería á pesar del enorme servicio de la deuda; lo cual prueba nuestra bonancible situación económica y que en el ramo de Hacienda existe un orden minucioso, orden que sólo logró establecerse cortando de raíz grandes abusos.

La inmensa deuda contraída por la administración actual, ha servido para desarrollar considerablemente nuestra riqueza, y no creemos que constituya gran carga para la Nación, desde el momento que con desahogo se pagan sus intereses y se va amortizando parte de ella.

La crisis financiera porque atraviesa actualmente el país, no quiere decir nada contra el desarrollo de la riqueza nacional. Sus causas son también mundiales; sobre nosotros se reflejó la crisis sentida en los Estados Unidos, haciendo bajar considerablemente nuestros productos de exportación y dejando de entrar capital extranjero.

El señor Ministro de Hacienda se alarmó con la crisis de los Estados Unidos, y temió que de alcanzarnos, amenazara seriamente á los bancos de emisión; éstos habían adquirido ciertas prácticas incompatibles con instituciones de

ese carácter, y prácticamente se habían convertido en bancos refaccionarios. Además, en algunos de ellos sus consejeros cometían grandes abusos.

Para conjurar el mal, el señor Limantour convocó á una junta de banqueros por medio de una circular, en la que expuso las modificaciones convenientes á su juicio para reformar la Ley Bancaria.

Esa circular causó honda impresión en los círculos financieros y aumentó la tirantez monetaria que ya se empezaba á sentir.

Sin embargo, se ha exagerado mucho el efecto de esa circular en el aumento de la crisis; ya hemos dicho que las causas determinantes fueron mundiales. Además, sufrimos las consecuencias de una ley económica bien conocida, según la cual, los países prósperos sufren crisis periódicas.

No terminaremos el ramo de Hacienda sin decir unas palabras sobre la fusión ferrocarrilera y el dominio del Gobierno sobre una gran extensión de las líneas nacionales.

Esta importante operación ha sido motivo de serias controversias en la prensa; no obstante, declaramos francamente que consideramos como un gran bien para el país el dominio del Gobierno sobre los ferrocarriles; de ese modo nos ponemos á cubierto de algún *trust* extranjero que los adquiera y explote, paralizando nuestras fuentes de riqueza.

Además, el Gobierno se preocupará mejor que una compañía extranjera, de los intereses nacionales, y aunque actualmente se conocen algunas quejas, quizás no sean muy fundadas, pero sobre todo, será fácil remediar el mal, y si la actual administración no lo hace, lo hará la siguiente, ¡que algún día ha de cambiar esta situación!

Otra razón de gran peso: esa adquisición quita el pretexto de reclamaciones internacionales en el caso desgraciado de trastornos intestinos ó de algún conflicto internacional.

Por último, razones muy importantes de orden económico, determinaron al Gobierno á consumar tan magna opera-

ción, según lo ha demostrado el señor Limantour en su informe.

El cargo único imputado á esta operación, es que podría haberse verificado en condiciones más ventajosas para la Nación, pretendiéndose que sirvió de pretexto á fructuosas especulaciones.

Afirmación difícil de comprobar, por más que el público da siempre crédito á tales rumores, porque es indisputable que bajo el actual régimen de gobierno se pueden cometer los más grandes abusos, sin que sea fácil comprobarlos, faltando el control de las cámaras y de la prensa independiente.

A pesar de lo expuesto, en el caso que nos ocupa la prensa ha usado gran libertad para combatir los actos del señor Ministro de Hacienda.

Circunstancia que no ha sido apreciada debidamente, porque ese acto del señor Limantour, de dejar que la prensa discuta, debía más bien enaltecerlo que desprestigiarlo. Pero sucede que, sin darnos cuenta, obramos bajo la sugestión del General Díaz, á quien no desagrada que la prensa ataque de cuando en cuando á sus ministros, sobre todo, cuando empiezan á adquirir cierto prestigio. En cambio, á él nadie lo puede censurar; él nunca es culpable de ninguna determinación desacertada de sus Secretarios, mientras que á él sólo se atribuye todo el mérito de las buenas.

Resulta que, mientras se ataca á uno de sus ministros porque se comete alguna falta en el ramo de su cargo, se prodigan toda clase de adulaciones al General Díaz, diciendo que se espera de su alta justificación, de su clarísimo talento, etc., etc., que remedie el mal, sin comprender, ó haciendo que no se comprende, que él es responsable de todas esas faltas, tanto porque los ministros son nombrados por él y no toman una determinación importante sin su consentimiento, como por el régimen del poder absoluto establecido, y el cual ha paralizado la influencia que podrían ejercer todos los ciudadanos si hicieran uso de los derechos que les

concede la Constitución, para inmiscuirse en los asuntos públicos.

Balance al poder absoluto en México.

Ya hemos estudiado su activo y su pasivo, procuremos ahora sacar las deduciones generales.

Desde luego, el poder absoluto nos presenta en su abono el gran desarrollo de la riqueza pública, la extensión considerable de las vías férreas, la apertura de magníficos puertos, la construcción de espléndidos palacios, el enbellecimiento de nuestras grandes ciudades, principalmente la capital de la República, y sobre todo eso, como la hada bienhechora de tanta maravilla, la paz que hemos disfrutado por más de treinta años, y que según parece ha echado hondas raíces en nuestro suelo.

En cambio, el actual régimen de gobierno nos presenta un pasivo aterrador; acabó con las libertades públicas, ha hollado la Constitución, desprestigiado la ley que ya nadie procura cumplir, sino evadir ó atormentar para sus fines particulares, y por último, acabó con el civismo de los mexicanos.

Para apreciar debidamente la nefasta labor del absolutismo, veamos cual es el ideal que debe perseguir todo gobernante que ama á la patria.

Desde luego podremos citar como un bellísimo programa de gobierno, el que tan elocuentemente encerraba en estas palabras el inmortal Morelos, cuando convocó al Congreso de Chilpancingo:

"Soy el siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima é inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo. Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad: que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay abolengos ni privilegios; que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos; que se eduque á los hijos del labrador y del barretero como á los

del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que tengamos una fe, una causa y una bandera bajo la cual juremos morir antes que ver á nuestra patria oprimida como lo está, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con toda nuestra sangre esa libertad preciosa."

En estas sencillas palabras están pintados con elocuencia conmovedora, los grandiosos ideales con que soñaban quienes no vacilaron en derramar toda su sangre para legarnos la preciosísima conquista de nuestra independencia.

Ese ideal es el que aún alienta á todos los pechos generosos que sobreponen el amor á la patria á las ruines pasiones.

Pues bien, el poder absoluto del General Díaz ha creado en México una situación muy distinta de la soñada por Morelos.

El jefe de la Nación, en vez de ser siervo y acatar los decretos del pueblo, se ha declarado superior á él y desconocido su soberanía; así es como el Gobierno actual no está nombrado por el pueblo ni sostenido por él. Su fuerza dimana de las bayonetas que lo llevaron de Tecoac al Palacio Nacional, en donde lo sostienen todavía.

La nobleza de la virtud, del saber, del patriotismo, es completamente desconocida por la actual administración, que sólo premia las acciones de los que le sirven y adulan, y persigue á todos los que no se doblegan.

La instrucción pública es tan desigual, que mientras en la capital de la República y en las grandes ciudades se construyen costosos y espléndidos edificios dedicados á la enseñanza, y se mandan á educar á Europa muchos de los afortunados, permanece aún el ochenta y cuatro por ciento de la población sin conocer las primeras letras.

En cuanto á la administración de justicia, está tan corrompida, que para fallarse cualquier litigio de importancia, se toma en consideración, no la justicia de su causa, sino

las influencias de los litigantes, resultando que el *hilo siempre se revienta por lo más delgado*, como vulgarmente se dice, así es que la administración de justicia en vez de servir para proteger al débil contra el fuerte, sirve más bien para dar forma legal á los despojos verificados por éste.

Por último, para que estuviéramos resueltos á defender nuestra patria hasta morir, necesitaríamos que se nos enseñara á amarla, y hasta ahora no ha pasado tal cosa; vemos que entre nosotros goza de más prerrogativas el extranjero que el nacional; que cuando debemos litigar en países extraños confiamos más en la justicia, que en el nuestro; que una parte de nuestros conciudadanos se han apropiado las riendas del Gobierno y declarado ineptos para llevarlas á todos los demás mexicanos, y no solamente, sino que los han declarado incapaces hasta para designar los funcionarios públicos, y que, en vez de combatir esa incapacidad por medio de la instrucción y de las prácticas democráticas, se les impide con la fuerza bruta cualquier ensayo que intentan para elevarse.

Por consecuencia, se ha acabado el patriotismo entre nosotros, porque hay que decirlo claro: el patriotismo no solamente se demuestra en el momento de una guerra extranjera, rechazando una agresión injustificada, sino que debe manifestarse constantemente, puesto que en tiempo de paz es cuando pueden organizarse las fuerzas de una nación y no es lógico esperar grandes esfuerzos en la defensa de la patria, de hijos que no han sabido trabajar para fortalecerla.

No hay que imaginarse que para sostener las guerras extranjeras lo único necesario sea el dinero; esto es cierto solamente para las guerras de conquista, á las que se refería el gran Napoleón. Para las guerras defensivas lo indispensable, ante todo, es el patriotismo: España, el país más pobre de Europa, fué el único que Napoleón nunca pudo someter.

Aquí en México, á no ser por el patriotismo de un puñado de héroes, habríamos perdido nuestra independencia

cuando en Puebla fueron destruidos nuestros elementos de guerra por el ejército francés.

Pues bien, esos patriotas se habían forjado en las luchas democráticas, en las guerras intestinas defendiendo nuestros caros principios de libertad. ¿Dónde están ahora esos hombres que salven á la patria en caso de peligro?

Todas las esperanzas de la Nación las han querido concentrar en un anciano octogenario.

Este, celoso de su poder más que de las glorias patrias, no ha preparado á la Nación para una defensa seria, ya que en vez de militarizarla adoptando algún sistema económico, se ha reducido á sostener un ejército que sólo sirve para oprimirnos.

Por otra parte, vemos que el General Díaz ya no puede con la carga del gobierno, y quizás para evitarse la dificultad de resolver problemas arduos, prefiere posponer su resolución indefinidamente, y está amontonando problemas que revestirán una importancia pavorosa cuando tengan que resolverse todos de golpe, con la muerte del que ha logrado mantener un equilibrio artificial en nuestra situación.

No declamamos. ¿Qué haremos con la concesión otorgada á los Estados Unidos, para que ya no hagan uso de la Bahía de la Magdalena como estación carbonífera, cuando la Nación no quiera prorrogar el permiso?

¿En donde encontraremos al que ha de llevar constitucionalmente las riendas del gobierno, si sólo conocemos creaturas del General Díaz, que engreídos con su política han de querer seguirla?

Indudablemente que existen hombres de mérito; pero no los conocemos, ni ellos mismos han tenido tiempo de formarse en las candentes luchas de la la idea, en el vasto campo de la Democracia.

En resumen, el poder absoluto ha aniquilado las fuerzas de la Nación, porque los ciudadanos que podrían prestar su contingente para la buena marcha del gobierno, se han abstenido de hacerlo por temor de no aparecer como descon-

tentos. Esa costumbre les ha hecho perder todo interés por la cosa pública, sabiendo que no podrán remediar la situación.

Tal indiferencia en el elemento intelectual, ha paralizado todo esfuerzo por el mejoramiento. Las mismas autoridades, viéndose aduladas en todos sus actos, creen firmemente que no se puede hacer más ni mejor.

Además, los pueblos son siempre influidos por el ejemplo de arriba. Los que gobiernan, embriagados por la adulación, van dando poco á poco rienda suelta á sus pasiones; por costumbre, vulneran la ley y sus más solemues protestas las ven como fórmulas vanas. Como resultado, el pueblo también va dando rienda suelta á sus pasiones, según lo atestigua el aumento pavoroso del alcoholismo, la criminalidad y la prostitución; se acostumbra á no apreciar el imperio de la ley; obedece servilmente al principio de autoridad, y se acostumbra al disimulo, amoldándose en todo al medio en que se encuentra.

Total: una nación en donde la virtud es escarnecida y burlada; el éxito siempre premiado aunque sea obtenido á costa del crimen, y el patriotismo visto con desdén ó perseguido, tiene que ir por una pendiente fatal, á donde la impulsan además las riquezas con todas sus voluptuosidades.

Los hombres superiores, los que con la clarividencia del patriotismo han visto el peligro, permanecen silenciosos; una mordaza terrible los ahoga y les impide articular una palabra.

Que en estas circunstancias venga una tempestad sobre la patria, y adiós independencia; la perderemos con la misma indiferencia con que hemos perdido nuestra libertad; y así como hemos visto pisotear nuestra Constitución, veremos hollar nuestro territorio.

En tal caso, la pérdida de nuestra independencia no sería considerada como un mal por los hombres de negocios, pues todas las propiedades subirían de valor; y como el espíritu mercantil es el único que se ha desarrollado á la sombra del

despotismo, resultará que ese espíritu seguirá invadiendo poco á poco todas las masas sociales, hasta que llegue á predominar lo que en estos tiempos se llama *ser práctico*, y todo el mundo será *práctico* y á nadie se le meterá en la cabeza la locura de dejarse matar por defender á la patria, pues la patria ¿qué es? *Es un mito, una cosa inmaterial, intangible, que no produce nada.*

Ese principio ha llegado á ser el criterio nacional en gran parte de la República, pues ya hemos visto como se expresan algunos malos hijos de México que habitan la Baja California; la indiferencia con que el pueblo se enteró de la concesión de la Bahía de la Magdalena y más que todo, estamos presenciando el indiferentismo con que todos dejan hollar sus más sagrados derechos de ciudadanos.

Quizás al leer esto asome una sonrisa volteriana á los labios de los escépticos. Otros pensarán que vemos el porvenir al través de la lente del pesimismo.

Que todas esas personas relean el capítulo anterior en donde á grandes rasgos procuramos describir los efectos del poder absoluto en el mundo. No hay que olvidarlo, estamos durmiendo bajo la fresca, pero dañosa sombra del arbol venenoso; soñamos deslumbrados por el progreso material; arrullados por la voluptuosidad de la riqueza y el bienestar; enervados por la inacción y sobre todo esto, el miedo paraliza nuestras facultades, hasta la del discernimiento, puesto que, para no abochornarnos de nuestra debilidad, exageramos demasiado la importancia de los obstáculos que se nos presentan en el camino del deber, y para no vernos obligados á salir de nuestra inacción, nos convencemos fácilmente de que navegamos por un mar de aceite y que ninguna tempestad asoma por el horizonte de la patria.

Para terminar este capítulo, haremos las consideraciones siguientes:

El actual gobierno se ha preocupado tan poco del pueblo, de la clase trabajadora, que tiene establecidos en los Estados fuertes impuestos para los trabajadores que emigran

aun á otras partes del país en busca de mejores sueldos. Los impuestos están disimulados bajo la forma de una contribución en los contratos de enganche, á razón de *tanto por cabeza.*

La situación del obrero mexicano es tan precaria, que á pesar de las humillaciones sufridas por ellos allende el Río Bravo, anualmente emigran para la vecina República millares de nuestros compatriotas, y la verdad es que su suerte allá es menos triste que en su tierra natal.

¡De toda la América, México es el único país cuyos nacionales emigran al extranjero!

¿De qué nos sirve nuestro portentoso progreso material, si no tenemos asegurado ni siquiera el sustento honrado á nuestras clases desvalidas?

Y los progresos aterradores del alcoholismo ¿por qué no se han evitado?

¿Por qué no emplea el General Díaz su mano de hierro para extirpar esa gangrena social? ¿Será más perjudicial el anhelo de la libertad, que el deseo de embriagarse?

El estudio que hemos hecho de la situación actual, se puede condensar en las siguientes frases:

En las esferas del gobierno predomina la corrupción administrativa, pues aunque el General Díaz y algunos de sus consejeros son honrados, no pueden por sí solos saber todo lo que pasa en la República; pero ni siquiera cerca de ellos: bien sabido es que entre las personas que los rodean se cometen grandes abusos, ya sea especulando con los secretos de Estado ó ya por medio de concesiones ventajosas para ellos.

Además, todos los funcionarios públicos se han acostumbrado á burlar la ley, gozan de una impunidad absoluta y están muy engreídos con el actual régimen de cosas.

En las esferas de los gobernados, tenemos en primera línea la clase privilegiada, la gente rica que goza de toda clase de garantías cuando sólo emplea su actividad en los negocios, cosa que no le cuesta mucho trabajo, porque la ri-

queza siempre ha fomentado el egoísmo. Parte de esta clase es constantemente beneficiada por el gobierno, y la inmensa mayoría, que no lo es, está también contenta con la situación actual, pues le permite dedicarse al lujo, al placer, á todas las voluptuosidades que le proporciona el dinero, y no solamente tiene libertad absoluta para ello, sino que goza de impunidad relativa.

Por último, tenemos la clase humilde, el pueblo bajo que nunca se ve obligado á ir á la escuela y encuentra en todas partes el medio de satisfacer sus instintos bestiales, sobre todo, el desenfrenado deseo de alcohol. Ese no sabe si estará ó no contento, pues en el triste estado de abyección á que está reducido, no se da cuenta de su situación ni sabe si podrá aspirar á elevarse.

Sin embargo, ese pueblo aplaude todos los espectáculos que se le presentan á su vista; aplaude al torero, al cirquero, al cómico, y también aplaude las ceremonias oficiales, que no considera sino como representaciones teatrales en grande escala, pues en el fondo, á pesar de su ignorancia, bien comprende que todo cuanto le dicen es mentira.

Por lo expuesto se verá como puede decirse que la mayoría de la República está contenta con el actual orden de cosas. Pero los únicos que no están contentos, son los intelectuales pobres, que no han sufrido la corruptora influencia de la riqueza, y entre los cuales se encuentran los pensadores, filósofos, escritores; los amantes de la Patria y de la Libertad; la clase media que no tiene grandes distracciones, se dedica al estudio y no recibe ningún beneficio con el actual régimen de gobierno y que, en el taller, mientras pone en juego su fuerza física para el desempeño de su tarea diaria, deja vagar su inquieta imaginación por el espacioso campo del pensamiento, concibiendo brillantes ensueños de redención, de progreso é igualdad; por último, entre las clases obreras, el elemento seleccionado que aspira á mejorar y que ha llegado á formar ligas poderosas, á fin de obtener por

medio de la unión, la fuerza necesaria para reivindicar sus derechos y realizar sus ideales.

A pesar de lo modesto de estos elementos, la Patria tiene cifradas en ellos sus esperanzas y serán los que la salven.

CAPITULO V.

¿A DONDE NOS LLEVA EL GENERAL DIAZ?

En el capítulo anterior intentamos estudiar las consecuencias del régimen de gobierno implantado por el General Díaz. Este trabajo, incompleto porque debimos extendernos más á permitirlo las dimensiones de este libro, se completará sin embargo, con las observaciones que tendremos oportunidad de hacer antes de terminarlo.

Por ahora, procuraremos decifrar el porvenir en caso de que siga imperando el actual régimen.

Desde luego vemos que la tendencia manifiesta del General Díaz y del grupo que lo rodea, es perpetuar el sistema del poder absoluto y hasta se empieza á iniciar un movimiento en las altas esferas, reflejado en la prensa gobiernista, para reformar la Constitución de modo que la ley sancione el actual régimen de centralización.

Por otro lado, á pesar de las declaraciones del General Díaz al periodista americano señor Creelman, vemos que prepara su sexta reelección, pues entre otras pruebas, en

ningún Estado ha permitido que se verifiquen elecciones para Gobernador, único medio indicado para cumplir honradamente con dichas declaraciones, si en su mente hubiera estado el cumplirlas.

Entrevista con Creelman.

Puesto que deseamos indagar á donde nos lleva el General Díaz, sería muy oportuno estudiar aquí sus declaraciones á Creelman; pero lo juzgamos ocioso, porque no las creemos sinceras por estar en contradicción manifiesta con sus actos posteriores, y ya el General Díaz nos tiene acostumbrados á las promesas más falaces, desde el plan de la Noria hasta sus últimas declaraciones.

Lo que sí intentaremos, es indagar qué móvil perseguía al hacer tales declaraciones. Notemos desde luego la circunstancia de que el General Díaz hiciera á un periodista extranjero confidencias trascendentales, que en el caso revistieron el carácter de solemnes declaraciones, mientras que á un honrado periodista mexicano, el señor Filomeno Mata, Director de «El Diario del Hogar» le negó una audiencia solicitada por él para un representante de varios periódicos nacionales, con objeto de tratar sobre el mismo asunto.

Esto no viene sino á poner una vez más de relieve, la exagerada condescendencia del General Díaz para los extranjeros y el desdén con que ve la opinión pública nacional y á sus más genuinos representantes.

En cuanto al fin que persiguiera el General Díaz al hacer las referidas declaraciones, es bien difícil descifrarlo y las opiniones son muy diversas.

Hay quienes opinen que fué una especie de buscapié para pulsar la opinión. Otros creen que el General Díaz, dando crédito á la adulación, llegó á considerarse sumamente popular y á imaginarse que al declarar su intención de dejar el poder, se levantaría en toda la Nación un clamor general pidiéndole que siguiera en la presidencia. Otros se han imaginado que el General Díaz perseguía como fin, el de

saber quienes eran los que podían alborotarse con esas declaraciones, para nulificarlos oportunamente. Por último, él mismo ha dicho posteriormente que lo manifestado por él en aquella entrevista era solamente un deseo personal.

Nosotros creemos que todas las opiniones anteriormente emitidas, son más ó menos exactas, á excepción de la última, porque no es de creerse que si el deseo personal del General Díaz fuera retirarse de la presidencia, encontrara fuerzas extrañas bastante poderosas para impedírselo. Por más condescendiente que sea con los que lo rodean, no llega á ese grado de sumisión. Además, no sabemos que haya quien le inste para que siga al frente de los destinos del país, sino algunos de los que lo rodean, ó han medrado á su sombra; pero esas opiniones interesadas no pueden considerarse como el deseo de la Nación.

En resumen: de sus declaraciones, no podemos sacar en limpio cual sea el programa de Gobierno del General Díaz; mejor será buscar la solución del problema en la lógica inflexible de los hechos.

Continuación del poder absoluto.

Estos hablan con rara elocuencia y dicen de un modo fuera de duda, que el General Díaz desea seguir en la presidencia reeligiéndose una vez más, y dicen también que no piensa cambiar de política ni quiere permitir ninguna libertad á la Nación, siquiera para que ésta designe al que ha de sucederle.

Muchos se preguntarán: ¿qué interés tendrá el General Díaz en nombrar sucesor? Efectivamente, á primera vista parece que ninguno; pero si buscamos más profundamente las causas ocultas que lo guían en todos sus actos, encontramos las razones siguientes:

Si el General Díaz permitiera á la Nación nombrar al Vicepresidente, tendría que permitirle también nombrar parte de las Cámaras, lo cual entorpecería su acción para seguir gobernando á la República según su voluntad, en-

torpecimiento á que difícilmente se resignará el caudillo tuxtepecano.

Por otra parte, á la sombra de su administración se han improvisado fortunas inmensas y cometido grandes faltas: y él y el círculo que lo rodea han de querer que su sucesor constituya una garantía para los intereses creados á su sombra y un velo para las faltas cometidas durante su administración.

Con estos antecedentes nos será más fácil descifrar el enigma: El General Díaz escogerá como Vicepresidente y como sucesor, al que más garantías ofrezca para cumplir con dichos requisitos, sin tener para nada en cuenta los grandes intereses de la Patria.

Al fundar esta afirmación, nos apoyamos en los móviles que siempre lo han guiado para el nombramiento de Gobernadores de los Estados, desconociendo por completo los intereses de éstos y preocupándose únicamente de su política personal; en la elección que hizo del General Manuel González para confiarle la Presidencia por cuatro años, en la que, como hemos demostrado, sólo buscó la seguridad de volver nuevamente á la Presidencia, sin considerar el mal que haría á la Patria su compañero de armas; y por último, en la designación que hizo del señor Corral para Vicepresidente, tan mal recibida hasta por la misma Convención, formada por elementos oficiales.

En vista de lo anterior, estudiemos entre quienes podrá escoger el General Díaz su sucesor.

Desde luego se nota una profunda división en el elemento oficial; división que ha servido al General Díaz para guardar el equilibrio entre sus amigos, y no permitir que determinado grupo llegue á adquirir demasiada preponderancia, creando dentro de su misma admistración una potencia que podría entorpecer su acción.

Esta división ha dado por resultado la formación de dos partidos políticos, el Científico y el Reyista.

¿A cuál de los dos dejará el General Díaz como herencia la silla presidencial?

Los dos tienen grandes esperanzas, pero todo hace creer que el General Díaz se inclina más por el partido científico.

En este caso, el candidato oficial para la Vicepresidencia será el señor Corral.

El Sr. D. Ramón Corral.

Este señor reune todos los requisitos que desean tanto el General Díaz como su grupo.

Al General Díaz nunca le ha entorpecido su acción, y sus antecedentes hacen esperar que seguirá su misma política, aprovechando los poderosos elementos de que dispone la actual administración y constituyen la mejor garantía para los intereses creados á su sombra.

Vemos, pues, que el señor Corral corresponde debidamente á las esperanzas del General Díaz y del grupo científico. Examinemos ahora que debe de esperar la Nación de él.

Para esto necesitamos hacer un estudio de su personalidad, por cierto bastante difícil, pues si el General Díaz es una esfinge que no habla, pero obra, el señor Corral es también una esfinge, pero que no habla ni obra desde que ocupa el alto puesto de Vicepresidente de la República y aun desde antes, desde que fué á radicarse á la metrópoli á prestar sus servicios en la actual administración.

Por este motivo encontramos pocos de sus actos que nos sirvan para juzgarlo, y sólo podremos hacerlo, exponiendo apreciaciones sobre esa inacción y sus actos anteriores, allá cuando vivía en Sonora.

Principiaremos por estos últimos, siguiendo así el orden cronológico.

El señor Corral, como Gobernador de Sonora, fué muy superior al General Torres y al señor Izábal, por cuyo motivo es popular en aquel Estado; pero la verdad es que esa popularidad proviene de una apreciación superficial de las cosas.

Si el señor Corral se preocupa seriamente por la felicidad

del Estado de Sonora, ¿por qué no ha hecho lo posible para quitar el Gobierno á los señores Torres é Izábal que se lo alternan para desdicha de aquel Estado?

¿Por qué en vez de seguir esa política benéfica se ha aliado con aquellos funestos gobernantes, constituyendo lo que allá denominan triunvirato?

La razón es que el señor Corral tiene más fe en la ayuda de sus amigos que en la del Estado; luego no podemos considerarlo como un demócrata convencido, puesto que no tiene fe en la fuerza del pueblo.

Ese triunvirato es el culpable de la guerra del Yaqui, y aunque aparentemente, el que menos parte ha tenido en ese atentado es el señor Corral, hay que convencerse de esto: él es el alma del triunvirato, la inteligencia directora y el jefe de los tres. Si hubiera querido, no le habría faltado medio para evitar que esa guerra se iniciara ni se prolongase por tanto tiempo.

La Nación nunca podrá separar el nombre del señor Corral de la inicua guerra del Yaqui, porque si él no la promovió, la ha tolerado, probando que se preocupa más por sostener á sus amigos, á sus fieles partidarios, en los puestos políticos, que por defender los grandes intereses de la patria.

Cuando Izábal fué á México, confuso ante la opinión pública que lo acusaba de un atentado contra la soberanía nacional en Cananea, su buen amigo, el señor Corral, lo recibió con toda clase de consideraciones, lo cual es altamente significativo, pues en aquellos momentos el señor Corral era el Vicepresidente de la República y el señor Izábal un Gobernador que acababa de cometer un atentado contra la soberanía, y el deber obligaba al primero á olvidar la amistad, para hacer que se le procesara debidamente.

Aunque al parecer de poca importancia estas acciones, nos harán pensar seriamente sobre el porvenir que espera á la Nación el día que el señor Corral llegue á ser Presidente de la República. En todos los Estados impondrá Gobernadores (como sus amigos Izábal y Torres) á quienes absol-

verá de todas sus faltas por inicuas que sean, aun cuando traten de exterminar una raza hermana ó de atentar contra la soberanía nacional: todo con tal de que lo sostengan en el poder.

Si pasamos ahora á estudiar su labor como Ministro de Gobernación, no encontramos ningún dato para juzgarlo, pues las relaciones entre él y los gobernadores de los Estados son de tal naturaleza, que el público no se da cuenta de ellas.

Como Vicepresidente sí podemos apreciarlo; aunque en virtud de la ley no puede hacer nada mientras subsista en el poder el Presidente, ya era tiempo que de alguna manera hubiese dado á conocer cuales son sus tendencias, para dar á conocer á la Nación lo que debe esperar de él.

A través de su inacción, lo único fácil de comprender es que aprueba la política del General Díaz en todo y por todo; pues siendo Vicepresidente ha aceptado una cartera en el Gabinete. Además, se ha revelado como hombre prudente que sabe amoldarse á las circunstancias, y como ha comprendido que cuanto menos se hable de él más lo estimará el General Díaz, ha procurado permanecer en la sombra.

Por este motivo muchas personas creen débil al señor Corral, pero se engañan. Lo contrario, es un hombre de grandes energías, como lo demostró en Sonora, y como lo demostrará el día que ocupe la presidencia. Sucede que para él tiene más importancia la omnipotente amistad del General Díaz, que la del pueblo, tan débil é ineficaz para la realización de sus ensueños.

Los que conocen más á fondo al señor Corral, opinan que al recibir la presidencia se revelará un hombre de energías inesperadas, como pasó con Sixto V en Roma.

Por todo lo anterior, el señor Corral llena perfectamente las condiciones que el General Díaz apetece para su sucesor; pero la Nación no debe esperar de él sino la prolongación del poder absoluto, exacerbándolo más, pues para imponerse necesitará algunos actos de *energía*.

Hemos oído afirmar que el señor Corral gobernará constitucionalmente, porque según dicen, no tendrá el prestigio necesario para imponerse como se ha impuesto el General Díaz. Cualquiera que se ponga á meditar sobre el mecanismo de la situación actual, comprenderá cuan infundada es tal esperanza.

El General Díaz se apoya en el ejército, pero más que en él sobre el mecanismo de su administración, toda vez que las cámaras de representantes son nombradas por él y en consecuencia obran en todo de acuerdo con sus disposiciones. Igual cosa sucede con los Gobernadores de los Estados y las autoridades subalternas.

A pesar de ello no debe creerse que todos los Diputados, Senadores y Gobernadores son partidarios personales del General Díaz. Son partidarios del régimen que les permite vivir holgadamente, disfrutando honores, buenos sueldos é influencia para el arreglo de negocios productivos.

Tanto es así, que las cámaras son serviles no solamente en obsequiar las órdenes del General Díaz, sino las de cualquiera de sus Secretarios de Estado. El servilismo ha llegado á tal punto, que los representantes del pueblo ya no necesitan consignas, pues con su clara inteligencia adivinan siempre cual es la voluntad del César.

Los Diputados, si no hacen oposición, no es por temor á la muerte, pues á nadie se le ocurre que el General Díaz fusile á los que no obedecieran la consigna: lo que ellos temen es perder su curul, y con la curul el sueldo, la inmunidad y la influencia que les proporciona pingües ganancias.

Pues bien, ¿por qué estos representantes tan hábiles para adivinar la consigna del actual amo, no harían lo mismo al tener un amo nuevo? El señor Corral tampoco los mandaría matar porque le hicieran oposición, pero sí los borraría de las listas de los reelectos y los privaría de su influencia. Con esto bastaría para que las cámaras siguieran obedeciendo al señor Corral, como ahora obedecen al General

Díaz; para ello no necesitarían un gran esfuerzo, porque y desde ahora están acostumbradas á acatar respetuosamente sus órdenes.

Pensar que siguiendo el actual régimen de cosas habrá libertad en las cámaras, es una utopia, pues los Diputados deben sus puestos al Gobierno y á él tendrán que servirle, llámese Díaz ó Corral. Si los representantes del pueblo quisieran apoyarse en sus distritos electorales, fracasarían lastimosamente, puesto que en aquella parte de la República que los nombró como su representante es donde son menos conocidos.

Con los Gobernadores las cosas pasarían de un modo semejante.

Al desaparecer el General Díaz de la escena política, el señor Corral, ó quien sea designado en su lugar para ocupar la Vicepresidencia, se pondría en relación con todos los Gobernadores, y éstos reanudarían el pacto celebrado con su antecesor: "*Nos sostienes en el poder y á nuestra vez te sostenemos indefinidamente.*" Quizás hubiera algún Gobernador que no estuviera de acuerdo con él. En tal caso, mandaría algunos emisarios para agitar la opinión pública en el Estado y organizar un partido de oposición, el que, apoyado por el Gobierno del Centro, sería el que resultara triunfante en las elecciones más próximas, asegurando muy pronto un cambio de Gobernador.

Al pasar tal cosa en los Estados todo el pueblo estaría contentísimo con su triunfo aparente; pero en realidad, de poco le serviría ese cambio. El nuevo Gobernador tendría que marchar en todo acuerdo con el Gobierno del Centro y no podría concederles ninguna libertad, único medio de que los mandatarios obren bien. Una de las cosas en que marcharía de acuerdo con el señor Corral, era en la reelección y esta corrompe á los gobernantes, así es que después de dos reelecciones, tendrían en dicho Estado otro tirano como el anterior.

Aun en caso de que resultara bueno el gobernante,

sería una casualidad que se conservara así, y sobre todo, no serían sino muy pocos los Estados favorecidos.

Algunos escritores opinan que al morir el General Díaz, los Estados harán respetar su soberanía, sin comprender que sólo podrían hacerlo por medio de sus mandatarios y siempre que éstos se sintieran apoyados por el pueblo, lo cual no sucede. Por el contrario, la mayoría de los Gobernadores no desea que se respete la soberanía de sus respectivos Estados, porque el primer acto de éstos al sentirse libres, sería destituirlos del poder y en muchos casos, procesarlos.

Ya vemos como todo el mecanismo administrativo seguirá inalterable.

Igual pasaría si en algún Estado quisieran verificar elecciones locales, pues, aislado, nunca podría luchar ventajosamente contra la acción del centro.

Todo lo anterior nos hace ver como se prolongaría el régimen de poder absoluto con todas sus funestas consecuencias.

Sin embargo, los que gozan con esa situación, no deben estar muy tranquilos, pues una tempestad amenaza sus intereses, así como los más caros de la Patria.

El General Díaz ha fomentado, ó por lo menos tolerado las rivalidades entre el General Reyes y el señor Corral.

Esas rivalidades han llegado á engendrar odios profundos, y el General Reyes nunca tolerará que el señor Corral llegue á la Presidencia, y dado su carácter impulsivo, no será remoto que vuelva á acarrear sobre nuesetra Patria la guerra civil con todos su horrores.

Tal es la opinión imparcial de muchas personas sensatas.

El General Reyes ha afirmado en sus protestas que nunca ensangrentará el suelo nacional con una revolución, pero á sus protestas, lo mismo que á todas las declaraciones de origen oficial, nadie les da crédito; ya estamos acostumbrados á conceder á esas declaraciones, el mismo valor que á

sus protestas de respetar la Constitución, que son los primeros en vulnerar.

Este es el gran peligro que amenaza á la Nación; todo el mundo lo siente; el mismo General Díaz lo sabe, pero confía que mientras él viva, nunca pasará tal cosa. En eso tiene razón; pero no la tiene al confiar demasiado en que sobrevivirá al General Reyes.

En resumen, subiendo el señor Corral al poder, estamos amenazados de que sobrevenga una revolución, ó se prolongue el sistema de poder absoluto, indudablemente no tan mesurado como el del General Díaz, porque después de todo, nuestro viejo Presidente tiene grandes méritos y virtudes que han suavizado el peso de su mano, mientras que la del señor Corral se haría sentir mucho más, no poseyendo las virtudes que moderan los actos del General Díaz y le permiten desarrollar una actividad portentosa.

En cuanto á la Nación, si no hace un esfuezo en la próxima campaña electoral para Presidente y Vicepresidente de la República, se encontrará después maniatada, y seguirá en la más triste abyección, y así como Roma después de Augusto quedó tan acostumbrada á la servidumbre que aceptó el yugo Tiberio; así entre nosotros habrá echado tales raíces el régimen del absolutismo, que después del General Díaz, doblegaremos igualmente la cabeza ante el señor Corral, y entonces sí se establecerá de un modo permanente tan funesto régimen, pues si la Nación puede esperar que el General Díaz por sus antecedentes históricos y por las repetidas promesas que le ha hecho, le conceda alguna libertad, no podrá esperar lo mismo del señor Corral que empezó su carrera política bajo la corruptora influencia del poder absoluto, del que ha sido un factor de los más importantes.

General Bernardo Reyes.

Aunque no tiene tantas probabilidades de llegar á la Vicepresidencia como el señor Corral, es de los más nombrados en conexión con ese alto puesto, y

no cabe duda que él sí hace una política activísima para llegar á tal fin. Además, es el jefe de un grupo importante que siempre ha contrabalanceado la influencia del partido científico en la administración del General Díaz.

Por estas circunstancias, sus partidarios tienen gran esperanza en que llegue á ser el agraciado por el Caudillo para tan alto puesto; pero de cualquier manera, es indudable que al desaparecer el General Díaz, tendrá que representar un papel muy importante en la política nacional, por cuyo motivo nos parece oportuno hacer un ligero estudio de su personalidad.

En este caso no tropezaremos con las dificultades que se nos presentaban al estudiar la personalidad del señor Corral, pues el General Reyes está en constante actividad y encontramos muchos de sus hechos y declaraciones que nos servirán para hacer de él un estudio más preciso.

El General Reyes llegó á Monterrey, y con las armas en la mano se instaló en el Palacio de Gobierno, declarando á Nuevo León en estado de sitio.

Después; se hizo nombrar Gobernador constitucional pero en realidad sólo cubrió las apariencias, con ese respeto á la forma que caracteriza la Administración Tuxtepecana. Posteriormente se ha hecho reelegir, hasta la actualidad. Durante su gobierno, el Estado de Nuevo León ha progresado de un modo admirable, pero es un error atribuir ese progreso á su acción; ya lo hemos dicho, el progreso se debe á los ferrocarriles, que en el mundo civilizado han sido los precursores de la gran oleada de progreso material. La prueba de lo anterior es que el Estado de Coahuila que ha tenido los Gobernadores menos hábiles, ha progresado más que el de Nuevo León.

Sin embargo, hay que hacer justicia al General Reyes: tiene grandes dotes administrativas, una actividad poco común y es de los funcionarios más íntegros de la actual administración.

A pesar de esas cualidades, no ha hecho todo el bien que

el Estado de Nuevo León podía esperar de él, aun en la esfera administrativa, porque debido al régimen de absolutismo, él nombra las autoridades locales entre los que estén resueltos á apoyar su administración á todo trance, y éstos, que forzosamente conculcan la ley para lograr tal fin, tampoco tienen grandes escrúpulos para burlarse de ella en cualquier otra circunstancia, y de allí, á la inmoralidad administrativa, no hay sino un paso, y para darlo, fácilmente se encontrará el momento oportuno en tan prolongada administración.

Con este motivo, el Estado de Nuevo León nos presenta el singular espectáculo de que su capital, teatro de la actividad del General Reyes, se ha desarrollado normalmente, mientras que el resto del Estado, en manos de sus subordinados, ha permanecido casi estacionario y si ha progresado algo, es á pesar de ellos, que constituyen una rémora formidable para su desenvolvimiento.

Aquí observamos en pequeña escala lo que en grande con el General Díaz; á pesar de sus grandes dotes administrativas, el General Reyes no ha podido hacer todo el bien que hubiera hecho á Nuevo León, con un poco más de libertad.

El General Reyes está profundamente imbuido en las prácticas absolutistas, y si llega al poder, indudablemente que seguiremos bajo el régimen del sable, pero éste será más filoso y pesado que el del General Díaz. Efectivamente, como lo hemos dicho muchas veces, nuestro actual Presidente tiene grandes virtudes, entre ellas, una rara moderación y una calma á toda prueba, mientras que el General Reyes es sumamente impulsivo y apasionado, é indudablemente al ocupar el primer puesto en la República, dará rienda suelta á sus pasiones.

Pero aun no es tiempo de juzgarlo; narremos algunas de sus acciones, ellas lo pintarán con colores tan vivos que nosotros no podríamos emplear.

El General Reyes fué llamado por el General Díaz á la

Subsecretaría de Guerra. Allí desplegó su gran actividad; pero acostumbrado á mandar como soberano en el Estado de su cargo, difícilmente podía obedecer á su superior jerárquico, el Ministro de la Guerra, de donde resultaron varios conflictos que lo hicieron regresar á Monterrey.

Poco tiempo después volvió á llamarlo el General Díaz; pero en esta vez fué para que se encargara del Ministerio de la Guerra.

Desde luego desplegó su gran actividad y allí habría sido un Ministro inmejorable, si su inquieta ambición no lo hubiera impulsado á una política activísima, atacando á alguno de sus compañeros de Gabinete en periódicos sostenidos por él, según se dijo en aquel tiempo, y según parece comprobado por el hecho de que al dejar el General Reyes el Ministerio, á la vez dejaron de existir aquellos periódicos, llamados *La Protesta* y *El Rey que Rabió.*

Con tal motivo parece que el General Díaz se disgustó profundamente y lo hizo renunciar su cartera.

Regresó el General Reyes á Monterrey para hacerse cargo del Gobierno del Estado de Nuevo León, y queriendo demostrar que allí sí era querido y verdaderamente popular, lo cual parece que él creía sinceramente, ofreció toda clase de garantías á los ciudadanos de aquel Estado, para que trabajaran con entera libertad en las elecciones para Gobernador.

Muy pronto se arrepintió de tal determinación, pues los neoloneses no habían olvidado la manera como entró el General Reyes á Monterrey, y lo consideraban como el usurpador de su soberanía, y tan pronto como encontraron una oportunidad que ellos juzgaron propicia, se organizaron con el objeto de sacudir el yugo exótico del Gobernador que se había impuesto con las armas en la mano.

El partido independiente se organizó con una rapidez admirable y se ramificó por todo el Estado.

Sin embargo, este partido adolecía de un gran defecto: fundaba casi todas sus esperanzas en el apoyo de un im-

portante grupo de políticos de México, el cual perseguía como único fin nulificar por completo al General Reyes, sin preocuparle la suerte de quienes casi inconscientemente iban á servirle de instrumentos. A este grupo de políticos, creaturas del General Díaz y cuya fuerza de él dimana, les pareció que el medio más eficaz para atraer su ayuda, era demostrarle su celo y adhesión haciendo que el partido independiente organizara una gran manifestación en su honor para el 2 de Abril de 1903. Como en esa época se acercaban las elecciones presidenciales, á los independientes de Nuevo León les correspondería la honra de ser los primeros en proclamar la candidatura del General Díaz, y éste indudablemente premiaría su celo quitándoles al General Reyes.

Este, que no quería quedarse atrás en muestras de adhesión al Caudillo, también pensó solemnizar aquel aniversario con una gran manifestación.

El resultado fué que ese día se organizaron dos manifestaciones: la preparada por el General Reyes ayudado del elemento oficial, que resultó verdaderamente ridícula por el escaso y abigarrado contingente que la formó, y la organizada por el partido independiente, que resultó grandiosa por la inmensa y variada concurrencia, representante genuina de todas las clases sociales, y que muy elocuentemente demostraba que ya estaba cansada del régimen del sable y quería su libertad y la soberanía de su Estado.

De esta manera, la grandiosa manifestación de los independientes quiso escudarse tras el nombre del General Díaz, en cuyo honor se verificaba dicha manifestación. Sin embargo, no le valió ese pretexto. El General Reyes estaba irritadísimo por el auge del partido de oposición, y había resuelto acabar con él por medio de un golpe audaz que sembraría el pánico en las filas de sus enemigos.

Los manifestantes, según su programa, se detendrían en uno de los ángulos de la Plaza Zaragoza, frente al Palacio del Ayuntamiento.

Pues bien, allí les esperaba una emboscada, pues apenas hubieron llegado los manifestantes al lugar indicado, cuando fueron saludados por una lluvia de balas. ¿El pretexto para tan inicuo atentado? Un policía que disparó un tiro en medio de los manifestantes. ¿Por qué motivo? ¿Era consigna ó fué casual? Ignoramos quien pueda contestar esta pregunta.

Lo que sí sabemos es que las Cámaras reunidas en Gran Jurado absolvieron al General Reyes de la acusación contra él presentada, de haber cometido tan horrendo crimen.

¿Quién se atreverá á dudar de la rectitud del fallo de tan augusta asamblea?

¿Quién pone en duda la sinceridad de las protestas, la legalidad de los títulos, la independencia de acción de los padres de la patria?.....

.....

El resultado de esa emboscada fué un considerable número de manifestantes heridos ó muertos por las balas; otros reducidos á prisión, y los restantes que pudieron escapar, abandonaron su Estado natal, cambiando su residencia á otros puntos de la República donde encontraran las garantías necesarias para vivir tranquilos.

A estos sucesos se siguieron circulares á los alcaldes de los pueblos de dicho Estado para ya no conceder la libertad que se había pensado. Pretexto: los escándalos del 2 de Abril. Estos habían demostrado que el pueblo no sabía aún hacer uso de sus derechos y tendría que seguir tutoreado. Y de estos hechos sacan sus conclusiones nuestros graves publicistas para decir: *el pueblo ignorante es una rémora para las prácticas democráticas; aún no estamos aptos para gobernarnos por nosotros mismos.*

Pero ¿qué nuestra historia patria no ha sido bastante elocuente para demostrarles que la rémora ha sido el machete del militarismo?

Con este motivo el Estado de Nuevo León fué declarado nuevamente incapaz de gobernarse solo, porque no tenía la

clarividencia necesaria para comprender que sólo el General Reyes podría gobernarlo con acierto, y porque aprovechaba las libertades concedidas para promover escándalos como el del 2 de Abril; con este motivo, decimos, volvió á ser sujeto á tutela y se le obligó á reelegir al General Reyes. Todos los ciudadanos estaban obligados á cumplir con sus derechos electorales, ya que el progresista gobernante quería que sus gobernados se familiarizasen con las práticas democráticas y puso en vigor la ley electoral.

El ciudadano que no fuera á depositar su voto en las urnas electoraies sería multado. A esto se agregó una pequeña disposición de policía, indispensable bajo el régimen patriarcal á que estaba sujeto el Estado de Nuevo León. Era necesario ilustrar el criterio de los votantes, y al llegar á las urnas ya encontrarían impresas las candidaturas que debían votar, elaboradas con toda calma por quien sabía dirigir á los hijos de ese Estado con paternal solicitud, á fin de evitarles que eligieran para tan alto puesto á una persona indigna.

Resultado final: el General Reyes quedó reelecto por unanimidad de votos.

En vista de lo anterior ¿qué debe esperar la Nación del General Reyes si llega á la presidencia de la República?

Un hombre que dice al pueblo: "te concedo la libertad para elegir tus mandarios," pero que al no verse favorecido por el voto popular retira esa libertad y no vacila en recurrir á las medidas más extremas para imponerse contra la voluntad de sus conciudadanos.

¿Qué debe esperar la Nación de un hombre que gobierna como verdadero autócrata, sin conceder ninguna libertad é interviniendo personalmente en todo?

Indudablemente, si el General Reyes subiera á la presidencia, sería un hombre honrado como lo es General Díaz, pero como éste, se valdría de personas que no lo son, como lo hemos demostrado extensamente en capítulos anteriores.

Además, los hechos confirman que el General Reyes no

vacilará en apoyar á gente inmoral en los Gobiernos de los Estados, siempre que le sirvan de sostén para sus fines políticos.

El Gobernador actual de Coahuila fué apoyado por el General Reyes en la campaña electoral pasada, tan sólo por ser partidario suyo, á pesar de que el Estado unánimemente rechazaba la reelección.

Así como hablando del señor Corral dijimos que una vez en la presidencia nombraría muchos Gobernadores como Izábal y Torres, así decimos que, en iguales circunstancias, el General Reyes nombraría muchos Gobernadores como Cárdenas.

Es cierto que de algún tiempo acá se ha querido revestir de cierta popularidad, dando leyes que favorecen al obrero y haciendo por medio de la prensa activa propaganda política, la cual ha tenido algún eco, apareciendo el General Reyes á los ojos de la Nación como el único capaz de enfrentarse al General Díaz y salvar las instituciones. Su silencio aumentaba su prestigio: todo el mundo esperaba que al desplegar sus labios el brillante General, el que daba leyes en favor del obrero y aparecía como el símbolo de regeneración, haría alguna declaración solemne, abrasaría resueltamente la causa del pueblo, arrostraría con valor las iras del Centro y se pondría á la cabeza del movimiento regenerador por medio de la democracia. Esas esperanzas, hábilmente fomentadas aumentaban singularmente su prestigio

Grande fué la decepción de sus leales admiradores, de sus partidarios sinceros, cuando escucharon sus palabras. En efecto, desde la cima de la montaña donde tiene su mansión veraniega, lanzó á la publicidad sus declaraciones por medio de una entrevista previamente arreglada y en estilo tragicómico, declaró que él nunca había pensado levantarse en armas y que siempre apoyaría al Gobierno constituido, ya fuera el del General Díaz ó el del señor Corral. En las declaraciones anteriores sí que puede aplicarse la moraleja

del cuento: *satisfacción no pedida, acusación manifiesta.* Se declaró, además, incondicional partidario del General Díaz, juzgando indispensable para el coronamiento de su obra su continuación en el poder, etc., etc.. y en general empleó el lenguaje que ha llegado á vulgarizarse en fuerza de la frecuencia con que se repite en los documentos de origen oficial.

Con tales declaraciones, el General Reyes persigue como fin ostensible adular al General Díaz, para atraerse sus simpatías con la esperanza de heredar la codiciada silla. Anticipándose á los científicos en proclamar la candidatura del General Díaz, pensó hacer grandes méritos á sus ojos.

Así ha de haber pasado en efecto, y aunque no obtendrá todo lo que deseaba, sí habrá logrado contrarrestar los trabajos de sus enemigos en el ánimo del General Díaz.

En cuanto al pueblo, declarado cero á la izquierda por quienes ambicionan elevarse en las esferas del Gobierno, ni siquiera ha pensado en él para atraerse su ayuda, pues si bien es cierto que no desdeña su cooperación, considera la voluntad del General Díaz como factor determinante.

Decimos lo anterior, porque el pueblo no se contenta con las leyes que ha promulgado en favor de los obreros, pues mientras la libertad no sea efectiva, esas disposiciones no darán ningún resultado práctico, como todas las admirables leyes que tenemos tan sólo escritas en los códigos.

El pueblo no quiere leyes nuevas: desea únicamente el cumplimiento de las antiguas, porque de ese modo recobrará la libertad necesaria para darse las nuevas á su gusto, y sobre todo, efectivas.

Por tal motivo afirmamos que el General Reyes nunca será un gobernante demócrata.

Su prestigio en algunos Estados proviene del odio que allí profesan á sus autoridades locales apoyadas por el partido científico encabezado por el señor Corral, y dirigen su vista hacia Reyes con la esperanza de que los ayude á sacudir el pesado yugo de sus caciques.

En ese sentido, tiene más prestigio que el señor Corral, porque son más los Estados bajo el dominio de este último.

En cambio, los Estados de Nuevo León y Coahuila, bajo su dependencia directa, tienen grandes simpatías por Corral, á quien estiman como su apoyo natural.

Lo anterior sólo demuestra claramente que tanto Reyes como Corral son queridos en los Estados que no están bajo su férula, á donde no han llegado las quejas de los oprimidos y en donde no se les conoce; en cambio, no tienen ningún partido en los Estados que están bajo su dominio directo.

De esto resulta que en los Estados bajo el dominio de Reyes, el elemento independiente, compuesto de la inmensa mayoría, tienen cifradas sus esperanzas en Corral, á quien considera como á su protector natural, y en los Estados bajo el dominio de Corral, el elemento independiente tiene cifradas sus esperanzas en Reyes.

Todo esto proviene de la miopía causada por la falta de libertad, y porque las opiniones independientes no tienen garantías para manifestarse ni menos aún para circular.

Por último, las medidas á favor de los obreros, dictadas por el General Reyes, debemos considerarlas sospechosas, pues si tanto se interesa por el obrero, ¿porqué no le concede el principal bien que está en su mano, dándole libertad para el nombramiento de sus autoridades? Ya hemos visto como el pueblo anhela la libertad, por ser el bien que más necesita.

Además, bien conocidas son sus aspiraciones á la presidencia de la República, y es natural que para hacerse popular, procure dar ciertas leyes de relumbrón.

Doña Leonor, como todas las muchachas bonitas, no debe juzgar á sus cortesanos por las manifestaciones de respeto y las protestas amorosas que le hacen mientras pretenden su bella mano. Que busque por sus antecedentes cual es su verdadero carácter.

***

Con toda sinceridad hemos expresado nuestra opinión sobre el General Reyes, así como sobre el señor Corral; y ella nos obliga á decir lo siguiente: si creemos que estos dos personajes serán funestos en la presidencia de la República, se debe principalmente á que continuarían el régimen de poder absoluto, cuya prolongación sería mortal para nuestras instituciones y peligrosa para nuestra independencia.

Sin embargo, debemos decir que al General Reyes le reconocemos grandes cualidades; se ha mantenido honrado en el manejo de fondos, en medio de la corrupción administrativa que lo rodea, y cuando estuvo al frente del Ministerio de la Guerra, dió pruebas de incansable actividad, de gran espíritu organizador y de preocuparse en preparar á la Nación para su defensa contra algún ataque eventual.

Estas circunstancias nos hacen sentir hacia él cierta simpatía, é indudablemente que si la patria estuviera en peligro, si se viese amenazada por una invasión extranjera, quizás ningún mexicano sería más apto que él para salvarla; convencidos de ello, le daríamos nuestro voto para el mando supremo del Ejército hasta que terminara la guerra, y confiadamente iríamos á morir bajo sus banderas por la defensa de la patria, con la seguridad de que, en esas circunstancias solemnes, quizás ninguno otro llevaría más alto ni más dignamente el Pendón Nacional.

Pero así como para las guerras se necesitan los grandes capitanes, que sin trabas de ninguna especie puedan llevar todos los hilos de la defensa nacional; para el tiempo de paz, que es de reconstrucción, se necesita el juicio sereno del estadista, la cooperación de todas las inteligencias, la ayuda de todos los buenos ciudadanos, y este resultado sólo se obtiene habiendo libertad, la cual permite que la patria aproveche las luces y los esfuerzos de todos sus buenos hijos, y á la vez los fortifica por medio de las prácticas democráticas, los hace más dignos, más celosos de sus derechos, y

por último, más amantes de ella, á quien llegan á considerar como á la madre cariñosa, y á su vez como á su propia creatura, puesto que con sus esfuerzos contribuyen á su engrandecimiento.

Sólo la libertad ha dado alientos á los pueblos para defender su independencia.

¡No olvidemos las lecciones de la historia!

¡No nos dejemos deslumbrar por los galones!

¡Recordemos que Napoleón I, con toda su gloria, arrastró á su patria á una catástrofe!

¡Que Napoleón III, con su falso brillo, llevó á Francia al desastre!

¡Que el General Santa Ana, más hábil aún que el General Reyes para confeccionar proclamas patrióticas, fué la causa del desmembramiento de nuestro territorio nacional! y por último, que el General Díaz, con todo su prestigio, su prudencia y moderación, nos ha traído á la servidumbre!

Desconfiemos pues, de los militares ambiciosos; si aman á su patria que lo demuestren trabajando por su engrandecimiento, que sólo se obtiene por la libertad.

Por este motivo, si queremos asegurar nuestra vida como Nación independiente, necesitamos defender nuestra libertad como nuestra más preciosa herencia, porque ella será el faro que nos dirija aun en medio de las más deshechas tempestades.

Además, no por imaginarnos que el General Reyes sea capaz de salvar á la patria en un momento dado, vayamos á premiarlo de antemano dándole como recompensa nuestra libertad. El General será de los que hagan pagar muy caro cualquier servicio prestado á la Nación, y si no, allí están los alardes que hace á cada momento de la sangre por él derramada en la defensa de la patria y de la toma de Pueblo Nuevo, de cuya insignificante acción de armas se han hecho magníficas pinturas, y de éstas, fotografías que se reparten entre sus partidarios para que admiren el porte marcial y la bizarría del bravo General.

No por eso nos oponemos sistemáticamente á que un militar ocupe la silla presidencial, pero es preciso que por sus antecedentes nos ofrezca garantías de respetar la Constitución, y como mejor prueba de ello, que ascienda á ese alto puesto por medio del sufragio de sus conciudadanos.

Si por ese camino llegara el General Reyes á la Presidencia, seríamos los primeros en guardarle todas las consideraciones. Pero mientras eso suceda, creemos que las pretensiones del General Reyes constituyen una seria amenaza para la Libertad, y por consiguiente, para la República, lo cual nos obliga á llamar la atención de nuestros conciudadanos.

Desde el principio de nuestra obra hemos ofrecido hablar el lenguaje de la Patria, y por ese motivo se verá como no vacilamos en desenmascarar á los personajes que gozan de mayor prestigio. Sabemos que no les agradará nuestro lenguaje; pero no nos preocupa, pues á quien queremos servir, es al pueblo mexicano; tenemos fe en su poder, estamos resueltos á luchar á su lado, y con él venceremos ó correremos su suerte; pero sea cual fuere el resultado de la lucha que se inicia entre el pueblo deseoso de reivindicar sus derechos y los miembros de la actual administración empeñados en perpetuar el régimen de poder absoluto, nosotros tendremos la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber.

Consideraciones Generales.

Un dilema se presenta al tratar de cualesquier sucesor que el General Díaz desee imponernos.

Continuación de la servidumbre, con la perpetuación indefinida del actual régimen de Gobierno, ó la anarquía con el cambio de Gobierno por medio de una revolución.

Por esta circunstancia, las personas independientes se muestran tan difíciles de contentar cuando se habla de candidatos; á todos les encuentran grandes defectos y temen,

con razón, que al tener en sus manos el poder absoluto, den rienda suelta á sus pasiones.

El General Díaz, para llevar adelante sus planes, ha tenido que violar la ley en el fondo, respetándola en la forma.

Este ejemplo, seguido por toda la Nación, ha traido por resultado el desprestigio de la ley, que todo el mundo interpreta según su conveniencia, y que el disimulo sea considerado como una forma de cortesía, como una cualidad indispensable para prosperar en estos tiempos; con lo cual ha desaparecido la idea que debe tenerse de honor y dignidad; lo que siempre se busca, es la observación de las fórmulas, el respeto á las apariencias, y el honor y la dignidad no pueden existir sino en el fondo de las cosas, en las profundidades de la conciencia.

La Nación ha contraído esos hábitos funestos y el de obedecer ciegamente las órdenes de sus mandatarios.

Para que se extirpen tan profundos hábitos, será necesario una reacción vigorosa por medio de las prácticas democráticas, pues de continuar el actual régimen, la Nación seguirá por el camino que lleva. Los sucesores del General Díaz, procurarán hacer que el pueblo no pierda las costumbres adquiridas.

Pero no sería eso lo más funesto, sino que la Nación iría enriqueciendo su caudal de hábitos perniciosos, con cada nuevo mandatario.

Así por ejemplo: el General Díaz es un hombre honrado y puro de costumbres, y sin embargo, no ha podido impedir la gran corrupción administrativa y cierta degeneración en las costumbres. ¿Pero qué sucedería si su sucesor llegara á ser un libertino? Que ese ejemplo nefasto cundiría aun más rápidamente que la costumbre de violar la ley, porque después de todo, al violarla se lesionan ciertos intereses materiales y no falta quien proteste, mientras que, contra los desórdenes del disoluto, no habrá quien clame, sino que todos se apresurarán á imitar su ejemplo y á disculpar sus

propias faltas con las lecciones que reciben de más arriba. Así como ahora á nadie se le tiene á mal que viole la ley, entonces nadie se escandalizará al ver que se cometan los más vergonzosos atentados contra la moral.

Debemos estremecernos al pensar en esta posibilidad, desgraciadamente tan probable, si comparamos nuestra situación con la sufrida por otros pueblos.

Pero sin ir muy lejos ¿no vemos cómo aquí en México todos intentan imitar al General Díaz, hasta en cosas tan triviales como tener su círculo de amigos y tomar un baño de regadera á las 5 de la mañana, según el señor Lic. Moheno?

¿No vemos al General Reyes mandando hacer un magnífico cuadro en donde se representa la toma de Pueblo Nuevo, tan sólo porque el General Díaz le hicieron otro representando el asalto de Puebla el 2 de Abril?

¿No vemos que todos los Gobernadores imitan el ejemplo del Caudillo Tuxtepecano, empleando hábilmente el famoso *extinguidor?*

Pues bien, si no vacilan en remedar á nuestro actual Jefe de Estado manejando el peligroso *extinguidor*, ¿cómo no han de imitar al futuro cuando éste dé rienda suelta á sus pasiones?

Así como el General Díaz acabó con el valor civil y prestigio de la ley, su sucesor acabará con el valor personal y el respeto á la dignidad humana. En una sociedad prostituida se enervan todas las facultades nobles del alma y el hombre se rebaja al estado de animalidad, pues siendo la satisfacción de los insaciables apetitos de la *bestia humana* el único móvil que lo guía, las nobles aspiraciones del espíritu de Libertad, Igualdad y Fraternidad, no encuentran cabida en tales sociedades.

Que además, el nuevo Gobernante ó los que le rodean sean ávidos de riquezas, y entonces hasta el bien material de que disfrutan los ricos se verá amenazado, y aumentará la corrupción y la República seguirá por una senda fatal hacia su ruina.

Otra vez nos defendemos del cargo de pesimistas que nos harán algunos de los que tienen ojos y no ven; pero les contestaremos lo de siempre: allí está la historia inflexible y serena. Ella nos demuestra que los pueblos más poderosos llegaron á una degradación lastimosa, tan pronto como abdicaron su libertad y se pusieron en manos de un solo hombre.

Una vez establecido el poder absoluto, ya no habrá regla para escoger al Gobernante.

Roma, acostumbrada por Augusto á la servidumbre, admitió á su muerte el yugo de Tiberio, austero y valeroso militar, quien una vez en el poder, dió rienda suelta á sus más bajas pasiones, ocultadas antes, pues se distinguía en el arte del disimulo, tan en boga en nuestros días. ¡Cuidémonos de los que tan bien saben disimular!

Después, Roma admitió el yugo del primero que se presentaba; y la historia nos ofrece un tristísimo espectáculo: el pueblo más grande del mundo, coronando Césares á los más corrompidos cortesanos, á aquellos que habían hecho su carrera prestando servicios vergonzosos á sus antecesores. (Suetonio, «Los Doce Césares.»)

Y esos hechos han pasado en otros países también, pero en ninguna parte tuvieron un escenario tan vasto. motivo por el cual no han tenido la misma resonancia.

Vemos, pues, cuan funesto sería para nuestra Patria dejar que se implante definitivamente en nuestro suelo el absolutismo.

Lo hemos dicho varias veces, pero no nos cansaremos de repetirlo. El régimen de poder absoluto será funesto para México, pues si el General Díaz, á quien se reconocen grandes virtudes, nos presenta un balance tan desfavorable á su administración, sólo por haber establecido el absolutismo, ¿qué será cuando quien le suceda lo prolongue indefinidamente sin tener las virtudes de nuestro actual mandatario?

Desengañémonos: vamos por una pendiente rápida al

abismo, y no podremos sufrir tantos años de decadencia como resistió Roma, porque aquella gran República tenía una vitalidad asombrosa y había conquistado á todo el mundo, no existiendo ninguna Nación que pudiera atacarla; en tanto que nosotros somos un pueblo débil y tenemos por vecina una Nación poderosa que bien puede desear el ensanche de sus fronteras, invocando algún pretexto, como lo sería el de regenerar á nuestro país corrompido por el despotismo. En este caso, nuestra resistencia sería muy débil y la pérdida de nuestra independencia segura.

A esto nos llevará uno de los extremos del dilema enunciado.

Si por el contrario, á la muerte del General Díaz la Nación no tolera más al sucesor impuesto y por cualquier motivo se levanta en armas contra él, volveremos á la era de revueltas intestinas con su inseparable cortejo de calamidades y con la amenaza constante de la intervención extranjera, que aunque nos encontrara más fuertes, no por eso dejaría de constituir un gran peligro, por lo menos, para la integridad de nuestro territorio.

Decimos que en tales condiciones nos encontraríamos más fuertes, porque la circunstancia de que la Nación hubiera reaccionado demostraría la existencia de grandes energías.

Este extremo del dilema, aunque más violento, acarrearía menos males á la Patria, pues no es lo mismo perder parte del territorio de la República después de haberlo defendido valerosamente con las armas, que caer inermes bajo el peso de nuestros vicios, sufriendo la muerte vergonzosa del libertino.

A nadie se oculta que nuestra situación internacional es muy delicada; necesitamos gran habilidad para evitar todo conflicto y gran patriotismo para fortalecernos y elevarnos, á fin de que nuestra fuerza sea cada vez más respetable é imponente.

México está pasando por uno de los períodos más peligro-

sos de su historia, y sólo el patriotismo de todos los mexicanos podrá salvarlo de los peligros que lo amenazan.

Pero la palabra patriotismo se ha corrompido como todo lo demás. Ya nadie la interpreta en su verdadero sentido, sino que lo adulteran para servirse de ella según su conveniencia, así como hacen con todas las leyes.

Nosotros decimos: en este caso el patriotismo consiste en que todos sacrifiquen sus ambiciones personales y procuren amoldar sus actos á la ley, respetando nuestra sabia Constitución y rindiendo culto á la voluntad nacional libremente manifestada.

Los aduladores del General Díaz nos dicen: el patriotismo en las actuales circunstancias consiste en reelegir al hombre extraordinario que por más de 30 años ha llevado con raro acierto las riendas del Gobierno; sólo él será capaz de conducir la Nación á sus grandes destinos; dejémoslo que corone su obra.

Muy bien, decimos nosotros, no nos oponemos á que siga el General Díaz en el poder, si tal es la voluntad de la Nación; pero quo se lè deje el medio de manifestarla libremente.

Ellos contestan que siempre se ha dejado á la Nación en absoluta libertad, que el Jefe del Estado siempre ha rendido culto á la Constitución y ha sido el infatigable sostén de la ley.

Con tal contestación nos privan de todo argumento, pues nos hablan en un idioma que no es el nuestro. Nosotros empleamos el de la verdad y nuestros adversarios el convencional, tan en boga en estos tiempos, en los cuales representa magistralmente su papel. Con este motivo, desconfiamos de todo lo dicho por nuestro interlocutor, hasta lo referente al coronamiento de la obra del General Díaz, pues si por ello debemos entender que va á coronar su obra devolviéndonos nnestras libertades, no sabemos porqué no habrá empezado á hacerlo poco á poco, único medio con que no resintiría ningún trastorno la Nación; en cambio, si por

coronamiento, debemos entender la implantación definitiva del centralismo y absolutismo, entonces sí lo comprendemos muy bien; pero no estamos de acuerdo en que se lleve adelante tal coronamiento y nos opondremos á ello dentro de la ley, hasta donde nos alcancen nuestras fuerzas.

Sin embargo, algunos escritores ya no se toman la molestia de disfrazar su pensamiento y nos dicen con ruda franqueza: «Aún no estamos aptos para la democracia, necesitamos una mano de hierro que nos gobierne.»

Desgraciadamente hasta la *ruda franqueza* es falsa; no es eso lo que piensan; su idea es defender á todo trance el actual régimen de cosas, tan favorable á sus intereses, pues quienes hablan así, son generalmente los que reciben beneficios más ó menos directos del Gobierno.

En efecto, su afirmación se contesta fácilmente: Admitiendo por un momento que no estemos aptos para la democracia, ¿de qué manera lograremos llegar á familiarizarnos con sus prácticas, si nunca se nos deja practicarlas? La frase de prácticas democráticas, consagrada por la costumbre, implica desde luego la teoría puesta en acción y mientras esto no suceda, mientras los pueblos no lleven á la práctica los ideales democráticos, nunca se familiarizarán con ellos.

Por consiguiente, si ahora estamos menos aptos para la democracia que hace 30 años, como lo demuestra el hecho de que en aquella época existía en las cámaras de representantes un elemento oposicionista bien organizado, y ahora no existe ni sombra de oposición, ¿qué sucederá si la actual situación se prolonga aun más? Lo lógico es esperar que el poco espíritu público aún subsistente, desaparezca y cada día estemos menos aptos para la democracia.

Decíamos que solamente el patriotismo de todos los mexicanos puede salvar á la Patria de los peligros que la amenazan.

Ya hemos visto que la corruptora influencia del poder absoluto ha falseado hasta la significación de la palabra pa-

trioti smo, y hemos podido comprender que no debemos esperar del elemento oficial ningún esfuerzo para salvar á la Patria; pues nuestros mandatarios, mareados por la adulación, preocupados de su política personal, no quieren ó no pueden ver el peligro á donde nos llevan.

Una vez hecha esta dolorosa reflexión, nos preguntamos: ¿por el sólo hecho de no tener esperanzas de que nos salven nuestros actuales gobernantes, vamos á dejarnos llevar al desastre? ¿qué entre el elemento independiente no se encontrarán ciudadanos bastante valerosos para organizar las fuerzas de la Nación y procurar salvarla, aun arrostrando las iras de los actuales mandatarios?

Fríamente hemos estudiado los dos extremos del dilema á donde nos llevarán el General Díaz y el círculo que lo rodea.

Para esto sólo hemos considerado los elementos generalmente tomados en cuenta, sin considerar para nada el principal elemento el pueblo, la voluntad nacional, que forzosamente terciará en la lucha de los dos bandos porfiristas al disputarse la preciosa herencia. Nosotros así lo creemos, y no solamente abrigamos tal convicción, sino la seguridad de que ese elemento tan despreciado en estos días, muy pronto revestirá gran importancia, siendo quien determine cual ha de ser su destino.

Pero antes de estudiar las fuerzas de que dispone el elemento independiente para la reivindicación de sus derechos, convendrá plantear de un modo claro el problema que ha de resolver.

Problema trascendental.

El problema se reduce á lo siguiente:

¿Conviene á la Nación Mexicana la continuación del actual régimen de poder absoluto, ó bien la implantación de las prácticas democráticas?

Si lo primero, indudablemente que el papel de los ciudadanos independientes será aprobar con su silencio ó indiferencia, la nueva reelección del General Díaz, y el de los

que quieran seguir en el poder, formar entre sí banderías para que resulte electo Vicepresidente quien más convenga á sus intereses particulares.

Pero si al país conviene la alternabilidad de los funcionarios por medio de la implantación de las prácticas democráticas, entonces el papel de los ciudadanos independientes será importantísimo, pues deben organizar un partido de tendencias democráticas y luchar valerosamente en la próxima campaña electoral contra los elementos oficiales, porque de éstos no podrá esperarse ningún esfuerzo en pro de la demoracia.

Creemos haber demostrado de un modo fuera de duda, que la prolongación del absolutismo será funesto para la República y que no podemos esperar de la actual administración ningún cambio de tendencias; por tal motivo, es indispensable que el elemento independiente piense seriamente en el porvenir de la Patria, sacuda su pesado indiferentismo, haga un vigoroso esfuerzo, se organice y luche por la reivindicación de sus derechos.

En estas circunstancias, la única lucha posible y patriótica, será entre el absolutismo y la democracia.

Los partidarios del Gobierno, ya sea por conveniencia ó por miedo, afíliense en las banderas porfiristas, pues ya sea que como Vicepresidente proclamen al señor Corral ó al General Reyes, sus tendencias serán las mismas.

En cambio, el elemento independiente, el que quiere el Gobierno de *todos*, que se afilie en las banderas de algún Partido verdaderamente Democrático.

Este partido aun no existe de hecho, aun no está organizado, pero sí existe en las aspiraciones nacionales y el proyecto que vamos á presentar lo proponemos de base para su organización.

Conocemos muy bien las grandes dificultades que presenta la idea para llevarse á la práctica; pero juzgamos indispensable para la salvación de la patria afrontar resueltamente la situación y no vacilamos en hacerlo.

Cuántas veces al grito de "al enemigo" han volado nuestros escuadrones afrontando una muerte segura para desalojar al invasor extranjero de sus inexpugnables trincheras.

Pues bien, ahora nos dice nuestra Patria: "al enemigo," y aunque éste es el poder absoluto; volemos al ataque, hagamos á la Patria el sacrificio de nuestra tranquilidad, de nuestro reposo, de nuestra vida si es preciso: pero salvémosla, pues no debemos engañarnos, vamos á un precipicio y así como nunca hemos vacilado en exponer nuestras vidas cuando la independencia de la Patria ha sido amenazada por el invasor extranjero, tampoco debemos escatimarlas ahora que el enemigo está dentro de nosotros mismos y amenaza seriamente nuestras libertades, pues aunque no tan visible como aquél, no por eso deja de darnos golpes certeros, minando nuestras instituciones, arrancándonos nuestras libertades y maniatándonos, para entregarnos inermes al invasor extranjero, ó hacernos caer en tal degradación, que sucumbiremos bajo el peso de nuestros propios vicios.

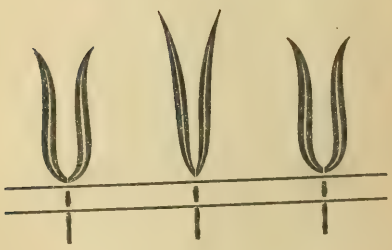
Pero si aconsejamos el desprecio de la vida para salvar á la Patria, no por eso queremos que se tomen las armas para combatir al actual Gobierno, pues volveríamos á caer en el tristísimo dédalo de las guerras intestinas, que tantos peligros acarrearían á la Patria.

En las grandes luchas democráticas nunca corre la sangre hermana, ni se arriesga la vida en ellas; pero aquí en nuestro país es diferente, pues los que están en el poder desde la victoria de Tecoac, nunca han respetado la opinión pública y cuando el pueblo ha querido hacer uso de sus derechos democráticos, se lo ha impedido el Gobierno valiéndose de la fuerza bruta, como lo atestiguan los ruidosos atentados del 2 de abril en Monterrey y los menos ruidosos que se han visto en los Estados que han querido reivindicar sus derechos.

Por estas circunstancias decimos: los deseosos de luchar en la próxima campaña política y militar en los bandos

antireeleccionistas, deberán afrontar los peligros más graves; la misma muerte si es preciso; pero es preferible que algunas víctimas sean sacrificadas por la victoriosa espada que nos domina, y no que se vaya á ensangrentar el país con un número muy superior, como el que resultaría de una revolución.

Estas últimas, á pesar de ser innumerables, constituirían un sacrificio estéril, mientras que las otras, á pesar de su pequeño número, prestarían inmensos servicios á la Patria, pues con su sangre lograrían cimentar la base del Partido Independiente cuya formación trataremos y que una vez constituido, será la salvación de la Patria, ya sea que en la próxima contienda electoral resulte vencido ó victorioso.



CAPITULO VI.

¿ESTAMOS APTOS PARA LA DEMOCRACIA?

Hasta ahora sólo nos hemos ocupado en estudiar la situación creada por el militarismo en México, dedicando nuestra atención preferente al actual régimen que consideramos como natural consecuencia de aquél.

Hemos visto los males acarreados al país por el absolutismo del General Díaz y sobre todo hemos procurado descifrar el porvenir que espera á la Patria Mexicana con la prolongación de este régimen, y lo encontramos pavoroso, pues hemos visto que con vertiginosa velocidad marchamos á un abismo en donde quedarán para siempre sepultadas nuestras virtudes cívicas y nacionales, así como nuestra libertad y muy pronto también nuestra independencia.

Sin embargo, recapacitando sobre nuestro pasado; releyendo nuestra historia, encontramos episodios tan sorprendentes, acciones tan heroicas, mexicanos tan grandes y magnánimos que han aparecido en nuestro suelo nacional con tanta oportunidad para salvar á la Patría, que nos

ha parecido percibir la mano de la Providencia guiándonos hacia nuestros grandes destinos.

Toda nuestra historia tiene cierto sello de grandeza que impresiona, y ese sello no deja de tenerlo ni aun la misma Dictadura del General Díaz, pues al fin de todo, nuestro actual Presidente ha podido llevar á cabo una obra colosal, y se ha rodeado de tal prestigio en el extranjero y aun en el país, que se ha formado un pedestal altísimo, en la cima del cual ostenta su bronceada figura, siempre serena, siempre tranquila y con la mirada fija en los grandes destinos de la Patria.

El General Díaz no ha sido un déspota vulgar, y la historia nos habla de muy pocos hombres que hayan usado del poder absoluto con tanta moderación.

La obra del General Díaz ha consistido en borrar los odios profundos que antes dividían á los mexicanos y en asegurar la paz por más de 30 años; ésta, aunque mecánica al principio, ha echado profundas raíces en el suelo nacional, de tal modo que su florecimiento en nuestro país, parece definitivo.

La mano de hierro del General Díaz, acabó con nuestro espíritu turbulento é inquieto y ahora que tenemos la calma necesaria y comprendemos cuan deseable es el reinado de la ley, estamos aptos para concurrir pacíficamente á las urnas electorales y depositar nuestro voto.

***

La primera parte de nuestro estudio, que ha consistido en escudriñar los hechos y sacar de ellos las deducciones lógicas, está incompleta, en ella sólo nos ha guiado la razón, la cual sólo puede actuar en el terreno de los hechos. Por esa circunstancia fuimos inflexibles para valuar la obra del General Díaz.

Si para nuestras investigaciones no pudiéramos disponer de otro instrumento que nuestra fría razón, nuestro trabajo

ya hubiera terminado. Habríamos encontrado el porvenir muy pavoroso, nos veríamos sin armas para combatirlo, y tristemente deberíamos resignarnos á ver perecer á nuestra Patria querida.

Efectivamente, la razón nos revela las insuperables dificultades que existen para intentar en el terreno de la democracia una lucha fructuosa entre el pueblo adormecido, olvidado de sus derechos, y sin fuerzas ni deseos para reconquistarlos, y el poder absoluto apoyado por el prestigio del General Díaz, por los innumerables miembros de su administración, por los inmensos recursos de que dispone, por los cuantiosísimos intereses creados á su sombra, y mezclado con todos tan poderosos elementos, el brillo siniestro de las bayonetas y las bocas de fuego, listas para arrojar sus candentes proyectiles.

Al estudiar fríamente este problema, no se encuentra más solución que cruzarse de brazos y esperar estoicamente el porvenir, con tan pocas esperanzas de salvación, como las que tendría una nave sin timón azotada por las enbravecidas olas del mar.

Pero afortunadamente no es así. Penetrando más profundamente en el fondo de las cosas encontraremos fuerzas potentes, elementos importantes de combate, los mismos que han estado siempre al servicio de la patria en sus días de peligro.

Existen medios, conocidos por todos los grandes hombres de la humanidad, familiares para los creyentes, y que llamamos fe, intuición, inspiración, sentimiento, los cuales llevan á un terreno que la razón por impotente no puede abordar.

Esa fe siempre ha inspirado los grandes sacrificios y las abnegaciones sublimes; pero no es la fe ciega que cree sin apoyarse en la ciencia, sino la fe ilustrada y profunda de los clarividentes, quienes á través de la metódica y fría narración de los hechos, saben descubrir los grandes destinos

de las naciones y llegan á percibir la misteriosa mano de la Providencia que solícita guía á los pueblos.

Bellísimos ejemplos de lo que significa y vale esa fe los encontramos en Cristo redimiendo á la humanidad, en Cristóbal Colón descubriendo un Nuevo Mundo, en Hidalgo proclamando la independencia de nuestra patria, y en Juárez defendiéndola del invasor francés.

Pues bien, esa fe que nuestros grandes hombres tuvieron en el brillante porvenir de nuestra patria, nos la han trasmitido, y la actual generación siente correr por sus venas la sangre generosa no en vano derramada por nuestros padres.

La nueva generación alienta vehementes deseos de libertad.

En el vasto territorio de la República se siente un estremecimiento, el precursor de los grandes acontecimientos, el del guerrero que antes de entrar al combate concede un momento de expansión á sus nervios.

Todo nos hace creer que la Nación mexicana se apresta al combate, y para el pueblo mexicano luchar es vencer. Lo esencial es que se resuelva á entrar en la lid.

Procuraremos estudiar con la mayor serenidad posible las fuerzas de que el pueblo dispone; pero antes de pasar adelante debemos una explicación al lector.

Quizás le haya extrañado la apreciación que al principiar este capítulo emitimos sobre el General Díaz, encontrándola poco de acuerdo con algunos de nuestros juicios anteriores.

La explicación es sencilla.

Ahora lo consideramos desde otro punto de vista: nuestro criterio ya no es guiado por la razón inflexible, sino por el sentimiento, que ve más hondo y más claro. Nosotros creemos que toda acción humana es determinada por factores muy diversos y complejos.

El valeroso soldado que en primera línea marcha al asalto puede ser impulsado á la vez, por el temor de que lo de-

claren cobarde, por la ambición de ascender, por la envidia, y en muchos casos, viendo imposible toda retirada, se resolverá á emprender alguna acción heroica En todas esas circunstancias no obra el patriotismo de un modo directo: sin embargo, la causa para que haya ido al ataque fué el amor á la patria, el cual sintió en un momento de entusiasmo ó le fué comunicado por alguno de sus amigos, animándolo para alistarse bajo las banderas.

También parece que sobre las naciones se mece un genio protector preparando los ánimos para hacerlos coadyuvar insensiblemente al mismo fin.

Esto pasa actualmente en nuestra patria; creyendo vislumbrar albores de redención, encontramos que el General Díaz puede ser uno de los instrumentos de la Providencia para llevarnos á nuestros grandes destinos.

Efectivamente, hasta ahora hemos hablado del General Díaz por los hechos pasados; pero, ¿quién nos asegura que este hombre extraordinario no vaya á consumar su carrera con una acción magnánima y generosa que le pondría en primera línea entre los grandes hombres no solamente de la patria, sino de la humanidad?

El juicio definitivo sobre el General Díaz corresponde á la historia, que podrá valorar serenamente el resultado de todas sus acciones.

Nosotros no sabemos cual será el último acto del gran drama nacional iniciado en Tecoac. ¿Presenciaremos una lucha en que la libertad bañada en sangre sea ahogada para siempre, ó bien resulte victoriosa en la contienda y el poder absoluto se desplome con ruido atronador?

Esos desenlaces sólo serán posibles si el General Díaz se obstina en no hacer ninguna concesión á la voluntad nacional.

Pero si en vez de observar tal conducta el General Díaz, obrando con magnanimidad rara se resuelve á respetar la voluntad nacional, el final de su carrera será tan glorioso,

que opacará su historia anterior y las faltas por él cometidas aparecerán pálidas ante los fulgores de su gloria.

El General Díaz por sí solo, seguramente no observará tal conducta; pero viendo á la Nación exigírselo, quizás haga como el soldado que ante la difícil retirada se resuelve á cometer una acción heroica. El resultado será el mismo, pero mientras más espontánea sea la determinación del General Díaz, más le honrará.

En resumen, en los capítulos anteriores hemos juzgado al General Díaz tal como se ha presentado; pero también hemos juzgado con dureza á todo el pueblo mexicano, que se ha dejado arrastrar por la corriente avasalladora del servilismo.

En lo sucesivo y atentos al despertar de la Nación, juzgaremos al pueblo mexicano y al General Díaz como creemos puedan comportarse en la lucha. El pueblo fuerte; el General Díaz magnánimo.

Si el pasado acusa al General Díaz, el porvenir podrá reivindicarlo.

De cualquier manera que sea, el pueblo, que hasta ahora se ha mostrado indiferente por la cosa pública, asumirá en lo sucesivo el papel que le corresponde y principiará por hacer balance á la administración del General Díaz; aprovechando todo el bien que éste le haya hecho y sin recriminaciones inútiles se dedicará á remediar los males que le haya causado.

Ese es el porvenir que soñamos para nuestra patria.

Veamos si es posible.

*
* *

Lo esencial es saber realmente si estamos aptos para la democracia.

Dos factores importantes tendrán que influir de un modo poderoso en las luchas democráticas:

El primero, el pueblo.

El segundo, el Gobierno.

Estudiemos estos dos elementos separadamente.

El pueblo mexicano está apto para la democracia.

Según intentamos demostrar anteriormente, no es tan difícil como se aparenta creer el que un pueblo haga uso pacíficamente de sus derechos electorales.

La principal dificultad para que se implanten esas prácticas en nuestro suelo, la han querido encontrar algunos escritores en la ignorancia del ochenta y cuatro por ciento de nuestra población, enteramente analfabeta.

Nosotros creemos que se exagera la importancia de ese obstáculo, por falta de valor para denunciar el principal, del cual nos ocuparemos adelante.

Temen algunos escritores que el pueblo ignorante constituya un factor poderoso en manos del gobierno, que lo manejará á su voluntad, ó del clero, que lo llevará á donde quiera valiéndose de la influencia de los párrocos.

Algo cierto debe haber en el fondo de esa afirmación; pero nosotros hemos observado en algunos ensayos democráticos practicados en Nuevo León, Yucatán y en este Estado, que el pueblo seguía más bien á sus amos ó á las personas que le inspiraban más simpatía, y la autoridad sólo contaba con los empleados á su servicio y con los sirvientes de sus partidarios.

El clero no tomó parte en esos movimientos, pero algunos sacerdotes aislados sí intervinieron, luchando con entereza al lado del pueblo. El clero mexicano ha evolucionado mucho desde la guerra de Reforma, pues lo que ha perdido en riqueza lo ha ganado en virtud. Además, el clero seglar siempre ha sido partidario del pueblo; el que ha tendido á la dominación es el regular, pero éste ha desaparecido y acabado con su prestigio en México, y ya no intentará un imposible, como sería que retrogradáramos más de medio siglo.

Decimos esto, porque no nos parece oportuno preocuparse

por la influencia del clero: éste se ha identificado con las aspiraciones nacionales, y si llega á ejercer alguna influencia moral en los votantes, será muy legítima; la libertad debe cobijar con sus amplias alas á todos los mexicanos, y no sería lógico pedir la libertad para los que profesamos determinadas ideas y negarla á los que profesan diferentes. Con esa política falsearíamos la libertad y caeríamos en el extremo opuesto.

Es pueril temer en nombre de la libertad la luz de la discusión.

Mientras las armas del pensamiento sean usadas libremente por todos los mexicanos, no debemos temerlas. Que unos profesen una fe, otros otra; que unos crean en la eficacia de unos principios y otros los juzgen perniciosos, poco importa; por el contrario: vengan las luchas de la idea, que serán luchas redentoras, pues de su choque ha brotado siempre la luz, y la libertad no la teme, la desea.

No debemos, pues, temer la influencia del clero, ni mucho menos querer obstruir su acción siempre que sea legítima.

En cuanto á la acción de la autoridad, indirectamente es mayor sobre las masas, porque los grandes capitalistas generalmente son partidarios del Gobierno constituido y ocupan muchos obreros en sus talleres y jornaleros en sus haciendas, á los que fácilmente obligan á votar en favor de las candidaturas oficiales.

Esta acción, sin embargo, no debemos temerla grandemente, pues el Gobierno no se ha preocupado en disciplinar á sus partidarios porque no los ha necesitado, y el día que los necesite tendrá que hacerles algunas concesiones que redundarán en bien de la colectividad. Además, la influencia personal de los mandatarios es igualmente legítima y no debemos discutirla.

Cuando los gobernantes lleguen á la necesidad de recurrir á esas maniobras electorales, será porque se ha iniciado la lucha democrática, y con tal que no se recurra á medios violentos, la democracia no tiene nada que temer.

El pueblo ignorante no tomará una parte directa en determinar quienes han de ser los candidatos para los puestos públicos; pero indirectamente favorecerá á las personas de quienes reciba mayores beneficios, y cada partido atraerá á sus filas una parte proporcional de pueblo, según los elementos intelectuales con que cuente.

Aun en países muy ilustrados no es el pueblo bajo el que determina quienes deben llevar las riendas del gobierno.

Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partido, que se reducen á un pequeño número de intelectuales.

Estos están constantemente pulsando la opinión pública, á fin de adoptar en su programa lo más adecuado para satisfacer las aspiraciones de la mayoría, resultando de esto la constante evolución de las partidos. Así observamos en los Estados Unidos que el partido republicano, el de los capitalistas, tuvo que atacar á los *trusts* para poder conservar el poder por cuatro años más.

Aquí en México pasará lo mismo y no será la masa analfabeta la que dirija al país, sino el elemento intelectual.

Pasando á otro orden de ideas, diremos que la ley concede el sufragio á todos los mexicanos mayores de veintiún años, y lo que deseamos por lo pronto es que se cumpla con la ley. Después, cuando las Cámaras sean nombradas por el pueblo, en uso de los derechos que le concede la ley electoral vigente, entonces será tiempo de reformarla, si la práctica demuestra que es defectuosa. Nosotros creemos que es posible emitir juicios sobre ella, porque desde que tenemos uso de razón no la hemos visto funcionar. Opinamos que será preferible observar la ley electoral por mala que sea, á seguir con el actual régimen, que no obedece á ninguna ley ni buena ni mala.

Hemos procurado demostrar que la ignorancia no es un obstáculo para que se implanten entre nosotros las prácticas democráticas, y ahora pasaremos á probarlo con hechos.

¿En la Grecia de Pericles y en la Roma de los Cónsules, habría más del dieciseis por ciento de sus habitantes que supieran leer y escribir ó estarían más civilizados que nosotros?

¿La Francia del 93 tendría tan desarrollada su instrucción, pública que en parangón con la nuestra no pudiéramos resistir la comparación?

Pues bien, los griegos y los romanos de aquella época, que en su inmensa mayoría no sabían leer ni escribir, que eran infantilmente supersticiosos y tenían costumbres tan bárbaras que no resisten comparación con nuestro actual estado de adelanto, estaban, á pesar de todo, perfectamente aptos para la democracia y precisamente á sus prácticas regeneradoras debieron la gloria de elevarse á una altura y grandeza no conocidas hasta entonces.

La Francia de 93, en su mayoría analfabeta, llevó á cima una de las empresas más colosales que ha presenciado el mundo, tan pronto como implantó en su suelo las prácticas democráticas, aclimatadas tan rápidamente en ese país por tantos siglos sometido á la tiranía del poder absoluto, que el mismo Napoleón con su irresistible prestigio, no se atrevió á atacarlas en principio, y el haberlas conculcado en su esencia fué lo que acarreó su estruendosa caída.

Por último, el Japón de hace cuarenta años, era más ignorante que nosotros hace treinta, y sin embargo, gracias á la solicitud verdaderamente paternal del Mikado, que dió libertad á su pueblo, florecieron en su suelo las prácticas democráticas, que han elevado el Japón á un puesto envidiable entre las naciones civilizadas.

Volviendo ahora á nuestra historia, ¿qué mejor prueba puede haber sobre la aptitud del pueblo mexicano para la democracia, que la elección de representantes al Congreso Constituyente de 57, Congreso que honraría á cualquiera nación civilizada?

Y después, durante las administraciones de Juárez y Lerdo, ¿no hubo en el Congreso un partido independiente que

hacía oposición á los actos del Gobierno cuando no estaban de acuerdo con sus aspiraciones? Ese grupo de representantes nombrados por el pueblo, ¿no fué ensalzado hasta las nubes por el mismo General Díaz?

Por último, los movimientos democráticos iniciados en Nuevo León, Yucatán y en este Estado, demuestran que el pueblo se aviene muy bien á esas prácticas, como se evidenció por los numerosos clubs ramificados en las diferentes ciudades y subordinados á un club central, director del partido político. Estos partidos estaban perfectamente organizados, contaban con numerosos periódicos y eran dirigidos con acierto y patriotismo en las maniobras electorales, por las directivas electas oportunamente. Si estos partidos fracasaron en sus luchas, fué porque armados únicamente con el derecho, no pudieron neutralizar la influencia de la fuerza bruta empleada por el Gobierno. Además un Estado solo nunca podrá luchar en contra de la Federación.

A pesar de que entonces los partidos populares fueron derrotados con armas de mala ley, el pueblo dió gran prueba de cordura; se vió asimismo vilmente ultrajado y perseguido, y no obstante, prefirió permanecer en paz antes de recurrir á medios violentos para hacer respetar sus derechos.

¿No son pruebas bastantes de que el pueblo mexicano ha olvidado la costumbre de acudir en todo caso á la revuelta?

¿No es de esperarse por esto que un pueblo respetuoso á sus autoridades, aun cuando infringen la ley, las respete más seguramente y con verdadera satisfacción, cuando en la misma ley apoyen sus actos?

Por otra parte, el espíritu de asociación ha echado hondas raíces en la República, como lo demuestran las formidables sociedades de ferrocarrileros, fogoneros, empleados de todas clases y obreros de las fábricas de tejidos de algodón.

Esas agrupaciones han dado prueba de gran cordura, de

patriotismo y de verdadero espíritu de unión; sus asambleas revisten tal seriedad, sus acuerdos tienen tal sello de ilustración y de sentido común, que sus directores no representarían mal papel en un Congreso Independiente.

Por último, la prueba más notable del espíritu de unión y de la ansiedad que abrigan los pechos de los independientes por hacer algo en pro de la reivindicación de nuestros derechos democráticos, la tenemos en el Congreso de Periodistas, al cual concurrieron delegados hasta de los últimos confines de la República: de Yucatán, Sonora y Sinaloa.

En él se consolidó una unión estrechísima, y en lo sucesivo, toda esa falange de valientes luchadores marchará al unísono, y fortalecidos con la solidaridad, representarán un papel importante en la gran lucha que muy pronto presenciaremos entre el poder absoluto y la democracia.

Como conclusión de las razones expuestas, podemos afirmar enfáticamente que *sí estamos aptos* para la democracia.

Comprendemos que 30 años de no practicarla han atrofiado algo el organismo de la Nación; pero también comprendemos que cuanto más se deje pasar el tiempo, la atrofia será más completa.

Es, pues, indispensable, si no queremos que nuestra Patria llegue á verse miserablemente atrofiada, que hagamos un vigoroso esfuerzo para poner en movimiento su organismo.

¿La actual administración tolerará las prácticas democráticas?

Indudablemente que el principal obstáculo para que en nuestro país hayan podido implantarse las prácticas democráticas, es el militarismo: éste no reconoce más ley que la fuerza bruta. Creemos haberlo demostrado suficientemente en el curso de este trabajo.

El militarismo será, por consiguiente, el principal escollo con que tropezará el pueblo para hacer uso de sus derechos electorales.

Veamos como podrá vencer este obstáculo.

Desde luego, el General Díaz que debe el poder á su espada victoriosa, difícilmente permitirá le sea quitado mientras su espada conserve su prestigio.

La conciencia nacional así lo comprende, y como todos opinan que vale más esperar la muerte del General Díaz, aun cuando esta situación se prolongue todavía por algunos años, con tal que el suelo patrio no vuelva á ser manchado con sangre hermana, resulta que no hay quien se anime á promover ningún movimiento democrático, porque prevalece la opinión de que se fracasará ruidosamente, si es que no se corren peligros mayores.

Nada difícil sería esperar unos cuantos años para hacer uso de nuestros derechos democráticos si tal cosa sucediera al abandonar este mundo el General Díaz, pues por más higiénica y arreglada que sea su vida, no puede ya prolongarse mucho. Es un error creer que las cosas pasen de tal modo. Lo más probable es que se prolongue y aun se agrave el actual estado de cosas.

En vista de este obstáculo, ¿qué determinación tomar? ¿cuál el remedio para la situación presente?

El remedio consiste en luchar con constancia hasta que se logre el primer cambio de funcionarios por medios democráticos. Si la Nación llega á organizarse fuertemente en partidos políticos, al fin logrará que se respeten sus derechos, y una vez obtenido el primer triunfo, se habrá sentado el precedente, y sobre todo, un gobernante que debe su poder á la ley y al pueblo, siempre será respetuoso para con ellos y obedecerá sus mandatos.

Para obtener ese triunfo pueden contribuir muchos otros factores, pues viendo á la Nación tan fuerte por medio de la organización de partidos, algunos de los Gobernadores ó de los Presidentes cederán por temor á la opinión pública, ó porque ellos también se hayan contagiado de las ideas democráticas y quieran hacerse grandes por medio de una acción magnánima.

Sobre todo, hay que tener presente que cualquiera ventaja, concesión, ó conquista obtenida por las prácticas democráticas, será una cosa duradera, mientras que un triunfo, por importante que sea, obtenido con las armas, no hará sino agravar nuestra situación interior, sin contar con los peligros de una intervención, que aunque no creemos tan probable como muchos otros, no por eso dejamos de tomarla en consideración.

Reasumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, encontramos que se ha calumniado al pueblo mexicano al decir que no está apto para la democracia; quien no lo está, es el actual Gobierno, cuyo poder dimana de la fuerza, y por consiguiente, considera á ésta como ley suprema.

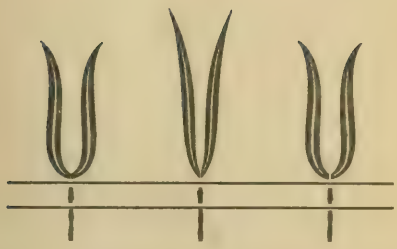
Hemos llegado á conseguir que toda la Nación respete la ley. Ya sólo falta que la respeten el General Díaz y los que lo rodean, para que la Nación pueda entrar de lleno en el ejercicio de sus derechos, á fin de restablecer en el fondo, el régimen constitucional.

Si el General Díaz llegara á dar el grandioso ejemplo de respetar la ley y la voluntad de la Nación en la próxima lucha electoral, sentaría un precedente que ninguno de sus sucesores quebrantará y entonces sí coronaría su obra de pacificación, consolidándola con el prestigio de la ley, con la sanción de la voluntad nacional y con la gloria que le daría acción tan magnánima.

No hay que imaginarse que esto sea tan difícil. Hasta la fecha, al tratarse de elecciones presidenciales, muy pocos signos ha dado la Nación de que no quiere al frente de sus destinos al General Díaz, y ese asentimiento tácito, bien puede él tomarlo como la aprobación de todos sus actos. Por este motivo repetimos que aun no es tiempo de juzgarlo. Esperemos su conducta en la próxima campaña electoral, pues todo hace creer que habrá lucha, porque el pueblo comienza á darse cuenta del peligro que corre si sigue como observador impasible de los hechos, en vez de asumir su soberanía.

Por consiguiente, si estamos convencidos de que el pueblo mexicano está apto para la democracia y que es indispensable principie á ejercer sus derechos, veamos como podrá organizar sus fuerzas.

Después estudiaremos la probable actitud de la actual administración frente al pueblo perfectamente organizado.



CAPITULO VII.

EL PARTIDO ANTIREELECCIONISTA. (1)

Antes de abordar de lleno la cuestión, haremos un ligero examen de los partidos políticos en México.

Los dos grandes partidos que se formaron una vez obtenida nuestra independencia, el liberal y el conservador, representaban en aquella época las aspiraciones y los intereses de dos grandes grupos de mexicanos.

El primero, de ideas avanzadas, quería implantar en nuestro país los principios más modernos, y el segundo deseaba conservar hasta donde fuere posible, las tradiciones antiguas. Este partido, integrado principalmente por la gente de dinero, siempre conservadora, y por el clero, po-

---

[1] En la primera edición, este capítulo trataba de un Partido Nacional Democrático cuya organización proponíamos.

Antes de salir á luz dicha edición, se organizó en esta Capital el Partido Democrático, pero con tendencias diferentes de las señaladas por nosotros.

Para evitar confusiones hemos resuelto cambiar la denominación de este capítulo reservándonos para el apéndice ocuparnos del Partido Democrático.

seedor de inmensas riquezas, buscaba á la sombra de un Gobierno de su hechura, la protección á sus cuantiosos intereses.

Inútil será referir las largas luchas sostenidas por esos dos partidos.

Nos bastará decir que en el Cerro de las Campanas quedó sepultado para siempre el antiguo partido conservador.

Cuando el partido liberal hubo triunfado definitivamente, se disgregó en dos partidos personalistas, pues ambos proclamaban los principios liberales y enarbolaban la Constitución de 57 como su divisa de combate.

Estos dos grandes partidos los constituían los Juaristas y Lerdistas por un lado, y por el otro los Porfiristas.

Ya hemos visto como llegó al poder este último partido.

La política de conciliación del General Díaz vino á borrar los últimos vestigios del partido conservador.

Sin embargo, la política anticonstitucional del General Díaz ha creado muchos descontentos, y estos se encuentran entre aquellos á quienes preocupa el porvenir de la Patria, ya sea que sus ideas los acerquen al antiguo partido conservador ó al liberal.

Estos descontentos ó sea el elemento oposicionista, constituyen en realidad un partido, pues aunque no esté organizado, existe la aspiración uniforme de un grupo de ciudadanos hacia un mismo fin, y esa aspiración será el móvil que los lleve á unirse y organizarse.

Este partido no tiene por lo pronto otra aspiración, sino que la voluntad nacional pueda libremente intervenir en el nombramiento de los gobernantes.

La aspiración de ese partido, es por consiguiente, substituir el Gobierno absoluto de *uno solo*, por el Gobierno constitucional de *todos* los ciudadanos.

Por estas circunstancia encontramos que las dos grandes banderías ya organizadas, las cuales dividen actualmente la opinión del elemento oficial, están constituidas por quienes desean la prolongación del actual régimen de Gobier-

no. Estas se llamarán reeleccionistas, pues han querido ocultar sus verdaderas ambiciones detrás del General Díaz, cuya reelección proclaman como indispensable, aunque en realidad los grupos de reeleccionistas, el Científico y el Reyista, verían con gusto que el grande hombre que nos gobierna dejara el poder para apoderarse de su rica herencia.

Los dos partidos, de tendencias semejantes, debían llamarse absolutistas, por ser el absolutismo el principio de Gobierno que profesan, pero no se atreven á declarar francamente sus tendencias, y pretenden ser partidarios de la Constitución; lo cual no es cierto.

El otro gran partido, formado por los que no están contentos con la conducta anticonstitucional del General Díaz, podrían llamarse "Constitucionalistas;" pero esta denominación sería poco precisa, pues ningún partido rechaza la Constitución; todos pretenden apoyarse en ella; la diferencia consiste en que un grupo determinado quiere respetarla solamente en la forma, y en el fondo continuar con el poder absoluto, mientras que el otro desea se aplique en la forma y en el fondo, por medio de las prácticas democráticas.

Creemos, por consiguiente, bastante justificado en el nombre que proponemos para el gran Partido que se organizará con los elementos dispersos de lo que hasta ahora se ha llamado partido independiente, ó de oposición, y que más bien han existido localizados en los Estados, pues nunca se ha iniciado un movimiento verdaderamente nacional para unir esos elementos; el único que podría reclamar esa honra, el "Partido Liberal," no manifestó francamente sus tendencias, y aparentemente intentaba resucitar las antiguas luchas entre liberales y conservadores; ademas, pronto fué ahogado en su cuna por medio del ruidoso atentado de San Luis Potosí.

Tendencias del Partido Antireeleccionista.—Su programa.

Todo partido político debe tener su programa; que desarrollará cuando obtenga el poder, y por cuyo

triunfo trabajará en las Cámaras en la Prensa y en los clubs.

Mientras más extenso sea el programa y encierre más principios, será más reducido el número de quienes lo aprueben en su integridad.

Partiendo de este principio, convendrá que el programa del Partido Antireeleccionista, sea lo más conciso posible, á fin de que quienes ingresen á su seno puedan encontrar el medio de satisfacerse sus diversas tendencias, siempre que fueren sanas y patrióticas.

Repetimos que el antiguo partido conservador ya no existe. Sus elementos dispersos han ingresado, según sus tendencias, á los dos grandes partidos que se esbozan: el reeleccionista ó absolutista y el antireeleccionista ó constitucional.

Igual cosa ha ocurrido con los elementos del partido liberal.

Por consiguiente, al derredor del Gobierno se han agrupado los elementos que sólo piensan en su bienestar personal, lo cual les hace prescindir de principios y cualesquiera que sean los que profese el Jefe de Gobierno, serán ellos sus partidarios.

No pasará de igual manera entre las filas del Partido Antireeleccionista, pues quienes ingresen á el, tendrán que ser por la naturaleza misma de las cosas, personas de principios firmes y que no transigirán tan fácilmente con ellos.

En nuestro concepto, y según el movimiento que hemos observado en la prensa independiente, llámese católica ó liberal, parece que predomina la idea siguiente:

TRABAJAR DENTRO DE LOS LÍMITES DE LA CONSTITUCIÓN, PORQUE EL PUEBLO CONCURRA Á LOS COMICIOS, NOMBRE LIBREMENTE Á SUS MANDATARIOS Y Á SUS REPRESENTANTES EN LAS CÁMARAS.

Una vez obtenido este primer triunfo y habiendo logrado que las Cámaras estén integradas por representantes legítimos del pueblo, trabajar porque se decreten las leyes necesarias á fin de evitar la repetición de que un hombre con-

centre en sus manos todos los poderes y los conserve durante una época tan prolongada.

La medida más eficaz para lograr este objeto, consiste en adoptar de nuevo en nuestra Constitución federal y en las locales de los Estados, el principio de no reelección.

Por consiguiente, estos serán los principios que proponemos para que sirvan de Programa al Partido Antireeleccionista:

LIBERTAD DE SUFRAGIO.

NO-REELECCCION.

Una vez obtenido el triunfo del primer principio y establecido en nuestra Constitución el segundo, entonces será tiempo de estudiar con entera calma y con las luces de la experiencia, qué reformas conviene hacer á la ley electoral; estudiar si debemos modificar la Constitución adoptando definitivamente el parlamentarismo con ministros responsables y un Presidente que no gobierne á fin de que presida con más majestad los destinos de la Nación. Con este motivo, habrá acaloradas discusiones en las Cámaras, y el Partido Antireelecionistas se dividirá á su vez en los dos grandes partidos que en todos los países del mundo han representado las tendencias opuestas de la opinión: el liberal y el conservador.

El primero, queriendo siempre avanzar con febril entusiasmo; el segundo moderando sus impulsos, haciéndolo marchar con pies de plomo, dando por resultado que esos dos partidos, equilibrándose constantemente, harán nuestro progreso pausado, pero seguro. Sin embargo, los dos futuros partidos estarán de acuerdo en los grandes principios, democráticos y Antireeleccionista, motivo por el cual dejará de subsistir esta denominación para ser reemplazada por otras más oportunas.

Cuando esto llegue á suceder y que de modo definitivo se implanten las prácticas democráticas, el pueblo tendrá á su disposición el medio de dar á conocer sus aspiraciones, las cuales serán en muchos casos definidas por los parti-

dos políticos, siempre ocupados en buscar la fórmula más aceptada en la República, tanto por el deseo muy patriótico de obtener el progreso y el bienestar de la Nación, como por conveniencia para el mismo partido.

Así como ahora vemos al Partido Científico y al Reyista adular al General Díaz á quien juzgan omnipotente, entonces veremos á los partidos que resulten halagando al pueblo, cuya omnipotencia será más duradera y efectiva.

Oporutnidad para formar el Partido Antireeleccionista.

La frase tan popularizada: «después del General Díaz no admitiremos más dominio que el de la ley,» hace creer á muchas personas que el momento oportuno para proceder á la formación de este partido, será á la muerte del General Díaz, juzgando que mientras viva no lo permitirá, y que intentar la formación de un partido oposicionista desde ahora, sería una temeridad.

Nosotros no opinamos de tal manera; más bien estamos convencidos de que la época actual es la más oportuna para la formación de este partido.

Efectivamente, los peligros para formar ese partido serán mayores á la desaparición del General Díaz, porque su sucesor, joven y con gran ambición, no vacilará en recurrir á medidas violentas para afianzarse en el poder, el que indudablemenre deseará disfrutar por muchos años: mientras que el General Díaz, ya tan cerca de la tumba, no tiene el mismo aliciente; más bien ha de encontrarse cansado de llevar por tantos años el peso de los negocios públicos, y no será remoto que aspire al descanso.

Además, el General Díaz ha adquirido tal gloria y tanto prestigio, que no querrá exponerlos cometiendo atentados sangrientos al fin de su carrera, con el objeto de sostenerse unos años más en el poder que ha disfrutado por tan largo período de tiempo, por lo que ya no tendrá á sus ojos la misma novedad.

Por último, el General Díaz es indudablemente de una

moralidad superior á sus probables sucesores, y es más lógico esperar de él que de cualquiera de estos últimos, alguna concesión á la voluntad nacional, porque no debemos olvidarlo: el General Díaz tiene grandes compromisos con la Nación, á quien no ha cumplido sus promesas de Tuxtepec y ahora que no tiene á quien temer sino al fallo de la historia, ni más que desear sino la gratitud nacional, no será remoto que procure atraerse esta última y asegurarse un fallo favorable de la primera, respetando en sus últimos días la voluntad del pueblo y cumpliendo todas las promesas que antes hizo á la Nación.

En este caso, el General Díaz podría justificarse ante la historia, diciendo: «Es cierto: no cumplí á la Nación las promesas que le hice cuando por dos veces la induje á levantarse en armas para conquistar el principio de no reelección; pero fué porque temí que al dejar el Gobierno volviera la República á la era funesta de las revueltas intestinas. Con mi permanencia en el poder reduje al militarismo; maté el espíritu turbulento, hice que en todos los ámbitos de la República se respetara la ley, consolidé la paz, extendí por todo el país una vasta red ferrocarrilera construí grandiosas obras materiales, favorecí la creación de cuantiosos intereses privados, aumenté la riqueza pública. De mi Patria turbulenta, pobre, sin crédito, he hecho un país pacífico, rico y que goza de justo crédito en el extranjero. Es posible que para llevar á cima esta obra, haya cometido algunas faltas; todo el mundo está expuesto á errar; pero esas faltas han sido de buena fe y en prueba de ello, la principal que se me puede imputar, el que me haya colocado encima de la ley, sólo la cometí mientras lo juzgué indispensable para llevar á feliz término mi obra, puesto que ahora que la creo terminada y al país apto para ejercer sus derechos, devuelvo á la ley su imperio y su majestad y yo mismo me coloco bajo de ella, á fin de que en lo sucesivo sea la ley la guardiana de la paz y la que asegure el progreso indefinido de mi Patria, porque creo firmemente no

encontrar sucesor más digno que la Ley. Los últimos días de mi vida los consagraré á defenderla, á consolidar su prestigio, poniendo á su servicio todo el mío, y ¡ay de quien intente violar la ley que yo seré el primero en respetar!»

Aunque los intransigentes podrían hacer algunas objeciones, la inmensa mayoría, la casi unanimidad de los ciudadanos aclamaría al General Díaz, que con este hecho en un solo momento conquistaría la gloria reservada á Washington: ser el primero en el corazón de sus conciudadanos.»

El prestigio del General Díaz llegaría entonces á tal grado, que en cualquiera parte donde se encontrara, sería considerado como el árbitro de nuestros destinos, y la gratitud nacional hacia él no tendría límites.

Es cierto que en substancia el General Díaz dijo esto mismo á Creelman; pero esas declaraciones, hechas á un extranjero, fueron desde luego desvirtuadas y han perdido el resto de su valor por haberse demostrado que no eran sinceras.

No pasaría lo mismo si el General Díaz en vez de nuevas declaraciones se limitara á respetar la ley, á garantizar á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, á no poner trabas para la formación de partidos independientes, á no permitir que el sufragio fuera adulterado. Entonces sí, apoyado en los hechos, sus declaraciones tendrían gran peso; su palabra, el acento conmovedor de la verdad; sus actos, la grandeza digna de nuestra historia y de nuestros destinos.

Ya lo hemos dicho: no será remoto que el General Díaz se resuelva á observar esta conducta cuando vea que la Nación, organizada formidablemente en partidos políticos y agitada por el calor de la lucha, le haga oír su voz y le manifieste virilmente sus deseos: entonces el General Díaz convendrá en que la Nación está verdaderamente apta para la democracia, y en parte por el deseo de cumplir sus antiguos ofrecimientos, por respeto al fallo de la historia y por el deseo de aparecer magnánimo y en parte por el temor de no comprometer en tan avanzada edad el brillo de sus laureles

en una lucha contra el pueblo, tomará la determinación heroica de abdicar del poder absoluto, sometiéndose á la ley.

Lo comprendemos; estas consideraciones son de poco peso para la mayoría, que no cree posible una lucha electoral; pero nosotros hablamos para el caso de que el pueblo despierte y se levante enérgico y decidido á hacer uso de sus derechos. En caso contrario, no será el General Díaz ni ninguno de sus indicados sucesores quienes lo han de despertar y hacer que reclame sus derechos, y esto por la razón misma de las cosas, porque siempre han existido tendencias opuestas entre gobernantes y gobernados; los primeros procurando adquirir la mayor suma posible de poder; los segundos, limitándolo para mejor garantizar su libertad.

De todos modos, comprendemos que estas consideraciones por sí solas no demuestran que ahora sea la oportunidad para la formación del Partido Independiente; pero tenemos otras razones muy atendibles que pasamos á exponer.

Organizándose este partido antes de las elecciones de 1910, se tendría la seguridad de que quienes ingresaran á su seno, por la razón misma de las cosas, serían demócratas verdaderos, partidarios sinceros de la no-reelección, elementos completamente sanos, hombres de gran energía, de verdadero valor civil y de ideales bien definidos.

Efectivamente, en las actuales circunstancias, no podrán ingresar otra clase de personas á este partido, porque la generalidad considera temerario intentar la formación de una agrupación oposicionista, así es que los promotores que lo encabecen, necesitan tener un valor poco común en las actuales condiciones porque atraviesa el país; además, á nadie se le ocurrirá ingresar á éste por ambición personal, pues sería mucho más fácil obtener un puesto en la actual administración haciendo las declaraciones de los incondicionales ó capitulando oportunamente; mientras que el Partido Independiente tiene muy pocas y lejanas probabilidades de triunfar, al menos según el criterio dominante. Este partido, por su audacia en haberse opuesto á la reeleción del General

Díaz y por su valor y patriotismo en despertar la opinión pública, tendría siempre un gran prestigio en la Nación, pues aunque fuera derrotado en la primera lucha, su influencia en los destinos del país sería grande en un futuro no lejano.

En cambio, si se espera la muerte del General Díaz para organizar este partido, desde luego será mucho más difícil formarlo, porque sería ilógico que antes de saber como se comportaría su sucesor, se le hiciera oposición.

Además, la impresión que causara tal acontecimiento nadie puede preverla, y si seguimos como hasta aquí, sin organizar partidos políticos independientes, no será remoto un conflicto armado entre los dos partidos reeleccionistas, los cuales si desde ahora no despliegan mayor actividad, es tan sólo por temor al General Díaz.

Pero aun no surgiendo este conflicto, indudablemente el partido de oposición sería encabezado desde luego por uno de los dos bandos actuales, por el que no reciba como herencia el poder. Este, para prestigiarse proclamará los principios democráticos y hará al país las promesas más seductoras; y no habiendo otro partido prestigiado, se afiliarán á él todos los elementos independientes. El gran inconveniente de esto consistirá en que quienes encabecen el partido no sean verdaderos demócratas, ni sinceros antireeleccionistas, y sólo proclamarán esos principios para hacerse de partidarios, pero los olvidarán al día siguiente de llegar al poder, como tantos de ellos olvidan al día siguiente las solemnes protestas que hacen de cumplir la ley.

En estas circunstancias, los independientes de buena fe afiliados á ese partido, no tendrán la libertad de acción suficiente para hacer respetar el pacto que entrañaban las promesas del jefe del partido, porque éste, siendo personalista, tendrá que resentirse de su origen.

No pasará lo mismo con un verdadero partido democrático, del cual surgirá el candidato escogido entre los más dignos y cuya fuerza estribará en su partido.

Otra circunstancia en apoyo de nuestra afirmación sobre la oportunidad de organizar un partido político, es que la Nación lo desea, como se puede comprobar por los movimientos electorales en algunos Estados, en los cuales ha tomado parte activa el pueblo, y aunque éstos fracasaron, han dejado en los ánimos el fermento de la libertad y todos están ansiosos por renovar la lucha. Lo demuestran las grandiosas asociaciones de obreros, cuyo fin ostensible es el mutualismo, pero cuya secreta tendencia es la reivindicación de los derechos de ciudadano, y también la Asociación de Periodistas, que aparentemente persigue la unión, y cuyo verdadero móvil es el anhelo de libertad, el deseo de volver á la ley su prestigio y el ardor por combatir en el campo de la democracia. Este anhelo se siente por toda la República y se ha manifestado en multitud de folletos, opúsculos, libros, periódicos nuevos que defienden con más ó menos vigor la gran idea de que es indispensable la lucha electoral. Este libro obedece al mismo móvil, pues creemos, como todo el elemento pensador de la República, que ahora se nos presenta el momento oportuno para la reivindicación de nuestros derechos, que atravesamos por el período histórico de más trascendencia para los destinos de la patria, y que sobre nosotros, los de la nueva generación, pesa una responsabilidad enorme. ¿Veremos perder con criminal indiferentismo la preciosa herencia que nos legaron nuestros antepasados, ó valerosamente lucharemos por reconquistarla? Esa es la pregunta que habremos de contestar ante la historia.

Por todas estas circunstancias, opinamos que ha llegado el momento solemne en que debemos organizarnos en partidos políticos, y los que acariciamos el ideal democrático debemos proceder sin pérdida de tiempo á organizar nuestras fuerzas, á fin de que, llegado el día de las elecciones presidenciales, nuestro partido esté ramificado por toda la República y estemos en condiciones de luchar. Esa lucha será salvadora, aun en el caso de que nuestro partido resulte derrotado.

¿Cómo se formará el Partido Antireeleccionista?

El Partido Antireeleccionista se formará uniéndose los elementos dispersos que se encuentran en la República y que abrigan el mismo ideal de la reivindicación de nuestros derechos.

Para lograr este objeto, será conveniente que en cada lugar donde se encuentre un grupo de personas que simpaticen con la idea, se organicen en Club Político, se pongan en relación con los demás de la misma índole y procuren propagar sus ideas por medio de la prensa.

La organización de Clubs aislados sólo servirá para principiar los trabajos y todos ellos deberán unirse á fin de formar en cada Estado un núcleo con su Club Central Director.

A su vez los Clubs Centrales de los Estados se pondrán de acuerdo para nombrar en la capital de la República un Comité Directivo que sirva de centro y dirija los trabajos del partido.

Este Comité Directivo deberá ser integrado por los miembros más enérgicos y adictos al partido, pues tendrá que desempeñar un papel importantísimo. Su misión será mandar delegaciones á los Estados en donde no existan Clubs Democráticos, á fin de instalarlos, hacer propaganda activa por la prensa y convocar á una Gran Convención Electoral cuando lo crea oportuno, á fin de que en ella se acuerde definitivamente el programa político del Partido, y se elijan los candidatos para Presidente, Vicepresidente y Magistrados.

De un modo notable se simplificarán estos trabajos, si en esta capital se organiza un Club netamente independiente. En tal caso podrían adherirse ó aliarse á él todos los Clubs independientes de la República, aunque hubiera alguna diferencia en los principios proclamados por cada uno, porque actualmente el único que todos debemos perseguir, es despertar el espíritu público y organizar un poderoso

partido independiente, que lleve savia nueva á las esferas del Gobierno y ocasione una vigorosa reacción, á fin de que la ley sea respetada por todos y la voluntad nacional logre imponerse.

No aconsejamos que se unan al Partido Democrático ya organizado, porque no lo consideramos netamente independiente, por ser sus directores miembros de la actual administración, lo cual les impedirá defender eficazmente y con energía los intereses del pueblo.

A este propósito, sabemos que en esta capital se trata de instalar un Club Independiente, que podrá ser el núcleo del Partido cuya formación proponemos.

¿Quién será el candidato del Partido Anti-reeleccionista?

No pretendemos contestar esta pregunta, porque sería imposible, puesto que en definitiva la resolverá una Gran Convención integrada por delegados de toda la República.

Sí intentaremos hacer algunas reflexiones que nos parecen pertinentes, sobre todo, para no dejar laguna en este trabajo.

En la Convención Electoral se nombrará por mayoría de votos quién ha de ser el candidato; pero es indudable que la opinión de la Directiva del Club Central, ó del Comité que se nombre por delegados de los Estados y Distritos de la República, tendrá gran peso en las determinaciones de la Asamblea, sobre todo si con su actitud digna y enérgica se ha captado la confianza de los independientes.

Este Comité, que á una gran energía y un gran patriotismo debe unir un criterio recto y desapasionado, habrá de estudiar con gran calma ese asunto.

Nosotros opinamos que de preferencia debía fijarse el Comité en alguno de los miembros más prominentes de la actual Administración, siempre que su gestión gubernativa sea una garantía de que respetará la Constitución; pues por lo pronto no debe desearse otra cosa sino un hombre que

respete la ley y que, ya sea por convicciones ó temperamento, sea incapaz de disolver el Congreso, lo cual se conocerá no por sus promesas, sino por sus antecedentes.

Las ventajas de tal política son las siguientes:

Al escoger el Partido Independiente su candidato entre los miembros de la actual administración, demostrará que no lo guían ambiciones personales ni espíritu de oposición sistemática, lo cual constituirá la mejor prueba de la pureza de sus intenciones y de su verdadero patriotismo; además, de esta manera se logrará evitar que la campaña asuma un carácter muy violento, pues moralmente estarán desarmados los miembros de la actual administración y sus partidarios, para atacar un partido que da tantas pruebas de cordura; por último, los cuantiosos intereses extranjeros invertidos en nuestra Patria se juzgarían más á cubierto, y bien debemos esa prueba de deferencia, que por espontánea será honrosa para nosotros, á quienes tan poderosamente han contribuido para nuestro desarrollo económico. Las naciones cada vez tienen más ligas entre sí y se deben guardar mutuamente todas las consideraciones compatibles con la dignidad y el honor.

Para seguir esta línea de conducta, creemos indispensable que el candidato dé su consentimiento previo.

En este caso, se contaría hasta con la ayuda de parte del elemento oficial.

Sin embargo, no hay que forjarse ilusiones; convendrá intentar esa política, pero no debe esperarse un resultado satisfactorio, á menos que el General Díaz diera su consentimiento al candidato, lo cual es muy poco probable, aunque no imposible del todo.

Las negociaciones para que aceptara la candidatura la persona en quien se fijara el Comité Directivo, podrían llevar á pláticas con el General Díaz y quizás se lograría arreglar con él un pacto ó convenio, que daría por resultado arreglar la gran cuestión electoral fraternalmente entre la gran familia mexicana.

Mientras las fuerzas de los independientes fueran mayores, sería este convenio más ventajoso para los intereses que representa; este convenio podría consistir en que continuara en la Presidencia el General Díaz, aceptando como Vicepresidente al candidato en quien los demócratas se hubieran fijado para el mismo puesto, y dando determinadas libertades á fin de que paulatinamente y sin sacudimiento, se fueran renovando las autoridades municipales en toda la República, las legislaturas de las Estados, los Gobernadores y las Cámaras de la Unión.

De esta manera, sin sacudidas violentas y sin luchas de resultados inciertos, pero que de todos modos dejarían odios difíciles de extinguir, se habría verificado la transformación de México, y el General Díaz, que podría dejar el peso de esa obra al Vicepresidente, permanecería en un pedestal altísimo, como el severo guardián de la ley, como la encarnación verdadera de la Patria.

Pero el General Díaz, para representar ese grandioso papel, necesita elevarse sobre las banderías políticas, y en vez de acaudillar una de ellas y recurrir á las artimañas, intrigas, persecusiones y fraudes para que triunfe la suya, debe elevarse muy por encima, declarándose la encarnación de la Patria, el guardián de la ley y decir á los mexicanos con voz tonante: «Ya se llegó la hora en que hagáis uso de vuestros derechos. Yo no favorezco á ningún partido. Unicamente deseo que en vuestras luchas electorales respeteis la ley, como la respeto y la haré respetar por todos los agentes de mi gobierno.»

Esa sería la solución más de desearse, pero no la más probable.

En caso que ninguno de los miembros prestigiados de la actual Administración admitiera ser el candidato del Partido independiente, sería necesario elegir éste entre los miembros del Partido y resolverse á entrar de lleno á la lucha electoral, en contra de las candidaturas oficiales.

Campaña electoral y sus consecuencias posibles

Indudablemente, esta lucha será ruda; pero es imposible predecir cual será la actitud del Gobierno, de la cual depende el carácter que asuma la campaña.

Si el Gobierno se resuelve á respetar la ley, á no ejercer presión en las elecciones y á no adulterar el sufragio, la lucha será agitada, pero no correrá sangre, y esa agitación, despertará por completo al pueblo enseñándole á hacer uso de sus derechos.

En este caso, aun triunfando las candidaturas oficiales, el partido independiente habría obtenido el triunfo de uno de sus ideales: la Libertad del Sufragio, y aseguraría y prepararía el terreno para que pronto triunfara el principio de la no-reelección, pues por mal que le fuera en las elecciones, indudablemente su triunfo sería completo en algunos distritos y tendría sus representantes en las Cámaras, que aun en minoría, constituirían un importantísimo elemento para evitar los desmanes del poder y velar por el respeto de la ley electoral en toda la República.

En tal caso, si la libertad en las elecciones fuera completa y el Gobierno respetara fielmente la ley, podría suceder que el partido independiente triunfara, pues á pesar del inmenso prestigio del General Díaz, una gran parte de la Nación verá con satisfacción que deje el poder en manos más óvenes.

Esta solución, la menos probable de todas, sería el coronamiento más brillante de la obra del General Díaz y del Partido Independiente; en lo sucesivo marcharían de común acuerdo, pues éste sería fácil teniendo una base honrosa para ambos, como sería la ley.

Los independientes habrían visto coronados sus esfuerzos con un éxito inesperado, y en lo sucesivo estaría asegurado el régimen constitucional y la paz definitivamente consolidada, puesto que las energías nacionales habrían encontrado su cauce natural.

El General Díaz, retirado á la vida privada, tendría la satisfacción de ver de lejos su obra coronada brillantemente y más de cerca palparía la gratitud nacional, inmensa, en caso de que observara tal conducta.

Pero estamos hablando en el caso ideal de que por una pronta regresión el General Díaz se resolviera á ponerse sobre los partidos y se declarase el protector de la ley.

Desgraciadamente los hechos hasta hoy no nos autorizan á formarnos tan halagüeñas esperanzas.

Lo más probable será que el General Díaz, obsesionado por la idea fija que ya le conocemos, impulsado por el círculo que lo rodea y que tan bien sabe aprovechar su privanza, quiera reelegirse por última vez y no transija con la Nación ni en el nombramiento de Vicepresidente, Magistrados, Diputados, Senadores, etc., ni en concederle las libertades que desea. En una palabra, que quiera perpetuar el actual régimen de poder absoluto, y dejar á la República maniatada en manos de un sucesor elegido por su capricho, cuyos actos ni él mismo podrá moderar cuando ya no sea de los de este mundo.

Las consecuencias de esta política serán funestas para la República, como se desprende del estudio que hemos hecho para demostrar el peligro tan grande que correrá nuestra patria si seguimos bajo el régimen del poder absoluto con el sucesor del General Díaz.

Por esta circunstancia, es indispensable luchar con energía, aun en el caso de que se prevea una derrota segura, porque con el solo hecho de luchar en el campo de la democracia, de concurrir á las urnas electorales, y sobre todo, de habernos constituido en partido político, los independientes habremos logrado que el país despierte, y el Partido Independiente, aunque derrotado, habrá salvado en realidad las instituciones, pues con esa lucha habrá adquirido tal prestigio, que al morir el General Díaz, se constituirá en un vigía constante para su sucesor, que por este motivo deberá obrar con gran moderación y hacer paulatinamente

concesiones al pueblo, que se las arrancará en las frecuentes luchas electorales, pues los independientes no descansarán, y promoverán campañas electorales en los Estados, á fin de renovar poco á poco los Ayuntamientos, las Legislaturas locales, los Gobernadores y las Cámaras de la Unión.

El Partido Independiente se fortalecerá cada vez más, al grado de contrabalancear el poder absoluto, á fin de que resulte el equilibrio necesario para el funcionamiento normal de nuestras instituciones.

Ya vemos como de cualquier manera que sea, el Partido Independiente prestará grandes servicios á la patria.

Veamos, sin embargo, que podrá suceder si el Gobierno recurre á medidas demasiado violentas para obtener su triunfo, puesto que, para llegar hasta la lucha en los comicios, se necesitará una relativa libertad.

En el caso de que ésta falte por completo, imposible será pronosticar lo que suceda, pues bien puede darse el caso de que la Nación, indignada por las violencias y persecuciones de que son víctimas sus buenos hijos tan sólo porque quieren hacer uso de sus derechos, se levante en masa y presenciemos otra revolución popular como la de Ayutla.

No porque la Nación haya permanecido impasible hasta ahora, ha de imaginarse que presenciará con la misma impasibilidad que se cometan numerosos atentados: ahora pasamos por una época de transición; se nota gran agitamiento y ansiedad en todas partes, y si las energías del pueblo, ansiosas por manifestarse, no encuentran expedita la vía democrática, podrán desviarse por los senderos torcidos de la revuelta y acarrearán males sin cuento á la patria.

Las consecuencias serían funestas para el país, aunque no creamos tan probable una intervención de los Estados Unidos. Estos, antes de resolverse á una guerra con nosotros, lo pensarían muy maduramente. Ya los boeros han probado de lo que es capaz un pueblo en la defensiva y más aún, un pueblo que lucha por su independencia. Una guerra

con México costaría á los Estados Unidos un número muy superior de millones al que tienen invertidos en nuestro territorio, y los cuales no serán tan amenazados en caso de una revolución como se ha dado en suponer. Además, tendrían que resolverse á sacrificar algunos cientos de miles de sus hijos, pues los mexicanos no nos resolveremos tan fácilmente á perder parte de nuestro territorio, ni menos aún nuestra independencia.

Esa guerra es, además, muy poco probable, porque al elevado nivel intelectual y moral del pueblo americano, repugnaría una guerra tan sangrienta sólo por proteger los intereses de algunos capitalistas, que muy bien podrán encontrar protección ó indemnización valiéndose de las vías diplomáticas.

Decimos lo anterior, no porque creamos que una revolución dejara de ser funesta por estar tan remoto aquel peligro, sino porque queremos rechazar la humillante idea que han dado en propalar algunos sostenedores de la actual administración, de que los Estados Unidos intervendrán en caso de un conflicto interior. El mismo General Reyes, que se precia de ser tan gran patriota, ha dicho en su célebre entrevista con el señor Heriberto Barrón: "*Creerme capaz de atentar así contra la paz interior, y por ende, hasta la de carácter internacional, pues* LA INTERVENCION EXTRANJERA HOY SE IMPONE PARA GARANTIZAR LOS CUANTIOSOS CAPITALES VENIDOS DEL EXTERIOR Á NUESTRAS INDUSTRIAS Y MERCADOS....."

La intervención sólo podría tener lugar, en el caso de que nuestro Gobierno siguiera la misma conducta antipatriótica de Estrada Palma en Cuba, pero estamos convencidos de que no pasará así y que, en caso de una intervención extranjera, desapareceria instantáneamente toda división intestina, y los mexicanos, unidos todos y capitaneados por nuestro venerable Presidente, no tendríamos más que un pensamiento: luchar hasta morir, antes de perder nuestra independencia.

Pero á pesar de las pocas probabilidades de un conflicto internacional, ¡cuánto mejor es evitar todas las causas que posiblemente puedan acarrearlo! Para lograr este objeto no se necesita un gran esfuerzo. Basta que todos los mexicanos nos respetemos mutuamente nuestros derechos, pues, tengámoslo siempre presente: "el respeto al derecho ajeno es la paz," tanto en asuntos internacionales como en los domésticos.

La hipótesis de que estalle una revolución es la menos probable de todas, pues por un lado, el elemento gobiernista procurará evitarla á toda costa, y el medio más eficaz y sencillo consistirá en hacer concesiones á la voluntad nacional, lo cual está en su mano; por otro lado, los que formen el Partido Independiente, son partidarios de la ley, y por amarga experiencia sabemos los mexicanos que, cuando hemos empuñado las armas para derrocar algún mal Gobierno, hemos sido cruelmente decepcionados por nuestros caudillos, que nunca han cumplido sus promesas, por cuyo motivo las tendencias del Partido Independiente serán, trabajar porque se verifique el cambio de funcionarios por medio de las prácticas democráticas.

A pesar de lo anterior, la probabilidad existe de que sí se levante la Nación si la opresión es demasiado vigorosa. Si es cierto que está acostumbrada á permanecer tranquila y en perpetua paz, también lo está á no presenciar sino muy raros atentados cometidos aisladamente, y si ahora viniera una serie numerosa, como tendría que suceder, le causaría uua indignación difícil de contener.

En este caso desgraciado, sería el culpable el General Díaz, que por su obstinación en no hacer concesión alguna á la República, habría precipitado esa catástrofe, pues hay que decirlo alto y claro: el General Díaz, ayudado por las circunstancias y de un modo tácito por todos los mexicanos, ha creado un orden tal de cosas, que ni él mismo puede alterar impunemente.

Otra eventualidad posible en caso de que se iniciara con vigor el régimen de persecuciones, sería callar todas las

voces independientes, quitar de enmedio á todos los hombres de energía capaces de dirigir al pueblo, y establecer para siempre en nuestra Patria el régimen de poder absoluto con todas sus funestas consecuencias.

Entonces, el General Díaz habría causado á la Patria Mexicana el mayor mal posible, pues habría aniquilado para siempre sus fuerzas, y la entregará maniatada en manos de su sucesor, cuya conducta ni él mismo puede prever ni mucho menos podrá remediar cuando ya haya abandonado este mundo.

Estas dos posibles contingencias: la revolución ó la consolidación definitiva de la dictadura son precisamente las que intentará evitar el Partido Independiente. La primera la evitará encauzando las energías de la Nación por un camino hasta ahora nuevo para ella: por el de la Democracia. La segunda, luchando en los comicios, aun sin esperanzas de triunfo, con tal de despertar el espíritu público y prestigiarse lo suficiente para poder luchar con el sucesor del General Díaz y arrancarle una á una nuestras libertades,

Sin embargo, para que el Partido Independiente pueda cumplir su noble misión, ya lo hemos dicho, es necesario que el General Díaz renuncie al régimen de persecuciones y conceda la libertad suficiente para que la Nación se organice en partidos políticos y pueda nombrar libremente sus mandatarios.

Consideraciones generales.

Terminaremos este capítulo haciendo las siguientes consideraciones hara demostrar que el pueblo debe esperar mucho de sus propios esfuerzos.

Las Compañías Ferrocarrileras en México, en su mayoría extranjeras, ocupaban á un gran número de empleados mexicanos y los trataban con desigualdad irritante, en relación á los empleados americanos. El Gobierno Mexicano jamás se preocupó del asunto, pero los ferrocarrileros mexicanos, comprendiendo que nada debían esperar del Gobierno, se unieron, formaron una asociación poderosa que

ha logrado no solamente que se trate al mexicano sobre una base de igualdad con el americano, sino que ha obtenido importantes concesiones del Gobierno.

En Coahuila, á consecuencia del estado de sitio que fué declarado en el año 1884 á raíz de subir el General Díaz al poder, el pueblo no pudo hacer libremente sus elecciones y fué impuesto un Gobernador de acuerdo con las tendencias tuxtepecanas.

Ese Gobernador resultó insoportable, y 12 años después todo el Estado se levantó indignado y hasta se registraron algunos levantamientos con las armas. El General Díaz vió que si se empeñaba en sostener tan mal gobernante podía venir una conflagración en la República, y cedió.

El nuevo Gobernante de Coahuila era un excelente sujeto, pero después de su primera reelección se corrompió, como pasa con casi todos los hombres que permanecen muchos años en el poder. Al intentar su tercera reelección, se organizó un fuerte movimiento oposicionista, y el triunfo de la oposición no resultó más completo, porque es imposible que después de 30 años de inmovilidad, el primer esfuerzo para agitar la oposición pública obtuviera un éxito completo.

Sin embargo, merced á aquel movimiento, se logró que fueran removidas todas las autoridades locales, con lo cual sintió alivio el Estado. Es cierto que posteriormente han empeorado en algunos pueblos, pero se debe al régimen de poder absoluto, bajo el cual tendrán que cometerse grandes faltas, aun teniendo buena intención.

Ahora aparece asegurado el cambio de Gobernador, é indudablemente que esto obedecerá á la campaña política de hace tres años.

Por lo anterior, demostramos con hechos que no hay esfuerzo perdido cuando lleva un fin bueno.

Por esta circunstancia no debemos vacilar en organizarnos los que profesamos el ideal democrático, porque ya vemos cuan indispensable es hacerlo para salvar á la Patria

de los horrores de la guerra civil, ó de la decadencia que acarreará la prolongación del absolutismo.

En cuanto al temor tan generalizado de que el General Díaz sofocará con mano de hierro cualquier movimiento democrático, lo creemos exagerado y quizás hasta infundado por las razones siguientes: El General Díaz tiene gran tacto y ha de comprender cuan funestas serían las consecuencias de inaugurar una era de persecuciones. A su edad, después de haber gobernado por más de 30 años en medio de una tranquilidad nunca vista en nuestra historia; de haber llevado á su Patria á un alto grado de desarrollo industrial y mercantil; de haber implantado la paz en nuestro turbulento suelo, y por último, habiendo llegado á formarse una reputación casi mundial, no querrá ir á comprometer sus laureles en una última contienda con el pueblo, en la cual lleva todas las probabilidades de perder, pues aunque lograra sostenerse en el Gobierno por algunos años más, los únicos que le quedarán de vida, será á costa de tanta sangre, de tanta perfidia, que ya no podrá vivir tranquilo; como pesadilla horripilante se le aparecerán las sombras de sus víctimas, y el último grito de indignación de la Patria amordazada y retorciéndose en las convulsiones de la agonía, tendrá un eco siniestro en las profundidades de su conciencia.

El General Díaz, que tiene derecho á pasar los últimos años de su vida con entera calma, acompañado por las bendiciones del pueblo, arrullado por la gratitud nacional, tendríase que resignar á vivir en constante zozobra, á no ver en el pueblo sino rostros sombríos, á no adivinar en su siniestro silencio, sino protestas de indignación y las maldiciones que siempre acompañan á los tiranos de la tierra.

RESUMEN

Hemos terminado nuestro trabajo, y aunque adolece de grandes deficiencias, como toda producción humana, creemos haber cumplido hasta donde nos ha sido posible con el ofrecimiento que hicimos desde el principio, de sobreponernos á todas las pasiones bajas y no inspirarnos sino en el más puro patriotismo, á fin de hablar el lenguaje de la Patria é interpretar fielmente sus angustias, sus necesidades, sus deseos, sus ardientes aspiraciones.

Pero antes de terminar, procuraremos condensar el resultado de nuestro estudio, á fin de describir de un modo más conciso nuestra idea general sobre la situación.

***

A consecuencia de nuestra larga era de guerras intestinas, en la cual no se conocía más derecho que el del más fuerte, al fin tuvimos que caer bajo el dominio del más poderoso y afortunado de los militares de aquella época,

que estableciendo una dictadura bajo las formas republicanas, ha logrado extirpar de nuestro suelo el gérmen de las revoluciones, pues al militarismo lo ha desprestigiado con 30 años de paz y al pueblo le ha permitido crearse intereses materiales de tal cuantía, que constituyen un factor importantísimo para alejarlo de las revueltas.

El pueblo mexicano, que antes era sumamente turbulento, es ahora el más pacífico de todos los pueblos de la tierra, y no solamente respeta con gusto la ley, sino que obedece servilmente á la autoridad.

Por otra parte, ningún Gobierno había llegado á tener la gran estabilidad y duración del actual.

De esto ha resultado que de un extremo hemos caído en el opuesto.

Si antes éramos turbulentos, ahora somos serviles.

Si antes éramos tan exigentes cuando se trataba de hacer respetar nuestros derechos y siempre teníamos la carabina en la mano como el supremo argumento, ahora obedecemos sin discutir las órdenes más arbitrarias de ínfimos representantes de la autoridad.

Si antes sólo pensábamos en los grandes intereses de la Patria y siempre estábamos listos para volar á su defensa, ahora hemos perdido todo interés por la cosa pública, porque se nos ha enseñado á no mezclarnos en ella, y como nuestras indicaciones en vez de ser oídas, son frecuentemente motivo de persecución, por esta causa sólo pensamos en nuestros intereses particulares, resultando que el sentimiento patriótico ha sido substituído por el egoísmo.

No discutiremos en este lugar si esta política habrá sido la más conveniente para encauzar debidamente las energías del país.

Unicamente afirmamos que al seguir por el mismo camino, no interviniendo el pueblo para nada en el nombramiento de sus mandatarios, corremos el gravísimo peligro de que se establezca entre nosotros de un modo definitivo el régimen del Poder absoluto, cuyas consecuencias funestas

nos hemos esforzado en pintar, á fin de que todos sepan á donde vamos.

Ya lo hemos dicho: la Dictadura del General Díaz ha sido una dictadura militar, pero relativamente honrada; á pesar de ello se han cometido grandes abusos y faltas trascendentales; las costumbres se han viciado, el pueblo ha perdido sus energías y la ley su prestigio. ¿Qué sucederá cuando venga la serie de Dictadores que le sucedan, envileciendo á la Nación con sus vicios y haciendo cada vez más pesadas las cadenas que la oprimen?

Por más talento que reconozcamos en el General Díaz, la razón misma de las cosas y el régimen de Gobierno establecido, no le permiten conocer á todos los buenos mexicanos, y si se empeña en nombrar á quien le suceda, tendrá que incurrir en error, como incurrió dejando al General González en la Presidencia, al señor Corral en la Vicepresidencia y en sus puestos á tantos Gobernadores indignos.

Pues bien, con tales antecedentes, el pueblo mexicano no debe fiar sus destinos en manos del General Díaz y debe resolverse á representar el papel que le corresponde en la próxima campaña electoral.

Al implantarse entre nosotros de un modo definitivo el absolutismo, nunca podremos prever qué conducta observarán nuestros mandatarios, pues no teniendo compromiso alguno con la Nación, sólo se guiarán por los impulsos de sus pasiones y sin reconocer más ley que sus deseos personales. Con este motivo, nuestra decadencia será segura, pues los buenos patriotas irán desapareciendo, los pensadores permanecerán silenciosos, y el pueblo, á ciegas, no sabrá distinguir ni apreciar el precipicio á donde lo llevan sus mandatarios, ciegos también. La adulación, los vicios, el brillo del poder, formarán una venda espesa que cubrirá sus ojos, porque no hay que olvidarlo: el poder absoluto corrompe á quienes lo ejercen y á quienes lo sufren.

México, por su situación internacional, debe temer más que otros países las consecuencias del absolutismo.

Para convencernos de ello, recordemos que la dictadura de Santa Ana nos hizo perder la mitad de nuestro territorio, y la del General Díaz ha cometido faltas tan graves como la guerra de Tomochic, del Yaqui, la condescendencia exagerada hacia nuestros vecinos del Norte al grado de permitirles que sus flotas hagan sus ejercicios de tiro al blanco y tengan sus depósitos de carbón en la Bahía de la Magdalena, y por último, el haber debilitado á la República matando todo civismo; ésta, que sólo florece al calor vivificante del sol de la libertad, la noche del absolutismo la marchita.

Pues bien, que se prolongue este régimen, y toda idea de patriotismo desaparecerá por completo, y la mayor corrupción de costumbres acabará de matar cuanto sentimiento noble y generoso puedan abrigar aún los pechos mexicanos. La decadencia será cada vez mayor, y México, que necesita ser una Nación fuerte para el cumplimiento de sus grandes destinos, tendrá que resignarse á sucumbir bajo el peso de sus vicios ó ante el victorioso invasor, que no encontrará otro obstáculo que el hallado por los bárbaros para entrar á Roma: la distancia.

Tal es el triste porvenir que nos espera si no intervenimos todos los mexicanos resueltamente en la próxima campaña electoral.

Podemos hasta admitir que haya sido necesario para el país que lo gobernara por treinta y dos años con mano de hierro el General Díaz; pero lo que sí rechazamos en lo absoluto, es que sea conveniente que este régimen se prolongue.

Para evitarlo, para salvar á nuestra patria del inminente peligro que la amenaza, debemos hacer un vigoroso esfuerzo, organizándonos en partidos políticos, á fin de lograr que el pueblo esté debidamente representado y pueda luchar en las contiendas electorales, para que salga de su sopor, se fortalezca por medio de la lucha y conciba un amor más grande á la patria, á medida que sean mayores los bienes

que reciba de ella, y mayor su participación en la cosa pública; á medida que ésta aumente, aumentará su preocupación por los grandes problemas nacionales que está llamado á resolver.

La patria espera este esfuerzo de todos los buenos mexicanos.

¿Querría el General Díaz ser de ese número y con su prestigio facilitar ese movimiento?

Si tal sucede, la tarea resultará, fácil y en perfecta armonía todos los miembros de la gran familia mexicana, nos habremos puesto de acuerdo para salvar á la patria, y con nuestro esfuerzo unánime indudablemente la salvaremos.

Pero si el General Díaz, en vez de emplear en los grandes intereses de la República el inmenso poder de que se ha revestido, lo pone al servicio de alguna bandería política, y en vez de facilitar la acción del pueblo protegiéndolo con las leyes, se empeña en entorpecerla, entonces la solución del problema se presentará mucho más difícil; pero no por eso debemos vacilar en abordarlo resueltamente.

¡Es necesario salvar á la patria!

Hagámoslo con la ayuda del General Díaz, ó sin ella, y aun á pesar de sus esfuerzos en contra, pues primero es cumplir con ese deber sagrado que complacer al General Díaz, y sin vacilación debemos luchar contra él mismo, si es preciso, en el caso de que peligre nuestra existencia, con tal de salvar á la República de los inminentes peligros que la amenazan.

¿Pero esta lucha entre el pueblo y el absolutismo será posible y tendrá probabilidades de éxito?

Sí, posible es, y tiene el éxito asegurado. Aun en el caso de que el General Díaz, aferrado al poder, no lo dejara hasta no abandonar este mundo, el pueblo, despierto ya, se habría organizado y estaría en condiciones de luchar ventajosamente en contra de los sucesores del General Díaz, en caso de que intentasen seguir su misma política.

Nadie se imagina de lo que un pueblo es capaz, los estadistas más notables, los escritores más serios, se equivo-

can, y si no, allí están las sorpresas que nuestra patria ha dado al mundo, conquistando su independencia, derrocando á las dictaduras más fuertemente establecidas, como la de Santa Ana y oponiendo una resistencia que nos hizo invencibles á las huestes napoleónicas.

En otras partes del mundo han sido tan frecuentes esas sorpresas, que por no hablar sino de las más recientes, recordaremos á Turquía, Rusia y Persia, países clásicos del despotismo, que han conquistado su libertad en estos últimos años.

Pues bien, ante la perspectiva de una lucha tan vigorosa, como podrá ser si se organiza poderosamente un Partido Independiente, quizás el General Díaz se resuelva á respetar la ley y á emplear los poderosos elementos puestos á su disposición por el pueblo, para hacer que el orden se observe, sin favorecer á ninguno de los partidos que luchen.

Esto es más fácil de lo que aparentan creer los defensores del actual régimen de cosas.

En Cuba, un número reducido de fuerzas americanas bastó para que las elecciones se hicieran en toda calma.

Pues bien, ¿el General Díaz, proporcionalmente, no dispone en nuestro país de mayor número de fuerzas que los americanos en cuba?

En este caso, ¿tendrían más interés los americanos por Cuba que el General Díaz por su propia Patria? porque no podremos decir que somos más turbulentos que los cubanos y que éstos están más acostumbrados que nosotros á las prácticas democráticas, pues nadie lo creerá.

Si aquí en México se han registrado con frecuencia disturbios en las elecciones, es porque el Gobierno, apoyado en el ejército, ha sido la causa de ellos, pues nunca ha dejado al pueblo hacer uso de sus derechos.

El pueblo ha demostrado que ya no necesita de tutela; que está apto para hacer uso de sus derechos pacíficamente, y el General Díaz cuenta con elementos suficientes para conservar el orden, siempre que obligue á las autoridades su-

balternas á respetar la ley electoral. En caso de surgir algún disturbio en las elecciones presidenciales ó locales de los Estados, sería fácil restablecer el orden, porque el tal disturbio sería aislado, pues ya en México nadie piensa en revoluciones, ni las secunda, como se demostró con las últimas intentonas de las Vacas y Viesca, que fracasaron por que la Nación permaneció impasible.

No comprendemos por qué circunstancias el General Díaz se obstina en proseguir con su misma política de absolutismo, y á la vez hace por conducto de Creelman declaraciones solemnes afirmando que el pueblo mexicano está apto para la Democracia.

Si estas declaraciones hubieran sido sinceras, ya era tiempo de haber permitido que en los Estados y en los Municipios, se efectuaran elecciones; pero hemos visto lo contrario; precisamente en el mes de Diciembre último, se organizaron los demócratas del Distrito del Centro en Coahuila, y se propusieron concurrir á las urnas electorales, pero fueron burlados en sus esperanzas por el Gobierno, que cometió toda clase de irregularidades y atropellos para falsear el voto público.

Pues bien, aunque todo indica que el General Díaz desea perpetuar su política absolutista, y que debemos resolvernos á luchar contra él mismo, no por eso debemos perder todas las esperanzas de que cambie de derrotero á su política. Si entre los mexicanos no ha muerto por completo el patriotismo y logramos organizarnos fuertemente haciendo que la voz de la Nación se haga oír potente y vigorosa, quizás el General Díaz se sienta conmover y las fibras más sensibles de su alma se pondrán en vibración al escuchar la sonora voz de la Patria que le hablará como sigue:

«Hasta ahora, con el pretexto de dar estabilidad al gobierno, de transformar el espíritu turbulento de los mexicanos, de sofocar las ambiciones malsanas, te has puesto por encima de la ley y olvidado tus más solemnes compromisos, sosteniéndote en el poder que has usado á tu arbitrio.

«Pues bien, tu obra está terminada: has logrado dar á tu Gobierno una estabilidad hasta peligrosa por su duración; el espíritu de tus conciudadanos lo has transformado de turbulento, en servil; has terminado con todas las ambiciones, no solamente las malsanas, sino también con las de más buena ley.

«¿Cuál es el objeto que persigues ahora empeñándote en perpetuar tan peligroso régimen de Gobierno?

«Hasta ahora todas tus faltas pueden ser disculpadas, tus actos explicados por la historia de un modo satisfactorio para tí, si pruebas tu buena fe cumpliendo ahora, que aun es tiempo, tus promesas y resolviéndote en los últimos años de tu vida, á ponerte bajo la ley, respetándola sinceramente y declarándote su protector.

«De este modo habrás logrado coronar brillantemente tu obra de pacificación; habrás llevado la República á una altura envidiable; tu nombre será bendecido por tus conciudadanos, venerado por las generaciones futuras, y figurará en la historia entre los más grandes.

«Mientras que, si por la estéril vanidad de demostrar que tienes más poder que el pueblo, te empeñas en prolongar esta era de despotismo y si en vez de declararte el representante de mis más caros intereses te obstinas en defender los del círculo que te rodea, entonces habrás comprometido el exito de tu obra, pues las aspiraciones nacionales, encontrando obstruidos los conductos por donde deben encauzarse, se desbordarán arrastrando cuanto encuentren. Tú mismo tiembla, pues te declararé mal hijo, y tu nombre será inscrito en la historia como el de un ambicioso y afortunado militar que con inmensos elementos á su disposición, sólo supo ser un tirano vulgar que nunca cumplió sus promesas más solemnes, que con su desprecio á la ley le hizo perder todo su prestigio; que con su ambición personal llevó á sus conciudadanos á la servidumbre y la República á la decadencia.»

Este severo lenguaje demostrará al General Díaz que es-

tá su carrera para terminar y que los últimos actos de su vida le darán su aspecto definitivo, pues actualmente se encuentra en el caso de justificar sus acciones ante la historia y de atraerse las bendiciones del pueblo mexicano si respeta la ley y se declara su protector ó de atraerse el juicio más severo de la posteridad y las maldiciones de sus conciudadanos, en el caso de seguir violándola y considerándose superior á ella.

General Díaz: Pertenecéis más á la historia que á vuestra época, pertenecéis más á la Patria que al estrecho círculo de amigos que os rodea: no podéis encontrar un sucesor más digno de vos y que más os enaltezca que la LEY.

Declaráos su protector y seréis la encarnación de la Patria.

Declarándola vuestra sucesora, habréis asegurado definitivamente el engrandecimiento de la República y coronado espléndidamente vuestra obra de pacificación.

Por último, en nombre de la Patria y de su historia, que tendría orgullo en mostrar vuestro ejemplo como uno de los más dignos de ser imitado, vuestra vida como uno de sus timbres de gloria más puros, os conjuramos á que, por respeto á vuestra gloria y á los más caros intereses de la Nación os pongáis bajo la ley, pues entonces ya nadie se atreverá á vulnerarla y su imperio se habrá establecido perdurablemente, y así legareis vuestra herencia política al pueblo mexicano, y como sucesor tendríais al más digno de todos: á la LEY.

CONCLUSIONES

Como resultado de nuestro trabajo, podemos lógicamente deducir las siguientes conclusiones:

1ª—Nuestra guerra de Independencia y la que sostuvimos con Napoleón III, nos legaron la plaga del militarismo.

2ª—Al militarismo debemos la Dictadura del General Díaz que ha durado por más de treinta años.

3ª.—Esta dictadura restableció el orden y cimentó la paz, lo cual ha permitido que llegue libremente á nuestro país la gran oleada de progreso material que invade al mundo civilizado desde á mediados del siglo último.

4ª—En cambio, este régimen de gobierno ha modificado profundamente el carácter del pueblo mexicano, pues ocupado únicamente en su progreso material, olvida sus grandes deberes para con la Patria.

5ª—Si en rigor puede admitirse que la Dictadura del General Díaz ha sido benéfica, indudablemente sería funesto para el país que el actual régimen de gobierno se prolongara con su inmediato sucesor, porque nos acarrearía la anar-

quía ó la decadencia, y ambas pondrían en peligro nuestra vida como nación independiente.

6ª—Todo hace creer que si las cosas siguen en tal estado, el General Díaz, ya sea por convicción ó por condescender con sus amigos, nombrará como sucesor á alguno de éstos, el que mejor pueda seguir su misma política, con lo cual quedará establecido de un modo definitivo el régimen de poder absoluto.

7ª—Buscar un cambio por medio de las armas, sería agravar nuestra situación interior, prolongar la era del militarismo y atraernos graves complicaciones internacionales.

8ª—El único medio de evitar que la República vaya á ese abismo, es hacer un esfuerzo entre todos los buenos mexicanos para organizarnos en partidos políticos, á fin de que la voluntad nacional esté debidamente representada y pueda hacerse respetar en la próxima contienda electoral.

9ª—El que mejor interpreta las tendencias actuales de la Nación es el que proponemos: «El Partido Antireeleccionista» con sus dos principios fundamentales.

LIBERTAD DE SUFRAGIO.

NO-REELECCION.

10ª—Si el General Díaz no pone obstáculos ni permite que los pongan los miembros de su Gobierno, para la libre manifestación de la voluntad nacional, y se constituye en el severo guardián de la ley, se habrá asegurado la transformación de México, sin bruscas sacudidas; el porvenir de la República estará asegurado, y el General Díaz reelecto LIBREMENTE ó retirado á la vida privada, será uno de nuestros más grandes hombres.

11ª—Cuando el Partido Antireeleccionista esté vigorosamente organizado, será muy conveniente que procure una transacción con el General Díaz para fusionar las candidaturas, de modo que el General Díaz siguiera de Presidente, pero el Vicepresidente y parte de las Cámaras y de los Gobernadores de los Estados, serían del Partido Antireelec

cionista. Sobre todo, se estipularía que en lo sucesivo hubiera Libertad de Sufragio y si posible fuera desde luego se convendría en reformar la Constitución en el sentido de no reelección.

12ª —En caso de que el General Díaz se obstinara en no hacer ninguna transacción con la voluntad nacional, sería preciso resolverse á luchar abiertamente en contra de las candidaturas oficiales.

13ª—Esta lucha despertará al pueblo y sus esfuerzos asegurarán en un futuro no lejano, la reivindicación de sus derechos.

14ª—El Partido Antireeleccionista, tiene grandes probalidades de triunfar desde luego, pues nadie sabe de lo que es capaz un pueblo cuando lucha por su libertad, sino cuando con sorpresa se ve el resultado.

15ª—Aun en el caso de una derrota, como el Partido Antireeleccionista estará constituido por el elemento independiente seleccionado, y habrá ganado prestigio por haber tenido el valor de luchar contra la Dictadura, llegará á ejercer una influencia dominante en nuestro país, por lo menos al desaparecer el General Díaz.

16ª—Por último, la Patria está en peligro y para salvarla es necesario el esfuerzo de todos los buenos mexicanos.

APENDICE DE LA SEGUNDA EDICION

En menos de tres meses se agotó la primera edición de esta obra; nos satisface vivamente, por ser ese hecho una demostración de la entusiasta acogida que han tenido en el público las ideas por nosotros emitidas.

Exito tan halagüeño ha venido á confirmar el optimismo abrigado por nosotros bajo la influencia del entusiasmo más vehemente.

Nunca nos ha faltado la fe en el triunfo de la Democracia; pero estudiando fríamente el problema, encontrábamos tan pocos datos para robustecer nuestra fe, que para no debilitarla, necesitábamos remontarnos á los tiempos gloriosos, cuando nuestros antepasados grabaron en nuestra historia sus páginas más brillantes.

Sólo así encontrábamos argumentos para apoyar nuestra fe, pues nos decíamos: cuando en la Nueva España reinaba el silencio sepulcral causado por la ignorancia y la opresión, nadie sospechaba que repentinamente aparecería en nuestra patria una pléyade de héroes que la libertarían; cuando Santa-Ana estaba más poderoso que nunca, rodeado de ejércitos numerosos y aguerridos, sostenido por las clases pri-

vilegiadas y bajo su gobierno sumido el país en el más vergonzoso servilismo, nadie sospechaba que la chispa encendida en Ayutla muy pronto sería devorador incendio que derrumbaría la Dictadura; cuando Juárez y el reducido núcleo de grandes hombres que lo rodeaba se encontraban en Veracruz, aislados de toda la República, con escasas fuerzas para defenderse, luchando contra los ejércitos más aguerridos y disciplinados del país y contra los Generales más hábiles, nadie se imaginaba que muy pronto entraría á la Capital de la República, siguiendo muy de cerca á las vencedoras huestes de Silao y Calpulalpam; por último, cuando el "triunviro" de grandes repúblicos se encontraba en los confines de la República, en las márgenes del Bravo, casi sin fuerzas para defender la causa sagrada de la independencia de la patria, recibiendo por cada correo nuevas noticias de derrotas y defecciones, sin armas, ni elementos de guerra y luchando contra los ejércitos más aguerridos y disciplinados del mundo, nadie se imaginaba que muy pronto volvería á la Capital de la República después de haber ajusticiado en el Cerro de las Campanas á los principales culpables de tantas desgracias.

Pero ahora ya encontramos hechos en que robustecer nuestra fe; de todas partes de la República hemos recibido entusiastas felicitaciones por nuestra obra, lo cual nos demuestra que nuestras ideas tienen muchos simpatizadores resueltos á la lucha; esto es confirmado por muchas personas que nos manifiestan el vehemente deseo de principiar la campaña, organizándose en Clubs, lo cual han llevado á cabo en algunos puntos de la República, y en otros, para obrar de igual manera, sólo esperan el llamamiento de un grupo que les inspire confianza.

Por otra parte, se observa un movimiento inusitado en los círculos políticos; se organizan nuevos partidos y cada día surjen más periódicos aprestándose á la lucha.

En este apéndice procuraremos estudiar los acontecimientos ocurridos en los últimos meses, que no hacen sino con-

firmar nuestras esperanzas sobre el triunfo de la Democracia; pero antes de pasar adelante deseamos contestar algunos cargos que se han hecho á nuestra obra.

Objeciones á la Sucesión Presidencial de 1910 y nuestra contestación

Como lo esperábamos, nuestra obra ha sido comentada por toda la prensa independiente de la República, que en general ha hecho grandes elogios de ella, elogios que sólo merece por haber sabido interpretar fielmente las aspiraciones de tan modestos y valientes luchadores, así como las de los mexicanos amantes de la patria.

En este lugar damos las gracias á quienes se han ocupado bien de nuestra obra, y pasamos á contestar las objeciones que creemos de buena fe; pues de los insultos y diatribas de uno que otro periódico asalariado, no nos ocupamos y sólo haremos constar que la prensa gobiernista que en algo se respeta, ha guardado sobre nuestro libro un silencio muy significativo.

La objeción más fundada hecha á nuestro trabajo, es que el final no corresponde al resto de la obra; que las conclusiones no estan de acuerdo con las premisas; que al terminar nuestro libro flaqueamos ó nos forjamos acerca del General Díaz ilusiones que no justifica la fría exposición de los hechos narrados por nosotros.

Esa objeción estaba contestada de antemano. Efectivamente: nuestra obra, en lo referente al General Díaz, puede dividirse en dos partes principales: su historia hasta la fecha en que escribimos, y lo que esperamos de él en lo futuro.

En la primera parte estudiamos sus actos con serenidad y los valoramos con justicia, por lo menos, hasta donde nos lo permitieron nuestro criterio y las circunstancias especiales porque atraviesa el país.

En la segunda, y ya en el terreno de las hipótesis, lo manifestamos claramente: si sólo contáramos con la razón para llevar á cabo nuestro estudio, hubiéramos encontrado el

problema pavoroso; pero á la vez nos habríamos hallado sin medios para resolverlo.

Por tal motivo recurrimos al sentimiento, que ve más claro y más hondo; evocamos para fortalecer nuestra fe, el recuerdo de nuestros antepasados, y escudados por la fe y armados con el sentimiento, abordamos resueltamente el problema, con la esperanza de encontrarle una solución favorable.

Al llegar al terreno de las hipótesis hemos supuesto como FACTOR INDISPENSABLE, QUE EL PUEBLO DESPERTARÁ, y en seguida, si tal sucede, que el General Díaz también cambiará de política.

Esto es lógico, porque no es de suponerse que siga la misma política gobernando enmedio de absoluta calma, que enmedio de las tempestades de la opinión pública, desencadenada por el esfuerzo viril del pueblo.

Otro factor que contribuirá á un cambio de política en el General Díaz, es su edad. Efectivamente, cuando subió al gobierno, joven y con grandes ambiciones, le interesaba conservar el poder, ya fuera por ambición personal ó por el deseo de desarrollar determinado sistema de gobierno para afianzar la paz y promover el progreso material.

Pero ahora que ya está para abandonar este mundo y ha satisfecho su deseo de ver á su patria en paz y encaminada por la senda del progreso, ahora ya no tiene el mismo interés en detener en sus manos todo el poder. Por el contrario, si sus ambiciones son puramente personales, ha de comprender que en las actuales circunstancias el medio más seguro de permanecer en el gobierno y aumentar su gloria, será hacer concesiones al pueblo, permitiéndole que nombre al Vicepresidente, las Cámaras, Gobernadores, etc.; así como si sus ambiciones son nobles y patrióticas, ha de comprender también que el único medio de consolidar la paz es apoyarla en la ley, y que, para volver á ésta su prestigio y su imperio, necesita él mismo dar el ejemplo de respetarla, sometiéndose á la voluntad nacional.

De lo expuesto se desprende claramente que la ambición personal del General Díaz y su deseo de hacer bien á la patria lo impulsarán á seguir la misma política de hacer concesiones á la voluntad nacional. Para ello no vacilará, llegado el momento, en sacrificar á quienes lo rodean y que ansiosos esperan la soñada herencia.

Por otra parte, debemos considerar que el General Díaz es habilísimo político y nunca tirará de la cuerda al grado de reventarla. El conocerá muy bien el momento en que deba aflojar.

Por último, la idea fija del General Díaz, siendo permanecer en la Presidencia, se resolverá hasta á gobernar constitucionalmente si comprende que tal es el único medio de permanecer seis años más en el gobierno.

Otra objeción que nos han hecho algunos amigos, es la siguiente: en el curso de nuestra obra parece que logramos infundir en el ánimo del lector la idea de los males sin cuento que al país ha acarreado la Dictadura, y al terminar proponemos que siga el General Díaz en el poder, lo cual causa gran decepción en el ánimo de algunos lectores.

Esta decepción proviene de no haber comprendido el espíritu de nuestro trabajo, que es el de buscar un remedio práctico á nuestros males.

Demostramos que el régimen de poder absoluto es de fatales consecuencias para los pueblos, que la misma Dictadura del General Díaz, (que reconocemos moderada) ha causado grandes males, y proponemos que el pueblo haga un esfuerzo para salir de su apatía, reconquiste sus derechos y acabe con la Dictadura, imponiendo condiciones al mismo General Díaz en caso de seguir él en el gobierno, condiciones que harán imposible la continuación del absolutismo, puesto que, ante todo, proponemos que el pueblo nombre sus representantes en las Cámaras, los Estados sus Gobernadores y la Nación entera el Vicepresidente.

En tales condiciones el General Díaz no podría seguir gobernando como lo ha acostumbrado, y acomodándose al nue-

vo régimen, dejaría todo el peso de los negocios al Vicepresidente, que poco á poco haría que entrásemos de lleno en el régimen constitucional, aspiración suprema de la Nación.

No creemos muy probable esa solución, pero sí posible EN CASO DE QUE EL PUEBLO DESPIERTE.

Creemos más. Creemos que SIN LLEGAR Á UNA REVOLUCIÓN, ES Á LO ÚNICO QUE SE PODRÁ ASPIRAR, PORQUE EL GENERAL DÍAZ, QUE DEBE SU PODER Á LA FUERZA DE LAS ARMAS, NO LO DEJARÁ SINO OBLIGADO POR LA MISMA FUERZA.

Como afortunadamente ha desaparecido de entre nosotros el espíritu revolucionario, creemos que la inmensa mayoría de la Nación se conformaría con una transacción en los términos indicados, antes de verse envuelta en una guerra civil.

Nosotros creemos que sería un bien para el país que el General Díaz se retirara del poder al finalizar el actual período presidencial; pero no lo dejará á pesar de sus declaraciones á Creelman. Los recientes trabajos de su círculo han venido á confirmar lo que preveíamos en nuestra primera edición y que todo el mundo ha previsto: que sólo la muerte ó una revolución triunfante harán dejar la Presidencia al General Díaz. No así su poder, que ha tenido interés en aumentar por conservarse en el Gobierno, y bien podría sacrificar parte de él, cuando en ello vea el medio de realizar sus deseos de continuar en el alto puesto que ocupa.

Por consideraciones de tanto peso, hemos creído que á la inmensa mayoría de la Nación, á quien no anima el odio, sino el patriotismo y el deseo de volver al régimen constitucional, le convendría el plan que proponemos, y que en resumen consiste en lo siguiente: organizar al pueblo en partidos políticos, y en la próxima lucha electoral arrancar parte del poder al General Díaz, á fin de crear uua situación tal, que haga imposible la continuación de la Dictadura, no

solamente para el sucesor del General Díaz, sino para él mismo en su próximo período.

Tampoco creemos que fuera inconsecuente consigo mismo el partido antireeleccionista aceptando una última reelección del General Díaz, por las razones siguientes:

El partido antireeleccionista dirá: «Soy partidario de la no reelección, tanto como principio constitucional, como por su triunfo en la próxima contienda, porque honradamente creo que será un mal para el país que el General Díaz vuelva á reelegirse. A pesar de esto, comprendo que la reelección de éste último no la podré evitar sino por medio de las armas, y aunque tan culpable será el General Díaz en provocar una revolución no respetando la voluntad nacional, como yo promoviéndola, quiero dar un alto ejemplo de patriotismo al mismo General Díaz, y en vez de recurrir á la fuerza y con tal de no acarrear sobre la Patria los horrores de la guerra civil, transijo con la última reelección del General Díaz, siempre que dé tales garantías al país que hagan imposible la prolongación de la Dictadura.»

En este caso el partido antireeleccionista sólo pospondría por poco tiempo el triunfo definitivo de sus ideales, que no consisten sólo en asegurar el principio de no reelección, sino principalmente en asegurar el triunfo de las prácticas de mocráticas, las cuales lograría aclimatar en nuestro país con un primer triunfo, aunque fuera parcial.

Carta del autor al General Díaz.

Cuando dimos á luz la primera edición de este libro, como una prueba de lealtad al General Díaz, le remitimos un ejemplar acompañado con la carta siguiente:

San Pedro, Coah., 2 de Febrero de 1909.

Señor General Porfirio Díaz. Presidente de la República Mexicana.—México, D. F.

Muy respetable señor y amigo:

Principiaré por manifestar á Ud. que si me tomo la li-

bertad de darle el tratamiento de amigo, es porque Ud. mismo me hizo la honra de concedérmelo en una carta que me escribió con motivo de un folleto que le remití sobre la Presa en el Cañón de Fernández.

Por lo demás, creo ser más merecedor á ese honroso título hablándole con sinceridad y franqueza, puesto que de este modo puedo serle más útil para ayudarle con mi modesto contingente á resolver el problema de vital importancia que se presenta actualmente á la consideración de todos los mexicanos.

Para el desarrollo de su política, basada principalmente en la conservación de la paz, se ha visto Ud. precisado á revestirse de un poder absoluto que Ud. llama patriarcal.

Este poder, que puede merecer ese nombre cuando es ejercido por personas moderadas como Ud. y el inolvidable emperador del Brasil, Pedro II, es, en cambio, uno de los azotes de la humauidad cuando el que lo ejerce es un hombre de pasiones.

La historia, tanto extranjera como patria, nos demuestra que son raros los que con el poder absoluto conservan la moderación y no dan rienda suelta á sus pasiones.

Por este motivo la Nación toda desea que el sucesor de Ud. sea la Ley, mientras que los ambiciosos que quieren ocultar sus miras personalistas y pretenden adular á Ud. dicen que «necesitamos un hombre que siga la hábil política del General Díaz.» Sin embargo, ese hombre nadie lo ha encontrado. Todos los probables sucesores de Ud. inspiran serios temores á la Nación.

Por lo tanto, el gran problema que se presenta en la actualidad, es el siguiente:

¿Será necesario que continúe el régimen de poder absoluto con algún hombre que pueda seguir la política de Ud., ó bien será más conveniente que se implante fran-

camente el régimen democrático y tenga Ud. por sucesor á la Ley?

Para encontrar una solución apropiada, é inspirándome en el más alto patriotismo, me he dedicado á estudiar profundamente ese problema con toda la calma y serenidad posibles. El fruto de mis estudios y meditaciones lo he publicado en un libro que he llamado «LA SUCESION PRESIDENCIAL EN 1910. EL PARTIDO NACIONAL DEMOCRATICO,» del cual tengo la honra de remitirle un ejemplar por Correo.

La conclusión á que he llegado es que será verdaderamente amenazador para nuestras instituciones y hasta para nuestra independencia, la prolongación del régimen de poder absoluto.

Parece que Ud. mismo así lo ha comprendido según se desprende de las declaraciones que hizo por conducto de un periodista americano.

Sin embargo, en general causó extrañeza que Ud. hiciera declaraciones tan trascendentales por conducto de un periodista extranjero, y el sentimiento nacional se ha sentido humillado. Además, quizás contra la voluntad de Ud. ó por lo menos en contradicción con sus declaraciones, se ha ejercido presión en algunos puntos en donde el pueblo ha intentado hacer uso de sus derechos electorales.

Por estas circunstancias, el pueblo espera con ansiedad saber qué actitud asumirá Ud. en la próxima campaña electoral.

Dos papeles puede Ud. representar en esa gran lucha, los que dependerán del modo como Ud. entienda resolver el problema.

Si por convicción, ó por consecuentar con un grupo reducido de amigos, quiere Ud. perpetuar entre nosotros el régimen de poder absoluto, tendrá que constituirse en jefe de partido, y aunque no entre en su ánimo recurrir á medios ilegales y bajos para asegurar el triunfo de su

candidatura, tendrá que aprobar ó dejar sin castigo las faltas que cometan sus partidarios, y cargar con la responsabilidad de ellas ante la historia y ante sus contemporáneos.

En cambio, si sus declaraciones á Creelman fueron sinceras, si es cierto que Ud. juzga que el país está apto para la democracia y comprendiendo los peligros que amenazan á la Patria con la prolongación del absolutismo, desea dejar por sucesor á la Ley, entonces tendrá Ud. que crecerse, elevándose por encima de las banderías políticas y declarándose la encarnación de la Patria.

En este último caso, todo su prestigio, todo el poder de que la Nación lo ha revestido, lo pondrá al servicio de los verdaderos intereses del Pueblo.

Si tal es su intención, si Ud. aspira á cubrirse de gloria tan pura y tan bella, hágalo saber á la Nación del modo más digno de ella y de Ud. mismo: por medio de los hechos. Eríjase Ud. en defensor del pueblo y no permita que sus derechos electorales sean vulnerados, desde ahora que se inician movimientos locales, á fin de que se convenza de la sinceridad de sus intenciones, y confiado concurra á las urnas á depósitar su voto para ejercitarse en el cumplimiento de sus obligaciones de ciudadano, y consciente de sus derechos y fuertemente organizado en partidos políticos, pueda salvar á la patria de los peligros con que la amenaza la prolongación del absolutismo.

Con esta política asegurará para siempre el reinado de la paz y la felicidad de la Patria y Ud. se elevará á una altura inconcebible, á donde sólo le llegará el murmullo de admiración de sus conciudadanos.

Don Pedro del Brasil, en un caso semejante al de Ud., no vaciló: prefirió abandonar el trono que á sus hijos correspondía por herencia, con tal de asegurar para siempre la felicidad de su pueblo, dejándole la libertad.

Señor General: le ruego no ver en la presente carta y en el libro á que me refiero, sino la expresión leal y sincera

de las ideas de un hombre que ante todo quiere el bien de la Patria y que cree que Ud. abriga los mismos sentimientos.

Si me he tomado la libertad de dirigirle la presente, es porque me creo con el deber de delinearle á grandes rasgos las ideas que he expuesto en mi libro, y porque tengo la esperanza de obtener de Ud. alguna declaración, que, publicada y confirmada muy pronto por los hechos, haga comprender al pueblo mexicano que ya es tiempo de que haga uso de sus derecbos cívicos y que al entrar por esa nueva vía, no debe ver en Ud. una amenaza, sino un protector; no debe considerarlo como el poco escrupuloso jefe de un partido, sino como el severo guardián de la Ley, como á la grandiosa encarnación de la Patria.

Una vez más me honro en subscribirme, su respetuoso amigo y seguro servidor.

FRANCISCO I. MADERO.

Comentarios.

En la carta que acabamos de insertar se notará que en términos comedidos, pero firmes, le pintamos la situación actual del país, así como las esperanzas y temores del pueblo mexicano.

Una contestación del General Díaz, inspirada en el mismo patriotismo que dictó nuestra carta y concebida en términos claros y sinceros, hubiera causado en el público una impresión muy profunda, disipando esa incertidumbre que tanto oprime á la mayoría de los mexicanos, y excita á una pequeña minoría que empieza á agitarse.

En una palabra, el General Díaz pudo haber resuelto de una plumada la situación actual del modo más favorable para los intereses nacionales; pero no debemos esperar esa conducta de él.

El General Díaz, dando pruebas de gran cortesía, nunca

deja ninguna carta sin contestación, por baladí que sea el asunto que se le trate.

Fundados en estas consideraciones, era lógico esperar que nuestra carta hubiera merecido la honra de ser contestada, puesto que en ella tratábamos de los intereses más altos de la Nación.

Podría alegarse que nuestra carta no llegó á sus manos; pero eso es inverosímil. Podrán extraviarse cuantas cartas se quiera, pero nunca las dirigidas al General Díaz. Además, sabemos de buena fuente que nuestra carta llegó á sus manos.

Nos explicamos perfectamente su silencio. En aquellos díaz se agitaba fuertemente la cuestión electoral en el Estado de Morelos, á la cual aludíamos indirectamente, y cualquiera declaración respecto á sus intenciones de dejar en libertad al país para que nombrara sus mandatarios, no hubiera hecho sino aumentar la agitación en aquella entidad federativa que tan rápidamente supo organizarse y luchar con inesperado vigor.

Esta cuestión fué originada precisamente por una declaración suya, porque dijo que vería con gusto que el pueblo de Morelos eligiera libremente su Gobernador.

Como el candidato del pueblo era el señor Ingeniero Patricio Leyva, empleado en el Ministerio de Fomento, se imaginó el General Díaz que llegado el caso haría que el señor Leyva renunciara su candidatura, y cubriéndose con el ridículo más vergonzoso, desprestigiara las prácticas democráticas y disolviera su partido.

Pero no sucedió así. El Ingeniero Leyva, aunque modesto y sencillo en sus costumbres, es un hombre de carácter y de honor, y no quiso traicionar á sus partidarios; prefirió sufrir las venganzas del poder antes de cometer una acción indigna.

En este caso apreció el General Díaz la importancia de cualquier declaración cuando es hecha á hombres de honor.

A la vez, principiaba á palpar las consecuencias de sus

declaraciones á Creelman; éstas, aunque nadie las juzgó sinceras, dieron pretexto á la prensa independiente para hablar de la sucesión presidencial, con lo cual se logró despertar hasta cierto punto el espíritu público.

En resumen, el hecho de no haber contestado nuestra carta, demuestra lo que hemos afirmado en el curso de nuestra obra: el General Díaz no provocará por sí mismo un verdadero movimiento democrático.

Además, esto lo confirma su actitud en la cuestión de Morelos.

Sin embargo, en la cuestión general de la República, parece que sí está dispuesto á ceder, como lo demuestran la libertad de que principia á disfrutar la imprenta, la circunstancia de no haber entorpecido la formación de partidos políticos, pues aunque hasta ahora éstos no se han mostrado agresivos, cuando se sientan fuertes indudablemente asumirán otra actitud, y por último, es muy significativo que el Círculo Nacional Porfirista no lanzara candidato pala Vicepresidencia de la República.

Esto último demuestra claramente que el General Díaz quiso dejar cubierta una retirada honrosa, para el caso que se resuelva á apoyar otra candidatura, por considerar insostenible la del señor Corral.

Es muy posible que los mismos amigos del Sr. Corral hayan contribuido para que el Círculo Nacional Porfirista no lanzara su candidatura. ¿Se trataría de intrigas palaciegas, de celos, del deseo de aparecer como los más adictos y no aumentar el número de amigos, así como de desprestigiar al círculo rival?

Todo es muy posible; pero al General Díaz, que ve muy lejos, le convenía dejar esa puerta abierta é indudablemente que él mismo provocó ó por lo menos permitió esos celos tan útiles para sus proyectos.

Los amigos del señor Corral, imaginándose desprestigiar al Círculo Nacional Porfirista si lograban por medio de sus intrigas que no lanzara candidatura de Vicepresidente, no

hicieron sino aumentar su importancia y facilitar al General Díaz el medio de no cumplirles las promesas en que indudablemente fundan todas sus esperanzas.

Desprestigio de la Reelección, especialmente la del señor Ramón Corral.

Efectivamente, los pocos Corralistas que existan, sólo esperan el triunfo por el apoyo del General Díaz; no sólo desprecian soberanamente al pueblo, cuya voluntad ni siquiera toman en consideración, sino comprenden que el pueblo ha correspondido á ese desprecio; prueba de ello, el ruidoso fracaso de las manifestaciones populares en honor del señor Corral.

La primera, organizada el domingo 25 de Abril de 1909 en honor del General Díaz y del señor Corral, resultó un fiasco completo.

Los miembros del Club Reeleccionista arreglaron que algunos industriales y hacendados hicieran que sus sirvientes asistiesen á los desfiles por ellos organizados; pero no pudieron obtener que aclamaran á su candidato.

Para que la segunda manifestación, organizada el 5 de Mayo, tuviera más éxito, fué preciso verificarla únicamente en honor del señor General Díaz. De esta manera se logró la ayuda de algunos Gobernadores, quienes comprometieron á varios industriales que mandaran sus obreros á la Capital, pagándoles el pasaje, gastos y una buena gratificación.

Con estos alicientes lograron aumentar á seis ó siete mil el número de los manifestantes, pero no su entusiasmo. Efectivamente, fué notable la frialdad del pueblo, tanto del que desfilaba frente á palacio como del que presenció el desfile y el paseo del General Díaz y su comitiva. Parece que en años anteriores no era tan marcada la frialdad del público para el Presidente.

Indudablemente el pueblo mexicano está ya cansado de tanta reelección, y verá con gusto un cambio, pero lo que más ha contribuido á desprestigiar al General Díaz, es que después de haber hecho sus famosas declaraciones de que el

pueblo está apto para la democracia, pretenda imponer la candidatura del señor Corral, tan poco popular.

La candidatura del señor Corral para la Vicepresidencia de la República, es sumamente impopular por las razones siguientes:

Hasta ahora ninguno de sus actos ha tendido á atraerse las simpatías del pueblo; sólo se ha preocupado por ser grato al General Díaz, de quien todo lo espera. Tal conducta demuestra que la opinión pública la tiene en poca cuenta, y sólo concede valor á la fuerza, puesto que á esta se acoje incondicionalmente.

En cuanto á programa de gobierno, no ha dado ninguno. Cuando se ha hecho ocasión, ha manifestado que piensa seguir *la hábil política del General Díaz.*

Tales declaraciones demuestran un sobrado desprecio á la opinión pública, precisamente ansiosa de que el sucesor del General Díaz no siga su misma política, porque la Nación entera desea volver al régimen constitucional.

Lo único que sí demuestra, es su timidez para hablar del General Díaz, á quien no trata de igual á igual como le corresponde por su alto puesto de Vicepresidente.

Toda la Nación aplaudiría si el señor Corral hubiera publicado un manifiesto diciendo que: "Aunque admiraba la hábil política del General Díaz, no pensaba imitarla porque ya no era preciso gobernar á la Nación con mano de hierro, sino con la Constitución."

Pero ese manifiesto no podrá publicarse, porque nunca se atreverá á decir que el General Díaz hace poco aprecio de la Constitución. Indudablemente que una proclama así hubiera despertado entusiasmo en muchas personas, y permitido á sus partidarios defender su candidatura.

A pesar de ello, el pueblo mexicano, como ha sufrido demasiadas decepciones, se muestra muy escéptico para dar crédito á las declaraciones de los hombres públicos.

Por tal circunstancia, en los antecedentes es donde el pueblo busca la conducta probable de sus mandatarios.

Ya al hablar del señor Corral en el curso de este libro hemos tratado someramente de sus antecedentes; pero ahora, que aparece como el candidato oficial, será muy conveniente hacer algunas otras observaciones.

Como decíamos, el señor Corral, á pesar de su timidez y su humildad respecto al General Díaz, es de grande energía, y esa timidez y esa humildad para tratar al poderoso, se trocarán en altivez y soberbia para tratar al débil.

Los hombres más humildes con los poderosos, son los más déspotas con los débiles.

Estas circunstancias, así como las anteriores y los antecedentes del señor Corral, sólo prometen que será un déspota que gobernará según su capricho y no según la ley.

Por otra parte, la circunstancia de ser el candidato oficial, le facilitará gobernar al país de tal manera, pues se sentirá apoyado por esa muchedumbre de funcionarios públicos que aunque esparcidos por todo el país, forman un block tan compacto y poderoso, que pesa hasta sobre el mismo General Díaz.

Por este motivo será el candidato oficial quien menos convenga á la Nación, pues cualquier otro que suba al poder, tendrá que rodearse de elementos nuevos y sanos, y el régimen actual de gobierno sufrirá profunda alteración.

En la conciencia nacional esta grabada tal idea, por cuyo motivo observamos la unánime oposición que se hace al señor Corral en toda la República.

En la misma Capital no ha sido posible organizar una manifestación en su honor, pues ya no son solamente los obreros quienes se oponen, sino hasta los mismos propietarios, que sólo quieren prestarse á esas farsas, en honor del General Díaz, á quien algunos quieren y los más temen, pero á quien todos reconocen cualidades que el señor Corral está muy lejos de poseer.

Sólo á los amigos del señor Corral, que estaban sumamente ansiosos porque se lanzara su candidatura junto con la del General Díaz, se les ocultó lo que todo el mundo había

visto: que la mayor torpeza política, era lanzar con tanta anticipación su candidatura.

Hubiera estado muy bien pensado si las cosas debieran pasar como hace seis años; pero eso sólo lo esperan quienes alejados del pueblo y cegados por el poder, no perciben la agitación y la ansiedad que reina en todos los ánimos.

Es indudable que el pueblo empieza á despertar. El General Díaz lo ha comprendido, y si lanzó las candidaturas de él y del señor Corral con tanta anticipación, fué para demostrar que no pensaba cumplir las promesas hechas por conducto de Creelman, á fin de calmar la agitación que producía en la República la esperanza y el deseo de que abandonara el poder. A la vez, proclamando candidatura para Vicepresidente, presentaría un blanco á los ataques de los descontentos, que por temor de no atacarlo á él directamente, ó por política, sólo dirigirían sus tiros sobre el señor Corral. Sin embargo, previendo gran agitación en los ánimos y la posibilidad de verse obligado á hacer concesiones al pueblo, maniobró de modo que el Partido Nacional Porfirista, el genuinamente suyo, el que lo postuló hace seis años, no lanzara candidato para la Vicepresidencia á fin de que le sirva de órgano llegado el momento para proclamar otra candidatura.

El partido Reeleccionista es más bien Corralista, como lo demuestra por haber sido el único que proclamara candidato para la Vicepresidencia, y por tener como principal instigador y últimamente como presidente al señor licenciado Rosendo Pineda, conocido por su gran adhesión al señor Corral.

Lo curioso es que hasta en el Club anti-reeleccionista de esta ciudad es poco querido el señor Corral, y si sus miembros votaron por su candidatura, fué tan sólo por complacer al General Díaz.

En resumen, podemos afirmar que el señor Corral es sumamente impopular en toda la República; que de ser electo, será quien más probabilidades tenga de continuar la

dictadura; que á pesar de ser actualmente el candidato oficial, no cuenta con el apoyo incondicional del General Díaz, quien llegado el momento de las concesiones ó de una transacción, no vacilará en sacrificarlo y resultará candidato oficial alguna otra persona que goce de más simpatías.

Actitud del General Reyes, sus probabilidades de llegar al poder.

El General Reyes goza actualmente de bastante popularidad, porque se cree que él es el único capaz de salvar la actual situación enarbolando la bandera de No-reelección, ó por lo menos asumiendo una actitud completamente independiente á fin de ponerse al frente de su partido en la próxima contienda electoral.

Indudablemente que dadas las condiciones porque atraviesa el país, si asumiera tal actitud, se atraería las simpatías de toda la Nación; pero no será así, porque él también, como el señor Corral, tiene más confianza en la fuerza del elemento oficial, que en la del pueblo, y prefiere el apoyo del General Díaz á las simpatías de la Nación.

Todos sus actos lo demuestran. A sus amigos que han querido trabajar por su candidatura siempre los ha desautorizado, y no solamente, sino que hizo publicar su entrevista con el señor Heriberto Barrón, en la cual afirmaba que seguiría incondicionalmente la política del General Díaz, así es que tanto sus actos públicos como privados, llevan el mismo sello: su incondicional adhesión al General Díaz.

Muchos de sus amigos así lo han comprendido y se sienten grandemente decepcionados.

Sin embargo, los inquietos, los que están ansiosos por lanzarse á la lucha con el noble fin de reivindicar los derechos públicos, han tomado el nombre del General Reyes para entrar en campaña, porque creen que de ese modo no aparecerán como hostiles al Gobierno, y las agrupaciones que han formado tendrán asegurada la vida siquiera mientras logren robustecerse.

De cualquier manera que sea, la agitación reyista será

benéfica para la Democracia, pues los partidarios del General Reyes, viéndolo negarse resueltamente á aceptar la jefatura del partido, irán á engrosar las filas de los partidos independientes, porque la mayoría de sus partidarios son patriotas de buena fe, que consideran como el único camino existente para trabajar por el triunfo de la Democracia, aclamar su candidatura aunque sea para la Vicepresidencia.

Considerando superficialmente las cosas, los que ven un peligro en la ascensión del General Reyes al poder, se alarman en alto grado. Juzgamos infundada su alarma, porque el General Reyes tiene muy pocas probabilidades de llegar al poder atendiendo á las razones siguientes:

Sólo tres caminos tiene de ascender á ese puesto. El más fácil, y por tal motivo más apetecido, sería como candidato oficial, substituyendo por medio de una transacción al señor Corral. Esto es casi imposible, porque mientras no sea jefe militante de algún partido, no logrará orillar las cosas al grado de imponer un arreglo en tales condiciones. Por otra parte, como candidato de transacción sería el menos indicado de todos, por el terror que inspira al grupo de amigos que rodea al General Díaz, é indudablemente que éste no haría á sus mejores amigos y más adictos partidarios la inconsecuencia de traer al poder á quien consideran como su enemigo más temible.

Otro camino lleno de espinas y con pocas probabilidades de éxito, será aceptar la candidatura del pueblo y entrar de lleno en la lucha electoral. Para esto necesitaría ponerse frente á frente al General Díaz, lo cual nunca hará el General Reyes, por las razones ya indicadas. Una candidatura en tales condiciones. sólo la aceptará quien tenga gran fe en la fuerza del pueblo y esté resuelto á sacrificarse en aras de la patria.

El último camino que le queda, el de la revolución, no lo intentará, por lo menos, mientras viva el general Díaz.

Por todas las razones que hemos expuesto se verá cómo

el General Reyes tampoco tiene grandes probabilidades de llegar al poder.

General Félix Díaz. El peligro que veíamos cuando escribimos nuestra primera edición, de que subiera al poder este General, parece que no existe, pues la opinión general considera inadmisible tal idea. Por esta razón suspendemos en esta edición el artículo respectivo.

Consideraciones Generales. De lo expuesto parece que principia á alejarse el peligro de la continuación de la Dictadura en el próximo sexenio. Para ello ha bastado con la ligera agitación que se ha notado en la opinión pública.

Si esta agitación aumenta y se logra la organización de poderosos partidos independientes, el peligro se alejará cada vez más, hasta quedar por completo conjurado.

Partido Democrático. Este partido no puede ser considerado completamente independiente, pues sus directores ocupan puestos públicos, y algunos de ellos tienen fuertes ligas con el General Díaz. Por lo demás, ese partido no pretende hacer oposición al General Díaz, y bajo la bandera de algunos principios políticos que proclama, se prepara modestamente á luchar por obtener que el Vicepresidente sea más de acuerdo con la voluntad nacional.

Las personas al frente de dicho partido parecen bien intencionadas; si en alguno de ellos existe ambición personal, la aplaudimos con tal de que sea sana y viril. Ya que patriotismo puro mueve á tan pocos, no es de despreciarse el contingente de los ambiciosos, siempre que su ambición sea noble y dignos los medios que empleen para satisfacerla.

A pesar de la buena intención que manifiestan sus directores, no podrán hacer nada por sí solos, pues siendo decididos partidarios del General Díaz, en definitiva tendrán que obedecer sus órdenes.

Sin embargo, los trabajos de este partido han sido útiles,

porque algo han contribuído á despertar la opinión pública; han formado algunos Clubs que no obedecerán con la misma facilidad las órdenes del General Díaz, y que llegado el momento, se fusionarán con algún partido independiente.

El gran papel que podrá llegar á representar el Partido Democrático, será el de intermediario entre los partidos independientes y el General Díaz, para llegar á algún arreglo, en caso de ser posible.

Entonces se pondrían de acuerdo los diversos partidos para reunir sus Convenciones en la Capital en la misma época. El General Díaz también convocaría al Círculo Nacional Porfirista con el mismo objeto.

Pero esta solución es la menos probable, porque el General Díaz sólo la aceptará cuando considere imponente la fuerza de los partidos independientes.

Lo más seguro es que habrá lucha electoral, pnes tenemos la seguridad de que se organizará algún partido francamente antireeleccionista, ó por lo menos independiente en lo absoluto.

En este caso el Partido Democrático se aliará con el Independiente para trabajar por Vicepresidente, ó lo más probable se dividirá en dos fracciones: una de ellas irá á las filas porfiristas y la otra la más importante sin duda, á las independientes. Los Clubs de los Estados serán de éstos últimos, y el de la Capital de los primeros, porque en los Estados existe más independencia y más valor civil que en la Capital, debido á razones que están en la conciencia de todos, y que no viene al caso estudiar.

El pueblo despierta. Esperanzas de redención.

En la primera edición, en las «Ultimas palabras del Autor» expusimos ideas que han sido tachadas de optimistas é inconsecuentes con el resto de la obra.

De optimistas, porque se estiman infundadas nuestras esperanzas de que el General Díaz no sofoque con mano de hierro algún movimiento democrático independiente.

De inconsecuentes con el resto de la obra, porque se ha creído encontrar un *mea culpa* en las últimas palabras.

Si ahora no reproducimos de nuevo aquella parte de nuestro libro, es porque la creemos ventajosamente reemplazada con este Apéndice.

En cuanto á nuestro optimismo, hasta ahora sólo tenemos motivo para confirmarlo, pues el General Díaz demuestra no abrigar ya aquel espíritu suspicaz y estrecho que lo hacía perseguir cualquiera manifestación de virilidad y civismo. Ahora se nota una libertad de imprenta muy superior á la que ha existido desde que el General Díaz subió por segunda vez al poder. Esta libertad despertará por completo el espíritu público que empieza ya á dar pruebas patentes de vida.

En cuanto á la pretendida inconsecuencia por manifestar nuestra simpatía hacia el General Díaz, después de atacar su régimen de Gobierno, tampoco existe.

Si el General Díaz ha cometido grandes faltas, también tiene en su abono una brillante hoja de servicios como militar, y como estadista y gobernante ha prestado innegables servicios á la patria.

La principal idea que hemos querido inculcar en el pueblo mexicano, no es de odio para el General Díaz, sino de amor á la libertad, procurando demostrar que sólo ella hará grande á nuestra querida patria.

Como lo hemos repetido varias veces, es una tarea superior á las fuerzas humanas valorar justamente los hechos de nuestros contemporáneos cuando estamos mezclados de alguna manera con ellos. Por ese motivo hemos dicho que dejamos esa tarea á la historia; únicamente queremos hacer resaltar los peligros del absolutismo, para impedir que la Dictadura se prolongue con el sucesor del General Díaz.

Allá van todos nuestros esfuerzos. No queremos que la Nación pague con odio una vida dedicada á la patria; pero sí deseamos vivamente que no se deje engañar por quienes pretenden perpetuar la Dictadura.

Dedicamos todos nuestros esfuerzos á evitar ese peligro que nos amenaza, y no solamente esperamos ser secundados por el pueblo mexicano, sino que tenemos la seguridad de que el General Díaz, comprendiendo la trascendencia de la formación de un gran partido independiente, aunque se llame antireeleccionista, no pondrá trabas para ello, no lo aplastará en su cuna, que si tal fuera su intención ya hubiera perseguido al autor de este libro, quien, sin ocultarse, trabaja con empeño por la formación de ese partido.

El autor de este libro se complace en declarar altamente que no ha sido víctima de ninguna hostilidad por parte de los miembros del Gobierno, lo cual demuestra que no estaba errado al creer que en el corazón del Caudillo de la Intervención también encuentran albergue los sentimientos nobles.

Nosotros, llenos de fe en los grandes destinos de la patria, vemos vislumbrar cada día más claramente la mano de la Providencia que prepara todos los acontecimientos haciéndolos converger al mismo fin, al de asegurar el triunfo de la libertad.

Por una parte observamos que el General Díaz está cometiendo grandes errores, si su intención es asegurar la prolongación de la Dictadura. Tales son su famosa entrevista con Creelman, la campaña electoral que provocó en Morelos, la prematura proclamación de su candidatura y sobre todo la del señor Corral.

Por otra parte, cada vez más nos convencemos de que el pueblo mexicano despierta y se prepara á la lucha.

Cada día surgen nuevas hojas periodísticas que con gran brío atacan á la Dictadura y trabajan porque volvamos al régimen constitucional. Ya son numerosos los Clubs políticos independientes que se han constituído en toda la extensión de la República y en muchas partes sólo esperan la iniciativa de un grupo independiente para organizarse en Clubs y lanzarse á la lucha.

Por tales razones esperamos fundadamente que el espíri-

tu público despertará muy pronto por completo y alentará á los mexicanos para dar la gran batalla en contra del absolutismo; pero ya no será la guerra fratricida por medio de las armas, sino las luchas de la idea por la prensa, la tribuna, en las urnas electorales, en el vasto campo de la Democracia.

Los pesimistas generalmente intentan ocultar su miedo encontrándolo reflejado en los demás. Pretenden que no se lanzan á la lucha porque no serán seguidos. Con ellos no contamos. Más vale un puñado de valientes que una legión de tímidos.

Los optimistas, los que encuentran en todos su mismo entusiasmo y resolución, son los que salvarán á la patria; pues si ven entusiasmo en los demás, es porque ellos lo habrán comunicado; si en todos encuentran su misma resolución, es porque el valor, comunicativo por naturaleza, electriza á los hombres de corazón y arrastra á las multitudes.

El tiempo vuela, y á pasos agigantados se acerca el día en que hemos de resolver el gran problema sobre el cual estriba el porvenir de la patria.

Hacemos un llamamiento á todos los mexicanos que participan de nuestras ideas, para que se congreguen en Clubs y principien la lucha.

Aunque esperamos que muy pronto partirá la iniciativa de esta Capital, convocando á la Nación para constituir un partido independiente, por si no fuere así, es conveniente que los Estados se preparen para lanzar dicha iniciativa.

Una vez más nos dirigimos á nuestros compatriotas para decirles:

«Si no hacemos un esfuerzo, pronto veremos consolidar-«se en nuestro país una dinastía autocrática, y la Constitu-«ción, con las libertades que nos asegura, zozobrará para «siempre en el mar de nuestra ignominia.

«En las actuales condiciones, un esfuerzo en el terreno de «la Democracia podrá salvarnos todavía. Más tarde, sólo

«las armas podrán devolvernos nuestra libertad, y por do-
«lorosa experiencia sabemos cuán peligroso es tal remedio.

«Evoquemos el glorioso recuerdo de nuestros antepasa-
«dos, é inspirándonos en su ejemplo, cumplamos con los sa-
«grados deberes que nos impone la patria, sin dejarnos arre-
«drar por los fantasmas que engendra nuestra imaginación,
«ni por los peligros reales que encontremos en nuestro ca-
«mino.

«La Libertad es un bien precioso sólo concedido á
«los pueblos dignos de disputarla, á los que la han sabido
«conquistar luchando valerosamente contra el despotismo.

«No olvidemos que ahora se presenta la oportunidad más
«propicia para conquistar nuestra libertad con las armas de
«la democracia.

«Luchemos, pues, con resolución y serenidad para demos-
«trar la excelencia de las prácticas democráticas, asegurar
«para siempre nuestra libertad y consolidar definitivamente
«la paz; la paz de los pueblos libres que tiene por apoyo la
«Ley.»

FIN.

INDICE

Págs.

Dedicatoria 3
Móviles que me han guiado para escribir este libro, ... 6
Cap. I. El Militarismo en México 26
Dominación Española 26
Guerra de Independencia 31
Batalla del Puente de Calderón 32
Morelos 33
Guerra de Guerrillas. Su influencia en el carácter de nuestros libertadores 35
Principales causas de las revoluciones. El Militarismo después de la guerra de Independencia 37
Trabajos democráticos del elemento civil 39
Reflexiones sobre militarismo y democracia 39
Santa Ana 44
Lo que debemos entender por militarismo 46
Dictadura de Santa Ana 47
Revolución de Ayutla 48
Congreso Constituyente 49
Presidencia de Comonfort 50
Golpe de Estado 51

Págs.

Guerra de tres años 53
Tratado Mac-Lane-Ocampo..... 56
Presidencia del señor Lic. Don Benito Juárez..... 58
Elección del Lic. Benito Juárez para la Presidencia de la República..... 59
Guerra de la Intervención Francesa..... 60
Evacuación del Territorio Nacional por las Fuerzas Francesas..... 66
Reflexiones sobre la Guerra de Intervención..... 67
Revolución y Plan de la Noria..... 69
Revolución de Tuxtepec..... 81
Cap. II. El General Díaz, sus ambiciones, su política, medios de que se ha valido para permanecer en el poder 93
Su carácter..... 94
Idea fija del General Díaz..... 97
Medios de que se ha valido para conservar el poder... 100
Política centralizadora..... 106
Administración del General González..... 109
Vuelve á la Presidencia el General Díaz..... 110
Cap. III. El Poder Absoluto..... 123
Origen del poder absoluto..... 124
Situación equívoca de algunos gobiernos Latinoamericanos..... 125
Lo que debe entenderse por poder absoluto..... 126
El poder absoluto en la antigüedad..... 128
El poder absoluto en Egipto..... 128
El poder absoluto en Asia..... 129
El poder absoluto y la democracia en la Europa antigua..... 130
Reflexiones sobre el poder absoluto..... 132
El poder absoluto y la democracia en los tiempos modernos..... 136
Comentarios sobre el poder absoluto..... 144
Cap. IV. El Poder Absoluto en México..... 147
Pruebas de que existe el poder absoluto en México.... 148

Págs.

Consecuencias del poder absoluto en México..... 148
Guerra de Tomóchic..... 152
Guerra del Yaqui..... 154
Guerra con los indios mayas..... 162
Huelgas de Puebla y Orizaba..... 162
Cananea..... 168
Instrucción Pública..... 170
Relaciones Exteriores..... 172
Progreso Material..... 179
Agricultura..... 181
Minería é Industria..... 182
Hacienda Pública..... 183
Balance al poder absoluto en México..... 187
Cap. V. ¿A dónde nos lleva el General Díaz?..... 196
Entrevista con Creelman..... 197
Continuación del poder absoluto..... 198
El Sr. D. Ramón Corral..... 200
General Bernardo Reyes..... 206
Consideraciones Generales..... 218
Problema trascendental..... 225
Cap. VI. ¿Estamos aptos para la democracia?..... 220
El pueblo mexicano está apto para la democracia..... 235
¿La actual administración tolerará las prácticas democráticas?..... 240
Cap. VII. El Partido Antireeleccionista..... 244
Tendencias del Partido Antireeleccionista Su Programa..... 246
Oportunidad para formar el Partido Antireeleccionista..... 249
¿Cómo se formará el Partido Antireeleccionista?..... 255
¿Quién será el candidato del Partido Antireeleccionista?..... 256
Campaña electoral y sus consecuencias posibles..... 259
Consideraciones generales..... 264
Resumen..... 267

Págs.

Conclusiones 276
Apéndice de la segunda edición 279
Objeciones á la Sucesión Presidencial de 1910, y nuestra contestación 281
Carta del autor al General Díaz 285
Comentarios 289
Desprestigio de la reelección, especialmente la del Sr. Corral 292
Actitud del General Reyes, sus probabilidades de llegar al poder 296
General Félix Díaz 298
Consideraciones generales 298
Partido Democrático 298
El pueblo despierta.—Esperanzas de redención 299

Los pedidos de esta obra
DIRIJANSE A LA

LIBRERIA DE EDUCACION
DE BALDOMERO DE LA PRIDA

AVE. 5 DE MAYO 39
MEXICO, D. F.

El autor concede permiso para reproducir total ó parcialmente esta obra, siempre que la publicación se haga en castellano y se ajuste con fidelidad á esta segunda edición.

HMex
M1813s

414325

Madero, Francisco Indalecio
La sucesion presidencial en 1910. Ed.2,rev. & enl.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET